
EL RECHAZO DE
MAXU
SERIE CLECANIA – LIBRO 6
VICTORIA AVELINE

El rechazo de Maxu

Victoria Aveline

Traductora: Natalia Navarro
Correctora: María Elena Abbott

El rechazo de Maxu

Victoria Aveline

Traductora: Natalia Navarro
Correctora: María Elena Abbott

Copyright © 2020 Victoria Aveline

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su distribución en cualquier forma sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos de autor, excepto en el caso de citas y reseñas. Esta es una obra de ficción. Las alusiones a eventos históricos, personas o lugares reales en esta obra son ficticias. Otros nombres, personajes, lugares, incidentes y hechos son producto de la imaginación de la autora y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Traductora: Natalia Navarro
Correctora: María Elena Abbott
Carátula de Mayhem Cover Creations

Copyright © 2020 Victoria Aveline

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su distribución en cualquier forma sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos de autor, excepto en el caso de citas y reseñas. Esta es una obra de ficción. Las alusiones a eventos históricos, personas o lugares reales en esta obra son ficticias. Otros nombres, personajes, lugares, incidentes y hechos son producto de la imaginación de la autora y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Traductora: Natalia Navarro
Correctora: María Elena Abbott
Carátula de Mayhem Cover Creations

También por Victoria Aveline

Serie Clecania
Libro 1: La Elección de Theo
Libro 2: La Liberación de Luka
Libro 3: La Salvación de Verakko
Libro 4: La Tentación de Auzed
Libro 5: La Manipulación de Fejo

También por Victoria Aveline

Serie Clecania
Libro 1: La Elección de Theo
Libro 2: La Liberación de Luka
Libro 3: La Salvación de Verakko
Libro 4: La Tentación de Auzed
Libro 5: La Manipulación de Fejo

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Prólogo

Ya no funciona.

Meg se quedó mirando la pantalla negra del viejo iPod que tenía en la mano. Lo había encontrado frío y mojado en el banco de ejercicios al aire libre de Jeremy. Cruzó la puerta del patio y tragó sus amargas lágrimas mientras se dirigía al lugar donde Jeremy casi siempre solía estar: su oficina. Tal vez era un poco exagerado llamarla así, ya que solo se trataba de una habitación con paneles de madera y aire rancio, además de un frigorífico lleno de bebidas energéticas.

¿Acaso protestó cuando él insistió en remodelar la habitación de invitados que había tardado meses en amueblar? No, no había dicho absolutamente nada cuando tuvo que vender el cabecero tapizado hecho a mano o las mesitas de noche recicladas de madera maciza por las que había peleado en la tienda Goodwill de la calle VanBuren. Él le había dicho que todo el dinero que habían gastado en el micrófono caro y el ordenador era el comienzo de una carrera estable como *streamer*.

Ella le había creído. Otra vez.

Pero ahora… ¿su iPod?

Meg no era de las que pedían mucho; al menos no en voz alta. No derrochaba dinero comprando teléfonos caros ni insistía en salir a restaurantes extravagantes, pero lo que realmente apreciaba era su música. Había acumulado durante años listas de reproducción cuidadosamente seleccionadas para cada estado de ánimo y cada situación. Jeremy había dejado su iPod afuera bajo la lluvia, después de una de las pocas sesiones al año en las que usaba el oxidado banco de ejercicios. «El buen tiempo me animará a hacer ejercicio», le dijo cuando ella se había opuesto a dejar el banco afuera. Quizás habría soltado una risa sarcástica si no estuviera tan enfadada.

Sin embargo, no estaba enfadada solo por la desconsideración o pereza de Jeremy, ni por su absoluta falta de respeto por sus cosas. Estaba enfadada consigo misma.

Un agradable día de finales de primavera había cometido el terrible error de ir a la casa de Jeremy a ver una película. Ambos eran adolescentes de diecisiete años con las hormonas revueltas, y Meg había terminado tumbada de espaldas, con su virginidad perdida y con la hermana santurrona de Jeremy mirándolos.

Decir que sus padres religiosos se habían enfadado terriblemente sería subestimar la situación por completo. Las palabras «ramera» y «condenada» estaban prácticamente grabadas en su frente. Insistieron en que se casaran al cumplir los dieciocho años, y los padres de él no fueron menos inflexibles.

Meg tampoco protestó en ese momento. El miedo a que la echaran de casa acalló cualquier objeción. Vivían en un pueblo pequeño y no tenía otro sitio a dónde ir, ni más familia que pudiera acogerla. Sus padres habían hecho un trabajo maravilloso al elegir por ella a sus amigos por lo que todos sus conocidos eran tan estrictos y devotos como ellos.

Por lo tanto, diez años atrás y tres semanas después de cumplir los dieciocho años, se casó con Jeremy, un chico con el que apenas había intercambiado unas pocas frases y miradas insinuantes antes de aquellos cinco minutos de sexo inexperto.

Meg apretó los dientes y respiró hondo para calmarse antes de abrir la puerta de su oficina Se estremeció al sentir el aire caliente y rancio de la habitación. ¿Cuánto tiempo llevaba sentado ahí? Eran casi las seis de la tarde y Jeremy seguía vestido con la ropa deportiva desaliñada que se había puesto el día anterior. Soltó un gruñido suave y miró con el ojo derecho hacia la luz que entraba desde el pasillo. No desvió la mirada de la pantalla que tenía al frente, mientras sus dedos seguían presionando los botones del mando grasiento que tenía en la mano.

—¿Has usado mi iPod? —gritó Meg con la esperanza de que la oyera a pesar de los pesados aauriculares con cancelación de ruido que tenía puestos. Levantó el dispositivo mojado y esperó.

l Un momento después, él desvió la mirada hacia ella, luego al dispositivo y después anuevamente a la pantalla.

a —Sí, pensé que podría motivarme a hacer algunas repeticiones, pero lo que escuché no me sgustó para nada. Solo tiene cosas de chicas.

Meg le miró los brazos delgados y pálidos con una ceja enarcada. En el instituto era delgado oy alto. Recordaba mirarlo desde su mesa, observar su uniforme azul aciano y pensar en el aspecto oque tendría cuando fuera un hombre. Exactamente el mismo. No se le habían ensanchado los ahombros, como ella pensaba. El pelo rubio y desordenado no se le había oscurecido. Estaba eestancado, como el aire de la habitación. Como ella.

o —Lo dejaste afuera y esta mañana ha llovido. —Estaba furiosa. Por supuesto, sus canciones y listas de reproducción estarían en la nube, pero eso no era lo importante. Había comprado el iPod hacía más de diez años con unos ahorros que tenía. El dispositivo le había ofrecido alivio cuando más lo había necesitado.

o Para ella, era un objeto sentimental, y ni hablar de cuánto lo utilizaba. A cualquier hora del edía, siempre llevaba puestos los auriculares y el iPod metido en el bolsillo mientras limpiaba la ecasa o hacía tareas del hogar.

, Él sabía lo importante que era para ella y simplemente lo había dejado afuera.

e —¿Eh? —Jeremy se pasó la lengua por la esquina izquierda de la boca y ladeó el cuerpo acomo si así pudiera evitar que mataran a su avatar. Cuando esquivó con éxito el inminente ataque, volvió a mirarla, y Meg se dio cuenta de que comprendía su queja—. Oh, perdona, cielo. ıDebo haberlo olvidado.

¡Evidentemente! No dijo más y Meg tardó un instante en darse cuenta de que no lo iba a ehacer. Ya estaba concentrado de nuevo en el juego, así, sin más. Había destruido su posesión más squerida, y lo único que había podido decirle era un simple «perdona»

a Le ardían los ojos por no parpadear.

Al parecer, él se dio cuenta de que seguía ahí y por fin pausó el juego.

ı —Puedes poner música en el laptop.

ı Meg tensó la mandíbula. No trataba de darle soluciones como si ella hubiera acudido a él ıpara contarle un problema.

—No puedo llevarlo a todas partes, ¿no te parece? La batería solo dura unos diez minutos rTiene que estar enchufado. Mi teléfono está en las últimas, aunque podría comprarme uno nuevo e—Dio un paso adelante—. Si consigo un trabajo, podríamos…

, —No, nada de trabajo. ¿Qué pasará cuando tengamos un hijo? Además, ¿dónde vas a conseguir un trabajo? Nunca has trabajado en tu vida. No quiero que tengas que preocuparte por óeso.

s A Meg no le sorprendió la respuesta. Al parecer, llevar sus cuentas, encargarse de los impuestos y limpiar la casa no eran habilidades que, según el simplón de su marido, pudiera usa

.en un empleo de verdad. Sus padres, sus suegros y Jeremy opinaban lo mismo al respecto. Tenía
oque quedarse en casa como una buena esposa y tener hijos.

e La primera y única vez que había conseguido un trabajo a espaldas de ellos, Jeremy se enteró
ey envió a su estricto padre a hostigarla a la charcutería, hasta que, finalmente, se quitó el delanta
sy salió de allí con él.

Las mujeres buenas escuchan a sus maridos. Las mujeres buenas son modestas y obedientes
sDurante todo el camino de vuelta a casa, tuvo que soportar su sermón interminable lleno d
pasajes de la Biblia que justificaban sus argumentos. ¿Acaso le importaba que Jeremy y ell
sapenas fueran a la iglesia? No, porque la hipocresía seguía presente en la casa de su padre.

El hecho de que no tuviera hijos era una decepción continua para su familia y, aunque nunc
elo expresaban directamente, sabía que la mirada crítica de su padre siempre evaluaba en qu
podría estar equivocándose y por qué no era digna de la bendición de un hijo.

o Sin embargo, que su padre creyera que no era lo suficientemente entregada a Jeremy er
omejor que la verdad. Si supieran que había estado yendo en secreto a un pueblo cercano par
scomprar píldoras anticonceptivas, su deprimente vida se volvería mucho más emocionante, per
ano en el buen sentido.

Sonó un pitido en la pantalla y Jeremy la miró. Aunque estaba sentado con el cuerpo girad
shacia ella, daba la impresión de que su atención estuviera en otra parte. Para él, Meg era un
lmolestia, como un mosquito que no lograba matar o espantar.

o Al mirarlo, parte del enfado se disipó, y lo reemplazó esa resignación desalentadora qu
había aprendido a reconocer. Jeremy nunca la presionaba para que se quedara embarazada
lNunca le preguntaba por qué todavía no lo estaba, aunque no tenían sexo con tanta frecuencia. A
apesar de que afirmaba que quería tener un hijo, lo decía sin mucho entusiasmo, como si fuer
algo inevitable que tenían que hacer por el hecho de estar casados. La siguiente fase de sus vidas
Pero, ¿qué fases habían pasado ya?

, ¿Vivir controlada en la casa de sus padres y después vivir controlada en la casa de Jeremy
ePrefería morir antes de permitir que controlaran también a su hijo.

. Además, en muchos sentidos, Jeremy era solo un niño; uno grande y desgarbado d
veintiocho años. Ninguno de los dos había querido casarse en ese momento, y ninguno de los do
aquería estar casado ahora. Se habían mostrado amistosos en su mayor parte, pero estos roles qu
shabían adoptado… esta persona en la que se había convertido… Meg detestaba todo eso. Un
parte de ella, aquella que su amargura no le permitía reconocer, sabía que él también odiaba est
situación.

Era una cobarde.

Dejó caer los hombros y la vergüenza apagó el resto de su ira. Si fuera más valiente, l
ldejaría, y a la mierda las consecuencias. Pero cada vez que se lo planteaba, la aprehensió
debilitaba su determinación. No tenía dinero propio ni familia o amigos que pudieran acogerla
.Como Jeremy afirmaba tan amablemente, nunca conseguiría un trabajo, ya que no tení
.experiencia de vida real. Nunca había salido de Indiana.

Bajó los brazos con el iPod colgando de los dedos.

a Tenía tantos sueños cuando era una adolescente de ojos resplandecientes. Quería viajar y
rconocer a gente de todas partes del mundo, probar comidas nuevas y ver lugares increíbles.

¿Cómo podía ser esta su vida? ¿Cómo había permitido que lo fuera? ¿Cómo había permitid
sque un iPod que tenía ya una década, un objeto inanimado, le importara tanto que sintiera que e
rmundo se desmoronaba a su alrededor porque se había roto?

Algo se quebró dentro de ella al pensarlo. Le importaba más este iPod que cualquier otra cosa de la casa, incluyendo a Jeremy. Meg retrocedió un paso hacia la alfombra setentona de color óxido del pasillo. En cuanto salió de la habitación, Jeremy se volvió nuevamente hacia la pantalla. *Minijuego de atención marital a esposa histérica: completado*.

Se movió por las habitaciones como un fantasma hasta que salió afuera. Las puntas de la hierba amarilla le hacían cosquillas en los dedos mientras avanzaba por el jardín lleno de maleza que rodeaba la casa por todas partes. Pálida y llena, la luna brillaba en el cielo del atardecer.

Se desplomó en el suelo con el iPod pegado al pecho y cerró los ojos. Todo estaba en silencio, excepto por el suave chirrido de los insectos y el susurro de la hierba que se mecía bajo la brisa. Dada la situación, debería sentirse relajada, zen. Supuso que estaba cerca de sentirse así.

No, zen no. Se había vuelto apática con el mundo. En verdad, era la única manera que tenía de sobrevivir. Si se entregaba a la decepción, acabaría enterrada por ella.

En una próxima vida. Si existe la reencarnación, entonces la próxima vez seré más valiente. Haré las cosas de manera diferente. Lo prometo, se dijo a sí misma, como solía hacerlo.

Tenía los párpados apretados y estaba tan concentrada en su deseo que no vio la sombra que tapaba la luz mortecina. Se volvió al oír un susurro detrás de ella.

—¿Qué quieres, Jere…? —Soltó un grito ahogado.

No era Jeremy.

Un lagarto del tamaño de un hombre se cernía sobre ella. Meg abrió la boca para gritar, pero el lagarto la apuntó con algo. Lo último que recordaba antes de que el mundo se oscureciera era una niebla húmeda que le golpeaba la cara.

Algo se quebró dentro de ella al pensarlo. Le importaba más este iPod que cualquier otra cosa de la casa, incluyendo a Jeremy. Meg retrocedió un paso hacia la alfombra setentona de color óxido del pasillo. En cuanto salió de la habitación, Jeremy se volvió nuevamente hacia la pantalla. *Minijuego de atención marital a esposa histérica: completado.*

Se movió por las habitaciones como un fantasma hasta que salió afuera. Las puntas de la hierba amarilla le hacían cosquillas en los dedos mientras avanzaba por el jardín lleno de maleza que rodeaba la casa por todas partes. Pálida y llena, la luna brillaba en el cielo del atardecer.

Se desplomó en el suelo con el iPod pegado al pecho y cerró los ojos. Todo estaba en silencio, excepto por el suave chirrido de los insectos y el susurro de la hierba que se mecía bajo la brisa. Dada la situación, debería sentirse relajada, zen. Supuso que estaba cerca de sentirse así.

No, zen no. Se había vuelto apática con el mundo. En verdad, era la única manera que tenía de sobrevivir. Si se entregaba a la decepción, acabaría enterrada por ella.

En una próxima vida. Si existe la reencarnación, entonces la próxima vez seré más valiente. Haré las cosas de manera diferente. Lo prometo, se dijo a sí misma, como solía hacerlo.

Tenía los párpados apretados y estaba tan concentrada en su deseo que no vio la sombra que tapaba la luz mortecina. Se volvió al oír un susurro detrás de ella.

—¿Qué quieres, Jere…? —Soltó un grito ahogado.

No era Jeremy.

Un lagarto del tamaño de un hombre se cernía sobre ella. Meg abrió la boca para gritar, pero el lagarto la apuntó con algo. Lo último que recordaba antes de que el mundo se oscureciera era una niebla húmeda que le golpeaba la cara.

Capítulo 1

Nueve meses más tarde

—¿Y me pagarían por ello? —Meg miró a la elegante mujer mayor frente a ella, la reina, y se esforzó por no dejar que su entusiasmo se le notara en la cara.

No solo estaba hablando con la soberana de Tremanta, sino también con otras tres oficiales de alto rango.

Metli, la mano derecha y autoproclamada protectora de la reina.

Vila, una mujer terca, a quien Meg no entendía por qué invitaban a este tipo de reuniones, ya que solía dedicar su tiempo a cuestionar cada palabra que salía de la boca de la reina. No era de extrañar que Metli y Vila no congeniaran.

La otra mujer presente era Asivva, una representante del Consejo Intergaláctico cuyo trabajo consistía en encargarse de las humanas; se aseguraba de que estuvieran cómodas y comprendieran el complejo mundo en el que habían ido a parar. Era imponente, con la melena negra recogida en un moño elegante, piel pálida y ojos violetas. Su humilde atuendo no restaba valor a su belleza. Vestía un sencillo mono beige complementado con un broche grande y dorado con forma de cometa. Este contenía cinco círculos de tamaños diferentes alineados verticalmente por el centro: el símbolo planetario de Clecania.

Meg seguía sin poder creérselo. No habían pasado ni nueve meses desde que había estado orando por tener otra oportunidad en la vida, y ahora, mírala. Era partícipe de una aventura tan increíble que casi pensaba que había muerto y se había ido al paraíso.

La reina enarcó una cuidada ceja blanca y se le marcaron las ojeras.

—Esto es muy importante, más importante que tu viaje a Sauven. Puede que te diviertas en el viaje, pero es un trabajo. Tengo expectativas. En ocasiones será complicado, y quiero asegurarme de que se te compense por esos —apretó ligeramente los labios— desafíos.

Por instinto, Meg quiso ignorar el comentario siniestro, pero se obligó a pensar en la advertencia. Si la reina de una fantástica ciudad alienígena la estaba instando a tomarse en serio la oportunidad de su vida, probablemente debería hacerlo.

Desde su abducción de la Tierra, Meg se había enfrentado a diversas situaciones. Había sido secuestrada por un grupo radical de extraterrestres cuya misión era encontrar mujeres reproductivamente compatibles. Luego, la habían encerrado en un búnker subterráneo, pero unos extraterrestres no radicales la habían rescatado y le habían mostrado un mundo completamente nuevo que chocaba con la mayoría de las creencias con las que había crecido… y nunca en su vida se había sentido tan feliz.

El único inconveniente de su tiempo aquí era que, aparte de un viaje de cuatro días a la ciudad forestal de Sauven, se encontraba confinada en Tremanta. Poco después del rescate, una de las otras mujeres secuestradas se había emparejado con un extraterrestre y había quedado embarazada. El acontecimiento mágico del emparejamiento llevaba cientos de años extinto, por lo que cuando la reina descubrió que una insignificante humana había hecho que aparecieran las sagradas y elusivas marcas de emparejamiento en las manos de un tipo llamado Theo, bueno…

había sido todo un suceso.

La preocupación de que los ciudadanos del planeta se enteraran y echaran abajo la ciudad de Tremanta en busca de las otras humanas había forzado a Meg y a sus compañeras rescatadas a permanecer ocultas hasta que la reina pudiera encontrar la mejor forma de anunciar su increíble descubrimiento sin provocar un motín.

La Tierra era considerada como un planeta de cuarta clase. Este planeta, Clecania, era un planeta de segunda clase. Los planetas de cuarta clase eran lugares totalmente restringidos. Por ejemplo, leyes intergalácticas que no afectaban al infractor, sino a todo un planeta. Por lo que sabía Meg, el proceso para cambiar el estatus de la Tierra a tercera clase sería como un delicado partido político de ajedrez. Que unos clecanianos desesperados accedieran ilegalmente a la Tierra para buscar pareja por su cuenta no ayudaría en absoluto a la causa.

Por ahora, la clasificación de cuarta clase significaba que no se podía establecer contacto con la Tierra. Ni siquiera podían volar cerca de ella. Los humanos todavía estaban en vías de desarrollo y existían leyes estrictas para que ese desarrollo sucediera a un ritmo normal.

Meg había leído un relato sobre una interferencia producida hace milenios, en la que los miembros de una especie primitiva habían enloquecido al conocer a unos visitantes alienígenas que deseaban establecer contacto. Otro relato había demostrado lo peligrosa que era la dinámica de poder desigual cuando razas avanzadas con tecnología superior llegaban a un planeta y se llevaban valiosos recursos. Innumerables interacciones como esas habían dado origen a una ley que prohibía expresamente la interferencia con planetas cuyas especies no habían evolucionado hasta el punto de viajar por el espacio profundo.

A Meg no le importaba si cambiaba o no el estatus de la Tierra. Si dependiera de ella tardaría un millón de años en evolucionar a tercera clase. Se le formaba un nudo en la garganta a pensar que su antigua y miserable vida seguía allí, esperando, y no quería volver a ella.

En Clecania cuidaban de ella. Le habían dado alojamiento, ropa y comida; no solamente lo esencial, sino que cosas de calidad. También le habían ofrecido formación gratis en la carrera de su elección. El primer paso había sido aprender a leer su idioma.

No era necesario aprender el idioma oral debido a los traductores que tenían implantados pero Meg había aprovechado la oportunidad para aprender a dominar la escritura clecaniana. Se había quedado hasta altas horas de la madrugada estudiando cada símbolo enrevesado y había aprendido la lengua escrita más rápido que cualquiera de las otras humanas. Por primera vez en su vida, se sentía orgullosa de sí misma.

Al contrario de algunas de las humanas rescatadas que pasaban sus días deambulando llenas de tristeza por sus antiguas vidas, Meg había florecido. Al menos dentro de los confines del Templo de la Perla, donde vivían todas las humanas; pero ahora quería florecer también en otro lugar. Después de meses de estudio, sentía como si la hubieran dejado esperando, atrapada en el limbo entre alejarse de la persona que había sido y descubrir quién era en realidad.

Unos meses antes, cuando se anunció al planeta la existencia de los humanos, la reina empezó a insinuar que deseaba organizar una especie de gira para un pequeño grupo de humanas. Se trataría de un viaje por el mundo para que los clecanianos curiosos pudieran conocer a las humanas y hacerles preguntas. Meg creía que la reina esperaba que un vistazo a las humanas ayudara a calmar el creciente descontento que recorría el planeta.

Según lo que Meg entendía, muchas ciudades estaban furiosas porque Tremanta había protegido a gran parte de las humanas durante bastante tiempo. Consideraban que la reina estaba acaparando a las humanas para los ciudadanos de su ciudad, y no permitía que los residentes de

otras ciudades tuvieran la oportunidad de reconocer a una pareja.

En los últimos meses, se habían celebrado muchos debates acerca de cómo llevar a cabo una gira como esta, y en todos ellos participó un grupo de humanas interesadas. Meg se sintió conmocionada y desconcertada cuando la invitaron a estas charlas. Al principio, se sentía fuera de lugar, ya que solamente se había graduado de la secundaria. Nunca había tenido un empleo ni experiencia con los complejos entresijos políticos de una ciudad con un recurso tan codiciado.

Pero tras varias reuniones en las que tanto las demás mujeres como la reina habían escuchado las sugerencias de Meg, su confianza en sí misma había aumentado considerablemente. Se había prometido que sería una persona diferente en su nueva vida, y estaba decidida a lograrlo.

Sería valiente y segura de sí misma. Aquí nadie la conocía, así que era su oportunidad para rehacerse a sí misma. ¿Quién iba a notar la diferencia? Iba a ser una mujer con opiniones firmes, instruida y, con suerte, viajada. Empezó vistiéndose como siempre había deseado y mostrando más piel de la que le habrían permitido en casa. Experimentó tiñéndose el pelo de rubio antes de volver a cambiarlo a castaño y cortarlo. Ahora se lo peinaba con un aire sexy y un poco desordenado, como la despreocupada alumna francesa de intercambio, Monique, que había cursado un año en la secundaria de Meg y había vuelo locos a todos los chicos.

Beber y maldecir eran lo siguiente en su lista de cosas para probar, y descubrió que le gustaban ambas. Incluso había empezado a probar sus habilidades para coquetear con algunos hombres de la ciudad que se habían acercado a ella. Su destreza estaba un poco oxidada, pero los hombres parecían encontrarla encantadora de todos modos. Se sentía poderosa y segura de sí misma al saber que podía atraer sus miradas, aunque no quisiera llegar a algo más.

Aunque fantaseaba con todos los impresionantes y perfectamente esculpidos hombres alienígenas de Tremanta, sabía que la mayoría de ellos estaban mucho más interesados en reconocerla como pareja y forjar una conexión profunda y significativa que en disfrutar de aventuras sin ataduras. Flirtear era lo único que podía hacer sin darles demasiadas esperanzas, y eso le parecía bien. Diez años estancada con Jeremy hacían que la mera idea de casarse de nuevo le pareciera tan repugnante como el pescado podrido.

Era el momento de descubrir quién era y de vivir la vida al máximo. *Nada de caer en viejas costumbres*.

Se sobresaltó al reparar en que la reina seguía observándola, al parecer satisfecha con el tiempo que estaba tomándose para responder. Meg levantó la barbilla y asintió como si lo hubiera reflexionado concienzudamente y hubiera llegado a una conclusión razonable.

Había empezado a leer todo lo que podía sobre cada ciudad de Clecania en cuanto la reina había mencionado la idea de la gira. Si iban a elegir a alguien para que hiciera un viaje por el mundo con todos los gastos pagados, se aseguraría de que estaba lo suficientemente preparada para estar entre las preseleccionadas.

—Opino que, incluso con los retos que conlleva un viaje como este, será fantástico para todo el mundo. Otras ciudades podrán saciar parte de su curiosidad y, con suerte, aprender un poco más sobre la Tierra y reflexionar sobre por qué invadir el planeta podría ser una mala idea. —Meg intentó mantenerse concentrada en la reina y no en Metli, cuyas uñas repiqueteaban en su pantalla mientras tomaba notas.

Vila entrelazó las manos delante de ella y Meg se mordió la parte interna del labio. ¿Cómo podía alguien con una melena pixie rubia, una camisa malva de cuello alto y volantes, y unos ojos cálidos de color miel tener un aspecto tan severo e intimidatorio?

—Has rechazado participar en las ceremonias de matrimonio. ¿Es esto correcto?

Meg se enderezó en la silla, desprevenida.

Aunque los matrimonios tremantianos eran temporales y menos desagradables que esa parte de «hasta que la muerte nos separe» propia de los matrimonios terrícolas, sintió un sudor frío en el pecho al pensar en ello. Estaban encaminados a encontrar a un hombre digno con el que tener un hijo y, si había algo que Meg sabía sobre sí misma, era que no quería tener un hijo en ese momento.

Casarse con un hombre cualquiera y que este la colmara de atenciones, regalos y buenas comidas le parecía fantástico, pero no iba a hacerlo. No cuando estaba cien por ciento segura de que no estaba preparada para tener un hijo.

Sin embargo, no explicó todo esto a las mujeres que la estaban mirando.

—Es correcto —respondió en cambio. Tensó los dedos en sus zapatos, y todo su cuerpo se volvió rígido con los atronadores golpes de las uñas de Metli en la pantalla.

¿Pensarían que estaba menospreciando sus costumbres al no participar en las ceremonias matrimoniales? ¿Arruinaría esto las posibilidades de que la escogieran para este viaje?

De pronto, tuvo la sensación de que se trataba de una entrevista de trabajo más que antes. Se le quedó la boca seca.

—Existe la probabilidad de que te reconozcan mientras estás de viaje. ¿Te incomoda esa posibilidad? —insistió Vila, formando una mueca con sus labios pintados.

Meg desvió la mirada hacia Asivva, quien asintió con la cabeza para tranquilizarla.

—Ah, por supuesto que no —respondió con una sonrisa y movió la mano.

Metli dejó de teclear para mirar a Meg. ¿Había empleado un tono demasiado frívolo?

Cuando vio que la reina la miraba con los ojos morados entrecerrados, Meg se explicó:

—He estado estudiando las uniones por emparejamiento y en qué consiste el reconocimiento. En el pasado, parecía suceder en cualquier lugar y en cualquier momento, incluso tras oler a una persona —añadió—. Sin embargo, también he investigado cómo ha sucedido en el caso de las humanas, y todos aquellos con quienes he hablado me han confirmado que ellas llevaban un tiempo en la cercanía de los hombres en cuestión antes de que ellos las reconocieran. Creo… —Meg oyó su tono de voz y se sintió incómoda. Era verdad que había investigado mucho este tema, pero ¿de verdad estaba intentando dar lecciones a una reina? Carraspeó y continuó—: Creo que como los humanos somos parientes más lejanos de los clecanianos, el proceso demora más. Tenemos que pasar un tiempo con una persona, tal vez incluso tener una relación más íntima con ella para que se produzca el reconocimiento. El periodo de tiempo más breve del que he oído hablar ha sido el de Alice. Luka la reconoció en unos pocos días, pero… —Su rodilla rebotó contra la mesa—. Hubo circunstancias atenuantes en su caso.

Asivva, la hermana de Luka, asintió, y Meg se sintió aliviada de no tener que explicar que el estado primitivo y bajo la influencia de las drogas en el que se encontraba Luka cuando reconoció a Alice probablemente había ayudado a acelerar el instinto de emparejamiento.

Aparecieron unas arrugas entre las cejas de la reina mientras reflexionaba sobre el argumento de Meg.

—Mi plan es no pasar más de un día con ninguna persona nueva si puedo evitarlo. Nadie me reconocerá entonces —añadió con rapidez.

Tal vez intentaba convencerse a sí misma tanto como a estas mujeres. Si pensaba solo por un momento que este viaje podría tener como resultado un compromiso de por vida con un solo hombre, un verdadero desconocido, tendría que reconsiderar seriamente la opción de ir. Pero ¿cómo podía dejar pasar esta oportunidad? Negación y autoengaño. Esa era la única manera.

La reina ladeó la cabeza hacia ella y la estudió con los ojos un tanto enrojecidos. Meg empezó a preocuparse. A lo largo del último mes, la reina parecía cada día más estresada. Meg no podía ni imaginar la cantidad de presión que esta poderosa mujer debía estar soportando. ¿Cómo hacer feliz a todo un mundo y ser al mismo tiempo justa con las humanas? Era un ejercicio de equilibrio que requería mucho más cuidado del que Meg podía suponer.

De pronto, se sintió mal por hacer perder el tiempo a esta imponente líder. ¿De verdad se merecía una entrevista cara a cara con alguien que tenía tanto en juego? Ni siquiera un poco.

—Todo saldrá bien —aseguró Meg. Exhaló un suspiro y odió tener que pronunciar las palabras siguientes, a pesar de que sabía que tenía que decirlas—. Si alguien me reconoce bueno… entiendo lo que eso significa y lo que tengo que hacer. —Si, y era un «si» muy grande. Si alguien la reconocía como su pareja, tendría que permanecer con esa persona. No hacerlo sería cruel. Una vez reconocido, un clecaniano se marchitaba lentamente si no estaba cerca de su pareja. Ya fuera una enfermedad física o mental, era una tortura. Como todos los clecanianos se reconocían entre sí, tan solo había leído relatos de parejas separadas por la muerte. No podía imaginar lo mucho que la situación podía empeorar si una humana decidiera no estar con su pareja.

—Me alegra escucharlo —comentó Vila, que no sonaba alegre en absoluto.

La reina la miró unos segundos más.

—Creo que hemos hecho todas las preguntas pertinentes. —Las mujeres se levantaron.

Meg se incorporó de su silla con menos gracia que la reina.

—Entonces… ¿tengo el trabajo oficialmente?

La reina esbozó una sonrisa verdadera.

—Sí. Me complacería contar contigo como representante de nuestra ciudad y de tu planeta.

Le dieron ganas de gritar de alegría, pero eso resultaría muy inmaduro y raro. En cambio, se limitó a sonreír como una idiota.

—Gracias —dijo con la garganta tensa.

Metli se quedó atrás cuando la reina, Asivva y Vila salieron de la sala.

—Saldrás en una semana. Según tengo entendido, has solicitado que Daunet sea tu escolta. ¿Es correcto?

Su asentimiento entusiasta podría rivalizar con uno de esos juguetes que movían la cabeza. Daunet la había acompañado a Sauven seis semanas antes. Habían congeniado mientras compartían un pequeño nido de dos habitaciones, aunque estaba segura de que ella había acabado el viaje con ganas estrangularla. Aparte de las excursiones para ver los famosos juegos matrimoniales sauvenianos, Meg se había quejado constantemente por no tener permiso para visitar el resto de la ciudad.

—Me encargaré de los preparativos y te enviaré el itinerario oficial en unos días.

Itinerario. ¡Tengo un itinerario! Meg no recordaba haber oído nunca una palabra más refinada que esa. Esperaba que la larguísima lista que había elaborado mientras buscaba información sobre todas las ciudades del planeta coincidiera con al menos algunos puntos de su itinerario. Se mordió la parte interna de la mejilla y repitió mentalmente la palabra unas cuantas veces más.

—Tengo que decir que me parece maravilloso conocer a una humana que se muestra emocionada por explorar nuestro mundo. El impacto de la abducción ha disminuido la curiosidad de la mayoría de las humanas. No las culpo, pero… me alegra ver tu entusiasmo.

—No tienes ni idea —dijo Meg casi gritando.

Con un último asentimiento que hizo que su cabello de color azul frío rebotara, Metli se dirigió a la puerta y dejó que Meg celebrara la segunda entrevista de trabajo exitosa de su vida.

Con un último asentimiento que hizo que su cabello de color azul frío rebotara, Metli se dirigió a la puerta y dejó que Meg celebrara la segunda entrevista de trabajo exitosa de su vida.

Capítulo 2

El crucero que Maxu estaba observando se detuvo una vez más en medio de la carretera, y la comisura de su boca se curvó hacia arriba. Examinó la docena de cruceros restantes, que habían detenido su avance al activarse sus modos de seguridad, y esperaban a que el vehículo errático se apartara de la carretera.

Lo que ellos no sabían era que el crucero no iba a moverse. Se había asegurado de que el vehículo fuera inofensivo, aunque irritante, durante el tiempo que las autoridades tardaran en llegar, inhabilitarlo y rastrearlo hasta él. No deberían tardar mucho, porque la mitad de los guardias de la ciudad estaban hoy en esa misma calle.

No podrían probar gran cosa, quizá solo que él había hackeado algún panel de control. Esperaba pasar unas semanas en prisión y recibir una amonestación menor. Después saldría y sería inelegible para el matrimonio durante un año más.

Pensándolo bien, la reina podría enfadarse mucho por lo que había hecho. Después de todo, hoy era el inicio de su tan elogiada gira de humanas. Honestamente, si se hubiera acordado de que empezaba hoy, probablemente habría escogido otra ubicación o lo habría hecho otro día. En cualquier caso, su maniobra bloqueaba la carretera de tal forma que la fila de cruceros grande esperando para transportar humanas por el mundo estaba totalmente detenida hasta que se solucionara el problema.

Aún así, no podía sentirse muy mal al respecto. Exhibir a las humanas por algunas ciudades secretamente seleccionadas de Clecania era ofensivo, como si ellas fueran obras de arte vivientes para que los clecanianos las contemplaran.

La gente debería haber estado enfadada porque la calle estaba bloqueada en la dirección hacia donde debían ir las humanas que se iban de gira, pero todo cuanto veía desde su posición a unos cuarenta y cinco metros de distancia eran sonrisas. En un breve hueco entre la multitud, vio a una mujer alta de rizos negros y piel oscura que sonreía y saludaba. Una mujer rubia la seguía también con una amplia sonrisa.

Maxu acabó entrecerrando los ojos entre el enjambre de clecanianos para vislumbrar a las humanas a pesar de su aversión por el desfile. Su mitad traxiana, de una especie mucho más tumultuosa en sus emociones y acciones que la de su otra mitad, lignas, lo impulsaba a sentir una reacia curiosidad hacia las humanas.

Bueno, su curiosidad no se refería específicamente a las humanas, sino a la posibilidad de encontrar una pareja. Desde muy joven supo que los matrimonios temporales no eran para él. Tratar de convencer a una mujer emocionalmente distante de que era digno de su atención fue bastante difícil, pero cuando sus instintos traxianos entraron en acción y se dio cuenta de que estaba totalmente en contra de dejar ir a su esposa al final del contrato, comprendió que él no era compatible con la idea de un matrimonio temporal. Tan solo se había casado una vez, pero había sido suficiente para saber que no quería volver a hacerlo.

Cuando podía tener encuentros de naturaleza sexual con mujeres, los disfrutaba. Pero cuando se vinculaba emocionalmente con una, cuando la olía en su cuerpo durante demasiados días seguidos, algo en su interior se oponía a la idea de verla marcharse con otro hombre.

El emparejamiento era distinto. Si reconocía a una pareja, estarían juntos para toda la vida Podía mostrarse tan posesivo como quisiera, pues todo el mundo lo atribuiría a su instinto d emparejamiento.

Un crucero patrulla sobrevoló la carretera desde cerca, desplazándose sobre el tráfico, lo qu indicaba que se trataba de un vehículo de la autoridad. Maxu sacó una fruta wanget de la mochil y le dio un mordisco. ¿Cuánto tardarían esta vez?

Si los guardias no eran unos incompetentes, podrían rastrear con rapidez el dispositivo qu llevaba en el bolsillo. Observó cómo un guardia desgarbado que seguramente acababa de salir d la escuela de esposos se rascaba la barbilla y miraba el crucero averiado que ahora daba vuelta lentamente en el centro de la carretera. Probablemente tendría que esperar ahí un buen rato.

Podía irse a casa y aguardar allí, pero entonces tendría que desactivar todas las trampas qu había instalado para evitar que entraran a la fuerza mientras él estaba encarcelado. No, era mejo esperar.

Se puso tenso cuando una multitud de guardias pasó junto a él. En el centro del grup caminaba Metli, la mano derecha de la reina. Luciendo unas plataformas de quince centímetros y una falda bastante corta que apenas le cubría el trasero, Metli se desplazaba entre los guardia con las cejas azul pálido fruncidas mientras inspeccionaba el caos de cruceros frente a ella Llevaba una tela abultada en el cuello y la cintura, lo que le confería la apariencia de una nub esponjosa con unas piernas estilizadas.

Vondalesa. Maxu sonrió. Metli había dejado su ciudad natal, Vondale, hacía medio siglo pero seguía vistiéndose con el vigor de una ostentosa mujer de la alta sociedad vondalesa.

Como si percibiera su mirada, desvió la vista hacia él. Con ojos que reflejaban frustración observó el atasco de tráfico y luego volvió a mirarlo. De pronto, un fuego iluminó sus iris grises Siempre lo había odiado por su costumbre de desautorizar sin remordimientos a la reina y a l ceremonia de matrimonio.

Entonces, ¿qué podía hacer? La reina no le había dejado otra opción. Hombres de tod Tremanta podían eximirse de la ceremonia, pero como sus padres habían tenido seis hijos, u número impresionante según los estándares clecanianos, él estaba obligado a participar todos lo años.

—¡Tú! —siseó Metli, dirigiéndose hacia él mientras sus guardias retrocedían para seguirla e su abrupto cambio de dirección—. ¿Has hecho esto justo hoy?

—Cuidado, Metli. Eso ha estado peligrosamente cerca de considerarse un grito —murmur Maxu, dándole otro bocado al wanget.

Metli levantó su rostro hacia el cielo, cerró los ojos y exhaló lentamente una bocanada de air antes de dirigirle una mirada lo bastante helada como para hacer que cualquiera se estremeciera incluso con el calor seco del día.

—No tienes ningún respeto por nuestra reina y tampoco respetas nuestras tradiciones. ¿E verdad eres tan ciego como para no darte cuenta de lo que significa esta gira para nuestr mundo? —Extendió los brazos—. ¿Sabes cuántas amenazas ha recibido la reina? Invasiones asesinatos y palizas, no solo para ella, sino también para toda nuestra gente por supuestament esconder a las humanas. ¿Sabes qué ha hecho que las amenazas cesen? Los anuncios de est viaje.

Metli pronunció las palabras despacio, como si Maxu fuera un imbécil. El wanget s convirtió en pulpa en su mano.

—Unos movimientos políticos vacíos por parte de una líder astuta. Esta gira es un trozo d

.tela sobre una arteria cortada —espetó.

e Si existía una persona más leal a la reina que Metli, no podía imaginar quién podía ser. E alboroto de su cabello azul grisáceo, peinado hacia atrás, era la única prueba de que no se había equedado paralizada.

a —Revísenlo —susurró al fin.

Maxu reprimió el instinto de pelear y permitió que dos guardias lo sujetaran por los brazos emientras un tercero hurgaba en su ropa. Le sostuvo la mirada a Metli hasta que el guardia metió ela mano en el bolsillo de sus pantalones y encontró uno de los pequeños dispositivos que había srobado de la fábrica de cruceros de Braghon.

Metli lo alzó al sol y examinó los pequeños botones y las puntas metálicas que encajaban a la eperfección en el panel de control de un crucero. Maxu dudaba que supiera exactamente qué era el rdispositivo, pero era lo suficientemente lista como para suponerlo.

Sin decir una palabra, Metli asintió a un guardia. En un momento, Maxu tenía un grillete omagnético alrededor de su cuello. El guardia se colocó un grillete similar en el brazo y, cuando ycomenzó a alejarse, tiró de Maxu hacia él.

s —Esta vez me aseguraré de que pases meses encerrado —dijo Metli con el dispositivo .colgando entre dos dedos, esperando a que lo agarrara el guardia.

e *Lo dudo*, pensó él. Lo único que podían demostrar era que había usado el dispositivo. No tenían pruebas de que lo hubiera robado, y tampoco las obtendrían. Era demasiado bueno para ,que lo atraparan y robar siempre le había resultado ridículamente sencillo.

Cuando le esposaron las manos a la espalda, Metli se dio vuelta y se encaminó hacia la ,multitud, en dirección al lugar donde estaba la prisión tremantiana. Maxu no pudo evitar .experimentar una ligera satisfacción. Un año más sin tener que preocuparse por la ceremonia amatrimonial. En este punto de su vida, estos trucos se habían convertido en algo más que una forma de eludir el matrimonio.

a Aunque normalmente no era una persona interesada en la política, Maxu odiaba que lo ncontrolaran. Cada vez que descubría alguna forma de evitar que lo exhibieran frente a las novias sque esperaban, como si fuera un pedazo de carne con sus calificaciones atadas al cuello, era todo un logro. La exaltación de semejante triunfo lo seguiría hasta la cárcel y lo tendría de buen nhumor hasta que la ira de la reina se enfriara.

El olor a sudor y musgo pisoteado le llenó las fosas nasales cuando se acercó al grupo de óclecanianos reunidos allí. Se oyeron vítores y sus escoltas se detuvieron, mirando a su alrededor en busca de la fuente de exaltación.

e Entonces, su crucero fue retirado. La gira seguiría su curso en cualquier momento. Vio a una ,chica tímida de cabello castaño, piel pálida y pelo liso y sedoso subir a uno de los vehículos. La banda magnética del brazo del guardia lo forzó a seguir adelante, hacia una zona más llena de ngente mientras él seguía mirando. Antes de desaparecer en el interior oscuro del crucero, la joven osaludó con la mano y se oyeron vítores nuevamente.

, Un guardia corpulento con el ceño fruncido se unió a ella. Entre la multitud de espectadores eapenas pudo distinguir lo que supuso que era otra mujer humana y un guardia subiendo también eal crucero. Entonces, la puerta se cerró.

Unos destellos de luz brotaron de la superficie metálica del vehículo e iluminaron a la gente emientras se alejaba. Luego, otro crucero apareció en su lugar. Maxu estaba concentrado en sus pasos, cuidando de no chocar con la gente mientras lo obligaban a caminar, pero de repente un eolor captó su atención. Un hormigueo se extendió por sus hombros y cuello, y se estremeció.

El aroma lo envolvió, su toque picante se instaló en su lengua y le recordó a una bebida humeante que podía degustar en pleno invierno, dulce y cálida. El olor bajó por su garganta y giró la cabeza para ver de dónde provenía.

No se había dado cuenta de que se había detenido hasta que lo tiraron hacia adelante y tropezó. Acortó la distancia entre el guardia y él, mientras un pánico repentino hacía que su corazón le martilleara contra las costillas. Intentó mirar entre los huecos de la multitud que se movía.

¿Qué estaba pasando? ¿De dónde venía ese olor?

Cerró los ojos e inspiró. Lo captó entre el matiz de perfumes y sudor que manaba de la gente. Se le hizo agua la boca.

—Deténganse —dijo en voz baja, sintiendo un pitido en los oídos que no lo dejaba pensar— ¡Deténganse! —repitió con un grito que llegó hasta la multitud.

Metli dio media vuelta. La irritación que sentía emanaba de cada músculo tenso de su cuerpo.

—Si querías ver la despedida, deberías haber… —Sus palabras se interrumpieron cuando vio su mirada frenética y desorbitada observando a la multitud.

Maxu sintió que su piel le ardía y que su sudor se evaporaba en el aire seco, dejándolo pegajoso. Por alguna razón inexplicable, su pene se endureció bajo sus pantalones. Un aroma a ambrosía, néctar calentado por el sol y especias dulces flotaba en el aire, abrumando su mente y debilitándole las rodillas.

—¿Estás…? —comenzó Metli. Maxu la miró y se fijó en sus labios separados y su expresión llena de asombro.

No pudo evitar volver a concentrarse nuevamente en la multitud mientras preguntaba.

—¿Qué me pasa?

De pronto vio una cabeza oscura entre los hombros de dos hombres. Se fijó en la visión limitada que tenía de una melena negra y suave, como si todo lo demás se hubiera desenfocado.

—Oh, Maxu. —Había demasiada alegría en la voz de Metli. Él la miró y vio que le dirigía una sonrisa amplia, mientras enarcaba una de sus delgadas cejas cubierta de brillo púrpura— ¿Has reconocido a alguien? Tus ojos lo confirman.

Maxu parpadeó. La máscara de indiferencia que le gustaba exhibir estaba perdida debajo de la conmoción más absoluta. ¿Había cambiado el color de sus ojos? Oyó un crujido en su cuello al girar la cabeza y se volvió para intentar mirarse las manos.

—¿Están ahí? —gritó, girándose de nuevo y mostrándole la espalda a Metli.

No tuvo que explicar lo que quería decir. Cualquier clecaniano que hubiera escuchado aunque solo fuera una parte de su conversación, habría sabido qué estaba preguntando. ¿Habían aparecido las marcas en sus manos? ¿Había reconocido por completo a la persona que el universo había decidido que era suya? ¿Había encontrado a su pareja?

Escuchó las exclamaciones de asombro de algunos guardias, pero la única respuesta de Metli fue una risita. Se volvió para mirarla, pero recibió un tirón cuando su guardia dio un paso hacia atrás, alejándose de ella.

—Parece que tienes una pareja por ahí —dijo Metli.

El pulso de Maxu rugía en sus oídos mientras examinaba desesperado a la multitud en busca de una cabeza de pelo corto y oscuro. Su pareja caminaba por el centro de la multitud, lo que significaba que… Se quedó sin aliento y, sin pensar, tensó los brazos contra las esposas.

Tenía que ser humana, y si lo era eso podría significar que se estaba marchando. Se alejaba de él para comenzar una gira de tres meses de duración. La multitud se acercó cuando el último

avehículo se detuvo. Maxu forcejeó contra el collar que lo retenía y saltó para ver por encima d
ylos espectadores. Certera y más clara que cualquier otra cosa, su atención se enfocó de inmediat
en la parte posterior de la cabeza de una mujer. Una melena corta y oscura y un cuello esbelto y
ypálido fueron todo cuanto pudo distinguir antes de que ella avanzara y desapareciera entre l
ıgente.

e —¡Muévanse! —gritó. Algunos de los clecanianos que tenía adelante se sobresaltaron y s
apartaron del camino, pero la mayoría no oyeron su orden con el ruido que había en la calle. E
collar le impedía avanzar hasta los espacios vacíos, así que gruñó y se giró hacia el guardia qu
.tenía la banda en el brazo. Sin embargo, el hombre estaba preparado y el collar obligó a Maxu a
detenerse, como si hubiera chocado con una barrera invisible; la tensión magnética lo acercaba y
-.al mismo tiempo lo mantenía a una distancia segura para que no causara ningún daño. Maxu l
rugió, pero el guardia solamente se estremeció.

. —Suéltame. Mi pareja está ahí —le exigió a Metli.

ɔ La sonrisa de ella vaciló y después desapareció.

—Has estado evitando encontrar una esposa desde que te conozco. Te has mostrad
ɔpúblicamente irrespetuoso con la reina una y otra vez. Y ahora, después de faltarle al respeto e
auno de los días más importantes de su carrera, ¿esperas que te suelte? —El rencor manaba d
ycada una de las palabras de Metli—. Cumplirás tu condena y después podrás ir a buscar a t
pareja. Eso te enseñará una lección que hace mucho tiempo deberías haber aprendido.

ı Incluso ahora, Maxu podía sentir que su pareja se alejaba, como si tuviera atada al estómag
una cuerda que lo conectaba con ella. Era una sensación incómoda, tiraba de él en su dirección
pero no podía verla. Un gruñido peligroso reverberó en su pecho y fulminó a Metli con l
mirada.

ı Cuando le quitaran los grilletes, descuartizaría a esa mujer miembro por miembro. Quis
decírselo en voz alta, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, un guardia a su izquierd
alevantó un bote de espray somnífero. La fina bruma cayó en su boca y nariz.

-. Se tambaleó hacia el crucero en un último esfuerzo por conservar la consciencia. Oy
gruñidos y chillidos mientras se desplomaba entre la gente, quedándose dormido antes de caer a
esuelo.

l

,
ı
l

i
a

a
e

a
ɔ

vehículo se detuvo. Maxu forcejeó contra el collar que lo retenía y saltó para ver por encima de los espectadores. Certera y más clara que cualquier otra cosa, su atención se enfocó de inmediato en la parte posterior de la cabeza de una mujer. Una melena corta y oscura y un cuello esbelto y pálido fueron todo cuanto pudo distinguir antes de que ella avanzara y desapareciera entre la gente.

—¡Muévanse! —gritó. Algunos de los clecanianos que tenía adelante se sobresaltaron y se apartaron del camino, pero la mayoría no oyeron su orden con el ruido que había en la calle. El collar le impedía avanzar hasta los espacios vacíos, así que gruñó y se giró hacia el guardia que tenía la banda en el brazo. Sin embargo, el hombre estaba preparado y el collar obligó a Maxu a detenerse, como si hubiera chocado con una barrera invisible; la tensión magnética lo acercaba y al mismo tiempo lo mantenía a una distancia segura para que no causara ningún daño. Maxu le rugió, pero el guardia solamente se estremeció.

—Suéltame. Mi pareja está ahí —le exigió a Metli.

La sonrisa de ella vaciló y después desapareció.

—Has estado evitando encontrar una esposa desde que te conozco. Te has mostrado públicamente irrespetuoso con la reina una y otra vez. Y ahora, después de faltarle al respeto en uno de los días más importantes de su carrera, ¿esperas que te suelte? —El rencor manaba de cada una de las palabras de Metli—. Cumplirás tu condena y después podrás ir a buscar a tu pareja. Eso te enseñará una lección que hace mucho tiempo deberías haber aprendido.

Incluso ahora, Maxu podía sentir que su pareja se alejaba, como si tuviera atada al estómago una cuerda que lo conectaba con ella. Era una sensación incómoda, tiraba de él en su dirección, pero no podía verla. Un gruñido peligroso reverberó en su pecho y fulminó a Metli con la mirada.

Cuando le quitaran los grilletes, descuartizaría a esa mujer miembro por miembro. Quiso decírselo en voz alta, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, un guardia a su izquierda levantó un bote de espray somnífero. La fina bruma cayó en su boca y nariz.

Se tambaleó hacia el crucero en un último esfuerzo por conservar la consciencia. Oyó gruñidos y chillidos mientras se desplomaba entre la gente, quedándose dormido antes de caer al suelo.

Capítulo 3

—Viajamos a nuestra primera parada. ¿Estás preparada? —Daunet, la guardia personal de Meg, la miró desde el otro lado del crucero, inclinándose hacia ella con los codos apoyados en las rodillas.

Meg se frotó las palmas de las manos en los muslos e intentó desviar su atención y no pensar en la agitación que sentía en el estómago.

—¿Estás segura de que estás bien? —le preguntó al notar el aspecto pálido de Daunet. La mayoría de cruceros de Tremanta carecían de ventanas, pero los amplios cruceros especiales que les habían ofrecido contaban con ventanas opcionales, permitiéndole a los ocupantes decidir si querían mirar afuera o no.

No fue hasta que habían recorrido la mitad del camino que Meg y la otra humana que viajaba en el vehículo, Sophia, se dieron cuenta de que sus guardias se habían puesto un poco verdes. A parecer, observar el paisaje mientras viajaban a unos ciento sesenta kilómetros por hora mareaba a la mayoría de los clecanianos. Después de enterarse de esto, Meg y Sophia no tuvieron más opción que cerrar las ventanas por miedo a que les vomitaran el almuerzo encima antes de llegar a la primera parada.

Cribus, la ciudad del cielo.

Había pasado buena parte del viaje releyendo todo lo que pudo sobre la ciudad. En realidad no estaba en el cielo, sino que descansaba al borde del mar sobre unos enormes acantilados. La ciudad se había ganado su nombre por la niebla que solía emerger del agua y cubrir el suelo. El texto que había leído describía una niebla tan espesa que la hierba y el agua quedaban completamente ocultos, dando la sensación de que se caminaba entre nubes.

También había leído que la niebla era muy peligrosa. Muchos habían estado tan fascinados a pasear por el cielo que se habían caído desde los peligrosos acantilados. Por supuesto, esto ya no sucedía desde hacía mucho tiempo. Habían instalado barreras para que, incluso si llegabas a los acantilados, un muro invisible impidiera la caída, pero el extraño fenómeno había moldeado la cultura de Cribus de todos modos. La gente de la ciudad era famosa por lo que Meg denominaba su «enfoque de los pies primero».

Una vez que cerraron las ventanas del crucero y no podía seguir mirando maravillada los campos de tonos pasteles y los brillantes ríos turquesas, Sophia y ella se dedicaron a extender sus pies y a apuntar sus dedos en lo que era el saludo tradicional cribusiano. Meg se sentía como una modelo de zapatos cada vez que intentaba estirar la pierna y apoyar el pie extendido delante de ella. Sophia dijo que la hacía sentir como una bailarina de ballet. Después de una hora de práctica, tuvieron que detenerse por los calambres en los arcos de sus pies.

Meg se sentía segura de lo que había aprendido de la ciudad durante el viaje de cuatro horas. Se sentía confiada de que sabía todo lo necesario para evitar posibles errores, así como lo que era educado decir y hacer, y lo que no. Pero ahora, al abrir la ventana y mirar al pequeño grupo de gente que esperaba y que se hacía más numeroso a cada minuto, cuestionó todo lo que había aprendido.

Habían llegado a lo que parecía un gran anfiteatro construido justo al borde de los

acantilados. No había niebla hoy, y el océano salvaje de un azul verdoso era visible más allá de pronunciado precipicio del teatro.

Había visto algunas fotografías de Cribus, pero en ninguna aparecía así. Las colinas eran más verdes de lo que había imaginado. Las casas de techos redondeados pintadas con los colores de arcoíris también eran distintas. Eran más altas y más reales que cuando había admirado los pintorescos edificios de colores brillantes en su pantalla de lectura en Tremanta.

¿Y el anfiteatro? La fotografía que había visto mostraba una zona con asientos vacíos bellamente tallados y un intrincado suelo de mosaicos. Pero ¿ahora? Había tanta gente dentro que ni siquiera podía ver el suelo.

Daunet había intentado prepararla para esto. Les había advertido a ambas que, aunque nadie sabía qué ciudades iban a visitar las humanas en su gira, en cuanto aparecieran los cruceros especiales, los ciudadanos acudirían en su búsqueda.

Meg sintió su corazón palpitando en la garganta y un profundo temor se instaló en su estómago mientras los cribusianos llenaban el teatro. La mayoría eran de diferentes tonos de azul pálido, con piernas largas y gráciles. Todos eran imponentes.

¿De verdad estaba preparada para esto? La gente, los edificios, el sol naranja sobre el mar cubierto de espuma blanca… Todo era maravilloso. Esto era lo que había estado esperando durante meses, pero en este momento le resultaba aterrador.

—Vaya, es verdad —dijo Sophie, que miraba por la ventanilla—. No usan zapatos.

Meg miró los pies de los cribusianos que se encontraban más cerca y un ligero brote de emoción invadió sus nervios. Dos mujeres que no dejaban de lanzar miradas curiosas hacia su crucero mientras entraban en el teatro caminaban descalzas. No se había dado cuenta antes, porque algo les cubría la parte superior de los pies. Casi pegó su cara a la ventanilla para ver que era y sonrió.

—Creo que son plumas.

—¿De verdad? —Sophia se acercó todo lo que pudo a Meg para ver bien. Su larga melena negra rozó el brazo a Meg, y cuando esta se echó hacia atrás en su asiento y levantó las manos Sophia se inclinó sobre su cuerpo para mirar por la ventanilla—. Oh, vaya, ¡sí que lo son! ¿Crees que se las han pegado ahí o tienen plumas en los pies?

—La gente de Cribus se decora los pies para estar a la moda.

Meg y Sophia se volvieron para mirar a Heleax, el guardia de Sophia. Daunet asintió mientras se alisaba el uniforme y ajustaba las armas que llevaba en el hombro y el pecho.

Meg había leído al respecto. Usaban todo tipo de cosas para decorar sus pies, como joyas, plumas, plantas y pintura. Ahora entendía que leer algo y experimentarlo eran cosas muy diferentes. Esa era la belleza del regalo que le habían dado: experimentar un lugar y su gente en vez de solo leer al respecto. Esto era lo que tanto había deseado. Siguió observando mientras llegaban más y más cribusianos y, poco a poco, el asombro y la gratitud desvanecieron su ansiedad.

No tenía que ser científica ni cosmopolita. La gente que venía a verlas solo quería saber acerca de los humanos. Meg estaba preparada para esto. Podía responder cualquier pregunta que le hicieran. Se volvió hacia Daunet con una sonrisa.

—Estoy preparada.

l

s
l
s

s
o

e
s

ı
l

r
o

e
ı
s
é

a
,
s

ó

,
y
n
s
ı

r
e

Capítulo 4

Meg no estaba preparada.

De las seis mujeres que había sobre el escenario, ella había sido la que había tenido más dificultades para contestar. Sin embargo, no podía ser demasiado dura consigo misma, ya que la mayoría de las preguntas que le habían hecho habían sido acerca de relaciones románticas, sexo y temas sobre los que nunca en su vida había hablado tan abiertamente con nadie; ni siquiera con su marido.

¿Cómo era el cortejo en la Tierra? ¿Eran las mujeres las que por lo general ponían las reglas? *¿Cómo puedo saberlo? ¡Llevo casada desde los dieciocho años!*

¿Qué posición preferían las humanas? *De las dos posiciones que he probado en mi vida prefiero la del misionero.*

¿Quién era el responsable del cuidado de los hijos? *En mi familia de mierda, las mujeres son las que se encargan siempre de eso.*

¿Por qué se besan los humanos? ¿No están preocupados por las bacterias de la boca? *Yo trataba de besar a mi marido lo menos posible, así que no sabría decirles.*

¿Cómo reaccionarían los humanos al saber de otros planetas? *Se volverían locos y apuntarían con misiles al espacio.*

Estas habían sido las respuestas que le habían venido a la cabeza cuando le habían hecho esas preguntas, pero en lugar de pronunciarlas en voz alta, se había quedado mirando a la gente con los ojos desorbitados, buscando algo que decir, cualquier cosa que fuera remotamente informativa.

Las mujeres que la acompañaban (Sophia, Lucy, Rita, Tara y Camille) habían respondido por turnos. Unas lo habían hecho mejor que otras; las primeras habían sido Lucy, Camille y Rita. Las demás habían dudado, como ella, mientras se removían en sus asientos como si les hubieran pedido que alimentaran a un león hambriento.

Por suerte, Lucy, Camille y Rita eran ángeles. Cada vez que Meg se atascaba con una de sus respuestas o que Tara se iba por las ramas con divagaciones sin sentido que no guardaban relación con la pregunta formulada, una de las tres intervenía y tomaba las riendas.

En algunos casos, los representantes políticos de la reina de Tremanta, Kel y Malinu explicaban las respuestas de las humanas, pero la mayor parte del tiempo permanecían en silencio y solo intervenían para responder preguntas sobre los planes actuales para la integración entre Clecania y la Tierra.

Cada ciudad de Clecania tenía sus propios gobernantes e ideas sobre cómo lidiar con la ardua tarea de convencer a la Alianza de reclasificar a la Tierra, pero la reina de Tremanta era la representante del planeta. De todos los gobernantes, la habían elegido a ella para reunirse con la Alianza Intergaláctica y discutir el caso de Clecania para conseguir el cambio de clasificación de la Tierra.

Meg también comprendió por el tono frío de muchos de los civiles, que no les gustaba particularmente el poder que la reina tremantiana ostentaba.

Sin embargo, aunque el momento de la entrevista había sido duro, el resto de la tarde estaba

siendo espectacular. Habían vestido a todo el grupo con las prendas cribusianas más elegante para una fiesta en el refugio de fieras Gilganti.

El refugio de fieras, según entendió Meg, era un viejo edificio construido en el costado de los acantilados. El lugar había funcionado en el pasado como una especie de zoológico, pero ahora era más bien un museo y espacio de eventos. El constructor había diseñado los tres edificios conectados para que se asemejaran a las tres pilas de huevos que ponían las arácnidas hembra gilganti. Tres esferas de cristal unidas por unos estrechos pasillos descendían por el acantilado como si fueran enormes sacos de huevos de gilganti.

Qué asco. Meg sonrió pensativamente. Estaba deseando verlo.

Mientras se arreglaba el pelo frente al espejo, se dio a sí misma una charla motivadora. *De acuerdo, la entrevista no ha salido muy bien, pero este será mi momento para brillar*: una fiesta de verdad. Sonrió con más ganas.

Nunca había estado en una fiesta sofisticada como esta, a menos que pudiera considerar su pequeña y solemne boda como una fiesta, pero la nueva Meg, la persona que quería ser, adoraba las fiestas. En el fondo era una chica fiestera, sexy, coqueta e interesante, y al fin podría mostrar durante esta noche esa parte de sí misma.

Le habían dado la opción de elegir entre varios atuendos, todos gloriosamente hermosos, y había escogido un vestido vaporoso de seda de color rosa claro que la hacía sentir más a la moda que nunca antes en su vida.

Unas capas de un tejido rosa diáfano le envolvían el cuello desde los hombros hasta los muslos. Casi parecía una capa o un poncho. Aunque las tiras horizontales de tela se sobreponían ligeramente entre sí, eran muy transparentes.

Había estado a punto de decir «a la mierda» y no ponerse nada debajo del extraño atuendo pero entonces las voces de su cabeza se habían apoderado de ella y había pedido un body de color piel.

No obstante, cualquiera que la mirara podría pensar que estaba desnuda bajo la tela translúcida, a menos que se fijara bien. ¿Cómo iban a saberlo?

El traje era una obra maestra tan corta que le inquietaba inclinarse. Por supuesto, no había necesidad de preocuparse. Como todas las maravillosas creaciones de esta ciudad, el vestido era tanto precioso como funcional. Había unos pantalones cortos y holgados ocultos bajo la última capa de tela, camuflados como dobladillo del vestido. Ninguna ráfaga de viento haría que mostrara nada esta noche.

Como era de esperar, los tacones no eran comunes aquí. En su lugar, un hombre cautivador de brillantes ojos turquesas llamado Lito había diseñado la decoración para los pies de todo el mundo basándose en su ropa. Sus ayudantes le habían pegado flores frescas de color rosa y blanco, junto con relucientes diamantes de imitación en los empeines, formando un precioso diseño que ascendía hasta las pantorrillas. También le habían puesto maquillaje en los pies perfilándolos de tal forma que apenas reconocía sus propios dedos. ¿Los había visto alguna vez tan elegantes?

No era fácil habituarse a los accesorios de los pies, pero cuanto más se miraba Meg en el espejo, más se sentía como una ninfa mística del bosque. Incluso el símbolo dorado de Clecania que ella y las demás miembros de su grupo de viaje debían usar cuando aparecían en público resplandecía felizmente en su hombro. El vestido vaporoso tenía algunos brillantes pequeños incrustados en la tela, y cuando la luz lo iluminaba en el ángulo correcto, sus curvas adoptaban un aspecto sensual y elegante con el brillo.

s —Vaya, te ves increíble. —Meg suspiró cuando vio la sedosa tela azul del vestido de Daunet Con su uniforme, Daunet era preciosa, pero con ese vestido azul ajustado con tiras cruzada ssobre los hombros que luego le envolvían el torso, parecía una diosa griega.

a Daunet recorrió con la mirada la ropa de Meg, lo que provocó que de manera instintiva sapretara la mandíbula y hundiera los hombros. *No le gusta. Revela demasiado. No puedo sali* a*con esto.* A lo mejor podía buscar otro body de un color llamativo para que quedara claro que no ɒestaba desnuda debajo del vestido.

Daunet sonrió.

—Estás absolutamente encantadora.

e —Jeremy no me dejaría salir de casa así —comentó Meg, tratando de calmar el calor que le asubió a las mejillas por el cumplido.

—¿Quién es Jeremy? —preguntó Daunet con tono cortante y los ojos dorados entrecerrados ɹ—. Nunca has mencionado ese nombre.

a Meg se quedó paralizada y se contuvo para no tragar el nudo que se le había formado en la rgarganta. No le había hablado a nadie sobre Jeremy. ¿Qué harían los tremantianos si se enteraban de que estaba casada? No iban a llevarla de vuelta a la Tierra, pero ¿tratarían de limitar lo que ypodía hacer? ¿Se pondrían en contacto con Jeremy una vez que reclasificaran la Tierra?

a Esta era una preocupación constante en el fondo de su mente y, por egoísta que pareciera Meg rezaba para que la Tierra nunca fuera presentada al universo, así no tendría que averiguarlo.

s —No es nadie —dijo con un tono demasiado bajo. En lugar de sostener la mirada crítica de nDaunet, se volvió hacia el espejo y fingió que se tocaba el pelo.

—Está bien —respondió la guardia con calma. Por supuesto, la contestación de Meg no la ɔ,había engañado. Extendió una pierna con los dedos de los pies estirados y apoyó el pie delante de eella—. ¿Has practicado el saludo?

Con un sobresalto, Meg asintió y la imitó. Estiró los dedos y los bajó junto a los de Daunet acopiando la suave reverencia que ella hacía. En su investigación, no había encontrado información sobre la reverencia, pero si Daunet la hacía, probablemente tenía que hacerla.

a Exhaló un suspiro.

a —¡Tienes el pie espléndido, Daunet!

a Unas perlas de diferentes tamaños cubrían el pie de Daunet y le envolvían el tobillo. En los epuntos más altos del pie había un brillo holográfico azul que le confería el aspecto de su pie natural. De pronto, Meg comprendió por qué la gente hacía esa pequeña reverencia. Cuando rinclinaba el cuerpo hacia delante, se dio cuenta de que su foco de atención se centraba lautomáticamente en los pies de ambas. Era una oportunidad para admirar el arte que todos se yesmeraban por crear.

ɔ —Gracias. —Daunet se quedó mirando sus pies antes de ponerse recta—. Iba a recordarte ɔ,que permanezcas en mi campo de visión toda la noche, pero con ese vestido no me costará zlocalizarte. Llama la atención.

Meg dio una vuelta en donde estaba.

l —Lo sé. —Se detuvo en seco y volvió a mirar a Daunet —. Aunque hubiera problemas, no apodrías hacer mucho con eso. —Señaló el corpiño ajustado de su vestido.

ɔ La mujer se rio.

s —Vamos a visitar un edificio dedicado a la gilganti hembra, una criatura que atrae al macho ɹcon su pelaje suave y alas decorativas antes de devorarlo. Una mujer puede ser mortífera y hermosa al mismo tiempo, y yo no soy una excepción. Tengo todo cuanto necesito para

.mantenerte a salvo.

s —Sí, señora. —Meg asintió con la cabeza, impresionada.

Salieron en cuanto las demás humanas estaban listas. Cuando llegaron al refugio de fieras, les aindicaron que aguardaran frente a unas muescas que había en la parte baja de la pared del redificio. Meg se sobresaltó cuando salió una bandeja de metal de la apertura que tenía frente a ella y estuvo a punto de chocar contra sus dedos de los pies. El hombre que las guiaba por el edificio levantó una pierna y colocó la planta de su pie en la espuma de la bandeja. Cuando lo levantó, tenía moldeada en la planta de su pie una capa clara casi imperceptible, como una segunda piel invisible.

e Meg hizo lo mismo, colocando ambos pies en la espuma y retirándolos con una fina capa que apenas notaba.

s —Cuando salgan del edificio, pueden quitarse la capa protectora. Pedimos a todo el mundo que se la cambie antes de entrar en cada sección del refugio de fieras.

a El hombre esperó a que el grupo asintiera antes de llevarlas adentro. El gesto de Meg fue un poco brusco, ya que su emoción la hacía sentirse eufórica. Todas las humanas iban muy cerca de sus guardias mientras descendían por la larga escalera en espiral y salían a un rellano que daba a la primera esfera del complejo. Meg se quedó sin aliento. Todo el edificio estaba hecho de cristal, y la vista que tenía ante ella era increíble. Un mar de color turquesa resplandecía bajo la intensa luz solar anaranjada.

e El grupo bajó por unas escaleras hacia la izquierda que se curvaban a lo largo de la pared hasta la planta principal, más abajo. El pulso le latía con fuerza por todo el cuerpo cuando vio al grupo que aguardaba allí. Todos los ojos se volvieron hacia ellas.

e Meg esperaba algún tipo de indicación cuando llegaran a la fiesta, pero no la hubo. Las humanas se dispersaron, abriéndose paso entre la multitud y permitiendo que los pequeños grupos de cribusianos corteses se aproximaran a hablar con ellas.

o Tras tomar un vaso con una bebida alcohólica clara y fuerte que la calentó por dentro, y después de unos minutos de charla con las dos mujeres de pies emplumados que había visto fuera del anfiteatro, Meg se relajó. Aunque Daunet permanecía cerca de ella, no interfería en su conversación. Nadie le decía qué hacer o cómo ser.

s Su familia se habría muerto de vergüenza si la hubiera visto caminar con sus pies eldeslumbrantes sonriendo a hombres y mujeres, pero ella solo se sentía feliz y libre.

o La gente se acercaba a ella y hablaba de un modo inquisitivo, similar a como lo habían hecho aen la entrevista de ese día, pero mucho más relajado y amistoso. Mientras bebía otro vaso de elíquido ardiente, la sonrisa que les dirigía a aquellos que se acercaban a hablar con ella se volvía más amplia y su contacto visual, más atrevido.

e Algunas personas a las que sonreía mantenían una expresión neutra, pero muchas le ádevolvían la sonrisa. Estaba flirteando y lo sabía, pero no podía evitarlo. Quería flirtear. No había tenido muchas oportunidades de hacerlo como adulta y nunca se había visto tan bien como en ese momento.

o No solo se sentía preciosa por fuera. También se sentía importante, como si estuviera haciendo algo que iba a beneficiar verdaderamente a los humanos.

Zeleph, un hombre alto de hombros anchos que le había estado dando espacio, aunque oregresaba a su lado cada vez que había una pausa en la conversación, se aproximó con uno de los ypequeños dulces que Meg había estado tomando de las bandejas flotantes que había en la ahabitación.

Era guapo, tenía una sonrisa amplia y cálida y la piel del tono azul de los huevos de u petirrojo. A diferencia de Tremanta, los hombres de Cribus lucían vello facial bien cuidado. L sbarba de Zeleph era de un bonito tono crema. Llevaba pequeñas gemas en ella, pero también e lel pelo, que era corto y peinado hacia atrás sobre sus orejas largas y puntiagudas. Daba l aimpresión de que alguien había usado nubes, cielo azul y músculo para esculpir a un hombr lperfecto.

o Meg miró el dulce que tenía en la mano. Nunca antes había probado nada igual. Una mezcl ade cereza y algo indefinible, como el aire helado o la niebla. Era algo que no sabía que pudier ser un sabor. Más que el sabor, le fascinaba la originalidad de lo que estaba degustando.

e Él le ofreció el dulce y, con un ligero rubor, lo aceptó.

—Gracias, Zeleph.

o El hombre sonrió, dejando ver unos brillantes colmillos blancos que contrastaban con su rasgos amables.

n —No hay de qué, Meg. Me he fijado en que te gustan. —Con el dulce en la boca, sonri etímidamente y asintió. Empezó a dolerle la mandíbula por el esfuerzo de masticar rápidament amientras él la miraba—. ¿Puedo hablar un poco más contigo? Estás radiante y me cuest lconcentrarme en otra cosa.

a Meg sintió que el calor descendía por su columna y se derritió por dentro. Zeleph no s apartó de su lado el resto de la noche y a ella no le importó. Flirtearon y conversaron. A pesa d lhaber aprendido mucho en sus estudios, mientras hablaba con Zeleph y se integraba en la fiesta lcomprendió que había muchas cosas sobre una cultura que tan solo se podían descubrir a trav de la experiencia.

s Caminaron juntos por los tres edificios del refugio de fieras. El segundo era casi idéntico a sprimero. Había cristal por todas partes, pero cuando Meg finalmente recordó mirar hacia abajo tal y como hacían los demás, se quedó helada. Aunque las paredes y el techo estaban despejados yel suelo era todo lo contrario. Las capas de vidrio claro salpicadas de esculturas de plantas y apintura hacían que pareciera que estaba caminando en un bosque sobre las nubes. Se movieron upor la instalación artística, comentando la delicadeza con la que el artista había colocado la hojas para que diera la sensación de que se mecían con el viento.

s Cuando Zeleph y ella llegaron al último edificio, le dolían las mejillas de tanto sonreír. Co la bebida en la mano, él la guio hacia uno de los túneles de vidrio oscuro que se abría paso por e pacantilado.

e A Meg empezaron a sudarle las manos. ¿Iba a besarla? ¿Por qué llevaban los hombres a la amujeres a rincones oscuros?

Se pasó la lengua por los labios cuando él giró la cabeza e intentó recordar cómo respira e¿Sabía besar bien? Solamente había besado Jeremy, y por la cantidad de humedad que s alimpiaba de la boca tras cada beso, dedujo que él besaba mal. Pero tal vez ella era igual de mala e¿Cómo iba a saberlo? Nunca habían hablado del tema.

De todos modos, él no va a saber si lo haces mal, se recordó con una sensación de confianza aEntonces se acordó de que a la mayoría de los clecanianos los besos le parecían poco naturales y frunció el ceño. A lo mejor iba a besarle el cuello o lo que aquí fuera su equivalente.

e Podía distinguir la roca pálida del acantilado contra el cristal mientras caminaban y s smaravilló por lo difícil que debía de haber sido moldear el material a las curvas y aristas de aacantilado.

—¿Por qué me has traído aquí? —susurró con tono coqueto, rozándole el brazo con el suyo

nagradecida de que el túnel fuera oscuro y no viera el intenso rubor en sus mejillas.

a —Las gilganti —respondió él con un susurro. Bajó la mirada al suelo y ella hizo lo mismo.

n Unas arañas tan grandes como su cabeza se escabullían por las salientes escarpadas de aacantilado, justo debajo de sus pies. Las olas chocaban con violencia contra las rocas a unos etrescientos metros por debajo de las criaturas. Meg gritó y se pegó a la pared de cristal de un salto; la bebida se le cayó al suelo.

a Zeleph corrió hacia ella con cara de preocupación.

a —¿Estás bien? No pueden entrar aquí. Lo siento mucho; pensé que te gustaría verlas.

Cuando su corazón por fin se calmó, Meg sonrió. Soltó una risita y entonces se puso a reír a carcajadas.

—Estoy bien, estoy bien. No sé por qué me estoy riendo. —Respiró hondo al ver su sexpresión estupefacta.

Inspiró profundamente, carraspeó y volvió a mirar a las arañas. Tenían el cuerpo cubierto de ún pelaje espeso que casi les ocultaba las patas. Si no fuera por las cuatro delicadas alas de hada eque brotaban de su lomo, parecerían cabezas cortadas correteando por las rocas.

a Meg miró a Zeleph, que seguía observándola con preocupación. Se acercó a él y puso una mano en su brazo.

e —Ya estoy bien. Son… interesantes. Muchas gracias por enseñármelas. —Le sostuvo la emirada con la mano en su brazo. *Bésalo ahora, boba*.

, Antes de poder reunir el coraje, él le dirigió una sonrisa amable, recogió su vaso del suelo y sla guio por el resto del túnel. Daunet esperaba al otro lado y miró a Meg con una ceja enarcada.

En el tiempo que habían pasado juntas en Sauven, Daunet había comprendido lo preparada lque estaba Meg para experimentar todo lo que su nueva vida podía ofrecerle, incluidos los ,hombres.

, —Es hora de volver —anunció Daunet—. Te espero allí. —Se movió hacia la entrada de yedificio y Meg asintió.

n —Ha sido un placer conocerte, Meg. Espero que vuelvas a Cribus muy pronto. —Zelepl stenía los brazos a la espalda y las esquinas interiores de las cejas blancas curvadas hacia arriba en una expresión de decepción.

n Meg se armó de valor, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. Zeleph abrió sus lojos sorprendido, pero su boca permaneció firme. A Meg le ardía la piel y sintió un agudo dolor en el vientre.

s Esto era muy incómodo. No sabía por qué había pensado que no iba a serlo. Ella no era exactamente una maestra de la seducción y aquí nadie daba besos. Bajó sobre sus talones.

. —Gracias por enseñarme este lugar y hacerme compañía —murmuró rápidamente y, sin esperar respuesta, se alejó.

. Cuando alcanzó a Daunet, oyó su tono divertido:

—¿Cómo te fue?

. —Cállate —replicó con una risita. Todavía le ardía la cara por la vergüenza. Echó una última ymirada por encima del hombro y comprobó que Zeleph la miraba con el ceño fruncido— ¿Podemos salir de aquí, por favor? —se quejó.

e Probablemente era positivo que se hubiera estrellado. Era mejor avanzar lentamente. Había lbesado a alguien nuevo, y tenía que estar orgullosa de eso. Por lo menos, se había atrevido. Fue mejor que él no hubiera querido llegar a algo más, o al menos intentó convencerse de ello ,mientras Daunet y ella avanzaban en silencio para reunirse con el resto de su grupo en la puerta

de entrada.

A fin de cuentas, solo había estado con un hombre, o más bien un chico, toda su vida. Su conocimiento sobre las relaciones sexuales era escaso en el mejor de los casos. Sabía cómo habían funcionado las cosas entre Jeremy y ella, y sabía que no le gustaba, pero no tenía mucho más con qué comparar. Quería aprender, experimentar, descubrir cómo era ella y qué le gustaba pero la mera idea de intimar con alguien la emocionaba, aunque también la ponía nerviosa.

—¡Hola, señorita! Me sorprende verte aquí. —El suave acento sureño provenía de su derecha. Camille, preciosa con un ceñido vestido color magenta, la alcanzó. La abertura del vestido dejaba a la vista unas gemas doradas con forma de estrellas que subían por su pierna. También llevaba polvo dorado estratégicamente espolvoreado sobre las clavículas, hombros y mejillas, lo que realzaba su tez oscura.

Lucy, que llevaba una falda de bailarina de color amarillo intenso, caminaba al lado de Camille con una sonrisa cómplice. Era la imagen misma del verano, con pétalos de flores amarillos cubriéndole las piernas bronceadas.

—Así es. ¿Qué ha pasado con el señor Ojos Azules? Se veían muy cómodos cuando entraron en ese túnel.

—No puedo dejar toda la diversión para el primer día, ¿no? —mintió Meg, y se encogió de hombros en un gesto juguetón.

Daunet resopló a su lado y Lucy se puso a hablar sobre otro chico guapo con el que había hablado, mientras Camille se maravillaba con las gilganti. Meg seguía con la mente perdida en los recuerdos de la noche.

Antes de darse cuenta, ya había entrado en su pequeña y cómoda habitación del segundo piso de un edificio rojo abovedado. Las capas y capas de pelusas que formaban su enorme cama en el suelo la atraían y, antes de oír siquiera la puerta cerrarse, se tiró sobre ellas.

Reprodujo la velada en su cabeza. Quería capturar en ámbar todos los recuerdos para poder revivirlos siempre. Tal vez aún tenía alcohol en el cuerpo, porque ni siquiera le preocupaba su insalida vergonzosa de la fiesta.

¿Qué habría pasado si se hubiera quedado? ¿Si hubiera esperado a que Zeleph se recuperara de la sorpresa? ¿Le habría sonreído? ¿La habría tomado de la mano y la habría llevado de vuelta al túnel oscuro?

Levantó los pies delante de ella y contempló con fascinación sus piernas y las flores delicadas que tenía en ellas. Se arremolinaban por su pie, con gemas brillantes colocadas con mucho esmero. Pasó las manos por los pétalos sedosos y luego las deslizó por sus rodillas y la parte superior de sus piernas. La tela del vestido le rozó suavemente la parte alta de los muslos cuando acarició el tejido con las manos. La sensación de la tela rozándole el cuerpo le puso la piel de gallina. ¿Sería así como se sentiría su barba?

Cuando sus dedos llegaron a la parte baja del vientre, se mordió el labio. Se levantó y, con toda la indiferencia que pudo fingir, examinó la habitación. No sabía por qué siempre se sentía tan tímida con esto, pero así era. Incluso ahora, solo de pensarlo le ardían las mejillas. Cuando estuvo segura de que no había nadie escondido en el baño o detrás del perchero, volvió de puntillas a la cama.

La masturbación había sido siempre un secreto vergonzoso, pero le encantaba. Le entusiasmaba esa sensación de alivio, de perderse en una fantasía durante unos maravillosos minutos. Los grandes ojos azules de Zeleph y su sonrisa con colmillos aparecieron en su mente y se puso de rodillas en la cama.

Se deslizó hacia la pared, agarró unas de las almohadas más mullidas que había visto en su vida y se sentó a horcajadas sobre ellas, amontonándolas entre las rodillas hasta tenerlas como quería. Se imaginó a Zeleph retrocediendo y llevándola al túnel.

El lento balanceo de sus caderas empezó cuando, en su mente, él la presionó contra la pared fría de cristal y comenzó a besarla en el cuello mientras deslizaba las manos suaves y pálidas por sus brazos y espalda. Lo imaginó quitándole el delicado atuendo y bajándole las gruesas bragas por el trasero y los muslos.

El calor le invadió el vientre cuando la fricción de la almohada le rozó el clítoris. Él la agarró por las caderas y la giró, obligándola a inclinarse hacia delante hasta presionar sus pechos desnudos contra el cristal. Apretó los labios y frunció el ceño.

Esta fantasía no encajaba bien. Era lo que ella deseaba, pero no coincidía con Zeleph. Él era demasiado dulce y no lo haría de ese modo. En su mente, él depositó besos suaves sobre su hombro y le susurró al oído lo hermosa que estaba.

El calor en su interior se enfrió un poco y trató de aferrarse a él, meciendo con más fuerza las caderas contra la almohada. Él le sujetó las manos por encima de la cabeza y le recorrió el cuello con los colmillos. Meg abrió los ojos. El calor seguía latiendo en su bajo vientre, pero no sentía nada más.

La idea de que Zeleph se comportara de forma ruda era incongruente. ¿Por qué su mente insistiendo? Quería imaginarlo a él, ¿no? Tal vez esta era la forma que tenía su mente de decirle que le hubiera gustado que él hubiera actuado, que fuera más asertivo.

Cerró de nuevo los ojos y dejó de intentar forzar la fantasía. *En el suelo*. La voz ronca que odio la orden no sonaba como la de Zeleph, pero sus palabras le enviaron una descarga eléctrica Despacio, se puso de rodillas en el túnel oscuro.

Bocabajo; ahora. Separa esas preciosas rodillas para mí. La presión aumentó en su bajo vientre cuando aceleró el movimiento de las caderas y se visualizó a sí misma tumbada bocabajo en el suelo de cristal del túnel. Por suerte, su mente había borrado todas las arañas, pero no la imagen de la caída de cientos de metros hasta las olas estrellándose contra el acantilado más abajo.

Intentó girar la mejilla hacia el cristal, pero de pronto el hombre se le echó encima, mientras su cuerpo desnudo se amoldaba al de ella con una mano firme alrededor de su garganta para esforzarla a mirar hacia el cristal. Casi pudo discernir su reflejo en el suelo cuando se cernió sobre su hombro y su pene se deslizó por su trasero.

El hombre que la retenía y la obligaba a separar las piernas con sus rodillas no era Zeleph Era demasiado ancho y pesado. La mano en su cuello era demasiado áspera. Empezó a resollar y el sudor se deslizó por su columna.

Deslizó una mano por su cuerpo para cubrirse el pecho sobre el vestido mientras aferraba con la otra la almohada entre los muslos. El hombre apoyó su boca sobre su cuello mientras le acariciaba la entrada. Le mordió el hombro y ella meció las caderas.

Ahora se bamboleaba más rápido, con movimientos erráticos e irregulares, incidiendo en el lugar que necesitaba. Con una mano todavía en su garganta, el hombre bajó la otra y le envolvió la cadera. La retuvo para que no pudiera moverse mientras metía el pene en su interior con una embestida suave de las caderas.

Meg se mordió el labio para evitar hacer ruido. Quería gemir y decir cosas pervertidas en voz alta, pero nunca antes lo había hecho porque siempre había temido que la descubrieran. Por esa razón, las dijo en su cabeza.

¡Sí! Fóllame, por favor. Haz que explote. El hombre la satisfizo y la embistió con fuerza justo como imaginaba que haría un hombre como ese. Empezaron a temblarle las rodillas y se tensó alrededor de la almohada; su sexo y clítoris vibraban conforme crecía su orgasmo.

Ya casi, ya casi. Por favor, no pares, murmuró en su cabeza.

Él pegó la boca a su oreja y sus embestidas se volvieron muy, muy profundas. *Nunca.*

El calor la invadió. Arqueó la espalda y todo su cuerpo se contrajo cuando el orgasmo llegó a su punto álgido. Soltó un gemido ahogado.

Entonces el calor se derritió bajo su piel y le convirtió las piernas en gelatina. Volvió a restregarse contra la almohada una, dos veces más, y luego se inclinó hacia delante y cayó en la cama con un gemido de satisfacción. Colocó varias almohadas nuevas debajo de su cabeza y apartó las usadas. Se estiró y sonrió.

Aunque la noche no había terminado con quien pensaba que le daría placer en su mente había sido la mejor noche que recordaba. Se quedó dormida con una sonrisa en la cara. Se sentía satisfecha, un poco ebria y todavía vestida con su atrevido y brillante vestido color rosa.

¡Sí! Fóllame, por favor. Haz que explote. El hombre la satisfizo y la embistió con fuerza, justo como imaginaba que haría un hombre como ese. Empezaron a temblarle las rodillas y se tensó alrededor de la almohada; su sexo y clítoris vibraban conforme crecía su orgasmo.

Ya casi, ya casi. Por favor, no pares, murmuró en su cabeza.

Él pegó la boca a su oreja y sus embestidas se volvieron muy, muy profundas. *Nunca.*

El calor la invadió. Arqueó la espalda y todo su cuerpo se contrajo cuando el orgasmo llegó a su punto álgido. Soltó un gemido ahogado.

Entonces el calor se derritió bajo su piel y le convirtió las piernas en gelatina. Volvió a restregarse contra la almohada una, dos veces más, y luego se inclinó hacia delante y cayó en la cama con un gemido de satisfacción. Colocó varias almohadas nuevas debajo de su cabeza y apartó las usadas. Se estiró y sonrió.

Aunque la noche no había terminado con quien pensaba que le daría placer en su mente, había sido la mejor noche que recordaba. Se quedó dormida con una sonrisa en la cara. Se sentía satisfecha, un poco ebria y todavía vestida con su atrevido y brillante vestido color rosa.

Capítulo 5

Lo habían sanado. Otra vez.

Maxu se miró los nudillos intactos y apretó los dientes. Llevaba toda la semana encerrado en esta maldita celda. Pasaba cada día gritándole a los guardias y mostrándoles sus marcas de emparejamiento y, al ver que lo ignoraban, usaba los puños para golpear la barrera invisible e irrompible frente a él.

Estaba perdiendo la noción de la realidad y la racionalidad. Lo sentía en su mente cada vez que sus pensamientos se volvían inconexos y confusos. La incapacidad de buscarla lo estaba destrozando por dentro. Le hormigueaba la piel, se le revolvía el estómago, no podía comer ni dormir. Lo único que lo hacía sentir mejor que la molestia constante era el dolor. Como cuando te golpeas la mano con algo y el único alivio es apretarla con todas tus fuerzas. Dolor sobre dolor.

Los guardias tenían que gasificar su habitación a menudo y dejarlo inconsciente para poder curarlo antes de que se hiciera demasiado daño. Su única forma de saber cuánto tiempo pasaba inconsciente era el reloj holográfico que había en la esquina de la habitación. Pero ni siquiera el tiempo que pasaba dormido era un respiro.

Durante cada instante de sueño corría y corría tras su misteriosa mujer. Su pelo corto y negro le rozaba la nuca y mecía las caderas suavemente mientras se alejaba de él. Por mucho que él corriera, el lento caminar de ella nunca permitía que la alcanzara. Siempre se alejaba y nunca podía verle la cara. Por mucho que le gritara, ella nunca se volvía.

Maxu se pasó un dedo por las brillantes marcas azules que se curvaban alrededor de sus nudillos. Eran diferentes a las de sus hermanos. Tres de sus hermanos las tenían y todas eran ligeramente distintas.

Las marcas de su hermano mayor, Theo, eran más curvadas, un poco más oscuras y también más gruesas que las de él. Las de Luka eran delgadas y sin mucho movimiento, más precisas aunque no geométricas. Por otro lado, las de Auzed eran similares a las de Luka en diseño, pero más gruesas que las de Theo.

Las marcas de Maxu giraban sobre sus nudillos en pequeños espirales, rodeando luego sus dedos como si llevara anillos en cada uno de ellos. Después, se curvaban por sus antebrazos y se enrollaban alrededor de sus muñecas en bandas gruesas.

¿Le gustarían a ella? Agitó el cuerpo. Su recuerdo le provocaba punzadas dolorosas en el vientre y un sudor frío en la piel.

La necesidad de reclamarla, de verla, olerla y saborearla lo estaba volviendo loco. Su pequeña celda estaba en ruinas. La cama, antes atornillada a la pared, ahora estaba arrancada y formaba un montón de piezas destrozadas en el suelo.

Su olor impregnaba el aire, pues no había tenido la energía mental necesaria para bañarse. Llevaba el pelo desgreñado y grasiento, y lo único que podía hacer para olvidar la sensación angustiosa de sentirse atrapado en esta habitación era desatar su ira. Liberar su lado traxiano; y eso hacía.

Se levantó del suelo, donde se había desplomado cuando habían rociado gas somnífero en la

habitación, y se lanzó a la pared. Golpeó el vidrio con los puños y, cuando oyó un crujido en la mano, lanzó todo su cuerpo contra la pared, rugiendo con cada embestida de su hombro. La pared tan solo tembló e hizo que sus huesos vibraran con el castañeteo de sus dientes.

El gruñido de su garganta retumbaba con cada exhalación profunda. Su pecho se sacudió y una nueva capa de sudor le ensució la ropa con la que llevaba vestido toda la semana.

En su cabeza apareció la imagen de Metli y la furia lo invadió por completo. Corrió hacia la pared de vidrio tan rápido como pudo y, en lugar de tambalearse con el impacto, lo golpeó tan fuerte que rebotó y cayó de espaldas en el suelo, con el hombro torcido en un ángulo antinatural.

Miró el techo antes de cerrar los ojos. Inspiró en un intento de evocar su olor a néctar y especias, pero tan solo percibió su propio olor y el de la suciedad de la habitación.

—He oído que estás armando mucho jaleo. —Una voz calmada y suave que enseguida reconoció flotó hacia él. Se enderezó y vio por la pared de vidrio la figura real y rígida de la reina.

—Déjame salir —gruñó.

—Me gustaría mantener antes una conversación. —Como si fuera una señal, un guardia se acercó corriendo con una silla mullida de terciopelo negro. Sin mirar al guardia, la reina se sentó tan recta como siempre.

¿Una conversación? Apenas podía recordar qué día era. Unas imágenes de un cabello negro y la curva delicada de un cuello eran las únicas cosas en las que podía concentrarse.

La reina no esperó a que asintiera.

—¿Has reconocido a una de las humanas de mi gira?

Maxu se lo había contado a Metli. La reina ya debía conocer la respuesta. A pesar de la irritación que sentía y del dolor de su hombro, apretó los dientes y asintió.

—¿A quién?

Ojalá lo supiera. Negó con la cabeza.

—Solo la olí y le eché un vistazo. Tenía el pelo corto y negro. No era muy alta y creo que era delgada, si no recuerdo mal.

De pronto, toda su concentración estaba fija en la cara de la reina; la observaba, la examinaba, buscaba en ella cualquier atisbo de reconocimiento. No tuvo que concentrarse mucho. En cuanto la describió, la reina enarcó las cejas y alzó la comisura de los labios.

—Sé de quién hablas y creo que tienes todo un reto en tus manos.

Antes de darse cuenta de que se había movido, estaba ante la pared de vidrio con las manos sobre la superficie suave.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Se llama Meg. Es… una mujer interesante.

—Meg. —Desgranó el nombre en la cabeza y tuvo que contener el ronroneo que creció en su pecho. Estaba muy lejos. Su cuerpo podía sentir la distancia entre los dos. Le expresaba constantemente a través del dolor que no estaba lo suficientemente cerca de ella.

¿Por qué entonces el simple hecho de escuchar su nombre calmaba por un segundo las náuseas en su vientre? Esperó, sin aliento, a que la reina siguiera hablándole de su pareja, pero no lo hizo.

—¿Qué harás cuando te deje salir? —preguntó, observándolo con los labios apretados.

En su mente, ella siempre había sido una rival, aunque comprendía por qué lo obligaba a asistir a las ceremonias de matrimonio todos los años y por qué le otorgaba tanta libertad cuando infringía la ley. No era porque fueran amigos o porque le gustara, sino porque sus genes eran

abuenos para procrear, y eso era beneficioso para Clecania.

a La reina guiaba a su pueblo tanto con cuidado como con descuido.

No podía culparla por ello, pero en ese momento esta celda y la reina eran lo único que se yinterponía en el camino hasta su pareja, y las odiaba a ambas. Deslizó las manos por el vidrio hacia abajo, dejando huellas de sangre de color óxido con sus manos.

a —Encontrarla—dijo. ¿Qué esperaba que dijera? Esta mujer, Meg, era su pareja. *Suya*.

ı La reina alzó la barbilla. Podía ver sus pensamientos casi como si fueran los suyos. Quería decirle cómo actuar, qué hacer y quién ser, al igual que todos en este condenado planeta. Sin yembargo, también veía en sus ojos de color lavanda que era consciente de la futilidad de sermonearlo.

a —Arregla tu situación. Meg necesita delicadeza. Tienes que conquistarla, no protegerla acapturarla o robarla como estás acostumbrado a hacer. Te sugiero empezar por un baño y una buena noche de sueño.

—Déjame salir —exclamó furioso nuevamente. La reina ya estaba de pie cuando Maxu le edio un fuerte golpe lleno de frustración a la pared de vidrio—. ¡Espera! —Ella ni siquiera se óinmutó por el estruendo de la pared, tan solo giró la cabeza—. ¿Dónde está?

Las noticias de las humanas viajando por todo el mundo, reuniéndose con miembros de ydiferentes ciudades, respondiendo a preguntas y socializando había originado un gran entusiasmo en todas partes. Un entusiasmo y fervor que podían resultar peligrosos. Por lo tanto, se había decidido que cada ciudad en esta gira se elegiría de forma aleatoria en un sorteo, para evitar que hordas de clecanianos aparecieran en grandes multitudes, por lo que los destinos no se habían aanunciado públicamente.

Si las humanas aparecían en tu ciudad, eras afortunado. Solo se quedarían allí un par de días y después se marcharían. Llegarían y se irían rápidamente para que no se amontonaran razas de todo el mundo en aquel lugar. Por lo tanto, Maxu no sabía dónde estaba Meg. Por supuesto apodía enterarse de dónde había estado y dónde se encontraba ahora, pero para cuando llegara allí ella ya se habría marchado a la siguiente ciudad.

a —Dime cuál es la siguiente ciudad a la que irá —intentó en su lugar, al ver que la reina le emiraba por encima del hombro, sin responder.

Ella entrelazó las manos detrás de su espalda.

—Metli ha insistido en que pases un año encerrado esta vez. No supe lo qué había sucedido shasta ayer, cuando los guardias vinieron a verme porque estaban preocupados por tu estado deteriorado. —Le sostuvo la mirada unos segundos—. Te dejaré salir, pero no voy a decirte dónde está. Creo que tu mente necesita tiempo para recuperarse primero. Conforme te acerques deberías sentirte mejor.

ı En la garganta de Maxu brotó un gruñido suave y se le quedó la piel helada.

a La reina alzó la comisura de los labios.

—No tendría que ser un problema para ti. Eres el hombre que puede encontrar cualquier scosa, ¿no es así?

ɔ Aunque el gruñido no cesó, una sonrisa oscura se extendió por su rostro.

Sí. Lo soy.

a

ɔ

ı

e
ɔ

a
ɹ
e

,
a

e
e

e
ɔ
a
e
ɹ

s
e
,
,

ɔ

ɔ
ɔ
e
,

r

Capítulo 6

En opinión de Meg, decir que las últimas dos semanas habían sido un torbellino de actividad era quedarse corta. Siete ciudades en catorce días la habían dejado exhausta.

La segunda ciudad que visitaron resultó ser la que ya había visitado antes, Sauven. Aunque un tanto decepcionante, había sido interesante visitar el inmenso palacio en el árbol y volver a ver a algunos amigos de la ciudad.

A continuación, habían pasado la semana visitando las fábricas textiles de Linadety sofocándose en la ciudad desértica de Mithrandir y admirando la roca salpicada de oro de las montañas de Tygest.

Un momento destacado del viaje para Meg había sido su visita a la ciudad agrícola de Gulaid. Unos enormes rascacielos utilizados para cultivar en vertical comida suficiente para todo el continente dominaban el paisaje, por lo demás llano. Los gulaiditas eran amistosos, y estaban decididos a alimentar a sus visitantes con alimentos increíbles a cualquier hora del día. Meg tenía la sensación de que había engordado unos cinco kilos en los dos días que había durado la visita pero cada gramo había merecido la pena. Había decidido que tendría que hacer un viaje más largo y relajado a la ciudad, aunque solo fuera para visitar algunos de los famosos restaurantes de allí.

Mientras tanto, estaba descansando con el resto de sus compañeras de viaje en una habitación con chimenea grande y redonda de una de las islas heladas de Kitibard. Llevaban ahí dos días y tenían previsto salir a la mañana siguiente.

Al principio del viaje, el grupo se mostraba bullicioso en las pocas horas de descanso que tenían cada noche, y las chicas hablaban sin cesar sobre la ciudad en la que estaban. Pero conforme transcurrían los días y el ir y venir de sus itinerarios había comenzado a cansarlas, el ambiente nocturno se había vuelto más relajado. Esa noche, sin embargo, a sus amigas se les había agotado la energía y estaban desplomadas sobre cojines alrededor del fuego.

—Salimos en veinte minutos —anunció Nirato, que recibió un coro de gruñidos con sus palabras.

—¿No podemos saltarnos la fiesta solo esta vez? Ya fuimos ayer y aún no nos hemos recuperado —protestó Camille mientras se estiraba para alcanzar un vaso de agua que le quedaba un poco lejos.

—No —respondió sin más.

Meg exhaló un suspiro y apoyó la cabeza en la dura pared tapizada.

Aunque el paisaje negro y montañoso de Kitibard le resultaba impresionante de un modo siniestro, esta ciudad había sido la que menos le gustaba.

De alguna manera, se había divulgado su visita y, cuando llegaron a la isla, encontraron allí al triple de personas de lo habitual. Tampoco ayudaba que la gente de Kitibard fuera tan fría como el suelo congelado.

Las preguntas de los clecanianos solían ser intrusivas y directas, pero los kitibardianos fueron un paso más allá con su tono duro y sus rostros serios. Una mujer con el cuerpo pálido cubierto de pelo blanco casi había hecho llorar a Sophia al considerar insuficiente su respuesta a la

pregunta sobre cuántos tiséntricos habían viajado los terrícolas en el universo.

Malinu y Kel, los representantes de Tremanta, habían tratado de intervenir y habían ayudado a responder esa pregunta científica, pero las mujeres kitibardianas se mostraron menos inclinadas a escuchar a los dos hombres que al grupo de humanas que tenían al frente.

Sophia tomaba su tercera taza de una bebida caliente hecha a partir de tubérculos prensados que había preparado Tara nada más llegar a su pequeño alojamiento.

—No sé si quiero ir esta noche después de esa entrevista —murmuró—. Todos me miraron como si fuera una idiota.

—Estuviste perfecta. Que se jodan —respondió Camille, estirándose finalmente lo suficiente para alcanzar el borde del vaso con un dedo.

—Sí —coincidió Tara—. ¿Qué esperaban? Eres, literalmente, de un planeta de cuarta clase. ¿Por definición, no sabemos lo que es un triptóglifo ni qué mide. Fue una estupidez de esa mujer pensar que lo sabemos.

Como si fuera una señal, Meg notó a Daunet moverse a su lado. Intentaba ocultar una sonrisa fingiendo que se rascaba la mejilla. Supuestamente, Daunet era la guardia de Meg, pero después de pasar dos semanas con todas las humanas, Meg se había dado cuenta de que miraba a Tara con más frecuencia que a ella.

—Un tiséntrico —corrigió Daunet, mirando a Tara desde el otro lado de la habitación.

Meg levantó los brazos para estirarse y le dio un codazo sutil a su guardia mientras se colocaba las manos detrás de la cabeza.

—Tranquila —dijo Meg en voz baja para que solo ella la oyera. Después tuvo que morderse el labio para contener una sonrisa ante el suspiro de irritación de Daunet.

—Aunque tienes razón —añadió Daunet rápidamente—. Yo apenas sé cuál es la distancia de un tiséntrico. No es justo pensar que ustedes deberían saberlo.

Tara le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—¿Ves? —le dijo a Sophia—. Fue una pregunta terrible.

Meg miró a Daunet, que había empezado a moverse nerviosamente con la sonrisa de Tara. Su mandíbula tensa y su mirada fija al frente eran prueba de que Daunet quería evitar mirarla en ese momento.

La entrevista en cada visita a una ciudad nueva tampoco era la parte favorita de Meg, pero había ido mejorando y ahora se sentía más segura con sus respuestas, básicamente porque la mayoría de personas formulaban casi siempre las mismas preguntas. Todos querían saber acerca de las relaciones humanas y cómo creían que los terrícolas reaccionarían cuando supieran que no estaban solos en el universo.

Además, siempre había un hombre atrevido que hacía una pregunta en particular: «¿qué buscan las mujeres que prefieren a los hombres en una relación sentimental?».

A Meg ya le habían hecho esta pregunta tres veces, y siempre respondía de la misma forma: «No puedo contestar por todas las mujeres, pero sí puedo decir lo yo que busco. Quiero a un hombre que me trate como a una diosa».

Siempre sonreía al decir esto, así el público sabía que no hablaba del todo en serio. Pero una parte de ella sí lo hacía. La habían ignorado y la habían hecho sentir poca cosa durante tanto tiempo que tan solo se comprometería nuevamente con un hombre que la tratara como si fuera absolutamente perfecta.

—Creo que esta es la primera vez que no estoy deseando ir a la fiesta —comentó Meg mirando el cuello blanco y peludo del cómodo traje que le habían ofrecido para esa noche. No

era feo ni mucho menos, pero no era de su estilo. Era grande y sin forma. En una modelo de ometro ochenta con la habilidad innata de que todo le sentara bien se vería fabuloso, pero ¿en sella? Parecía una bola de pelo que acababa de caerse del pelaje lleno de nudos del Yeti.

—¿Te puedes creer lo de ese tipo que ha preguntado cómo encontrar a mujeres que quieran stener más hijos? —preguntó Lucy con las cejas enarcadas—. Ya sé que hay una crisis de población aquí, pero ¡madre mía! Es como si estuviera buscando una yegua de cría.

Meg se rio con el resto del grupo en la habitación. Uthen, el guardia personal de Camille cruzó un tobillo por encima de la rodilla y sonrió.

—Buscar mujeres que quieran tener muchos hijos no es un fetiche poco común —comentó sin mostrar incomodidad ninguna.

La mayoría de los clecanianos a los que había conocido hablaban de temas como la rpreferencias sexuales y los fetiches como si estuvieran hablando de sus refrescos preferidos. Ella también quería mostrarse cómoda hablando de esos temas e intentaba hacerlo con más frecuencia apara que le resultara más sencillo, pero sintió que se sonrojaba al escuchar las palabras de Uthen.

Lucy apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Pues que no me busque a mí entonces.

—Ni a mí —dijo Tara, recogiéndose la melena rubia en un moño desordenado.

—Seguro que hay gente aquí que tiene inclinaciones que nunca hubiéramos imaginado en la eTierra —añadió Rita con voz tranquila, una mujer mayor y soñadora que nunca parecía tener una preocupación en el mundo—. Con tanta represión en el mundo, sexual y emocional, solo puedo eimaginar lo que sueñan. Maravilloso —añadió con una sonrisa. Rita era la única del grupo que tenía un compañero sentimental clecaniano en Tremanta. Tenía la vista perdida, y Meg estaba esegura de que pensaba en algo muy específico y personal.

—Creo que tienes razón, Rita, pero también me parece una locura lo abierto que se muestra todo el mundo con el tema del sexo y, al mismo tiempo, considera los besos como el gesto más pervertido de todos —señaló Sophia, mientras se pasaba los dedos por el flequillo.

—Cierto —coincidió Tara.

Meg carraspeó.

—En todo caso, sería interesante besar a alguien que no lo ha hecho antes, ¿no creen? Seguro oque no todos los clecanianos lo consideran asqueroso. ¿Tú qué opinas, Daunet?

La aludida giró la cabeza hacia la mirada inocente de Meg. A cualquier otro, la mirada aimpasible de la mujer le habría resultado inocua, pero Meg estaba segura de que si su guardia ohubiera podido encontrar una excusa razonable para golpearla con una almohada, lo habría hecho.

Le devolvió la sonrisa.

—No estoy segura. ¿Cómo te fue cuando probaste?

La sonrisa de Meg desapareció al instante.

En la habitación resonó un coro de «¿qué?». Daunet ladeó la cabeza y frunció el ceño, como diciendo «ups, ¿era un secreto?».

Meg se volvió hacia el grupo y restó importancia al asunto.

—Solo fue un beso ligero. Seguro que podría haberlo hecho mejor si hubiera tenido un poco amás de tiempo y un poco menos de cortarrollos de mi querida guardia.

—¿Qué es cortarrollos? —preguntó Heleax desde detrás. Estaba absorto en una conversación con Gamso, Atolicy y Nirato, pero los guardias se habían callado y la estaban mirando.

—Se refiere a que iba a llevarse a ese tipo a casa, pero Daunet se entrometió y evitó que

esucediera —explicó Sophia con una sonrisa, farfullando a la ligera.

—¡Bobadas! —La voz de Daunet sonaba unas cuantas octavas más aguda y se aclaró la garganta—. Podría habérselo llevado a su habitación. Yo solo le avisé de que era hora de marcharnos. Como todas saben, pueden invitar a quien quieran, siempre y cuando nosotros lo aprobemos. No es posible que se marchen solas a ningún lugar poco seguro.

Meg iba a protestar, a pesar de que sabía que había huido de Zeleph como un gatito asustado, pero Gamso la interrumpió.

—En relación a los besos, me gustaría señalar que la mayoría de los clecanianos se muestran abiertos a la experimentación. Tal vez no sea de la preferencia de todos, pero a mí no me avergonzaría pedir uno. —El hombre daba vueltas por el perímetro de la habitación como un esperro ansioso. Siempre lo hacía dondequiera que iban, y al principio había puesto los nervios de punta a las humanas, pero después de un tiempo se habían acostumbrado.

—¿Eso es una invitación, Gamso? —Lucy sonrió y se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla en las manos. Cuando Gamso se volvió despacio hacia ella, Lucy le guiñó un ojo. Él miró de nuevo hacia adelante y empezó a moverse un poco más rápido que antes, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

Camille le dio un golpe suave en el hombro a Lucy.

—Para, ya sabes que tu coqueteo le incomoda.

—Yo creo que le gusta —repuso Lucy cuando Gamso volvió a mirarla—. Además, las humanas coquetean. Meg también lo hace —dijo a la defensiva, señalando a Meg.

Era verdad. Coqueteaba en todas las ciudades y, en la mayoría de las ocasiones, disfrutaba haciéndolo. El problema era que no había conocido a nadie que le atrajera o, al menos, que le gustara lo suficiente para querer llevárselo a su habitación, a pesar del dolor casi constante que sentía entre las piernas. Noche tras noche se masturbaba, mientras imaginaba unas manos ásperas sapretando y raspando su piel.

No sería de extrañar que una mujer que apenas podía dejar de pensar en sexo pudiera encontrar a un hombre que al menos le provocara cosquilleo entre las piernas, pero no era el caso. Nadie sabía esto en esta habitación, ni siquiera Daunet, pero había intentado besar a otro hombre en Tygest.

Lo había empujado a un rincón oscuro, presionado su cuerpo contra el suyo musculoso y lo había besado. Le había ido mejor que con Zeleph, porque el hombre había por lo menos entendido lo que intentaba hacer y había intentado devolverle el beso. Tras unos minutos de práctica, mejoró bastante, pero Meg apenas sintió la llama. A pesar de todos sus esfuerzos durante esas semanas de flirteo, su vagina seguía siendo indiferente.

—Solo hago para lo que me han traído. Enseñar nuestra cultura. Muchas mujeres coquetean —continuó Lucy. Vio que Heleax la miraba de soslayo desde su silla junto a la ventana, y agitó sus dedos hacia él en un saludo juguetón.

Heleax no se dio la vuelta ruborizado como Gamso. Giró su cuerpo en la silla hasta quedar totalmente frente a ella.

—A estas alturas ya deberías saber que, en nuestra cultura, muchos hombres responden cuando una mujer flirtea.

Lucy se enderezó un poco. El tono de Heleax no era juguetón, pero tampoco enfadado.

—Promesas, promesas —murmuró ella en el vaso.

***

Unas horas más tarde, Meg estaba preparada para regresar a su habitación y esconderse. Po
asegunda noche consecutiva, kitibardianos y ciudadanos ansiosos de ciudades vecinas llenaron u
esalón ubicado en uno de los antiguos tubos de hielo gigantes de la ciudad. En cuanto llegaron la
ohumanas, las empujaron hacia diversos grupos que las esperaban y comenzaron a lanzarle
preguntas.

, Normalmente, Daunet se quedaba atrás, vigilando de cerca pero dándole espacio a Meg par
que socializara, pero esta noche era una excepción. Se había pegado a ella nada más entrar en l
ıfiesta, y Meg se había mostrado encantada con eso.

e —¿A qué te refieres con que ninguno de los terrícolas tiene pelo? ¿Y los que viven en clima
ıfríos? ¿Solo hay humanos calvos? —preguntó un hombre que no se había molestado en decir s
enombre. Era bastante guapo, y el pelaje corto y blanco que cubría su cuerpo musculoso tan sol
incrementaba su atractivo extraterrestre. Sin embargo, su actitud atrevida había destruido po
scompleto el impulso inicial de Meg de acurrucarse en su cálido pecho.

, —Ya te lo he dicho —farfulló con toda la educación que pudo dado su estado ebrio—
oTenemos pelo, pero no es tan grueso como el tuyo. Algunas personas tienen vello más grueso e
el cuerpo, pero no mucho más. No es como en Clecania. Todos los terrícolas tenemos un aspect
relativamente similar.

—¿Dónde está tu pelo? —gruñó él. La mujer que había al lado de él ladeó la cabeza par
smirar la parte delantera de la camiseta de Meg, como si esperara encontrarse con un pech
peludo. Meg retrocedió un paso con torpeza.

a —Me lo he depilado. —A pesar de su ceño fruncido, el hombre y la mujer parecieron
eanimarse. Al parecer, la mala leche en esta ciudad era el equivalente a lanzar un beso.

e En una situación diferente o un día distinto, Meg podría haberle parecido interesante est
sgente. Podría incluso haber adoptado una actitud maleducada, que era lo habitual en esta cultura
pero estaba cansada. Miró a su alrededor, a las otras humanas que encontró entre la multitud, y
atambién reconoció en sus caras las expresiones ceñudas de fatiga e irritación.

l Menos en Rita, claro. No había nada que perturbara a esa mujer. En aquel momento, estab
oenfrascada en una conversación con una mujer de pelaje gris y aspecto furioso.

—Ven a nuestra habitación y enséñanoslo. —Como si hubiera aceptado la invitación, l
omujer kitibardiana la agarró de la muñeca y tiró de ella. El hombre se volvió hacia la salida sin
sdecir más.

e —¡No! —gritó ella, irritada. Puso los ojos en blanco al ver que los kitibardianos parecía
sconfundidos—. Voy a quedarme aquí. —Se soltó de la mano de la mujer pero chocó con alguie
a su espalda.

ı —¡Eh! —chilló Lucy. Se volvió hacia Meg y miró al grupo, dándose cuenta de la tensión d
óinmediato—. ¿Estás bien?

Meg se encogió de hombros.

r —¿Por qué no nos acompañas? —preguntó el hombre—. Has estado hablando con nosotro
toda la noche. Has dejado muy claro tu interés.

ı La postura de Daunet era tensa, estaba lista para atacar, pero ellos tan solo se mostraba
insistentes y las humanas ya sabían que sería así.

Meg los miró con la boca abierta.

—No… yo… estaba siendo educada.

Los dos se miraron y entonces el hombre volvió a mirar a Meg.

—Pero yo te atraigo. He visto cómo admiras mi pelaje. Vente conmigo entonces. —Le tendi

rla mano y ella volvió a retroceder.

ı Le ardían las mejillas y le fallaban las palabras. Se volvió hacia Daunet y le pidió ayuda sir spalabras. Ella le dirigió una mirada extraña y frunció el ceño, como si no entendiera. Meg l slanzó la misma mirada a Lucy y, en menos de un segundo, sus ojos azules se endurecieron.

—Lo lamento, pero no está interesada —dijo Lucy y la alejó del grupo sin decir más.

a A Meg se le revolvió el estómago. Quería volverse y disculparse. Era de mala educació aalejarse de esa forma, pero no… no lo era. Les había dicho que no y habían hecho caso omiso.

—¿Te puedes creer…?

s Un nuevo hombre de pelo extremadamente blanco se colocó delante de ellas, bloqueándole uel paso.

ɔ —Hola. He visto que estabas interesada en Nuphan, pero que ha fracasado. Yo te complacer resta noche. —Se volvió hacia Lucy, sin alterar el gesto—. O a ti.

Lucy y Meg intercambiaron miradas de asombro.

·. En ese momento apareció Daunet, pegó una mano al pecho del hombre y lo forzó a ıretroceder un paso. En lugar de hablar con él, lo hizo con Lucy y Meg.

ɔ —Recuerden que así es como funciona el cortejo aquí. Ellos dicen lo que van a hacer y n preguntan. Sean firmes si no tienen interés y denles un puñetazo.

a El alcohol hizo que Meg soltara una risita. Miró al hombre, que ni siquiera parpadeó ante e ɔconsejo de Daunet. No era mucho más alto que un humano normal, pero era más ancho, má sólido y tenía garras que podrían convertir un bloque de hielo en granizado.

ı Lucy se acercó a Daunet.

—¿Quieres que le pegue…?

a —Hola.

, —Ya me estoy cansando de que me interrumpan —siseó Lucy.

y El hombre de antes, Nuphan, estaba de nuevo delante de ellas.

—Si es una cuestión de atracción, estoy seguro de que puedo pasar por alto tu calvicie.

a El otro hombre frunció el ceño.

—A mí no me importa tu calvicie, mujer.

a —¡No estoy interesada! —Meg se agarró la cabeza, que empezaba a darle vueltas. L ımultitud de la habitación la agobiaba. El ambiente era demasiado pesado y no importaba a dónd fueran, el calor intenso de un centenar de personas peludas y musculosas volvía el aire espeso y ıcaliente.

ı —Ya sé —dijo Nuphan, animado—. Lucharemos y volveremos a la seducción. —Sin espera su respuesta, se encaró con el otro hombre.

e Otro kitibardiano se levantó de la mesa donde estaba sentado.

—Si va a celebrarse una pelea de selección, me gustaría participar a mí también.

—¡Deténganse! Ella no quiere a nadie —gritó Lucy.

s —¿Por qué? —preguntó Nuphan. Parecía confundido de verdad, por ridículo que pareciera.

—Porque… porque… —Lucy miró a su alrededor, el cerebro le zumbaba tras sus bonito ıojos azules.

Meg apretó el puño. Supuso que había cosas peores que pegarle a alguien y romperse l muñeca con tal de salir de esta incómoda situación.

—Porque ya la han reconocido —soltó Lucy.

Las muecas desaparecieron de los rostros de los hombres y se hizo un silencio momentáneo.

ɔ —¿Verdad, Meg? —insistió Lucy, chocando la cadera con la suya.

—¿Sí? ¡Sí! —Asintió—. Él… Los ojos de mi pareja potencial cambiaron justo antes de que nos marcháramos de Tremanta. Esperamos que aparezcan sus marcas cuando regrese. Yo ya le había aceptado participar en esta gira, así que… —Meg se mecía un poco mientras inventaba la mentira. Describió a un hombre taciturno y de pelo oscuro al grupo que la rodeaba embelleciendo pequeños detalles sobre su aspecto imaginario.

Se oyó un grito de dolor al otro lado de la habitación y todas las miradas se volvieron. Heleaz apareció entre la multitud, acompañando a Sophia, que se acunaba el puño contra el pecho.

—Es hora de irse —anunció Daunet a su izquierda. Meg se volvió y se encogió ante la mirada helada de su guardia.

***

—No puedo creer que hayas dicho eso —protestó Daunet, furiosa, mientras avanzaba con ímpetu por el pasillo desierto.

—¡No nos ayudaste! Entré en pánico. Por lo menos, funcionó. ¿Has visto lo rápido que la han dejado en paz? Hasta se han disculpado —protestó Lucy.

—Tiene razón, Daunet —intervino Nirato—. Los kitibardianos suelen ser atrevidos, pero nunca los he visto así. No las escuchaban.

—¿Por qué no les has pegado? —Daunet miró a Meg.

Esta se cruzó de brazos.

—Nunca le he pegado a nadie. ¿No los has visto? Estaban hechos de piedra. ¡Joder! Sophia se rompió la mano al intentar pegarles.

—Además, estaban desesperados por ver señales donde no las había, y probablemente habrían interpretado su puñetazo como una provocación —añadió Lucy.

—No quiero oírte más por hoy —replicó Daunet.

Llegaron a la habitación de Meg y Nirato instó a Lucy a seguir caminando, aunque, su ceño fruncido dejaba ver que no estaba muy contenta por ello.

Cuando estaban fuera del alcance de sus oídos, Daunet cerró los ojos y tomó aliento.

—Lo siento, pero estábamos frustradas y cansadas, ¿de acuerdo? Nos hemos estado adaptando a una cultura nueva cada dos días sin descanso, y creo que, sin tener esto en cuenta, he hecho un buen trabajo. Esta noche nos hemos quedado sin energía y hemos dicho algo que sabíamos que los haría retroceder. No puedes culparnos por ello.

La mujer la miró un momento con la mandíbula tensa y Meg notó que se relajaba.

—¿De verdad te hubiera gustado verme golpear a ese hombre? Seguro que hubiera acabado cayéndome al suelo.

—Con todo lo que has bebido, es más probable que hubieras fallado. —Una sonrisa tensa amenazó con dibujarse en los labios de Daunet, pero entonces suspiró—. La próxima vez, es mejor que me digas si te sientes abrumada. Podría haberte ayudado si hubiera sabido que no podías manejar la situación sola.

Aliviada, Meg relajó los hombros y espiró.

—¡Te lo dije! Te he lanzado una mirada. —Meg abrió la cerradura de su habitación y entró arrastrando los pies.

—¿Una mirada? ¿Qué mirada?

—Ya sabes, esa mirada del código de chicas que dice «ayuda, estoy muy incómoda y necesito que me salves».

Daunet echó la cabeza hacia atrás.

—Tú no me has lanzado una mirada así.

—Ah, sí que lo he hecho. —Meg se echó a reír—. ¿Recuerdas? —Imitó el mensaje no verba
,de ojos desorbitados que había enviado anteriormente a Daunet y a Lucy.

—¿Eso? —gritó Daunet—. Eso no dice nada.

—A las mujeres humanas sí. —Esta había sido la primera vez que Meg había tenid
oportunidad de usar la llamada silenciosa de socorro, pero Lucy la había comprendido sin
problemas.

Daunet lo dejó pasar.

—Te veo mañana.

Meg, sin embargo, se dio cuenta de que no se dirigía a su habitación.

—¿Adónde vas?

Daunet respondió sin volverse:

—Voy a asegurarme de que no hay otras humanas abriendo los ojos un poco más de l
habitual.

—Vaya, claro. Saluda a Tara de mi parte.

Daunet echó la cabeza hacia atrás.

—Tú no me has lanzado una mirada así.

—Ah, sí que lo he hecho. —Meg se echó a reír—. ¿Recuerdas? —Imitó el mensaje no verbal de ojos desorbitados que había enviado anteriormente a Daunet y a Lucy.

—¿Eso? —gritó Daunet—. Eso no dice nada.

—A las mujeres humanas sí. —Esta había sido la primera vez que Meg había tenido oportunidad de usar la llamada silenciosa de socorro, pero Lucy la había comprendido sin problemas.

Daunet lo dejó pasar.

—Te veo mañana.

Meg, sin embargo, se dio cuenta de que no se dirigía a su habitación.

—¿Adónde vas?

Daunet respondió sin volverse:

—Voy a asegurarme de que no hay otras humanas abriendo los ojos un poco más de lo habitual.

—Vaya, claro. Saluda a Tara de mi parte.

Capítulo 7

Horas, la había perdido por unas cuantas horas. Maxu abrió de golpe la puerta de acero y piedra y bajó con ímpetu los escalones que conducían al edificio parcialmente enterrado donde había estado alojada su pareja. Durante la última semana, esa había sido su vida: perseguir a una mujer sin rostro y siempre llegar demasiado tarde.

Pensaba que, dado se había filtrado esta parada de la gira a las ciudades colindantes, habría tenido la suerte de alcanzarla antes de que desapareciera, pero no fue así. Ahora todo cuanto tenía eran las pocas pruebas que pudiera encontrar en su habitación. Con el pulso acelerado a percibir su olor, apresuró el paso. Se había enterado de dónde se alojaba tras escuchar conversaciones en voz baja en la taberna, pero no había necesitado ayuda para descubrir qué habitación había ocupado ella. La presión en el pecho lo condujo a una puerta de metal y, sin pensárselo, miró el pasillo desierto y se dispuso a forzar la cerradura.

Su respiración se volvió más sosegada mientras evaluaba la seguridad de la puerta. Esto siempre conseguía tranquilizarlo: centrarse en una tarea como esta. La inyección de serotonina que recibía cada vez que desentrañaba un acertijo alimentaba su ego y le recordaba quién era: un hombre que no permitía que nada se interpusiera en su camino para alcanzar lo que deseaba. Sacó la huella de la mano de Meg que había hallado en una mesa en Sauven, la única habitación que había encontrado todavía sin limpiar al entrar.

Cuando sonó el zumbido de las cerraduras al deslizarse, dio gracias por haber decidido sacrificar unas horas de viaje para infiltrarse en aquel laboratorio e imprimir una copia de la palma de la mano de su pareja.

Entró en la habitación oscura y se detuvo. Ella estaba en todas partes, y su olor era el fantasma de su actividad. Miró a su alrededor y vio las bebidas medio vacías esparcidas por cada superficie, las sábanas de la cama revueltas y los orbes de sonido adicionales que flotaban por el techo junto a las luces tenues.

Como en Sauven, había más orbes de sonido de lo habitual. A su pareja debía gustarle escuchar lo que fuera que estuviera escuchando a un volumen más alto para haber solicitado orbes adicionales, no en una, sino dos ciudades, y posiblemente en otras más. Frunció el ceño. ¿Qué había estado escuchando?

Se arriesgó y pegó la palma de ella a los controles que había junto a la puerta.

—Repetir —dijo.

Por un momento no sucedió nada y Maxu pensó que el sistema ya habría borrado su memoria, pero entonces un sonido suave comenzó a escucharse en la habitación. Era música. A su pareja le gustaba la música.

Maxu no solía escuchar música porque prefería el silencio de su casa. ¿Cómo iba a oír las alarmas si estaba escuchando música a todo volumen? Pero esas notas suaves, aunque dramáticas, del instrumento de cuerda armonizaban con el dolor presente en su pecho desde que había reconocido a Meg.

Se agachó sobre las mantas con las que ella se había tapado recientemente y cerró los ojos. El dolor en su pecho se volvió insoportable; apretó su almohada, enterró la cara en ella e inspiró

hasta que empezó a ver puntitos. Se le formó un nudo en el estómago, pero no sintió las náuseas habituales que experimentaba cuando la perseguía.

Esto era diferente. Esta era la vez que más cerca había estado de ella, y su cuerpo lo sabía. No era capaz de decidir si quería destrozar la almohada o aferrarla en su pecho hasta que cesara el dolor. Era como si su cuerpo chispeara. Lo invadieron todo tipo de emociones intensas.

Tenía que encontrarla y hacerla suya.

Se recostó bocarriba y miró el techo. Se quedaría aquí un poco más. Tal vez así, su aroma a persona lo seguiría y podría imaginar que la estaba abrazando. De todos modos, pasarían algunas horas antes de enterarse de su siguiente destino.

Se aseó en la ducha de espuma, comió algunos restos que le quedaban en la mochila y se atumbó sobre sus mantas. No habían pasado más de cinco minutos cuando notó que no podía permanecer quieto más tiempo. Se levantó, se puso a dar vueltas por la habitación e hizo sus rondas virtuales.

Maxu le preguntó a todos sus contactos en busca de información. ¿Había habido algún éavistamiento de los tres cruceros? ¿Rumores en alguna ciudad? Nada; ni siquiera una fotografía para que pudiera fantasear.

Los cruceros tenían licencias para volar lo bastante alto para que sus superficies metálicas desaparecieran en el cielo y, por lo que él sabía, las ciudades que ya estaban informadas que iban a recibir una visita ni siquiera sabían cuándo se realizaría, probablemente para evitar que gente como él rastreara a las humanas. La estrategia estaba funcionando.

En lugar de investigar adónde iría a continuación, aprovechó el tiempo averiguando todo lo que podía sobre ella. En todas las ciudades por las habían pasado, había interrogado a los locales y a cualquiera que hubiera pasado tiempo con las humanas. Había tenido que contenerse mucho para no despedazar a cada persona que describía a una humana que encajaba con la descripción de Meg como una criatura espléndida y preciosa que había coqueteado con muchos de ellos.

Maxu no había preguntado aún a los kitibardianos por Meg y hervía de rabia solo de pensarlo. *Ella no sabe que está emparejada*, se recordó a sí mismo al notar de nuevo el dolor en las sienes por no dejar de apretar los dientes.

Dio vueltas por la habitación, buscó en cada rincón y grieta que podía, pero, como siempre Meg había dejado poco. Acababa de apartar la ropa de cama del colchón cuando percibió un olor distinto. Otra vez ella, pero… diferente. Su pecho vibró con un ronroneo cuando se llevó una almohada del suelo a la cara. Los gruñidos se entremezclaron con el ronroneo cuando el olor de la excitación de Meg le invadió los sentidos.

Con el pene duro como una piedra y los nudillos blancos de apretar la delicada almohada alcanzó su mochila y salió corriendo de la habitación. Necesitaba encontrarla. De inmediato.

El aire cortante que le golpeaba la cara mientras se encaminaba a la taberna cercana no logró enfriar el fuego de sus venas. Era hora de interrogar a los habitantes de esta ciudad sombría. De la taberna salió un grupo de kitibardianos que se dirigieron con dificultad a una zona con nieve para orinar. Maxu se bajó la capucha sobre la cara. Estaban demasiado borrachos para resultarle de utilidad y, aunque fueran capaces de pronunciar alguna palabra coherente, temía estrangularlos, aunque solo fuera por liberar algo de tensión. No podía permitirse pasar más tiempo encarcelado.

Antes de que pasara de largo, uno de ellos gritó:

—¿Vienes del hospedaje? Eso está prohibido. —Maxu ignoró la acusación. Era obvio de dónde venía, ya que no había más edificios en esa dirección y sus huellas profundas en la nieve

seran prueba suficiente.

Siguió caminando, pero el hombre retrocedió; lo alcanzó y lo agarró del brazo. Maxu sonri
.al volverse para estampar el puño en la cara del tipo, que cayó al suelo. Levantó la cara al cielo y
asoltó un suspiro de alivio. Qué bien se sentía eso.

Iba a darse la vuelta para continuar su camino cuando otro hombre le habló:

—¿Estás emparejado con esa humana?

a El tiempo se detuvo. La correa de la mochila que tenía al pecho se tensó cuando inspiró. E
shielo y la nieve crujieron bajo sus botas cuando se giró despacio hacia él.

—Tienes las marcas —dijo el hombre, mirando los dedos de Maxu, que seguían aferrados a
ela almohada con la mano izquierda.

a ¿Estaba soñando? Debía haber otra humana con pareja porque, a menos que estuviera en un
serror, Meg no sabía nada de él.

—Explícate. —Su tono fue tan punzante que el kitibardiano ceñudo se apartó.

n —Una de las humanas montó un numerito anoche con algunos de los míos. Se ha corrido la
avoz. La humana dijo que su hombre acababa de sufrir los síntomas iniciales de reconocimiento
pero describió a un tipo como tú. Tu pelo oscuro, tu constitución. ¿Aparecieron las marcas
scuando ella se marchó?

n ¿Lo había descrito a él? La cabeza le daba vueltas. ¿Meg sabía que estaba emparejada?
eApretó los dientes.

—¿Cómo era? —consiguió articular.

o —Baja, de pelo oscuro. Calva por todas partes excepto la cabeza. Pálida. —El hombre
sexaminó el rostro de Maxu con las cejas hundidas. Como si el mismísimo universo tratara de
oenfriar su temperamento, empezó a nevar. Los copos de nieve caían en el pelo blanco de las
nmejillas del hombre y chisporroteaban en la piel de Maxu—. ¿Sabe ella que han aparecido mis
marcas?

e *¡Lo sabe! Esa pequeña…* Se alejó unos pasos sin decir nada y entonces se detuvo. ¿Adónde
ncoño iba? Tenía que encontrarla, pero no podía. *¡Porque se está escondiendo de mí!*

Sin darse cuenta siquiera de lo que hacía, enterró la nariz en la almohada e inspiró, como si el
,fantasma de su pareja pudiera ofrecerle cierto control. No fue así.

r Qué tortura. Llevaba semanas torturado y ella lo sabía. Le temblaban los puños.

a —Sé hacia dónde van —escuchó decir al hombre, que parecía estar a gran distancia.

e En su rostro se dibujó una sonrisa. Su pareja había cometido un error y estaba deseando
devolverle la tortura.

,

ó
e
e
e
a
s

e
e

eran prueba suficiente.

Siguió caminando, pero el hombre retrocedió; lo alcanzó y lo agarró del brazo. Maxu sonrió al volverse para estampar el puño en la cara del tipo, que cayó al suelo. Levantó la cara al cielo y soltó un suspiro de alivio. Qué bien se sentía eso.

Iba a darse la vuelta para continuar su camino cuando otro hombre le habló:

—¿Estás emparejado con esa humana?

El tiempo se detuvo. La correa de la mochila que tenía al pecho se tensó cuando inspiró. El hielo y la nieve crujieron bajo sus botas cuando se giró despacio hacia él.

—Tienes las marcas —dijo el hombre, mirando los dedos de Maxu, que seguían aferrados a la almohada con la mano izquierda.

¿Estaba soñando? Debía haber otra humana con pareja porque, a menos que estuviera en un error, Meg no sabía nada de él.

—Explícate. —Su tono fue tan punzante que el kitibardiano ceñudo se apartó.

—Una de las humanas montó un numerito anoche con algunos de los míos. Se ha corrido la voz. La humana dijo que su hombre acababa de sufrir los síntomas iniciales de reconocimiento, pero describió a un tipo como tú. Tu pelo oscuro, tu constitución. ¿Aparecieron las marcas cuando ella se marchó?

¿Lo había descrito a él? La cabeza le daba vueltas. ¿Meg sabía que estaba emparejada? Apretó los dientes.

—¿Cómo era? —consiguió articular.

—Baja, de pelo oscuro. Calva por todas partes excepto la cabeza. Pálida. —El hombre examinó el rostro de Maxu con las cejas hundidas. Como si el mismísimo universo tratara de enfriar su temperamento, empezó a nevar. Los copos de nieve caían en el pelo blanco de las mejillas del hombre y chisporroteaban en la piel de Maxu—. ¿Sabe ella que han aparecido mis marcas?

¡Lo sabe! Esa pequeña… Se alejó unos pasos sin decir nada y entonces se detuvo. ¿Adónde coño iba? Tenía que encontrarla, pero no podía. *¡Porque se está escondiendo de mí!*

Sin darse cuenta siquiera de lo que hacía, enterró la nariz en la almohada e inspiró, como si el fantasma de su pareja pudiera ofrecerle cierto control. No fue así.

Qué tortura. Llevaba semanas torturado y ella lo sabía. Le temblaban los puños.

—Sé hacia dónde van —escuchó decir al hombre, que parecía estar a gran distancia.

En su rostro se dibujó una sonrisa. Su pareja había cometido un error y estaba deseando devolverle la tortura.

Capítulo 8

Camille y Meg estaban sentadas frente a una mesa flotante con dos imponentes hombres vondaleses, pero Meg no podía dejar de mirar por encima del hombro. Daunet, que estaba apoyada en la pared, le sonrió, y Meg frunció el ceño.

Al parecer, Daunet y Gamso, quien también se había ofendido por la mentira de Lucy y Meg sobre el tema del emparejamiento, se habían tomado la libertad de contarle a cualquiera que mostraba interés en ellas que estaban emparejadas. Las castigaban por mentir contando la misma mentira. ¿Hipócrita? Sí. ¿Efectivo? Sin duda.

El día anterior, Meg se había sentido lo suficientemente atraída por un hombre para invitarlo a ir a su habitación, pero entonces Daunet había comentado casualmente que la pareja de Meg estaba intentando reunirse con ella. El hombre con el que había estado hablando se había mostrado tan sorprendido que apenas había tenido tiempo de dirigirle una mirada de disgusto antes de huir corriendo.

Su guardia había aprendido lo que era ser una aguafiestas en tan solo unos días, y ya lo dominaba a la perfección.

Volvió a centrarse en el hombre que tenía al frente. Piel azul marino, mandíbula cuadrada y unos tatuajes complejos en el cráneo en lugar de pelo. Él le sonrió, y sus colmillos e iris morados centellearon.

—Tienes unos ojos preciosos —repitió el hombre. Meg había llegado a la conclusión de que existían muchas diferencias entre los clecanianos, pero una cosa que tenían los hombres en común era la tendencia a repetir halagos. Al principio, disfrutaba de su compañía y no quería que terminara, pero después de cuarenta cumplidos sobre sus ojos y de oír las mismas palabras dirigidas a las otras mujeres de la habitación, los elogios habían perdido su encanto. No eran cumplidos específicos para ella, sino más bien una cortesía como un «buenos días» o «que tenga un buen día». Palabras educadas, pero superficiales.

Como para reafirmar sus pensamientos, el hombre que estaba frente a Camille se acercó a ella para decirle:

—Sí, y los tuyos son de un tono que tan solo he visto en las flores más hermosas.

Camille puso los ojos en blanco y sonrió.

—¿De verdad? ¿Has escuchado eso, Meg? Parece que su color de flor favorito es el marrón.

Meg contuvo una carcajada cuando los dos hombres intercambiaron una mirada de confusión.

Sin embargo, esto no los ahuyentó. Los hombres eran dulces y coqueteaban tal y como les habían enseñado a hacer. No era culpa de ellos que esos métodos no funcionaran con las humanas.

—Prueba otra vez. —Camille se inclinó hacia delante y dirigió una sonrisa con cierto toque de desafío al hombre que tenía delante—. Dime algo que no haya escuchado antes.

El pretendiente de Meg, Bantio, se quedó con la mirada perdida al escucharla, tratando de buscar un cumplido único.

El de Camille, Rikad, o eso pensaba Meg, se cuadró ante el reto. En su rostro apareció una

sonrisa verdadera, una distinta a las encantadoras y ensayadas, y pareció observar a Camille con renovado interés.

—Me gustó ver tus hoyuelos cuando hablabas de tu trabajo con los animales en la Tierra durante la entrevista de esta tarde. Me pregunto cómo puedo hacerte sonreír para que se te marquen todavía más.

La sonrisa de Camille se hizo más amplia al escuchar sus palabras y aparecieron los hoyuelos.

—Maravillosos —murmuró Rikad.

—Bien, tienes mi atención —respondió Camille, apoyando la barbilla en su mano.

—¿Te enseño la flor a la que me refería? —Le tendió la mano.

Camille miró a Meg.

—¿Te parece bien? —le susurró.

—Fantástico. —Meg sonrió y miró a Rikad, que se puso de pie.

—¿Usan los colmillos para algo en particular? —preguntó Meg a Bantio, mientras le daba otro sorbo a su bebida.

Él se quedó mirando las espaldas de Camille y Rikad mientras se alejaban.

—¿Eh?

Estaban sentados en la planta alta de un espacio para eventos de tres pisos. No era exactamente un restaurante, ni un bar ni un pub, aunque se podía pedir comida y bebida, y de los orbes de sonido que flotaban en el techo emanaba una música rítmica. Vondale era una ciudad de y observadores y este espacio parecía diseñado solo para eso.

Las dos plantas inferiores estaban llenas de estructuras con forma de jaulas que ostentaban elegantes asientos e iluminación cuidadosamente seleccionada. Estas jaulas colgaban a lo largo de las dos plantas y los elegantes asistentes a la fiesta elegían sus espacios dependiendo de la iluminación y la posición. Los que vestían de forma más extravagante escogían salas cerca del centro, donde podían verlos desde todos los ángulos. Había incluso pequeños caminos que rodeaban todos los recintos por los que la gente podía caminar y admirar a todos sin necesidad de hablar con ellos.

Meg había pedido sentarse en la planta superior porque era un espacio abierto. Todos seguían mirándose, incluyéndola a ella, pero las mesas y sillas flotantes que había en este nivel tranquilo la hacían sentir un poco más cómoda y menos como una humana en una vitrina.

—Tus colmillos, ¿tienen alguna función?

Ella ya sabía la respuesta, pero se había fijado en que no todos a quienes conocía les agradaba que ya hubiera investigado su cultura. Parecían preferir que fuera una humana ignorante de un planeta de cuarta clase a la que podían encandilar con sus conocimientos extraterrestres. A Meg no le importaba fingir que no sabía cosas, porque eso le daba oportunidades para conversar.

Bantio sonrió y se embarcó en una acalorada explicación acerca de cómo su gente empleaba sus colmillos. Meg escuchaba a medias. La música había cambiado y no pudo evitar concentrarse en el ritmo interesante que creaba un instrumento de percusión desconocido para ella. Cuando tuviera la oportunidad sin parecer que interrumpía o que no estaba interesada, preguntaría el nombre de la canción para poder escucharla después.

Le gustaba la música clecaniana, pero también añoraba sus listas de reproducción. La música de este planeta era sobre todo instrumental, y cuando había letra, la melodía de fondo era suave o inexistente. En muchos lugares pensaban que combinar letra e instrumentos disminuía el impacto

ıde ambos en lugar de mejorar la canción.

De repente, se oyó un estruendo más abajo que los sobresaltó a ambos. Meg estiró el cuell
apara mirar por la escalera giratoria, pero no pudo ver nada.

e Bantio echó la silla hacia delante hasta que sus rodillas se tocaron.

—Puedo mostrártelo —murmuró con sus ojos morados ardientes.

s Tardó un momento en recordar de qué habían estado hablando. *Colmillos. Vale… oh.*

A pesar del aburrimiento de hablar con Bantio, se le aceleró el corazón y sintió calor en e vientre.

Una parte de ella pensó: *¿Este tipo? ¿En serio?*

Era atractivo, pero había conocido a muchos hombres atractivos que tenían mucho má carisma y eran más amables. Por inesperada que pudiera resultarle su reacción, se alegraba d sentir algo por fin.

Ya está. Voy a descubrir cómo es estar con otro hombre. Inspiró, temblorosa.

a —Sí. Eh… me gustaría.

—Vaya, Meg, me he olvidado de decirte…

Meg estuvo a punto de caerse de la silla para impedir que Daunet, que se había acercado po detrás, dijera nada.

a —¡Maldita sea! ¡No! Te he dicho que lo siento.

s Daunet tenía una mirada confusa en la cara.

e —Solo iba a recordarte que tu pareja te ha llamado. —Luego se alejó como si nada.

Meg cerró los ojos y soltó el aire por la nariz, despacio. Cuando se volvió, Bantio se habí ıapartado un metro y la miraba con ojos acusadores.

ɔ —¿Tienes pareja?

a Abajo sonó otro golpe y varios gritos acalorados. ¿Quién se estaba peleando y qué habí lpasado?

e —No, está bromeando. No tengo pareja.

e El hombre entrecerró los ojos.

—¿Por qué iba a bromear con algo así?

ɹ —Porque no puede llevarse a la chica que le gusta a la cama y se está desquitando conmig ɔ—gritó Meg lo bastante fuerte para que Daunet la oyera desde el otro extremo de la sala.

Bantio miró por encima del hombro cuando se oyó un aullido más abajo.

Meg se levantó y se acercó a él. No pensaba dejar que el único hombre que le habí sprovocado un espasmo de emoción en el vientre cayera víctima de la estúpida venganza d aDaunet. Le agarró la mano y la atención de Bantio regresó a ella.

s —Te prometo que no tengo pareja.

a —¡Tú! —Bantio y ella se sobresaltaron cuando una voz profunda resonó en el espaci abarrotado y rebotó en las paredes de cristal y metal.

a Había un hombre de pelo oscuro, ojos negros y expresión asesina en lo alto de las escaleras econ las piernas separadas y los puños apretados.

ɔ Vaya, Meg se alegraba de no ser ese «tú». Esa persona estaba a punto de tener un día muy ldesagradable si los músculos duros y prominentes de ese hombre tenían algo que decir a respecto.

a Meg miró por encima del hombro para intentar averiguar quién estaba a punto de mori ɔasesinado. Al ver que nadie salía corriendo, miró hacia atrás.

ɔ Se le erizó el pelo de la nuca y la mano de Bantio se apartó de la suya. No veía las pupilas de

hombre rabioso porque tenía los ojos completamente negros, pero, de algún modo, sintió que la omiraba a ella. De pronto, dos guardias del balcón de abajo chocaron contra su espalda. En lugar de caer derribado, tan solo se tambaleó un paso hacia adelante. Meg se movió a la izquierda y luego a la derecha para probar una teoría que no era capaz de pronunciar en voz alta. La cabeza de él giró, siguiendo su movimiento. *Mierda.*

Meg retrocedió despacio y maldijo cuando chocó con una silla. Daunet apareció en el borde lde la sala con un cuchillo, pero sus movimientos casi se detuvieron cuando su mirada se fijó en algo que la sorprendió y su ojos se agrandaron.

—Has dicho que no tenías pareja —gritó Bantio al tiempo que se alejaba con las manos salzadas en dirección al hombre de pelo oscuro que acababa de deshacerse de un guardia que le eagarraba el brazo como si fuera una mosca. El otro guardia se cayó por las escaleras cuando el hombre se giró y le dio un puntapié en el pecho.

Corrió hacia Meg, esquivando mesas flotantes y muebles de un salto. La conmoción la dejó con los pies clavados en el suelo, aunque debería haber salido corriendo como todos los demás.

El salvaje se acercó y Meg cerró los ojos. *No puedo morir así.*

r Se estrelló contra ella como un tren, arrebatándole el aire de los pulmones. Le rodeó la cintura con unos brazos de acero y la alzó para tenerla cara a cara. Ella seguía intentando absorber el aire que le había quitado cuando el hombre enterró el rostro en el hueco de su cuello. Inspiró tan hondo que su pecho expandido la dejó sin el poco aire que le quedaba en los pulmones.

a El mundo se detuvo a su alrededor, ya que todos miraban en lugar de ayudar. El hombre comenzó a recorrer con su nariz y los labios entreabiertos su garganta, su pelo y su oreja.

La mirada nerviosa de Meg aterrizó en Daunet, entre la multitud.

a —Ayúdame —musitó.

Daunet parpadeó e hizo entonces un gesto a los otros guardias para que la siguieran al tiempo que se acercaba.

¿Qué demonios estaba pasando? Meg intentó mover los brazos, pero los tenía soldados a los costados, bajo los abultados bíceps del hombre. Caliente y húmeda, su lengua lamió un punto odebajo de su oreja y Meg se estremeció. Su ronroneo de respuesta le provocó chispas en el vientre, y de pronto fue muy consciente del bulto duro que le presionaba la cadera.

—¿Maxu? —dijo Daunet a unos metros de distancia.

a De pronto, el hombre tensó el cuerpo.

e —¿Conoces a este lunático? —Meg tosió en busca de aire. Su visión se llenó de puntitos— ¿Por eso te has quedado ahí parada?

El hombre aflojó los brazos al oír sus palabras ahogadas y retrocedió para mirarla a los ojos. oLos ojos verde agua más preciosos que había visto la contemplaban. Aunque había relajado el abrazo, Meg seguía sin aliento.

, El pelo negro y desaliñado le cubría la mandíbula y se le ensortijaba alrededor de las orejas. Tenía los ojos inyectados en sangre y unas ojeras oscuras, pero a Meg se le aceleró el pulso de ytodos modos. Era impresionante, guapo… peligroso.

l —¿No reconoces a tu pareja? —preguntó en un susurro ronco. Entrecerró los ojos y curvó el labio en un gesto de acusación, como si estuviera furioso con ella.

r —Has debido confundirme con otra persona —murmuró Meg tras tragar saliva con dificultad —. Yo no tengo pareja.

l La mirada del hombre estaba fija en su boca mientras hablaba.

—No juegues conmigo, mujer.

—Maxu, suéltala y solucionemos esto.

La cabeza y las piernas colgando de Meg se agitaron en el aire como si fuera una muñeca de trapo cuando el hombre, Maxu, se volvió hacia Daunet.

—Es mía, Daunet. Puedes ver mis marcas.

Meg se había quedado desconcertada por lo que había hecho Maxu, sorprendida, asustada incluso, pero cuando oyó el tono de pura posesión en sus palabras, la rabia bulló en ella, ardiente y visceral.

—Pero… ella no… —Las palabras de Daunet sonaron débiles, lo que avivó la rabia de Meg.

Se puso a forcejear con todas sus fuerzas, y luego a patear con una mueca. Él se limitó a mirarla a los ojos y enarcar una ceja.

—Yo no le pertenezco a nadie, idiota. Déjame. En. El. Suelo.

Maxu alzó la comisura de los labios ante su forcejeo que no logró más que provocar una vibración en sus brazos.

—¿Sabes, pareja mía? He estado soñando contigo desde que me abandonaste en Tremanta.

—¿Abandonarte? ¿Qué estás…?

—Y me alegra comprobar que hay fuego en ti —continuó, alzando la voz por encima de la de ella. Apartó un brazo, pero siguió inmovilizándola con el otro. Acercó la mano a su rostro y ella se quedó muy quieta. Unas marcas azules intensas le rodeaban las muñecas y se enroscaban alrededor de los dedos. A Meg se le quedó la garganta seca cuando vio la piel rota y ensangrentada de los nudillos bajo las marcas—. Pero no te equivoques, sí eres mía.

El rojo invadió su visión con su tono imperioso, sus brazos posesivos, y lo que aún la enfadaba más, el calor que sentía en su vientre como resultado de todo eso. No pensaba volver a dejarse atrapar. Nunca más.

Él tenía su mano todavía doblada delante de su cara y le miró con ira las marcas. La sonrisa de Maxu se ensanchó y eso la enfureció todavía más. Antes de darse cuenta, se inclinó hacia delante e hincó los dientes en la zona carnosa de debajo de su meñique hasta sentir el sabor de sangre.

—No juegues conmigo, mujer.

—Maxu, suéltala y solucionemos esto.

La cabeza y las piernas colgando de Meg se agitaron en el aire como si fuera una muñeca de trapo cuando el hombre, Maxu, se volvió hacia Daunet.

—Es mía, Daunet. Puedes ver mis marcas.

Meg se había quedado desconcertada por lo que había hecho Maxu, sorprendida, asustada incluso, pero cuando oyó el tono de pura posesión en sus palabras, la rabia bulló en ella, ardiente y visceral.

—Pero… ella no… —Las palabras de Daunet sonaron débiles, lo que avivó la rabia de Meg.

Se puso a forcejear con todas sus fuerzas, y luego a patear con una mueca. Él se limitó a mirarla a los ojos y enarcar una ceja.

—Yo no le pertenezco a nadie, idiota. Déjame. En. El. Suelo.

Maxu alzó la comisura de los labios ante su forcejeo que no logró más que provocar una vibración en sus brazos.

—¿Sabes, pareja mía? He estado soñando contigo desde que me abandonaste en Tremanta.

—¿Abandonarte? ¿Qué estás…?

—Y me alegra comprobar que hay fuego en ti —continuó, alzando la voz por encima de la de ella. Apartó un brazo, pero siguió inmovilizándola con el otro. Acercó la mano a su rostro y ella se quedó muy quieta. Unas marcas azules intensas le rodeaban las muñecas y se enroscaban alrededor de los dedos. A Meg se le quedó la garganta seca cuando vio la piel rota y ensangrentada de los nudillos bajo las marcas—. Pero no te equivoques, sí eres mía.

El rojo invadió su visión con su tono imperioso, sus brazos posesivos, y lo que aún la enfadaba más, el calor que sentía en su vientre como resultado de todo eso. No pensaba volver a dejarse atrapar. Nunca más.

Él tenía su mano todavía doblada delante de su cara y le miró con ira las marcas. La sonrisa de Maxu se ensanchó y eso la enfureció todavía más. Antes de darse cuenta, se inclinó hacia delante e hincó los dientes en la zona carnosa de debajo de su meñique hasta sentir el sabor de sangre.

Capítulo 9

—Bien, ahora que nos hemos calmado… —El funcionario miró por encima del hombro cuando Meg resopló en una esquina de la habitación.

Cuatro guardias vondaleses y Daunet se habían colocado entre Maxu y su pareja, a pesar de que él había aceptado no tocarla por el momento. No podrían detenerlo si realmente se proponía a llegar a ella, pero tocarla, inhalar su aroma y saborearla había calmado el vínculo de emparejamiento que bullía en su interior. De todas formas, su preciosa pareja estaba a punto de escupirle fuego, así que algo de cooperación de su parte no le haría daño por ahora.

Al otro lado de la sala, Meg deslizó suavemente un muslo sobre su pierna y siguió con la mirada fija en el techo, con su nariz hacia arriba y los brazos cruzados sobre su pecho.

Mientras tanto, Maxu deseaba separar esos muslos a la fuerza. Apretó los puños y sonrió por dentro al sentir un dolor punzante en la mano derecha. Estaba deseando con impaciencia devolverle el mordisco.

—Maxu, ¿dices que Meg es tu pareja? —preguntó el hombre, mirándolos a ambos.

Los otros guardias estaban sentados en silencio mientras su superior hablaba. El pobre hombre parecía tan desconcertado como el resto en la habitación. Era impensable que las autoridades tuvieran que impedir que una mujer emparejada le arrancara la garganta a su pareja con los dientes, pero allí estaban.

—Es mía. La reconocí en Tremanta.

El funcionario asintió y le dirigió a Meg una mirada vacilante.

Ella se la devolvió con el ceño fruncido.

—¿Por qué continúas preguntándole eso y luego me miras como si el asunto estuviera zanjado? Que lo afirme no significa que sea verdad.

Giró la cabeza de nuevo y su pierna rebotó.

Lo que ella decía era cierto. Lo único que habían hecho los guardias había sido preguntarle a Maxu repetidamente si mentía sobre el emparejamiento, solo para llegar a un punto muerto al ver que Meg no aceptaba la respuesta. Era un milagro que la hubiera reconocido, algo que todos deseaban en este planeta y que no podía deshacerse. Su rechazo había dejado a todos los miembros de alto rango de la autoridad vondalesa desconcertados.

—No van a hacer nada, querida. El emparejamiento es sagrado, y el hecho de que supieras de mí y aun así me abandonaras no te hace ningún favor. —Habló con dureza y los murmullos en la habitación le confirmaron a Maxu que todos los clecanianos presentes estaban de su lado.

Ella entrecerró sus deslumbrantes ojos azules.

—No sé de qué hablas. Ya te he dicho que nunca te he visto en mi vida.

—Eso no es lo que dice la honrada gente de Kitibard. —Ella separó los labios y su garganta se movió, lo que lo hizo salivar. La curva delicada de su cuello sabía mejor de lo que olía. Con su voz un poco más ronca de lo normal, continuó—: Le contaste a un hombre allí que estabas emparejada. Me describiste tan bien que su gente me reconoció cuando te estaba buscando.

Meg lo miró con la boca abierta.

—No… yo no… no fue así. Yo no sabía nada de ti.

—Meg mintió. —Daunet, que había permanecido callada y estaba un tono más pálida de lo normal, se apartó por fin de la esquina donde se encontraba—. Hubo un malentendido cultural y se vio en la necesidad de contar una mentira para que algunos hombres perdieran su interés. He estado con ella durante todo este viaje y conozco a Meg. Ella no sabía que tú existías.

—¡Gracias! —exclamó ella, señalando a Daunet y luego a los guardias. El triunfo borró cualquier rastro de sorpresa anterior y le dirigió a Maxu una sonrisa engreída. La que le devolvió él era salvaje, cargada de promesas silenciosas. Meg frunció el ceño y su pierna comenzó a moverse nuevamente.

Meg se negó a romper su silencioso campeonato de miradas, aunque Maxu podía notar de aque quería hacerlo. Sintió un estremecimiento en su interior ante su muestra de valentía. Le esostuvo la mirada, sintiendo que el calor le abrasaba el pene al ver el gesto terco en sus labios mientras lo miraba, reacia a perder esta batalla de voluntades.

—Entonces —comenzó el funcionario a cargo— Maxu te reconoció en Tremanta y tú, Meg ano sabías que él te había reconocido, ¿pero aún así sentiste la necesidad de mentir sobre tener una pareja y, por casualidad, describiste a un hombre que se parece a Maxu?

r —Correcto —respondió ella con los labios apretados.

a —Vaya. Lo conocías incluso antes de saber que existía, y lo describiste tan bien que otros lo reconocieron solamente por tus palabras. Que la diosa nos bendiga como te ha bendecido a ti. — La sala se llenó de suspiros hondos y oraciones en voz baja.

e —Vale. ¡Un momento! ¿Qué? —Meg puso mala cara y giró la cabeza de un lado a otro— s¡No! No es eso lo que estoy diciendo. Describí a un hombre parecido a él, pero no a él. Solo fue auna coincidencia.

Maxu no pudo reprimir una sonrisa. Tenían razón. Aunque ella no supiera que la había reconocido, algo oculto en lo más profundo de su cerebro sí lo había hecho.

—Lo siento, no podemos hacer nada. Él es tu pareja y separarlo de ti sería cruel para los dos —El guardia le tendió una mano reconfortante a Meg y Maxu le gruñó. El hombre retrocedió de ainmediato con una mirada de disculpa en su dirección.

No debería disfrutar tanto con la indignación absoluta que había en el rostro de su pareja pero no podía evitarlo. Él había sufrido mucho durante las últimas dos semanas y media, y acuanto antes comprendiera que no tenía escapatoria, mejor.

r Daunet se acercó a ella, se puso en cuclillas y habló en un susurro que Maxu no alcanzó a oír sLa piel suave de su pareja se ruborizó por la frente y el pecho.

s —¡No! —Meg se levantó de repente del asiento. Daunet se levantó también y se pellizcó el puente de la nariz.

e Maxu tensó las piernas. *Corre, pareja mía, haz que te tenga que perseguir.*

a —Todo el mundo fuera. Déjenlos solos un momento. —Daunet se volvió hacia Maxu— Compórtate. Habla con ella como lo harías con una esposa.

Maxu frunció el ceño y se cruzó de brazos, pero no dijo nada. Si esta mujer le daba tiempo a solas con su pareja, no tenía la intención de discutir, pero estaba muy seguro de que no iba a ahablar con ella como con una esposa: con cumplidos vacíos mezclados con súplicas desesperadas nen busca de reconocimiento. Eso nunca.

s Los guardias salieron de la sala sin preocuparse por la humana que bullía de rabia en la esquina.

—Te acompañaré de vuelta en cinco minutos. Solo dale una oportunidad —le pidió Daunet con voz suave.

Meg rechinó los dientes y permaneció obstinadamente callada.

Cuando Daunet cerró la puerta, ella continuó mirando fijamente la pared que tenía al frente.

—¿Has soñado conmigo, vahpti? ¿Por eso pudiste describirme tan bien? —Maxu se levantó despacio de la silla.

—No te hagas ilusiones. —Se volvió hacia él y puso los ojos en blanco, pero se detuvo cuando vio sus movimientos lentos—. Para y quédate ahí.

Maxu rodeó la mesa.

—Porque yo si he soñado contigo.

Eso captó su atención. Lo miró con cautela cuando se acercó otro paso.

—Eso es mentira.

—Solo podía verte por detrás, claro. Lo que vi aquel día en Tremanta. —Maxu se apoyó en la mesa y cruzó un tobillo sobre el otro. Se tomó su tiempo recorriendo su cuerpo con la mirada, sin ocultar el calor que invadía su sangre al mirar las curvas de sus caderas y senos. Afortunadamente, eran más voluminosas de lo que pensaba. Un cuerpo perfecto.

Todo su ánimo y emoción se concentraron en el cuerpo más delicioso que había visto en su vida. El rubor de la furia que le había coloreado el pecho ascendió hasta sus mejillas por su evidente mirada lasciva.

—¿Recojo tus cosas?

—¿Mis cosas? —repitió ella.

—Puedo enseñarte tu nuevo dormitorio en unas horas. —Cuanto más rápido la llevara a su espacio, más rápido se sometería a él. Solo necesitaba paciencia, algo que siempre le había faltado—. Estoy seguro de que te encantará nuestra casa.

—¡Ay no! —Una sonora carcajada de incredulidad estalló en la sala y Maxu sintió como su vello se erizaba—. No voy a ir a ninguna parte contigo. —Sus espesas pestañas oscuras aletearon; con los ojos muy abiertos y perdidos en la distancia, murmuró—: No puede estar pasando esto.

Él se apartó de la mesa y Meg retrocedió un paso al verlo. Maxu tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no acercarse a ella.

—Para —gritó Meg, a pesar de que ya se había detenido—. Esto no está pasando de nuevo. He construido una vida propia. ¡Este es mi trabajo y es importante para mí! Tengo un plan. Voy a viajar por el mundo, voy a conocer a gente, hombres, a vivir la vida que nunca…

Un gruñido brotó del pecho de Maxu.

—A otros hombres no.

Meg lo fulminó con la mirada y continuó, como si no hubiera dicho nada.

—¿Se supone que tengo que abandonar todo lo que yo quiero solo porque un idiota prepotente, controlador y resentido viene y me dice que soy suya? —Se pasó una mano por el cabello corto y se lo despeinó alrededor de sus orejas—. ¿Y por el resto de mi vida, nada más y nada menos? —añadió con un graznido—. ¡No! Me niego.

El temperamento de Maxu hervía ahora a fuego lento. Toda la confianza que había obtenido sabiendo que las autoridades no iban a apartarla de él se disipó bajo el peso de sus palabras. Que nadie fuera a retenerlo no significaba que ella fuera a aceptarlo y, para su disgusto, el vínculo de emparejamiento que le revolvía el estómago parecía necesitar su aceptación tanto como él necesitaba su proximidad.

—Cuando te he tocado te ha gustado —le espetó. No tenía pensado sacar el tema y usar la respuesta de su cuerpo como arma, pero no pudo evitarlo—. Dices que no me deseas, pero el olo

que sale de entre tus piernas dice otra cosa.

Ella se quedó con la boca abierta. Miró a su alrededor y emitió un sonido de rabia que no era ómuy diferente al silbido de una tetera. Alcanzó una pantalla de búsqueda que tenía cerca y se la arrojó a la cabeza. Él la atrapó con una mano.

—Mi cuerpo ha respondido igual que cuando veo una hamburguesa con doble queso y tocino en el menú. Puede que me guste, pero eso no significa que sea saludable que me la coma. Tú eres exactamente la clase de hombre que no quiero. —Caminó hacia la puerta y él le bloqueó el paso.

—¡Eso no importa! —rugió, mientras sus palabras le escocían más de lo que deseaba admitir —. ¡Eres mi pareja! Nos pertenecemos el uno al otro.

—Yo no le pertenezco a nadie —siseó con un tono de voz frío como el hielo—. Y ahora vete no gritaré y vendrán por ti.

Tenía que reconocer la determinación de su pareja. Permaneció firme cuando él cubrió la .distancia entre los dos. A Maxu le dolía el cuello de mirarla desde arriba, pero no se agachó. No pensaba inclinarse ante nadie, y mucho menos ante una pequeña fiera de curvas exuberantes que ıse negaba a comprender cómo funcionaba este mundo.

—Van a concederle mucha libertad a un hombre recién emparejado al que están rechazando te lo garantizo. No tienes ni idea de lo que significan estas marcas para la gente de aquí. —Maxu levantó la mano para enseñarle las marcas nuevamente y ella se sobresaltó, no solo con la mirada, sino con todo su cuerpo, como si temiera que él la golpeara. El gruñido que brotó de é ıante esa idea la hizo retroceder, y percibió el olor acre del miedo.

Esto no era lo que él quería. Su objetivo era conquistarla, pero no desde el terror. Deseaba que cuando levantara una mano para tocarla, de sus poros emanara un olor muy diferente. Sin ıembargo, en ese momento, las emociones que se mezclaban dentro de él eran demasiado fuertes sdolor, lujuria y anhelo.

Encima de las pestañas oscuras de Meg se formó una línea de humedad, y Maxu sintió como si alguien intentara arrancarle el corazón del pecho. Ella se volvió para limpiarse las lágrimas epero disimuló el movimiento metiéndose el pelo detrás de la oreja.

No podría conquistarla esa noche, no en el estado en que se encontraba. Tenía que despejar la .cabeza y, si era posible, dormir finalmente unas cuantas horas.

—Te dejaré por ahora. Voy a darte tiempo para que aceptes esto, pero te aseguro que estaré cerca.

Apretó los dientes al ver que ella no levantaba la mirada.

Era una estupidez, pero Maxu no pudo contenerse. La sujetó de la barbilla y la obligó a mirarlo. El miedo inundaba sus ojos y el olor agrio volvió a invadirle la nariz. Meg intentó aapartarse, pero él le retuvo la cabeza con la otra mano en la nuca.

—Puede que sea brusco, Meg, pero nunca voy a hacerte daño. —Sus pestañas parpadearon ymientras trataba de no mirarlo directamente—. Nunca —repitió. Le soltó la barbilla y salió por la puerta.

Daunet estaba esperando a la entrada del lugar, apoyada en una pared. Maxu se detuvo con elos ojos fijos en el suelo y el estómago revuelto por la dirección que se estaba viendo obligado a etomar.

—Haz que lo entienda —gruñó a la guardia.

—Creo que ese es tu trabajo. Hazlo mejor —respondió ella sin un rastro de calidez en su voz aLe tendió su mochila, la que había sido confiscada previamente.

Maxu la cogió y se marchó con la intención de encontrar algo que romper.

—¿Dónde vas? —le preguntó Daunet.

—Al médico. —Levantó la mano herida sin volverse para mirarla—. Quiero asegurarme de aque mis vacunas me protegen de humanas rabiosas.

***

Cuatro horas más tarde, Maxu miraba el techo, tumbado en la habitación en la que había entrado con amenazas. Habían dejado vacías todas las habitaciones de esta ala del hospedaje de Vondale excepto las reservadas para las humanas y sus guardias, para garantizar la seguridad del grupo de la gira. Sin embargo, tras una prolongada discusión en la que Maxu había insistido en que, si no le daban acceso a una habitación cercana a la de su pareja, simplemente echaría abajo la puerta de la que él quisiera y se quedaría ahí de todos modos, finalmente habían accedido.

No lo habían hecho por sus amenazas, sino por las condenadas marcas de sus manos. Todos los empleados de aquí habían presenciado o al menos oído acerca del pobre hombre rechazado por su pareja. Tendría que haber dado gracias por su consideración, ya que a fin de cuentas, sin esas marcas su comportamiento lo habría llevado a prisión. Sin embargo, había sentido ganas de arrancarles los ojos al ver sus miradas de pena.

Meg estaba al fondo del pasillo, a dos puertas de distancia, aunque hubiera podido estar a kilómetros de distancia. Todo su cuerpo era consciente de su cercanía, de lo fácilmente que podría acceder a su habitación y envolverla en sus brazos. Se había acercado a su puerta tantas veces que ya tenía grabada en el cerebro cada astilla y rasguño de la madera pulida. Se quedó mirando la huella dactilar que había copiado de Meg y que tenía en la mesita de su habitación. No le supondría ningún esfuerzo abrir la puerta de su cuarto.

Apenas había dormido desde que salió de Tremanta en su búsqueda. Entre sus sueños febriles y su determinación de permanecer despierto y con los oídos atentos a las noticias acerca de su localización actual, dormir había sido la menor de sus prioridades. Incluso se había puesto inyecciones para seguir consciente.

El efecto ya se le había pasado, pero el sueño seguía sin llegar. La ansiedad por no estar cerca de su pareja ya no era tan insoportable. La había visto y olido, pero su interior seguía revuelto igual que antes. Ella era suya, pero a la vez no lo era, y no quería tener nada que ver con él.

Rodó en el colchón duro con un gruñido y se llevó la almohada de Meg a la nariz. El intenso olor de su excitación que tenía cuando se la había robado ya se había disipado, pero la sangre se le fue al pene con el suave aroma. Gruñó en la almohada, visualizó sus ojos grandes y expresivos y sus labios rosas. Imaginó lo hondo que hundiría los dedos en ella cuando la agarrara por sus caderas anchas.

Como hacía cada noche de su recientemente maldita existencia, se asió el pene. Imaginó a Meg debajo de él, hincándole los pequeños dientes nuevamente en su mano, pero esta vez para no gritar mientras él la penetraba. Su mano se deslizó por su erección hasta que el semen caliente se derramó en su abdomen mientras mantenía su cara sumergida en la almohada.

Su respiración se calmó, pero su pene seguía duro e insatisfecho. Soltó un gemido de frustración.

Su mano ya no era suficiente. Tendría que estar sintiendo la presión cálida y húmeda de su sexo alrededor de su miembro, y no los callos ásperos de su mano.

Necesitaba un trago o un tranquilizante. Se levantó despacio, sintiéndose aturdido. Estaba exhausto. Ya no podía concentrarse en nada por más de unos pocos segundos. Incluso sus

pensamientos sobre Meg eran caóticos. Lo que necesitaba de verdad, aparte de ella, era dormir.

Sacó dos botellas de mott de la mochila. Arrastró una silla de la pequeña mesa que había baj la ventana y salió de la habitación. Colocó la silla en medio del pasillo, de cara a la habitación d Meg, destapó una botella y se desplomó sobre la madera que crujió bajo su cuerpo.

Miró con el ceño fruncido hacia la puerta reluciente del final del pasillo. ¿Cómo se atrevía brillar más que el resto? Su mirada permaneció imperturbable mientras se bebía la mitad de l botella.

¿Qué estaría haciendo detrás de esa puerta? ¿Pensar en él? Probablemente lo estab maldiciendo. ¿Cómo había podido describirlo si no sabía nada de él? Tal vez había sido solo un coincidencia. Aun así, eso significaba que al menos los hombres con su aspecto le parecía atractivos. Se movió en la silla. ¿Y si había descrito a otra persona?

Se llevó la botella a los labios, pero ya la había vaciado. El mott recorría su torrent sanguíneo, produciéndole somnolencia y letargo. Cuando soltó la botella, tiró la otra sin querer que cayó al suelo de piedra resonando en el pasillo.

Volvió a mirar la puerta de su mujer. ¿Saldría para ver de dónde venía el sonido? Pasaro unos segundos de silencio. Nada. En su pecho brotó un gruñido. Balanceó la mano por encim del reposabrazos de la silla, tiró la otra botella y miró la puerta con el ceño fruncido. Tenía qu haberlo oído. ¿Se negaba a salir porque sabía que era él?

Se llevó la segunda botella de mott a los labios y le dio un trago cuando se abrió la puerta d al lado de la de Meg. Daunet asomó la cabeza y una pistola de dardos tranquilizantes al pasillo lo vio y apretó los labios. Sin decir una palabra, desapareció de nuevo en su habitación.

Maxu volvió a centrarse en su objetivo con la vista más borrosa de lo normal. A lo mejo estaba pensando demasiado. Tal vez estaba profundamente dormida, sin acordarse de él.

La idea le hizo pensar en varios improperios, pero estos se quedaron atascados en su gargant cuando la puerta de su habitación se abrió a un ritmo insoportablemente lento.

La silueta de Meg apareció en el umbral y Maxu se quedó sin aliento. Sus ojos grandes l vieron de inmediato y frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí? Me has dicho que ibas a dejarme en paz.

Estaba despeinada y descalza. Sintió puro placer al ver el esmalte lavanda claro en las uña de sus delicados pies. Estaba envuelta en una suave y corta bata vondalesa que se abría por e escote. Nunca antes había apreciado tanto una prenda de vestir.

—No he llamado a tu puerta. —Había tenido que controlarse mucho para no hacerlo, pero l había conseguido. Con las piernas pesadas por el alcohol, se dejó caer sobre la silla. Separó la piernas y apoyó la cabeza en el respaldo alto de madera, dejando claro que pensaba disfrutar d este momento sin vigilancia.

Un rubor rosado se extendió por las mejillas de ella y se le puso duro el pene. La conocí solo desde hacía unas pocas horas y, sin ningún esfuerzo, ya lo tenía bien amarrado.

—No, pero no diría que acampar en mi puerta y montar un escándalo sea dejarme en paz.

—Disculpa si he interrumpido tus sueños sobre mí, cielo. —Maxu levantó la botella— ¿Quieres un trago?

—No estaba soñando contigo —siseó ella y miró las otras dos puertas.

Maxu dio otro sorbo y se deleitó con el ligero fruncido de sus labios. ¿Estaba mintiendo?

—Ah, entonces estabas despierta pensando en mí.

La puerta que había frente a la de Daunet se abrió y una mujer mayor, a la que reconoci vagamente, salió al pasillo. Las dos mujeres se miraron.

Meg exhaló un suspiro y sus fosas nasales se dilataron.

—Todo bien. Me voy a dormir.

—Dulces sueños, mi pequeña vahpti —le deseó. Se obligó a mantener las piernas quietas y a no seguirla a la oscuridad de su dormitorio.

Con una última mirada, Meg desapareció en su refugio.

Mantuvo la mirada fija en la madera suave unos segundos más antes de darse cuenta de que la otra mujer seguía en el pasillo. Se puso su habitual máscara de indiferencia y la miró. La mirada debería de haberla acobardado lo suficiente para que desapareciera, pero en lugar de ello ella sonrió.

Volvió entonces a su dormitorio. Maxu gruñó en señal de aprobación, pero antes de que pudiera sentirse demasiado contento por la efectividad de su intimidación, ella volvió a salir de su cuarto con una silla.

—Maxu, ¿verdad? ¿Te importa que te acompañe? —Llevó la silla al lado de la de él y se acomodó en ella.

La mente de Maxu iba tan despacio que tan solo pudo mirarla con la boca abierta y la botella a medio camino de los labios.

La mujer se cruzó de piernas y soltó un suspiro de satisfacción con la vista fija en la puerta de la habitación de Meg. Maxu bajó la botella y se enderezó en la silla. Ahora que eran dos los que obstaculizaban el pasillo y observaban la habitación de otra persona, de repente se sintió incómodo.

—Enhorabuena por las marcas. —Señaló con la cabeza la mano con la que aferraba la botella.

A Maxu no le gustó la manera en que su pecho se hinchó por el cumplido. Sí, había encontrado a su pareja, pero la cantidad de emociones relacionadas con esas condenadas marcas eran apabullantes. Estaba aferrándose a su viejo yo por un hilo.

—¿Te conozco? —gruñó con los dientes apretados.

—Nos hemos visto. Soy amiga de Alice, la pareja de tu hermano. —La mujer sonrió con amabilidad y se le marcaron las arrugas alrededor de su boca.

Él entrecerró los ojos y logró ubicarla. Rita, creía que era su nombre. La había visto varias veces cuando había ido a visitar a sus hermanos, y si no recordaba mal, tenía una relación con un amigo de su familia, Zikas. Sin embargo, no dijo nada de esto; solo soltó un gruñido y se volvió hacia la puerta donde se encontraba su futuro.

Rita permaneció en silencio unos segundos, pero no era un silencio incómodo. El movimiento relajado de sus piernas y la sonrisa de su rostro sí que lo incomodaban. ¿Qué quería y por qué las humanas eran tan difíciles?

—¿Cuál es tu plan? —preguntó ella por fin.

—¿Qué?

—Tu plan. Has dado… una primera impresión interesante. Supongo que no has empezado con un buen pie con nuestra Meg. ¿Cómo pretendes arreglarlo? —En la mirada de Rita había algo que no conseguía descifrar. Sus cálidos ojos marrones no eran exactamente críticos, más bien insinuantes, como si intentara que llegase a una conclusión que ella ya había alcanzado.

Inspiró por la nariz y le dio un largo trago a su bebida.

—Espléndido. Otra condenada mujer que me dice cómo tengo que comportarme. —Hizo una mueca y añadió—: Y con mi pareja, nada menos.

Rita murmuró algo, pensativa, sin estar ni siquiera un poco molesta por el evidente desagrado

que él le mostraba.

—¿No te gusta que te digan lo que tienes que hacer?

—No.

—Ni que te controlen, me imagino.

—No —gruñó de nuevo. El zumbido que tenía en la cabeza por el mott y el cansancio emantuvo su rabia a raya en lugar de sacarla a relucir. Quizás por eso esta mujer no se marchaba.

—Tiene sentido. Creo que Meg se siente igual. Tal vez por eso no cayó rendida a tus pies ,cuando apareciste, montaste un espectáculo y le dijiste que te pertenece.

—Yo… —Giró la cabeza hacia Rita tan pronto como absorbió sus palabras, expresadas con etoda franqueza. Ella miraba la puerta de la habitación de Meg con una sonrisa vacía, segura de eque necesitaba un momento para recomponerse. Maxu se volvió y reflexionó. Lo único que se le ocurrió decir fue—: Es mi pareja.

—En efecto. —Rita giró el cuerpo hacia él. Debía de ser el mott que estaba jugando con él porque de pronto estaba ansioso por escuchar lo que ella tenía que decir—. Zikas me ha hablado aun poco de ti, ¿sabes? —Maxu apretó los dientes—. Nada malo, te lo prometo —añadió—. Me ha dicho que no quieres tener una esposa, y que todos los años encuentras una forma de librarte ade la ceremonia de matrimonio porque te desagrada. ¿Puedo preguntar por qué la odias tanto scuando la mayoría de los hombres matarían por la posibilidad de que los escojan?

—Zikas debería mantener la boca cerrada —murmuró Maxu. Con un suspiro, trató de dar una explicación—. Yo… Mis instintos son demasiado intensos. Me enfado y soy posesivo. Hago acosas mal y quiero más de lo que puedo tener. Eso no encaja con la manera en que se supone que debe comportarse un esposo.

—Mmm. —Rita enarcó una ceja y consideró sus palabras—. A mí me suenas muy humano.

Maxu la miró de nuevo. No estaba seguro de si se lo decía para reconfortarlo o para insultarlo.

—Ya sé que no quieres consejo de otra condenada mujer, pero ¿puedo darte consejo como ahumana? —Su mirada no era de superioridad ni de condescendencia, así que, a pesar de haber ignorado la opinión de todo el mundo durante años, Maxu asintió—. Meg es una de las pocas shumanas que he conocido que se alegra de que se la llevaran de la Tierra. Sabe más de Clecania aque ninguna de nosotras. Ha estudiado todas las ciudades y culturas de este planeta. Ha óaprendido a leer tu idioma en unos meses, a pesar de que simplemente podía usar un cristal de traducción. Meg es un ser de luz inteligente y aventurero, y si tu objetivo es llevártela y apagar ltoda esa luz porque es tuya y porque puedes, el camino va a ser muy difícil para ti.

Maxu no quería eso. Acababa de conocerla y el fuego de su alma lo atraía a un nivel que sobrepasaba su instinto de emparejamiento. Quería avivar esas llamas y disfrutar de ellas, pero sabía que Rita tenía razón. Si no cambiaba pronto sus forma de actuar, terminaría reducido a cenizas en su intento de domarla.

—¿Cómo? —preguntó sin más.

La sonrisa de Rita se hizo más ancha, como si estuviera satisfecha con su alumno.

—Yo empezaría por tratar de conocerla mejor. ¿Te has molestado siquiera en presentarte?

—Sí, eh… —Pensó en sus breves interacciones. Mierda, no lo había hecho. Ni siquiera le había dicho su nombre. Daunet lo había mencionado. Como siempre, la frustración se transformó aen ira—. ¡Es la otra mitad de mi alma! Las presentaciones formales son triviales.

Rita se rio.

—Imaginaba que tendrías ganas de conocer a la otra mitad de tu alma.

Por la diosa, era cierto. Incluso ahora se preguntó qué sonido tendría su risa y qué ciudad le emocionaba más visitar después de tanto estudio.

Se tensó en su silla cuando Rita apoyó una mano en su antebrazo.

—¿Un consejo más?

Contuvo el impulso de pellizcarle el dedo medio para que levantara la mano.

—¿Cuál?

—Dúchate. Parece que has estado un mes perdido en el bosque, y duerme un poco.

Maxu soltó una carcajada sin ninguna gracia. Como si dormir fuera tan sencillo. Como si una morena tetona no se pusiera a bailar tras sus párpados cada vez que los cerraba.

—Toma, puede que esto te ayude. —Rita se metió la mano en el bolsillo de la bata azul y sacó un pequeño envase de espray somnífero—. Yo tengo problemas para conciliar el sueño la mayoría de las noches. Me lo dio Zikas para que me ayudara en el viaje. Es ilegal que los civiles lo tengan, pero supongo que no vas a delatarnos. —Su sonrisa se ensanchó. Y, como si no pudiera callar las palabras, añadió—: Es un hombre muy considerado.

Maxu no sabía cómo darle las gracias mientras se sentía irritado, exhausto y perdido a mismo tiempo, así que tomó el frasco y murmuró:

—Él también es muy afortunado de haberte encontrado.

Rita sonrió y se levantó.

—Sí. Creo que voy a llamarlo para recordárselo.

Maxu permaneció en el pasillo pensando largo rato después de que Rita se marchara. Meg era suya. No se trataba de posesión; era un hecho. Tan sencillo como eso. Su cuerpo, su corazón y su mente estaban de acuerdo en esto, pero si la obligaba, ella lo odiaría y su corazón saldría perdiendo, aunque su cuerpo quedara satisfecho.

Las palabras de la reina volvieron a su mente, duras como el cemento. *Mierda.*

Tenía que ganársela.

Por la diosa, era cierto. Incluso ahora se preguntó qué sonido tendría su risa y qué ciudad le emocionaba más visitar después de tanto estudio.

Se tensó en su silla cuando Rita apoyó una mano en su antebrazo.

—¿Un consejo más?

Contuvo el impulso de pellizcarle el dedo medio para que levantara la mano.

—¿Cuál?

—Dúchate. Parece que has estado un mes perdido en el bosque, y duerme un poco.

Maxu soltó una carcajada sin ninguna gracia. Como si dormir fuera tan sencillo. Como si una morena tetona no se pusiera a bailar tras sus párpados cada vez que los cerraba.

—Toma, puede que esto te ayude. —Rita se metió la mano en el bolsillo de la bata azul y sacó un pequeño envase de espray somnífero—. Yo tengo problemas para conciliar el sueño la mayoría de las noches. Me lo dio Zikas para que me ayudara en el viaje. Es ilegal que los civiles lo tengan, pero supongo que no vas a delatarnos. —Su sonrisa se ensanchó. Y, como si no pudiera callar las palabras, añadió—: Es un hombre muy considerado.

Maxu no sabía cómo darle las gracias mientras se sentía irritado, exhausto y perdido al mismo tiempo, así que tomó el frasco y murmuró:

—Él también es muy afortunado de haberte encontrado.

Rita sonrió y se levantó.

—Sí. Creo que voy a llamarlo para recordárselo.

Maxu permaneció en el pasillo pensando largo rato después de que Rita se marchara. Meg era suya. No se trataba de posesión; era un hecho. Tan sencillo como eso. Su cuerpo, su corazón y su mente estaban de acuerdo en esto, pero si la obligaba, ella lo odiaría y su corazón saldría perdiendo, aunque su cuerpo quedara satisfecho.

Las palabras de la reina volvieron a su mente, duras como el cemento. *Mierda.*

Tenía que ganársela.

Capítulo 10

Todo lo que había planeado para ese día había salido mal. Meg evitó mirar cuando otro par de ojos enfadados aterrizaron sobre ella. Según los vondaleses, había pasado de ser una divertida y agradable chica soltera a una zorra emparejada y rompecorazones en menos de veinticuatro horas.

Camille intentaba decirle algo, pero no podía concentrarse. Por millonésima vez, miró por encima del hombro para buscarlo entre la gente.

Maxu, el enorme fantasma del pasillo, se había alojado de forma permanente en su mente. Llevaba nerviosa todo el día, buscando su rostro ceñudo en cada esquina, segura de que aparecería en cualquier habitación en la que ella estuviera para llevársela mientras los demás miraban y no hacían absolutamente nada. ¿Y qué era lo peor? Que no había aparecido.

A mediodía estaba tan nerviosa que casi deseaba que apareciera solo para saber dónde estaba. La incertidumbre era insoportable.

Además de la paranoia constante de que la estaban observando, también había recibido un trato horrible por parte de los vondaleses. Las noticias de la aparición de Maxu y del rechazo de ella a ser su pareja había puesto a la ciudad en su contra. La entrevista de esa tarde se había convertido en una burla velada de su moral.

¿Qué motivos podía tener una humana para despreciar el sagrado honor del emparejamiento?

¿Son la mayoría de los humanos egoístas?

Recibió los críticas con los dientes apretados y permaneció con rostro impasible mientras los ciudadanos de Vondale le dirigían miradas despectivas. Daba la sensación de que todos estaban nuevamente en su contra. La presión que le llovía de todas partes le traía recuerdos de su pasado que deseaba que permanecieran enterrados.

Miembros de su iglesia mirándola con malos ojos después de que se difundiera la noticia de su aventura con Jeremy. Su pastor acudiendo a su casa para animarla a hacer lo correcto. Pero ahora no era solo un pequeño pueblo del Medio Oeste el que la miraba como si fuera basura, sino una avanzada ciudad alienígena.

¿Cómo había sucedido esto de nuevo? ¿Cómo era posible que su duda a la hora de entregarse a un hombre, a un extraño, la convirtiera en una niña egoísta y cruel ante los ojos de todo el mundo? Sus miradas de acusación y los susurros duros la estaban destrozando poco a poco. Lo único que mantenía a raya las lágrimas era la capa de rabia en la que se había envuelto.

Solo le quedaba una noche en esta maldita ciudad. Mañana por la mañana se irían y por fin tendría un respiro… al menos de esta gente. No sabía qué se suponía que debía hacer con su supuesta pareja. Tomó otro gran sorbo de su vaso e inspiró profundamente. *Limítate a superar esta noche.*

Al menos estaba imponente con el vestido rojo rubí que había elegido. Con su largo hasta la mitad de la pantorrilla, el cuello alto y las mangas largas, casi podía describirse como modesto en comparación con los otros atuendos que había usado. No obstante, el refuerzo de las caderas y la cintura combinado con las aberturas que iban desde la axila hasta el muslo unidas por lazos rojos, le daban un aspecto de *femme fatale* que la hacían sentirse poderosa. Bueno, eso y el lico

fuerte que estaba bebiendo como si fuera agua con el estómago vacío.

¿A él le gusta el rojo?

El pensamiento inoportuno hizo que su orgullo se fuera a pique. No le importaba lo que a é le gustaba. Esperaba que odiara el rojo. Miró de nuevo a su alrededor en la fiesta e ignoró l mueca de desprecio de Bantio, el hombre con el que había flirteado el día anterior, antes de qu Maxu cayera en su vida como una granada.

En el fondo, sabía que él era su pareja y que tendría que reconocer esa realidad tarde temprano, pero no podía enfrentarse a eso ahora. Estaba demasiado sensible y asustada. Era u perro acorralado en una esquina, pero esta vez no iba a acobardarse y a mostrar la panza. Iba morder.

—Eh, mujer, ¿hola?

Meg levantó la vista y vio que su séquito humano la estaba mirando. Al menos las tenía ellas. Habían sido su apoyo en la entrevista. Habían defendido sus acciones y explicado la form correcta en la que debería de acercarse un clecaniano a su pareja si la reconocía. Le dolía e corazón de gratitud por sus esfuerzos, pero les había dicho que pararan antes de salir hacia l fiesta.

Su defensa era dulce, pero, al parecer, solo había servido para que los vondaleses también s pusieran en contra del resto de las humanas. No podían aceptar que ninguna defendiera e rechazo a una pareja, y los argumentos de sus amigas solo habían servido para pintar a la humanas bajo una mala luz; como criaturas sin entendimiento ni compasión.

Sí. Había terminado con Vondale y sus ciudadanos críticos. Si Maxu apareciera justo ahora le levantara la falda y la agachara sobre la mesa, probablemente ellos aplaudirían.

Se bebió el resto de la bebida y miró el vaso vacío con ceño fruncido. ¿Por qué demonios n dejaba de visualizar escenarios como ese y por qué demonios seguía provocándole un aleteo e el vientre y un estremecimiento en su interior?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó e intentó no ceder al impulso de mirar de nuevo p encima del hombro.

—¿De qué hablaron cuando te marchaste de la fiesta? —preguntó Sophia.

Aún no se lo había contado todo a sus compañeras de viaje. Algunas de ellas ni siquier habían presenciado el alboroto del día anterior, y pudo ver la curiosidad en sus expresiones. L relató todo con una pequeña distorsión en su voz y balanceándose sobre los talones.

Hubo unos segundos de silencio antes de que Lucy susurrara:

—¿No sentiste nada? ¿No hay en ti un poco del instinto de emparejamiento?

Qué pregunta más complicada. Su cerebro no era capaz de contestarla en ese momento Sentía… algo. Una fuerza que la obligaba a pensar en él más de lo normal.

—En Indiana había un restaurante al que… —Meg carraspeó. Había estado a un suspiro d mencionar a Jeremy—. Solía ir y, en una de esas ocasiones, el camarero me entregó la cuenta estaba mal calculada. Le dije que estaba mal, que yo no había pedido guarnición de patatas, per él insistió en que sí. Discutimos hasta que salió el encargado y fue a hablar con el personal de l cocina. Yo tenía razón, pero aquel maldito camarero lleno de granos no se disculpó. Solo dij aque me quitaría el plato de la cuenta y se alejó.

—Vale —dijo Camille, despacio. Tara y ella se miraron preocupadas, pensando que tal ve estaba perdiendo la razón.

—Les prometo que tiene relación con esto —aseguró Meg. Frunció el ceño, volvió a recorre la habitación con la mirada y continuó—: Bien, eso pasó hace unos seis años, y a veces sigu

viniéndome a la mente sin más. Estoy viviendo mi vida y, de pronto, bum, ese camarero amargado aparece en mi cabeza y me pone de mal humor. Termino pensando en lo que debería haberle dicho y en la vergüenza que pasé. —En que Jeremy se quedó sentado y la dejó discutir en lugar de defenderla. Ni siquiera corroboró que no habían pedido el plato extra—. Fue una estupidez y no importa, pero mi cerebro sigue recordándolo. ¿Les ha pasado algo así?

Tara resopló.

—¿Si revivo discusiones en mi mente y me torturo por cómo podría haber actuado? Soy una mujer, claro que me pasa, —Las otras mujeres del grupo se rieron.

—Pues así es. No para de aparecer en mis pensamientos, pero no en un sentido positivo. Parece que la conexión está ahí y, de vez en cuando, mi cerebro quiere recordarme que él existe y que mi situación es una mierda. No puedo parar de pensar en él ni dejar de preocuparme por él. No es divertido, ni romántico. No siento que haya conocido a mi alma gemela. Siento que he descubierto un tumor inoperable. —Las palabras de Meg se volvieron más acaloradas y duras conforme hablaba, y su garganta se contraía con cada palabra.

—No te guardes nada ahora —se rio Camille.

—¿Entonces no te gusta nada ese tipo? —preguntó Sophia con una voz más aguda de lo enormal—. ¿No te parece al menos atractivo?

Meg se miró los dedos de los pies.

—No —mintió—. ¿Cómo puede gustarme un tumor?

—Si te mantienes firme en tu opinión, venderé mi teta derecha —murmuró Lucy.

Meg arrugó el rostro, confundida.

—¿Qué? —Las cuatro mujeres estaban mirando algo detrás de ella y se le erizó la piel de cuello.

—Tu chico está aquí y se ha aseado muy bien. —Lucy tenía la mirada fija encima de hombro de Meg y prácticamente estaba salivando.

—Yo soy lesbiana, pero… lo entiendo. —Las cejas de Tara estaban a punto de tocar en su cuero cabelludo mientras trataba de tomar una bebida sin perder de vista a Maxu.

Meg se quedó paralizada. Se mantendría fuerte. No importaba qué aspecto tuviera, ya que el día anterior se había comportado como el mayor idiota del mundo. *Quiere llevarme lejos de aquí y controlarme*, se recordó a sí misma con firmeza.

Le dio un escalofrío por la espalda justo antes de que el calor corporal de alguien invadiera su burbuja de espacio personal y se derritiera en su columna.

—Hola. —Su profunda voz de barítono se deslizó por su piel y a Meg se le aceleró el pulso.

Varios saludos se oyeron entre sus supuestas amigas. *Traidoras*, gruñó para sus adentros.

Inspiró profundamente y echó un breve vistazo por encima del hombro. Tan solo se permitió mirar durante dos segundos antes de volver a mirar al frente y, aun así, la boca se le quedó seca.

Se había afeitado y su cabello oscuro estaba recortado y peinado con la raya a un lado resaltando la espesura de su pelo y su entrada en forma de viuda. Con la mandíbula afilada, los labios carnosos y unos ojos sorprendentemente claros, parecía que acababa de salir de una antigua alfombra roja de Hollywood.

Meg se concentró en su vaso y apretó los dedos para controlar su reacción al verlo. ¿Cómo demonios se atrevía a presentarse con un aspecto tan sexy? Era injusto.

Debió de darse cuenta de que no tenía intención de volverse de nuevo, porque se situó a su lado y le tendió un vaso que contenía exactamente el mismo licor que ella estaba bebiendo.

—He visto que te lo has acabado.

Meg quería aceptar el vaso. Su garganta seca necesitaba urgentemente una lubricación, perc
aprefería que su tráquea se agrietara y ampollara antes de aceptarlo. Era una comparación
,estúpida, pero su mente emocional y borracha comparaba el hecho de aceptar su bebida con
aaceptarlo a él, y no podía hacer eso.

—No, gracias.

Sus dedos largos y gruesos y las marcas azules que los rodeaban sostuvieron el vaso unos
asegundos más.

—Muy bien. —En su voz había un suave gruñido, como si le molestara su rechazo. Meg le
.dirigió una mirada irritada para demostrarle que el sentimiento era mutuo, y eso fue su perdición.

Maxu se llevó el vaso a sus labios perfectos, cerró los ojos y bebió el líquido color ambar. El
.cuello alto y negro de su camiseta le llegaba hasta la mitad de su cuello bronceado. Unas marcas
ede nacimiento blancas y brillantes asomaban por el cuello y se extendían hacia su mandíbula.

Meg no podía dejar de mirar los músculos gruesos de su garganta mientras tragaba el licor. Con la espalda recta, Maxu bajó el vaso, la miró y soltó un gruñido suave de aprobación.

No sabía si el sonido tenía como objetivo elogiar la calidad de la bebida o a ella, pero se estremeció de todos modos. Un negro intenso se deslizó por las esquinas de sus ojos claros mientras le recorrían la cara y se detenían en sus labios.

Meg cerró los labios al darse cuenta de que los tenía separados por el asombro ante la mera existencia de Maxu. Se volvió hacia sus amigas; esperaba cierta compasión, pero todas ellas tenían la misma sonrisa traviesa. Era como si su vida fuera un *reality show* digno de asombro y que estuvieran viendo desarrollarse ante sus ojos.

Tenía que controlarse y ponerlo en su lugar. Le dirigió una sonrisa y agitó el vaso entre los dedos.

—Parece que necesito ir a rellenar mi vaso. Voy a buscarme una bebida.

Una de las mujeres que había detrás de ella murmuró un «oooh» cuando se volvió sobre sus tatalones y se dirigió con paso firme a la barra expendedora. *No tropieces. No tropieces. No tropieces.*

Se las arregló para llegar a la máquina sin tambalearse y programó la bebida que quería. Sintió que él se acercaba incluso antes de que le rozara el brazo.

—Meg, ¿me puedes mirar?

Tensó la mandíbula. ¿Se lo estaba pidiendo? ¿Serenamente?

—Por favor. —Casi sintió el esfuerzo que le había supuesto pronunciar esas dos palabras.

Tomó un trago para armarse de valor, se giró y levantó la barbilla para mirarlo a los ojos. Su chaqueta estaba abotonada en el hombro y le abrazaba el pecho amplio. El sastre sabía lo que hacía. Era un diseño sencillo pero anguloso. Estaba cortada de tal forma que el cerebro primario de Meg deseaba comprobar si el cuerpo debajo era tan amplio y grueso como lo hacía parecer el corte de la chaqueta.

—¿Sí? —graznó.

Un músculo palpitó en su mandíbula.

—Eh… —Sus pobladas cejas se fruncieron sobre sus ojos—. Quiero disculparme por lo de ayer.

Meg se fijó en una vena que latía en su garganta.

—¿En serio? —dijo con una ceja enarcada, mirando su mandíbula y la rigidez de su postura —. Porque parece que te estás disculpando con una pistola apuntándote a la cabeza.

Maxu alzó la mirada al cielo en busca de paciencia. Cuando volvió a mirarla, tenía una

osonrisa terrible en la cara, aunque Meg pensó que intentaba que fuese tranquilizadora.

—No debí haberte abordado de esa forma. Llevaba semanas buscándote y antes de eso estuv
nencarcelado… —Se quedó callado y su nuez de Adán subió y bajó—. Digamos que m
encontraba un poco fuera de control.

¿Encarcelado? ¿Podía esto empeorar aún más? ¿Por qué lo habían encarcelado?

Se acercó un paso más a ella, levantando las manos hacia ambos lados de los brazos de Meg
quien se puso en guardia al instante. A Maxu se le dilataron las fosas nasales y se humedeció lo
elabios, apretándolos lentamente en un gesto de frustración. Luego, dejó caer las manos.

—Me gustaría empezar de nuevo contigo. Si…

—Hola. —Bantio se acercó y le sonrió a Maxu—. Quería presentarme y felicitarte por la
smarcas.

Bantio no quiso mirar a Meg y ella tomó otro sorbo a su bebida para ocultar su expresión d
.desprecio. A lo mejor Maxu le había hecho un favor. Había estado a punto de llevarse a est
idiota a su habitación sin saber lo imbécil que era en realidad.

Meg miró a Maxu, que se había quedado inmóvil como una roca. No sabía si preocuparse
sreírse por la situación. De su pareja destilaba una advertencia oscura mientras seguía mirándol
directamente a ella, con la cabeza ligeramente inclinada por la interrupción. Tenía la vena de
acuello abultada y contrajo los músculos de la mandíbula, como si estuviera reuniendo todo s
sautocontrol.

Meg introdujo una mano por el hueco de su codo y dejó que su bebida colgara suavemente
la altura de su barbilla. Con una ceja arqueada hacia Maxu en un gesto lleno de curiosidad
sesperó a ver qué hacía. Él la miró a los ojos como tratando de averiguar lo que ella esperaba d
él.

Al fin, una máscara descendió sobre sus rasgos y se enderezó. Le dirigió una breve sonrisa a
shombre y asintió. Bantio estaba totalmente ajeno a la tensión que emanaba de Maxu.

—Te lo agradezco. —Se volvió hacia Meg nuevamente, pero Bantio no captó la indirecta.

—También quería disculparme por lo de ayer. Me dijo que no tenía pareja. De hecho, insisti
.bastante.

Meg tuvo la necesidad de discrepar, pero ya lo había intentado una y otra vez durante e
transcurso del día sin ningún éxito. Esta gente creía lo que quería creer. Sin embargo, po
primera vez no se sentía ignorada por ser mujer. Estaba claro que su mala opinión se debía a qu
era humana. No estaba segura si eso era mejor o no.

—Lo entiendo —respondió Maxu con una voz ronca muy similar a un gruñido—. Ahora, s
enos disculpas, estoy intentando mantener una conversación con mi pareja.

—¡Por supuesto! Por supuesto. Para que quede claro, espero que las cosas mejoren para ti
lEstar atado a una mujer que miente así…

Meg no tuvo oportunidad de sentirse ofendida por las palabras de esa sabandija cuando e
puño de Maxu salió volando y lo golpeó en la garganta. Vio con horror cómo se desplomaba
llevándose las manos al cuello y emitiendo un horrible sonido de borboteo.

Los asistentes a la fiesta que estaban cerca se acercaron a ayudarlo, mirándolos a ambos co
expresiones atónitas. Cuando Meg logró apartar la mirada del hombre que se esforzaba po
respirar, volvió a encontrarse con los ojos de Maxu cerrados nuevamente. Tenía una mueca en l
acara, como si supiera que había cometido un error.

—No. —Meg se terminó la bebida, dejó el vaso en la mesa y se encaminó a la salida. Oyó u
agruñido ahogado detrás de ella y aumentó la velocidad—. Me voy —le dijo a Daunet, que habí

observado cómo la conversación se volvía más tensa mientras charlaba con Heleax.

—De acuerdo, vamos…

—Yo la acompaño. —El gruñido de Maxu interrumpió a Daunet y Meg se detuvo en seco. Se giró y miró a su guardia, a su amiga. Daunet los miró a ambos antes de enfocar su atención en Meg. Le dieron ganas de gritar al ver la mirada de disculpa de su guardia. Esta asintió hacia Maxu y se quedó allí, permitiendo que la última persona de este planeta que ella quería que la escoltara a casa la acompañara.

Meg caminó con determinación y lo más rápido que pudo con los tacones de doce centímetros que tanto le había emocionado ponerse el día anterior. Los tacones eran inusuales en este planeta, pero comunes en Vondale. En la Tierra, apenas había tenido la oportunidad de usar algunos, así que había aprovechado la ocasión para ponerse unos tacones rojos y sexys. Lamentó ahora su decisión cuando se le enganchó la punta en una zona irregular del suelo. Se torció el tobillo antes de recuperar el equilibrio y seguir adelante.

—Espera, por favor.

No se dio la vuelta.

—Solo tú puedes conseguir que la palabra «por favor» suene a orden.

Maxu resopló a su espalda y la alcanzó. Le ardían las mejillas por su casi caída, pero se sonrojó aún más cuando notó su paso lento. Ella estaba casi sin aliento, prácticamente corriendo y él se movía a paso lento. Meg cuadró los hombros e intentó caminar más deprisa.

—No he podido evitarlo. Te ha insultado.

—¿Y por eso le has roto la tráquea? —Soltó una carcajada.

Por el rabillo del ojo, lo vio encogerse de hombros.

—Habría preferido arrancársela, pero he pensado que no te gustaría.

Meg se detuvo. Él la agarró del codo cuando se tambaleó hacia atrás, pero ella se soltó de un tirón.

—Eso no me hace sentir mejor. —Tenía el pecho agitado y le caían gotas de sudor por la espalda—. ¿Qué vas a hacer? ¿Golpear en la garganta a cada tipo que se comporte como un idiota conmigo?

—No soy irracional, mujer. —La miró con los ojos entrecerrados y frunció el ceño con obstinación—. Por favor, dime dónde prefieres que lo golpee y me aseguraré de hacerlo ahí la próxima vez.

—Ja, ja —dijo sin ninguna gracia. Recuperó el aliento lo suficiente para caminar de nuevo pero él la agarró del brazo antes de que pudiera hacerlo.

—Vas a romperte el tobillo —gruñó. Meg gritó cuando la tomó en brazos y se encaminó hacia su habitación.

—Suéltame. —Se movió en sus brazos, pero no sirvió de nada. La agarraba por los muslos y la espalda, por lo que era imposible resistirse.

—Deja de moverte o te echaré sobre mi hombro.

—No, no lo harás.

Maxu le dirigió una sonrisa oscura.

—¿Crees que no pondría tu hermoso trasero al lado de mi cara? Es justo lo que quiero hacer. Dame un motivo.

Las palabras hicieron que el calor le recorriera el vientre y una pequeña parte de ella quiso seguir moviéndose para ver qué haría. Eso tenía que ser el efecto del alcohol. En cambio, se cruzó de brazos y miró al frente.

La llevó por el pasillo en silencio, pero sentía su mirada ardiente en ella. Intentó no fijarse en los músculos de su torso que le frotaban el costado mientras caminaba. Empezó a respirar por la boca para que su olor no la mareara. Era un aroma a almizcle, tierra y un toque herbal que no conseguía identificar.

—Estás preciosa esta noche. No he tenido ocasión de decírtelo antes.

Meg quería que dejara de hablar así. Cada palabra que pronunciaba le provocaba chispas en el torrente sanguíneo y hacía que burbujeara como el champán. Su estúpida voz. Estaba segura de que esa era la razón por la que su cumplido había estado a punto de hacerla sonreír.

—¿Y qué te parecen mis ridículos zapatos?

—¿Son ridículos?

Esperaba que el comentario lo hiciera decir algo sobre lo ridículos que eran, que era absurdo que una mujer calzara algo tan doloroso y que luego necesitara que la llevaran en brazos a casa.

—Son bastante poco prácticos. —*Di algo molesto para que me acuerde de que no me gusta que me lleves en brazos.*

Él movió la mano sobre sus rodillas y con la punta de un dedo encontró la piel desnuda bajo el dobladillo del vestido. Meg inspiró profundamente cuando le rozó la pantorrilla con el pulgar. *Esa es una zona erógena que no sabía que tenía.*

—¿Y bien? —insistió ante la ausencia de respuesta.

Maxu la miró con la comisura de los labios levantada.

—No quieres saber lo que pienso al respecto.

Parte del calor que se había acumulado en su interior se enfrió con su respuesta.

—Sí quiero.

—De acuerdo. En mi opinión, algo que es poco práctico no sirve para nada. —Carraspeó— Te he visto alejarte de mí varias veces esta noche, y puedo asegurarte que desde donde yo me encontraba, sirvieron para un propósito muy útil.

Meg tardó unos segundos en entender lo que estaba diciendo y, al hacerlo, el calor entre sus piernas y a sus mejillas regresó de golpe.

Él soltó un gruñido y sonrió.

—O puede que sí quieras saber lo que pienso.

—¿Qué quieres decir?

Maxu la miró a los ojos y se quedó sorprendida por la devastadora combinación de sus ojos, de color verde agua y la dentadura blanca y perfecta. Maxu inclinó la cabeza, inspiró y le rozó la nariz con la suya antes de apartarse unos centímetros.

—Puedo olerte, ¿recuerdas?

Meg tan solo pudo parpadear, con el corazón latiéndole en el pecho a mil por minuto.

No, no y no. Se obligó a apartar la mirada y a mantenerse firme.

Habían llegado al último recodo previo a su pasillo tras pasar junto a unos guardias curiosos que controlaban al resto de la gente que quería ver a las humanas. Maxu caminó más lento para retrasar el momento.

—Puedo caminar más rápido sola.

En lugar de responder a su queja, caminó más lento aún.

—No voy a obligarte a volver conmigo a Tremanta.

Meg relajó los labios y lo miró. ¿Hablaba en serio?

—Me he dado cuenta de que no estuvo bien exigirte que abandones tu trabajo solo porque yo quiera que lo hagas. —Tenía la mandíbula tensa, expresión pétrea, pero Meg sintió que era

porque se sentía incómodo y no porque no fuera sincero. ¿Cuántas veces aceptaba la derrota o se disculpaba un hombre como este?

Había dejado de moverse y Meg entonces se dio cuenta de que habían llegado a la puerta de su habitación. Los músculos de su garganta se movieron y la apretó un momento contra su cuerpo, como si batallara consigo mismo por soltarla. Finalmente lo hizo, dejándola de pie y apartándose unos pasos.

—Te lo agradezco. —Meg puso una mano en su brazo y trató de impregnar su tono de voz de la gratitud que sentía. Se había liberado de un peso al escuchar sus palabras. Si le estaba diciendo la verdad, eso significaba que podría dejar de estremecerse cada vez que aparecía una persona nueva en la habitación. No tendría que sentirse constantemente preocupada de que fueran a llevársela lejos en cualquier momento.

Maxu miró la mano con la que lo tocaba. El borde de sus ojos se tiñó de negro.

Meg tosió y apartó la mano. Ahora que la amenaza de que se la llevara como una cavernícola había desaparecido, algo en Maxu se suavizó. Su miedo lo había ensombrecido antes, pero no era tan malo. Tenía mal genio, pero honestamente, ella también lo tenía. Era guapo, taciturno y atractivo, y estaba dispuesto a admitir cuando se equivocaba… y era guapo.

—Siento haberte mordido —gruñó con una media sonrisa—. Espero no haberte hecho mucho daño. ¿Se ha curado ya?

La rigidez de las cejas de Maxu se relajó mientras ella hablaba. Levantó la mano y pudo distinguir una cicatriz pálida con forma de media luna.

—Oh, no. ¿No te han podido curar la cicatriz? Meg hizo una mueca.

Un momento, no tenía sentido. Los médicos y la tecnología de aquí podían arreglar casi cualquier cosa.

La mirada de Maxu se tornó acalorada mientras examinaba las marcas de sus dientes en su mano.

—He pedido que no lo hagan. Me gusta verlas.

Meg se quedó sin aliento. ¿Era sexy o psicótico? No estaba segura. La sensación entre sus piernas era prueba de que su cuerpo había tomado una decisión.

—Eres un bicho raro, ¿eh?

Con un paso, invadió de nuevo su burbuja. Inclinó la cabeza y rozó con su mejilla la de ella e inspiró profundamente. Meg sintió un hormigueo por el cuero cabelludo y empezó a respirar con dificultad.

—No sé lo que es un bicho raro, pero si lo soy, tú también lo eres. —Su aliento cálido le rozó la oreja.

Con el corazón acelerado y las mejillas encendidas, Meg se clavó las uñas en las palmas de las manos. Era una mala idea acercarse a él para darle un beso. Era cierto que era su pareja, pero acababa de decirle que pensaba darle espacio. Deslizar las manos por sus hombros tan solo conseguiría transmitir el mensaje equivocado.

Menos mal que se iba a marchar. De lo contrario, Meg no sabía cómo iba a evitar abalanzarse sobre él como un animal en celo.

—Eh… ¿y cuándo te vas? —preguntó con un susurro, tratando de ignorar la inclinación hacia delante de su cuerpo cuando él se apartó de ella.

—¿Irme? —Algo parecido al dolor alteró su expresión de calma por un momento.

Meg frunció el ceño.

—Sí, me parece bueno que nos demos un poco de espacio. Entiendo que eres mi pareja y que

etendremos que buscar una forma de tratar el asunto en el futuro, pero que digas que vas a dejarme tranquila por ahora me quita un gran peso de encima. Siento que puedo respirar, ¿sabes?

Maxu soltó una risotada que le puso la piel de gallina.

—No voy a irme a ninguna parte, vahpti.

Meg parpadeó.

—Pero… has dicho…

—He dicho que no voy a obligarte a venir a casa conmigo. No he dicho que vaya a abandonarte. —Su tono era firme y gruñón—. Eres mi pareja. No voy a perderte de vista.

Sus palabras fueron como una bota que aplastaba su momento de alivio. La rabia burbujeó en su vientre. ¿Cómo había sido tan estúpida? Por supuesto que no iba a darle espacio.

—¿Qué vas a hacer entonces? ¿Seguirme por todo el mundo?

—Sí —contestó sin más.

Meg tomó aliento. A lo mejor, esto todavía tenía arreglo. Se había mostrado razonable un minuto antes, y un hombre que podía admitir que se equivocaba era un hombre que escuchaba y razones, ¿no?

—Mira. —Forzó una sonrisa—. Entiendo que será difícil ignorar el vínculo. A lo mejor puedes venir a verme una vez a la semana, así aliviarías los efectos secundarios y también me darías el espacio que te estoy pidiendo.

Maxu alzó la barbilla y, por un momento, Meg pensó que iba a considerarlo.

—No. —La palabra fue dura como el cemento.

Meg plantó con fuerza el pie en el suelo.

—¡No puedes decir que no! ¿Te importa acaso lo que yo quiero?

Maxu la miró un momento. A Meg le dieron ganas de gritar cuando él se fijó en su mirada de rabia y sonrió.

—Me importa mucho lo que tú quieres, pero ¿cómo voy a saber lo que quieres, lo que de verdad quieres, si me voy?

Meg echó la cabeza hacia atrás.

—¿Se ha roto mi traductor? —Se dio unos golpecitos en la oreja—Probando; uno, dos, tres.

—Estamos emparejados y no creo que actuar como si no fuera así sea beneficioso para ninguno de los dos. Además, necesito permanecer cerca de ti para asegurarme de que estás a salvo.

—Esa es una excusa de mierda. Tengo guardias y hay más guardias en cada ciudad que visitamos.

Maxu se encogió de hombros y retrocedió un paso.

—Incluso con todos tus guardias, yo fui capaz de llegar hasta ti.

—Eso es distinto —balbuceó, siguiéndolo mientras él retrocedía. Si pensaba que se iba a librar de la discusión tan fácilmente, no era así—. Vieron tus marcas y Daunet te conocía. Si hubieras sido un extraño, nunca te lo habrían permitido.

—Puedo asegurarme de que así sea si estoy cerca.

—No estoy… no estás… —Meg ahogó un grito. Tomó aliento y contempló a Maxu, que destilaba seguridad en sí mismo—. El hecho de que estés aquí no quiere decir que tenga que saludarte.

—¿Vas a ignorarme? —Una sonrisa burlona le iluminó el rostro y las estúpidas mariposas del estómago de Meg la vieron. ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente sexy?

—¿Y qué te hace tanta gracia?

—Estamos emparejados. No creo que puedas ignorarme aunque lo intentes.

Sus dientes entrechocaron cuando cerró la boca. Se volvió sobre sus talones y se dirigió con paso firme a su dormitorio. *¿Que no puedo ignorarlo? Por supuesto que sí. Espera y verás idiota.*

La mirada de Maxu le quemaba la espalda mientras abría la puerta con torpeza y entraba. Una vez adentro, se puso a dar vueltas, furiosa. ¿Quién era él para decirle lo que quería o no aquería? No estaba rechazando su vínculo, solo necesitaba tiempo para aceptarlo. Necesitaba algo de tiempo sin él.

Se desató los zapatos, se los quitó y se sentó en la cama, con los brazos y las piernas cruzadas, mirando con desprecio hacia la puerta.

—Estamos emparejados. No creo que puedas ignorarme aunque lo intentes.

Sus dientes entrechocaron cuando cerró la boca. Se volvió sobre sus talones y se dirigió con paso firme a su dormitorio. *¿Que no puedo ignorarlo? Por supuesto que sí. Espera y verás, idiota.*

La mirada de Maxu le quemaba la espalda mientras abría la puerta con torpeza y entraba. Una vez adentro, se puso a dar vueltas, furiosa. ¿Quién era él para decirle lo que quería o no quería? No estaba rechazando su vínculo, solo necesitaba tiempo para aceptarlo. Necesitaba algo de tiempo sin él.

Se desató los zapatos, se los quitó y se sentó en la cama, con los brazos y las piernas cruzadas, mirando con desprecio hacia la puerta.

Capítulo 11

Meg estuvo unos minutos murmurando a solas antes de levantarse y salir de la habitación. Sus pasos vacilaron cuando vio a Maxu sentado de nuevo al fondo del pasillo con una botella en la mano. En su rostro se dibujó una sonrisa cuando la vio.

—Qué rápida.

Meg alzó la barbilla, cruzó hasta la habitación de Daunet y llamó a la puerta. No hubo respuesta. Podía ver a Maxu por el rabillo del ojo. Se puso una mano en el lateral de la cara para no verlo y volvió a llamar. Nada.

Por supuesto, Daunet no había llegado aún. ¿En qué estaba pensando? La habían dejado en la fiesta y no la habían visto pasar de regreso. Meg tenía acceso a la habitación de su guardia en caso de emergencia. Esto no era una emergencia real, pero se parecía. A fin de cuentas, estaba en serio peligro de asesinato en este momento.

Posó una mano en la puerta, entró y esperó. Pasó una hora. Luego, dos. Se puso a dar vueltas por el cuarto y se sentó. Se levantó y dio más vueltas antes de sentarse de nuevo, enfadada. A fin, el sonido de los cerrojos de la puerta la hicieron saltar de la silla. La mirada de Daunet la encontró de inmediato.

—¿Qué haces?

Esconderme.

—Esperarte. Tenemos que hablar de Maxu.

Daunet exhaló un suspiro hondo y hundió los hombros como si se preparara mentalmente para una larga discusión.

—Es tu pareja, Meg. No puedo mantenerlo alejado de ti.

—¿Por qué no? ¿No se supone que las mujeres ponen las reglas en este planeta? Si fuera mi esposo y no quisiera verlo, lo mantendrías alejado.

—Es cierto —respondió con un tono tranquilizador—, pero no es tu esposo. Es tu pareja y no ha hecho nada que resulte una amenaza para tu seguridad. Ya he enfadado a la Diosa al mentir sobre tu emparejamiento, y no lo haré de nuevo separándolos.

Meg abrió mucho los ojos.

—¿Por eso te has puesto tan rápido de su lado? —Notó un sabor amargo en la boca al saber que las decisiones de Daunet estaban condicionadas por otro poder superior que tenía más influencia sobre su vida que ella misma.

Daunet sonrió por su indefensión.

—Meg, estás siendo muy obstinada. Le dijiste a la reina que aceptarías a tu pareja si alguien te reconocía.

Lo sabía. *En fin, eso fue cuando estaba segura de que nadie iba a reconocerme*. Ya que esta no era una respuesta madura, prefirió callar.

—No es que no lo acepte. Solo necesito tiempo a solas para poner en orden mis pensamientos. No puedo hacerlo con él montando un campamento en el pasillo junto a mi dormitorio. Lo único que tienes que hacer es no contarle adónde iremos después. No podrá seguir a los cruceros si activamos sus escudos.

—No entiendo. —Daunet sacudió la cabeza—. Te comportas como si encontrar a tu pareja fuera la peor maldición del mundo. Maxu es rudo, pero si se parece en algo a su familia, es un buen hombre. Dale una oportunidad.

Meg notó el pulso en los oídos. *Es un buen chico. Será un buen padre. Dale una oportunidad.*

Ya había escuchado esos argumentos antes. Se le formó un nudo en la garganta. Nadie estaba de su parte y eso era lo que más le dolía y aterraba. Había llegado a este mundo siendo libre pensando que por fin tendría poder sobre su propia vida.

Al parecer, esa libertad era tan solo una ilusión. Las lágrimas brotaron de sus ojos y se mordió el labio en un intento de recomponerse.

—Meg… —Daunet frunció el ceño—. De verdad, esto no es tan malo. Creo que Maxu te agustará una vez que lo conozcas.

Meg se sentó en una silla y sostuvo la mirada de su guardia.

—Lo sé. Pero… no quiero que me guste.

Su amiga ladeó la cabeza, confundida.

Había llegado el momento de revelar la verdad.

—Hay algo de mi vida en la Tierra que no te he contado.

El cansancio desapareció de la postura de Daunet, quien se enderezó.

—¿Qué quieres decir?

Meg se lo explicó todo. Le contó sobre su familia, Jeremy y cómo ya la habían forzado a casarse una vez. La aparición repentina de Maxu, junto con la vergüenza que le habían hecho pasar los clecanianos, habían despertado en ella todas las emociones que creía haber reprimido con éxito.

Cuando terminó de explicarle su vida en la Tierra, se sentía mareada y la tela del vestido roja estaba cubierta de marcas oscuras de humedad de sus lágrimas.

—¿Tienes marido en la Tierra? —Daunet puso cara de sorpresa—. Por eso nunca te ha interesado regresar.

—Han pasado más de nueve meses. Tenía un marido. Él probablemente se olvidó de mí una semana después de mi desaparición. —Meg se limpió la nariz.

Los ojos de Daunet reflejaban empatía, pero también parecía confundida.

—Ahora entiendo tu perspectiva y me duele la situación en la que estás, pero no sé qué se puede hacer. ¿De verdad quieres que eche a Maxu? Va a sufrir… ya lo sabes. Él tampoco ha pedido esto.

—Sí, lo sé. Solo necesito tiempo. —Se adelantó y se arrodilló delante de Daunet—. No le las dicho adónde iremos, ¿no?

—No —gruñó ella.

—Pues no se lo digas. Supuestamente vamos a pasar tres días en Adenelas. Concédeme esos tres días a solas. Después puedes ponerte en contacto con él y decirle cuál es la siguiente ciudad. Para entonces ya tendré un plan. —Contuvo la respiración. La esperanza flotaba en ella como una nube cargada de lluvia a punto de estallar.

Daunet se quedó mirándola con una arruga entre las cejas.

—No va a permitir que nos acompañes a menos que conozca tu próxima parada. Ya lo sabes. Estoy segura de que insistirá en venir con nosotras y no tengo ningún motivo para decirle que no debería. Los otros guardias también insistirán. A menos que… —le dirigió una mirada de desánimo—. Puedes contarles a ellos lo que me has contado a mí. Puede que se muestren más

acomprensivos si lo saben.

—No. —Meg negó con la cabeza. No quería la pena de nadie. Tampoco había querido contárselo a Daunet, pero no había tenido elección. En la medida de lo posible, quería que su pasado de mierda permaneciera en el pasado. Se sentó sobre las rodillas y reflexionó. ¿Cómo podían marcharse sin que lo supiera Maxu?

Una idea se formó en su mente. Hizo una mueca y miró a Daunet, aunque todo era una fachada. En el fondo, estaba emocionada por haber encontrado un plan.

***

Maxu se puso la almohada de Meg bajo la cabeza y sonrió. En este momento ella no estaba especialmente contenta con él, pero no pudo evitar sentir una enorme satisfacción. Su pareja estaba cerca. Mañana partirían hacia una ciudad nueva y tendría todo el tiempo necesario para ir ganándose poco a poco su confianza.

Era cierto que habían chocado un poco. Igual que él, Meg tenía temperamento, pero tenía el presentimiento de que este se traduciría en pasión cuando finalmente consiguiera que se enamorara de él. Una larga noche y medio día de sueño habían hecho maravillas en su lucidez.

Se despertó con las palabras de Rita en la mente. Se aseó hasta estar lo bastante limpio como para resultar casi irreconocible y salió a ganarse a su mujer.

Aunque había cometido algunos errores en la fiesta, estaba bastante orgulloso de su autocontrol. No había asesinado al hombre que la había insultado, a pesar de que había querido hacerlo, y cuando la había acompañado a su habitación, no había insistido en entrar, aunque sospechaba que se lo habría permitido si lo hubiera intentado. Meg no podía decir que no se sentía atraída físicamente por él. No tenía forma de ocultarlo.

Su afecto y aceptación llegarían con el tiempo; no lo dudaba.

Alguien llamó a su puerta. Frunció el ceño por instinto, pero tras olfatear el aire un momento la sonrisa que esbozó le hizo daño en las mejillas por falta de uso.

Cruzó la habitación y esperó a que la puerta se abriera.

Allí estaba ella, todavía vestida con el vestido rojo, pero descalza. Maxu sonrió.

—Ya te he dicho que no podrías mantenerte alejada.

Ella le lanzó una sonrisa tensa.

—He pensado que podríamos intentar hablar de nuevo.

Eso no estaba al principio de su lista de prioridades, pero suponía pasar tiempo con ella, así que aceptó.

—De acuerdo. —Se hizo a un lado, pero ella no entró de inmediato.

En su mirada apareció un atisbo de preocupación. ¿Le preocupaba estar a solas con él en su habitación? Maxu retrocedió varios pasos para que no se sintiera acorralada.

—Lo siento. —Meg hizo una mueca. Sacó de su espalda una pistola de dardos tranquilizantes de las que tenían los guardias del Templo de la Perla. Antes de que Maxu pudiera reaccionar, se oyó un clic y un silbido y un dolor intenso lo pinchó en el muslo.

Le dio un manotazo al pequeño dardo.

—¿Has…? —farfulló. La furia lo invadió y se abalanzó sobre ella antes de caer de cara al suelo.

Capítulo 12

No había otra palabra para describir Adenelas que no fuera impresionante. Playas de arena blanca y mar turquesa hasta donde alcanzaba la vista. Meg estaba de un humor excepcionalmente bueno hoy. Por una parte, el clima era cálido y seco, con una brisa perfecta. Por otra, la gente de Adenelas era abierta y agradable, nadie sabía nada del drama que había tenido lugar en Vondale.

La habían lavado, aseado, envuelto en capas de una tela voluminosa y ligera y ahora estaba mirando el mar y hundiendo los dedos de sus pies en la arena. La ligera sensación de culpa por haber dejado inconsciente a Maxu no podía compararse con la ligereza que le aportaba su momentánea libertad.

Le sentaba estupendamente bien recuperar un mínimo de control. Era como encontrar finalmente esa prueba que te permitía ganar una discusión en la que llevabas enzarzada varias horas. Dispararle no había sido la forma más sana de manejar sus problemas, lo admitía, pero… maldita sea, era estupendo tener el control.

Las otras humanas sospechaban que algo ocurría. Su amplia sonrisa les había dado pistas suficientes, pero había esperado hasta que estuvieran en camino a Adenelas para revelarles que lo había engañado para dejarlo atrás, aunque no les contó cómo. Daunet era la única que lo sabía y aunque había estado de acuerdo la noche anterior, hoy parecía arrepentida. Meg realmente no se sentía tan mal.

Acababan de terminar la primera ronda de entrevistas y se dirigían al restaurante de su alojamiento.

—*I'm walking on sunshire* —canturreó.

—Estará furioso cuando te vuelva a encontrar —le advirtió Tara mientras se alisaba el pelo húmedo. Había aprovechado la oportunidad y se había lanzado al mar tan pronto como había podido.

Daunet había reprendido a Meg por no tener un plan dos horas después de llegar a la ciudad pero la imagen de Tara saliendo del agua, mojada y resplandeciente, había dejado a su guardia anonadada.

—¿Qué va a hacer? —Meg sonrió cuando alcanzaron a Camille, Lucy, Sophia y Rita— ¿Colarse en una fiesta y reclamar que soy suya? Ah, espera, que eso ya lo ha hecho.

—Cierto —murmuró Tara, poco convencida.

—Mira —comenzó Meg—, no es algo permanente. Sé que nos alcanzará y tendré que lidiar con su ira, pero por ahora lo único que quiero es divertirme. Estamos libres esta noche, no hay ninguna fiesta, y hay una playa preciosa esperando a que un grupo de humanas se siente a beber algo. No tengo planeado pensar en ese idiota prepotente en los próximos tres días.

Tomaron una curva en dirección al restaurante y Meg se tropezó con sus propios pies. Sentado en el centro de la sala, con las piernas extendidas sobre la mesa mientras se reclinaba en la silla, estaba Maxu, con un aspecto tan relajado como cualquier otra persona.

—Oh, oh —murmuró Sophia.

La sorpresa de Meg se vio lentamente reemplazada por furia. Iba vestido con una camisa ligera y ceñida, y unos pantalones holgados. Sostenía una pantalla delante de él y estaba leyendo

como si estuviera aquí de vacaciones desde hace semanas. Ni siquiera alzó la mirada cuando entraron, al parecer demasiado absorto en lo que estaba leyendo como para inmutarse.

—¿Qué haces aquí? —siseó Meg mientras se dirigía con paso firme a su mesa. Algunos clientes que estaban cerca la miraron.

Sin levantar la mirada, Maxu sonrió.

—Estoy investigando el clítoris de las humanas.

Comunicó su alegre anuncio lo bastante fuerte como para que todo el restaurante lo oyera. El cerebro de Meg se quedó en blanco.

Se quedó paralizada solo unos segundos más antes de que las risitas de sus amigas flotaran hasta ella. Maxu relajó los hombros y continuó leyendo. Meg no podía siquiera imaginar lo ruborizada que debía estar en ese momento. Le ardía la piel de la vergüenza. Sentía el peso de las miradas de todos en ella.

¿Cómo había logrado encontrarla y tener tiempo para relajarse de ese modo? Entrecerró los ojos. *Daunet*. Con los puños apretados, se volvió y se dirigió al pequeño grupo de guardias que las habían estado siguiendo a una distancia prudencial. En lugar de parar para discutir con una Daunet sorprendida, pasó corriendo por su lado.

—No me lo puedo creer —espetó, enfadada.

Tan solo había dado unos pasos en dirección a su bonita, pintoresca y solitaria habitación cuando se detuvo. ¿Por qué estaba huyendo de nuevo? ¿Por qué había tenido que marcharse para esconderse del resto del mundo cuando era lo contrario a lo que quería? Él debería ser él que se fuera.

Ni en sueños va a suceder.

Por extraño que pareciera, miró por encima del hombro y no la estaba siguiendo. Llevaba aquí quien sabe cuánto tiempo y no se había acercado a ella ni la había buscado. ¿Tal vez fuera esta su forma de darle espacio? Tal vez no hablaría con ella si se limitaba a ignorarlo.

Notó todas las miradas fijas en ella cuando volvió al restaurante y se unió a sus amigas en una mesa de superficie lacada que parecía arrancada del coral más grande que había visto, ahora reconvertida en una mesa irregular.

La palabra clítoris flotó hasta ella de algún lugar cerca y una vez más notó calor en la cara.

Camille se encogió de hombros con una media sonrisa.

—Al menos no está enfadado.

Meg forzó una sonrisa y miró a todas partes excepto al lugar donde quería mirar. Las otras mujeres intercambiaron miradas preocupadas que también ignoró. Del techo descendió un sintetizador de comida de forma cilíndrica e hicieron turnos para pedir algo de comer. O más bien, hicieron turnos para decirle a Meg lo que querían, y ella se encargó de pedir la comida, ya que ninguna había recordado llevar sus pantallas de traducción.

Sophia, Rita, Tara, Camille y Lucy hablaron de la entrevista que acababan de tener y charlaron alegremente de varios temas. Meg solo escuchaba, pues en ese momento era una pésima conversadora. Intentó seguir la conversación, reír en los momentos apropiados y asentir a las demás, pero Maxu era como un faro embrujado en la habitación, y su mirada amenazaba con aterrizar en él si bajaba la guardia.

Más frustrante que eso era que él no parecía reparar en ella, ya que seguía inmerso en su lectura. Pensó un momento en ello. *Uf, investigando el clítoris humano*, gruñó para sus adentros. Maxu había intentado dejarla en vergüenza con esa afirmación. Era su venganza por su brusca huida. Probablemente ni siquiera estaba leyendo sobre eso.

Meg lo observó con discreción, preparada para apartar la mirada en cualquier momento. Se veía imponente otra vez, como si nada hubiera sucedido la noche anterior, mientras ella estaba preocupada por si se había roto la nariz al derrumbarse. El ruido que había hecho al caer al suelo le había causado remordimiento hasta que se volvió y lo encontró perfectamente intacto.

Ella no quería que las cosas sucedieran así. No quería dispararle a su pareja en la pierna, pero ¿qué elección tenía? No había llegado a nada en la vida preguntando, así que ahora era una mujer de acción.

Mientras lo miraba, podría pensar que se había aplicado directamente una mascarilla de barro mientre una pila de almohadas. Su camisa era de una tela ligera que se ajustaba a su torso musculoso con tal perfección que podía distinguir cada detalle de su cuerpo. No tenía mangas así que también podía ver sus brazos gruesos y las marcas de nacimiento blancas que parecían tatuajes iridiscentes en su piel. Cuando las marcas llegaban a sus muñecas, cambiaban de un color blanco intenso a azul.

Las marcas de emparejamiento le rodeaban los nudillos y los dedos, tentándola con su belleza. Los delicados diseños complementaban de algún modo sus manos fuertes. Meg se mordió el labio. Manos grandes. Brazos también grandes. Estaba concentrada examinando las venas que le recorrían los antebrazos cuando se dio cuenta de que él la estaba mirando.

Apartó bruscamente la vista, intentando tomar su vaso, pero volcándolo.

—Mierda —maldijo entre dientes mientras las mujeres reunían servilletas para limpiar lo derramado. Cuando apareció un paño blanco y grande colgando en el centro de la mesa, no tuvo que levantar la mirada para saber quién lo sostenía.

Dudó, con la espalda rígida, pero cuando el goteo de la bebida en el suelo resonó en sus oídos como si fuera un tambor, le quitó el paño de la mano y limpió el desastre.

—Me gustaría hablar con mi pareja, si ya han terminado de comer.

El sonido del paño húmedo al caer en la mesa precedió al de Meg al levantarse de la silla.

—De acuerdo, chicas. Yo he terminado, ¿y vosotras? Vámonos.

—Siéntate Meg, o te sentaré en mi regazo para retenerte.

Ella lo miró con odio. Todas las mujeres se levantaron despacio, sin saber si salir con Meg o dejarla para que pudiera hablar con Maxu. Lo que sí sabían era que había llegado el momento de irse.

La rabia le quemaba por dentro. Sí, le había pedido que hablaran, y tal vez habría accedido si él hubiera sido un poco más agradable; ¿pero ahora?

Meg se alejó corriendo de la mesa, con la esperanza de desenmascarar su trampa. No había recorrido ni la mitad de la sala cuando unos brazos musculosos le rodearon el torso por detrás y la llevaron a una mesa más pequeña en la periferia de la habitación.

Los clientes del restaurante los quedaron mirando como si fuera un espectáculo entretenido y Maxu se acomodó en un banco colocado dentro de una enorme concha y, tal y como había prometido, la retuvo en su regazo.

—No me pongas a prueba, vahpti. Lo que digo lo cumplo.

Sus amigas se acercaron a la mesa, atrayendo aún más atención. A Meg le ardían las puntas de las orejas.

—Bien —siseó con los dientes apretados—. Hablaré contigo. Suéltame.

Para su sorpresa, lo hizo, y rápidamente. Maxu se levantó, alzándola a ella con él, la dejó en el suelo y caminó hacia el otro lado de la mesa para relajarse en el enorme banco con forma de concha idéntico al de ella.

Maxu fulminó con la mirada a sus amigas que esperaban cerca, y Meg sintió afecto al ver que ellas le devolvían el gesto.

Les dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—Las veo en la playa después.

Cuando sus amigas se habían marchado, preguntó:

—¿Te ha contado Daunet dónde estaría? —Miró de nuevo con el ceño fruncido a su guardia quien no se dio cuenta porque estaba ocupada hablando con Tara. Si no estuviera tan enfadada, le habría parecido adorable la expresión de Daunet de cervatillo deslumbrado por las luces de un bauto mientras hablaba con ella.

—No.

Se volvió hacia él.

—¿Quién entonces?

El sintetizador de comida de la mesa bajó del techo e interrumpió su silencioso contacto visual. Maxu tecleó algunos comandos. Sin decirle una palabra, le pasó un plato de mariscos ebrillantes, un par de guantes para comer con un estampado delicado y un vaso largo con un slíquido claro. Podría haber sido agua, pero ya la habían engañado antes con bebidas que se parecían mucho al agua.

Cuando la columna volvió a subir al techo, Meg lo miró con una ceja enarcada.

—No tengo hambre.

La expresión de él seguía siendo pétrea.

—No te has comido tu comida antes.

Así que él sí la había estado observando un momento antes, pero más disimuladamente que ella a él.

—Que me persigan de ciudad en ciudad hace que pierda el apetito.

Maxu se encogió de brazos y acercó el plato hacia él con una sonrisa.

—Bueno, perseguir me da hambre. Somos una pareja perfecta. —Sin guantes, se metió en la boca un pedazo de pescado espinoso que crujió; de todos modos, era demasiado pequeño para osus manos.

Meg se puso a juguetear con el diseño de anémonas de la palma de un guante. *Ignóralo. Que se enfade tanto que no quiera pasar tiempo contigo.*

Maxu soltó un suspiro lento y un músculo latió en su mandíbula. Meg se dio cuenta de que comenzaba a enojarse nuevamente.

—Háblame de tu vida en la Tierra.

No pudo reprimir una carcajada. La petición estaba fuera de lugar, como si esta fuera una cita normal a la que ella había asistido por decisión propia. *No he tenido nunca una cita de verdad*, se .recordó. Las citas con Jeremy siempre le habían parecido salidas familiares. Asuntos tranquilos e aincómodos, en los que uno de ellos o los dos estaban hablando por teléfono y él criticaba la cantidad de bebidas que pedía ella.

En otras circunstancias, ¿era Maxu la clase de hombre que organizaba una cita romántica? s¿Pasaría a buscarla, le llevaría flores, irían a un bonito restaurante con velas donde pudieran conocerse mejor? Sintió un hormigueo extraño y nervioso entre los hombros. Le dio un sorbo a agua y se atragantó, a punto de escupirla. Esta vez sí era agua, pero agua salada.

Quiso preguntarle por qué le había pedido un vaso de agua de mar o criticarlo por actuar ecomo si los dos hubieran acordado estar allí para conocerse, pero hablar arruinaría sus planes de frustrarlo lo suficiente para que la dejara en paz, así que siguió jugueteando con los dedos de

eguante en silencio.

—Habla conmigo sin toda esta… —Hizo un gesto con la mano hacia ella— hostilidad.

Meg se quedó con la boca abierta, a punto de rebatir, pero la cerró de golpe antes de deci algo.

Los hombros anchos de Maxu golpearon el respaldo de su asiento con forma de concha a ,echarse hacia atrás mientras masticaba otro pedazo de marisco y observaba su gesto tenso.

e —Vas a hablar conmigo, porque si lo haces, te dejaré en paz el resto del día.

n Meg se cruzó de brazos. ¿Cómo podía quedarse callada con una oferta como esa?

—¿De verdad? ¿No vas a perseguirme?

El suspiro condescendiente de Maxu hizo que quisiera marcharse en ese momento, pero sabí que iría a buscarla nuevamente.

—Seguiré aquí, pero… intentaré no acercarme a ti.

o —Intentarás…

s Maxu apretó los dientes.

n —Esto es justo, Meg. Eres mi pareja. No tengo que hacer estas excepciones. Podría llevarte a erastras a mi casa y nadie me culparía por ello, pero estoy intentando llegar a un acuerdo contigo.

—Qué romántico —dijo ella con sarcasmo—. Sabes cómo hacer que una chica se sient especial.

—No voy a ofrecértelo de nuevo —espetó.

—¿Cuánto tiempo?

Maxu miró la amplia entrada arqueada del restaurante, donde se veían las olas rompiendo en ela arena suave.

—Hasta que la marea alcance ese peñasco. —Señaló una deslumbrante roca blanca de un material similar al cuarzo.

Podía sobrevivir hasta entonces, ¿no? ¿Más o menos una hora? Era su pareja y, por asfixiant aque pudiera resultar, al final tendría que pasar más tiempo con él.

a —De acuerdo.

—La Tierra. ¿Cómo era tu vida allí?

e Mierda. Ahora tendría que inventar algo. No había planeado mantener una conversació honesta con Maxu. ¿Cómo iba a hacerlo? Su pareja había golpeado en la garganta a un hombr epor insultarla vagamente el día anterior. ¿Qué haría si se enteraba de que tenía un marido en l Tierra?

Maxu no podía enterarse de la existencia de Jeremy por la propia seguridad de Jeremy. Su amarido humano no había sido el mejor, pero tampoco el peor. No merecía que un extraterrestr ehomicida lo mutilara cuando finalmente fuera legal viajar a su planeta.

e —Era… decoradora de interiores. —Lo era… más o menos. Tal vez no a nivel profesional apero había convertido su casa en un lugar admirable y había disfrutado del proceso.

Maxu entrecerró los ojos.

? —¿Ese era tu trabajo?

n *¿Sabe que estoy mintiendo? Parece saberlo, pero ¿cómo es posible?* Se colocó una mano en lla rodilla para dejar de mover la pierna.

—Eh… —Mierda, ¿por qué no parpadeaba este hombre? ¿Estaba intentando verle el alma rUn momento… ¿podía hacerlo? Algunas razas del planeta tenían habilidades especiales, pero n erecordaba ninguna que pudiera leer la mente.

l Maxu apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia ella en un movimiento que pretendía se

despreocupado, pero que no se sentía como tal. Su mandíbula afilada resultó todavía más apetecible cuando ladeó la cabeza. Meg hizo como que no se daba cuenta.

—¿Cuánto tiempo trabajaste en eso?

—Cinco años. —Le sostuvo la mirada.

—Mentira. —La palabra sonó dura y desprovista de emoción—. ¿Disfrutabas con tu trabajo?

—Sí. —Meg suspiró. Tenía la rodilla caliente en el lugar en donde reposaba su mano sudada ¿Por qué se sentía de pronto como si estuviera escondiendo un cadáver bajo la mesa?

—Mentira. —Maxu ni siquiera parecía afectado porque le estuviera mintiendo.

Meg se movió inquiera. ¿Acaso hacía algún gesto que desconocía? Tomó otro sorbo de agua para demorar el momento antes de recordar que era agua salada. Esta vez sí la escupió. Por suerte, la pudo recoger con uno de los guantes.

—¿Echas de menos la Tierra? —preguntó Maxu mientras hacía que bajara el sintetizador de comida y pedía dos bebidas nuevas. Le dio una a Meg, que la miró con desconfianza.

No, no echaba de menos la Tierra, pero no podía decir eso. Querría saber por qué. ¿Qué persona a la que habían secuestrado y dejado en otro planeta sin esperanza de volver a ver a su familia no echaría de menos su hogar?

—Sí, la echo de menos.

—Nuestro tiempo juntos no va a terminar hasta que no me hables con sinceridad, vahpti.

Su instinto le decía que capitulara, que se comportara, pero entonces pensó en ese apodo «Vahpti». La había llamado así la primera noche, cuando se conocieron. Su traductor había identificado la palabra como una especie de insecto. Cuando regresó a su habitación, investigó un poco más.

Los vahptis eran diminutos insectos como los mosquitos que volaban en pequeños enjambres y buscaban zonas pequeñas y oscuras para calentarse en climas fríos. Las cavidades de las orejas eeran uno de sus lugares preferidos.

Meg era un zumbido molesto en su cabeza. Le pareció justo. A fin de cuentas, ella había comparado a Maxu con un tumor. Sin embargo, la palabra le tocó una fibra sensible.

Había sido una vahpti para Jeremy y su familia. Una plaga molesta revoloteando y zumbando en sus oídos. ¿Eso era lo que Maxu también pensaba de ella? ¿Por qué la… entristecía tanto? No eera como si le hubiera dado muchos motivos para sentir lo contrario.

—¿Qué hacías de verdad en la Tierra? —Su expresión era neutra, pero sus ojos verdes azulados eran intensos e inquisitivos.

Meg no era ya la chica solitaria de Indiana. Había cambiado. Se había asegurado de hacerlo esu pelo, su ropa y sus zonas de confort eran ahora diferentes. Hablar de la persona que era antes no solo contradecía su misión de dejar el pasado atrás… también le resultaba doloroso.

Olisqueó la bebida que había elegido para ella y arrugó la nariz. El licor fuerte le recordó a un producto de limpieza. Le dio un buen trago de todos modos.

—Maxu, la verdad es que no quiero hablar de la Tierra. Aún no estoy preparada para compartir esas cosas contigo.

Él levantó la barbilla al oírla. Meg lo miró, perpleja. No dejaba entrever nada. ¿Cómo podía alguien que había expresado sus emociones de manera tan violenta durante los últimos días tener además la habilidad de ocultarlas tan bien?

A lo mejor no las estaba ocultando. A lo mejor no sentía nada en ese momento.

***

En la mente de Maxu bullían mil preguntas. Su pareja era un acertijo que no conseguía resolver. Nunca se había enfrentado a una situación tan exasperante. ¿Por qué le había mentido sobre algo tan inofensivo? ¿Por qué había cambiado su actitud cuando él había descubierto la mentira? ¿Y de dónde diablos venía la profunda tristeza de sus ojos azules?

Meg jugueteaba con el guante delante de ella mientras él intentaba ocultar la frustración que crecía en su interior. ¿Cómo iba a conocer a su pareja, como le había sugerido Rita, si no hablaba con él? ¿Y por qué le molestaba tanto que su pareja no quisiera contarle sus problemas?

Él no era el tipo de hombre que se preocupaba por estas cosas. Tenía inclinaciones posesivas que no podía controlar del todo, pero nunca antes había deseado poseer la confianza de alguien sus vulnerabilidades. Nunca había sentido la necesidad de consolar o de ser consolado. Odiaba esta fragilidad.

Meg hizo girar en la mesa la bebida que le había dado. Al principio, le había pedido la bebida preferida de la gente de Adenelas para hacerle una broma y apaciguar el ego que ella le había herido la noche anterior. Pero la segunda vez le había pedido un licor y había intentado elegir algo que pudiera gustarle. Aunque no había motivos para ello, le molestaba haberse equivocado. sentía como si le estuviera fallando.

Meg hizo una mueca cuando tomó otro trago y se obligó a tragar el líquido. Maxu entrelazó los dedos para no acabar bajando el sintetizador y pedirle un vaso de cada bebida disponible para descubrir cuál prefería.

Meg rompió el silencio.

—¿En qué trabajas tú?

Tensó los dedos entrelazados.

—Estoy casi retirado. Antes trabajaba de mercenario.

Su trabajo había sido siempre motivo un de orgullo para él. Su hermano mayor, Theo, empezó a trabajar como mercenario cuando Maxu todavía estaba en la escuela de esposos y lo ayudó a conseguir contactos al principio de su carrera. Maxu había destacado en su oficio y ahora solo aceptaba trabajos secundarios que le interesaban cuando la vida le parecía aburrida. Había estado aceptando cada vez más trabajos antes de que Meg irrumpiera en cada uno de sus pensamientos.

—¿A qué te refieres exactamente? —Ella ladeó la cabeza para míralo—. ¿Haces cosas ilegales? ¿Por eso te encarcelaron?

Maxu tensó los hombros. ¿Había un tono de juicio en su voz o se lo estaba imaginando?

—Yo elegí que me encarcelaran.

Meg frunció el ceño.

—¿Quién elige eso?

—Alguien que no quiere formar parte de las ceremonias de matrimonio y sabe que una reciente encarcelación en su expediente es la única forma de librarse de ella. —El tono cortante de sus palabras hizo que Meg frunciera los labios.

—¿Por qué no quieres participar en las ceremonias? ¿No se mueren casi todos los hombres para que los escojan? —Su tono de voz se había endurecido en respuesta al de él y la conversación amistosa que estaban manteniendo amenazaba con tornarse hostil nuevamente. Maxu podría arreglarla con sus próximas palabras, pero estaba a la defensiva, y presionarla hacia una actitud combativa le parecía más seguro que explicar la verdad: que odiaba ser juzgado y puesto a prueba.

No podía sincerarse y explicar que, como sus padres habían tenido seis hijos sanos, un

.milagro por quintuplicado, había crecido con la seguridad de que las mujeres lo querían sobr
todo porque tenía más potencial para engendrar hijos.

Se dejó dominar por su temperamento y, aunque sabía que a la larga lamentaría no habe
intentado reprimirlo, la sensación inmediata de levantar su guardia era un alivio.

—Puede que te sorprenda saber que no todos los hombres quieren tener que postrarse ant
auna esposa durante tres meses.

—No he dicho todos los hombres. He dicho la mayoría. Perdona si el hecho de que me esté
spersiguiendo por todo el mundo y afirmando que soy tuya para siempre me ha dado la fals
,impresión de que querías tener una relación con una mujer —replicó ella.

Maxu se deleitó con el fuego que ardía en su mirada. Discutir le era familiar, fácil.

—Un matrimonio no es una relación, es una prueba. No tengo interés en que me prueben y
ame juzguen.

—Ah, ¿de verdad? Por eso anunciaste a toda la sala que estabas buscando información
rsobre… —Meg estaba inclinada hacia adelante, entregada a su batalla, pero se quedó callad
;como si no tuviera intención de pronunciar sus pensamientos en voz alta.

A Maxu le había parecido que su respuesta podría resultar medianamente vergonzosa, per
ónno había predicho que se mostraría tan tímida por algo así. Sonrió al ver sus mejillas teñirse d
arojo. Meg esquivó su mirada y dio otro sorbo a su bebida. Qué adorable.

—Solo tenía curiosidad por saber cómo podía encontrar placer una humana con algo ta
suave —gruñó, inclinándose aún más hacia adelante.

Los dedos de Meg se tensaron, todo su cuerpo quedó inmóvil y lo miró con los ojo
entrecerrados.

—¿De qué estás hablando?

—El centro de placer de una mujer clecaniana está muy profundo. Necesitan… instrumento
olargos —continuó, sonriendo cuando el rubor se extendió a la punta de sus orejas y pecho— par
yalcanzar el orgasmo. Pero cuando estuve rebuscando en tus habitaciones para encontrarte
.descubrí que tú solo necesitabas una almohada, así que investigué el motivo.

Meg abrió sus ojos de par en par, horrorizada, y su piel se ruborizó más con cada segund
que pasaba. Maxu no entendía por qué este tema la incomodaba tanto. ¿Eran los humanos un
sespecie remilgada o era su pareja particularmente tímida con estos temas? En cualquier caso
estaba disfrutando mucho de la situación.

—¿Tú… encontraste…? ¿Cómo…? —Cerró la boca y tragó saliva—. Eso es una violación
mi privacidad y no es asunto tuyo cómo…

Desvió la mirada hacia el mar y el peñasco todavía visible. Tan solo le quedaban uno
minutos antes de que la marea lo alcanzara.

—Te diría que, como tu pareja, es asunto mío. Creo que ahora entiendo cómo funciona
eaunque voy a inspeccionar de nuevo la almohada más tarde para asegurarme de que pued
imaginarme el proceso.

Tal y como esperaba, Meg lo miró de inmediato. ¿Hasta dónde podría seguir extendiéndos
ael rubor? Si seguía lo suficiente, ¿llegaría a los pezones?

—¿De qué estás hablando? ¿Inspeccionar qué almohada? —Habló en voz baja y examinó l
ahabitación para asegurarse de que nadie la escuchaba.

—Tu almohada —respondió en un tono que no correspondía con el de ella y sonrió—. L
que usaste en Kitibard.

Su expresión atónita tan solo duró unos segundos antes de que hiciera una mueca.

—¿Te la has quedado, loco? ¿Por qué…? No importa. Devuélvemela.

Maxu movió la cabeza y fingió que consideraba su exigencia.

—No, le he tomado cariño.

—Devuélmela —susurró a voces—. No es tuya.

—Para ser justos, tampoco es tuya. Pertenecía a los kitibardianos y yo la robé. En realidad ahora es mía. —Maxu se levantó y giró la cabeza hacia el agua que salpicaba el peñasco blanco s—. Parece que nuestro tiempo ha terminado. Te dejaré en paz el resto del día. Creo que voy a volver a mi habitación a… descansar.

Meg tenía la boca abierta cuando Maxu se volvió para marcharse. Tras unos segundos de silencio, la oyó levantarse con torpeza. Por desgracia, no lo siguió. Se acercó a su guardia, pero no le importaba. Meg acabaría buscándolo, aunque solo fuera para reprenderlo una vez que recuperara la compostura, y casi no podía esperar a ver cómo se vengaría.

—¿Te la has quedado, loco? ¿Por qué…? No importa. Devuélvemela.

Maxu movió la cabeza y fingió que consideraba su exigencia.

—No, le he tomado cariño.

—Devuélmela —susurró a voces—. No es tuya.

—Para ser justos, tampoco es tuya. Pertenecía a los kitibardianos y yo la robé. En realidad, ahora es mía. —Maxu se levantó y giró la cabeza hacia el agua que salpicaba el peñasco blanco —. Parece que nuestro tiempo ha terminado. Te dejaré en paz el resto del día. Creo que voy a volver a mi habitación a… descansar.

Meg tenía la boca abierta cuando Maxu se volvió para marcharse. Tras unos segundos de silencio, la oyó levantarse con torpeza. Por desgracia, no lo siguió. Se acercó a su guardia, pero no le importaba. Meg acabaría buscándolo, aunque solo fuera para reprenderlo una vez que recuperara la compostura, y casi no podía esperar a ver cómo se vengaría.

Capítulo 13

Meg se puso un vestido corto amarillo y se pasó las manos por el pelo, que tenía encrespado debido al clima húmedo.

Empezaba a dolerle la cabeza por haber tenido la mandíbula tensa desde que salió del restaurante. Él tenía su almohada. Una de las que…

Aún se moría de vergüenza cada vez que se acordaba, aunque sabía que no debería. Era algo completamente natural. Las mujeres son criaturas sexuales y no debería avergonzarse por ello.

Sin embargo, incluso después de que Maxu se había ido y ella se había acercado a Daunet con la intención de informarle sobre la situación y pedirle que obligara a Maxu a devolverle la almohada, las palabras se le habían quedado atascadas en la garganta. Para pedirle ayuda a Daunet, tendría que explicarle… todo.

Nunca había hablado abiertamente de la masturbación. El sexo había sido un tema de conversación con su madre porque era una parte de la vida de las parejas casadas. Pero, ¿se estaba sola? No había oído hablar de eso más que en unas cuantas conversaciones con chicas de su clase y en una clase de educación sexual lamentablemente poco esclarecedora.

Las pocas conversaciones que había tenido con Jeremy sobre el tema tampoco habían sido mejores. Al principio de su matrimonio, cuando aún albergaba esperanzas sobre su vida matrimonial, le había preguntado si alguna vez se masturbaba cuando ella no estaba presente.

Él se puso a fanfarronear y le dijo que nunca le había faltado al respeto de ese modo, y que ella era más que suficiente para él. Cuando él le hizo la misma pregunta, se sintió arrinconada. ¿Admitir que se tocaba cuando estaba sola haría que él pensara que no era suficiente y que estaba siendo irrespetuosa?

Esconderse y darse placer se había convertido en algo muy personal, tan privado y apreciado para ella, que el hecho de que Maxu hablara del tema como si no tuviera importancia la estaba volviendo loca.

Se alisó el vestido delante del espejo y frunció el ceño al ver el condenado rubor en sus mejillas. Se ruborizaba demasiado. Siempre le había pasado y lo detestaba. Cuando sabía que se estaba ruborizando, sentía todavía más vergüenza y se ruborizaba más. Lamentablemente, no se trataba de un adorable tono sonrosado en las mejillas. Era una cara completamente roja.

Las mangas de tres cuartos del vestido la hicieron buscar los controles de temperatura en la habitación, así que se lo quitó. Otro motivo por el que odiaba sonrojarse era que siempre venía acompañado de sudor. *Muy poco atractivo.*

Se puso un vestido azul cielo más corto y salió del baño. Solo iba a la playa, no había necesidad de que se cambiara de ropa cinco veces más.

—¿Vas a decirme qué pasa? —preguntó Daunet desde una silla que parecía a medio camino de transformarse en un puff.

—Nada, nada. Solo ha intentado avergonzarme. Lo ha conseguido, pero estoy bien. —Se pensara que Daunet podría ayudarla a recuperar la almohada, tal vez habría encontrado el valor para explicar la situación, pero la mayoría de los clecanianos eran mucho más abiertos con los temas relacionados con el sexo. Era probable que Daunet pensara que no era para tanto y estaba

segura de que no iba a ayudarla a entrar en la habitación de otra persona por algo tan estúpido.

—Sigo sin saber cómo se ha enterado de dónde veníamos —le aseguró una vez más.

Meg le dirigió una sonrisa. Su guardia había hecho un gran esfuerzo para demostrar que ella no había sido quien había filtrado la localización.

—Lo sé. Probablemente fue Gamso. Me mira mal desde que nos fuimos de Vondale. Apuesto a que le envió un mensaje a Maxu diciéndole dónde iríamos.

Daunet se quedó mirando el vacío con la nariz arrugada en un gesto escéptico.

—Es posible. —Volvió a concentrarse en Meg, que estaba al lado de la puerta—. Si quieres puedo hablar con Maxu. A lo mejor consigo que comprenda tus necesidades.

—No, está bien —se apresuró a decir. *Parece que entiende mis necesidades bastante bien*— Además, si vas a hablar con alguien, tendría que ser con Tara, ¿no te parece?

Daunet examinó la sala.

—No tengo nada que hablar con ella. —Evitó la mirada de Meg y se levantó.

Meg se rio.

—¿Por eso te atragantas con tu propia lengua cada vez que ella intenta hablar contigo? ¿Por qué no le dices que te gusta?

—No puedo, o mejor dicho… no voy a hacerlo hasta que termine la gira. No sería profesional.

—¿No es profesional hablar con ella? —insistió Meg, que disfrutaba del cambio de tema.

—No, pero quiero hacer algo más que hablar con ella y sé que el sentimiento se hará más y más fuerte si la conozco. Es mejor esperar. Después podré presentarme de un modo más favorable.

—No entiendo cuál es el problema.

Daunet apretó los labios, alcanzó a Meg y salieron de la sala en dirección a la playa.

—¿El problema? —Enarcó una ceja—. En nuestro planeta hay muy pocas mujeres, y de esas mujeres, una cantidad minúscula se siente atraída por otras mujeres. De esa cantidad, un grupo aún menor se siente únicamente atraído por mujeres. Muchos de mis compañeros de trabajo creen que debería estar cooperando con el centro de implantación, intentando quedar embarazada, ya que no participo en los matrimonios. No voy a darles más razones para que piensen que no soy apropiada para mi puesto flirteando con una humana cuando se supone que estoy vigilando a otra.

Meg agachó la cabeza y miró el suelo, repentinamente avergonzada por actuar con tanta ligereza.

—Tienes razón. Perdona, no pensé en eso. Sé que la mayoría de las mujeres sienten presión por casarse y reproducirse, solo creí que…

—Creíste que porque a mí no me obligan a casarme con hombres, no hay otras expectativas puestas en mí. Todos tenemos nuestro deber y todos debemos decidir cuánto podemos sacrificar para cumplir con nuestras obligaciones. Trabajé con el centro de implantación durante bastante tiempo antes de finalmente tomarme un descanso. He hecho lo que tenía que hacer y puede que sienta que tengo que intentarlo de nuevo, pero por ahora, me gusta mi trabajo. Me gusta proteger a las mujeres que están haciendo esos sacrificios y me niego a dar motivos para que se dude de mis habilidades.

—Lo entiendo. No volveré a bromear sobre el tema. —Meg sonrió y le dio un codazo— Pero quiero que sepas que cuando esto acabe y llegue el momento de hablar con Tara, retomaré mis bromas.

Daunet alzó la comisura de los labios, aunque intentó ocultarlo.

—Siempre y cuando estés dispuesta a que te pida consejo sobre las extrañas criaturas que son alas humanas.

Recorrieron los pasillos en espiral del edificio, hablando sobre los días que les quedaban por delante y evitado con cuidado el tema de las relaciones interpersonales hasta estar afuera. Aunque había subido hacía menos de una hora, la marea ya estaba retrocediendo. Había algo en la estación y las dos lunas que forzaba al mar a cambiar con más frecuencia que en la Tierra, eso pensó Meg, ya que ella nunca había estado en el mar en la Tierra.

Como alguien que solo había nadado en lagos, ríos y piscinas, el mar la ponía un poco nerviosa por su extensión y las corrientes ocultas que podían arrastrarla, sin mencionar las criaturas acechantes. No deseaba descubrir cómo era el aspecto de la versión alienígena de un tiburón. Se sentía contenta sentándose en la arena, relajándose con el suave sonido de las olas.

Su voz interior, que había empezado a parecerle más molesta que inspiradora, argumentó que la nueva Meg se iría a nadar. Era tan libre con su cuerpo que probablemente se metería desnuda ren el agua, como los adeneleses.

El esfuerzo constante por salir de sus zonas de confort se estaba volviendo agotador.

a En la playa había hendiduras extrañas de tamaños diferentes. Eran cóncavas y le recordaban a los cráteres de la luna terrícola. En el interior de algunas depresiones había suelo acolchado perfecto para tumbarse y tomar el sol. Otras tenían mesas y sillas. Unas cuantas más bajas y ycercanas al agua estaban llenas de agua caliente que había quedado allí tras bajar la marea.

s Vio un cráter ligeramente más alto que el resto y, aunque aún no podía ver bien quién estaba dentro, supo exactamente quiénes debían de ser. Nirato, Uthen y Heleax rodeaban el cráter protegiendo a las humanas; aunque, irónicamente, parecían tiburones.

Cuando Meg llegó a las escaleras y se unió al resto del grupo, Daunet se tomó un descanso y sse dirigió al restaurante. Aunque Meg entendía que los guardias estaban haciendo su trabajo, se oseguía sintiendo mal en ocasiones. Estaban en este lugar tan bonito, disfrutando de la playa omientras sus amigos clecanianos tenían que trabajar.

r Las mujeres la saludaron perezosamente cuando se dejó caer en el suelo suave. Examinó la eplaya, como si simplemente estuviera explorando la zona, pero en realidad estaba buscando a una eobra maestra de pelo oscuro. Le había dicho que iba a dejarla en paz, pero no le sorprendería que estuviera al acecho.

a ¿Qué se pondría Maxu para nadar? Entrecerró los ojos y buscó con más ahínco.

—No lo hemos visto —interrumpió Sophia la inspección informal, aunque no tan informal nde Meg.

Meg estuvo a punto de preguntar «¿a quién?» en su imitación más precisa de persona sdespreocupada cuando vio las miradas cómplices de sus amigas. Hundió los hombros y gruñó.

r —Esto es como una enfermedad, se los juro. ¿Por qué lo estoy buscando? —Movió la mano een el aire—. ¿Cómo puedo estar tan enfadada cuando estoy con él y seguir queriendo verlo ir a enadar?

r —Cualquier mujer heterosexual con libido querría ver nadar a ese hombre —murmuró Lucy econ una mano sobre los ojos.

Meg alcanzó lo que eran unas gafas de sol en Clecania: un objeto con la forma de una banda para la cabeza que se ponía de forma horizontal en la frente. Cuando estaba activado, un escudo éhológráfico bajaba sobre los ojos como una puerta de garaje al cerrarse.

—¿Dónde está Rita?

—Ha ido a cambiarse. Ha dicho que quiere hacer yoga en la playa.

—¿Y qué hacían ustedes? —preguntó Meg mientras sacaba su pantalla de lectura, interesada en saber más sobre esos extraños cráteres.

—Relajarnos. Aquellos tipos han venido a flirtear un poco. —Lucy señaló un cráter más pequeño donde había dos hombres que miraban de vez en cuando en su dirección. Su cálida piel amorada clara salpicada de dibujos marrones cubría unos hombros amplios y cinturas estrechas. Esos hombres eran los mejores ejemplos de constitución de nadador que Meg había visto—. Se les ha avisado a todos de que pueden venir a conocernos de uno en uno, pero no han venido muchos.

Meg asintió.

—Tiene sentido. He leído que pasar tiempo en la playa es una experiencia especial de vínculo para los adeneleses, como el tiempo en familia en la Tierra. Normalmente se considera de mala educación interrumpir a otros grupos. Me sorprende que hayan venido. ¿Eran asimpáticos?

—Sí, muy simpáticos, pero yo ya estoy un poco cansada de eso. —Camille se puso bocabajo para sonreírle a Meg—. ¿Te acuerdas de aquel tipo con el que hablamos en Vondale que dijo que amis ojos se parecían a su flor favorita?

Meg se rio.

—Sí.

—Pues no es una tontería. —Su sonrisa se hizo más ancha—. Me llevó a un jardín muy loco en la planta superior del edificio, donde había unas impresionantes flores marrones creciendo sobre las rocas de una fuente con forma de cascada.

Meg frunció el ceño y suspiró.

—Qué bonito.

—¡Lo sé! No me lo esperaba. Me ha estado enviando holomensajes desde que nos marchamos. Puede que me guste.

—Es maravilloso. —Meg intentó esbozar una sonrisa genuina, pero sintió una punzada de celos se lo dificultó.

Alguien dulce, que le hacía cumplidos, que compraba flores que combinaban con sus ojos y le enviaba mensajes románticos. Eso era lo que ella quería. Sin embargo había acabado con un semidios temperamental que hacía poco más que gruñirle, darle órdenes, robarle juguetes sexuales y echar abajo todos los límites que ella había erigido.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

Camille se encogió de hombros. Se recogió el pelo castaño oscuro en un moño, se estiró y adejó caer la barbilla sobre las manos entrelazadas.

—Ver cómo van las cosas por ahora, supongo. Nunca he hablado con un chico como ese Quería saberlo todo y ni siquiera trató de llevarme a su habitación o de preguntarme si podía avenir a la mía.

—Si alguna vez te acuestas con él, asegúrate de que te curen las mordeduras rápidamente. A mí me picaban mucho las mías esta mañana en el viaje. Me enfadé conmigo misma por no haberme despertado temprano e ir al médico a que me las curara.

Todos los ojos se volvieron hacia Sophia. De todas ellas, tal vez con la excepción de Rita cuando se quedaba perdida en sus pensamientos, Sophia era la más callada y la más sensible. Escuchar que había dejado que un vondalese la mordiera con sus colmillos fue más impactante que si Lucy hubiera aparecido vestida con pantalones deportivos y con el maquillaje de la noche

anterior.

—¿Qué? —preguntó Tara con una sonrisa amplia en la cara—. Has rechazado a todo aque que ha flirteado contigo hasta ahora. ¿Por qué ese chico?

Sophia se mordió el labio y le devolvió la sonrisa. Estaba claro que llevaba un tiempo esperando para anunciar la noticia. Se encogió de hombros de forma coqueta.

—¿Qué puedo decir? En casa me gustaban mucho los vampiros. Hasta tenía un… —Se llevó la mano al bíceps y la sonrisa desapareció de inmediato.

Meg se inclinó hacia delante y posó una mano en el brazo de Sophia. Las otras mujeres también se pusieron tensas.

—¿Un tatuaje?

—Sí. —Sophia sonrió con tristeza—. Un diseño muy bueno de Nosferatu que dibujé yo.

—Esto es una locura —susurró Camille entre dientes.

A ninguna de ellas les gustaba hablar de sus abducciones. Algunas, como Camille y Sophia ni siquiera la recordaban. Las habían secuestrado de la Tierra y mantenido en cápsulas de sueño hasta que descubrieron y allanaron los búnkeres de los insurgentes.

Al parecer, Sophia tenía muchos tatuajes en la Tierra. Como artista y diseñadora gráfica, se enorgullecía de haber diseñado la mayoría de ellos por sí misma.

Quien la había secuestrado había considerado que sus tatuajes eran cicatrices cuando la examinaron y la sanaron. Cuando se despertó, estaba en un planeta alienígena y con la piel olimpia. Meg recordaba aún lo duro que fue esto para la salud mental de Sophia.

—No pasa nada —dijo Sophia, poniéndose de buen humor—. Lo he aceptado casi por completo. Es una de las razones por las que quería venir a esta gira. Quiero volver a encontrar inspiración. Sé que los tatuajes son comunes en algunas ciudades de aquí y tengo ganas de ver cómo los hacen. Tal vez incluso pueda tatuarme unas marcas en las manos si alguna vez me sreconocen.

—¿Sabes lo que estaría bien? —Camille se señaló el cuello—. Que tuvieras dos pequeñas emarcas de perforación aquí, en el cuello. Ya sabes, por tu amor a los vampiros y para conmemorar la noche en que perdiste tu virginidad con los colmillos.

Sophia abrió mucho sus ojos, emocionada.

—¡Es una idea estupenda! Voy a hacerlo.

—¿Te dolió? —Lucy apoyó los brazos detrás del cuerpo para tomar el sol.

Sophia sacudió la cabeza muy despacio y su sonrisa tímida reapareció.

—No.

Todas se rieron.

—No puedo imaginármelo. Para ser sincera, los colmillos de Rikad me asustaron un poco .Me han mordido demasiados perros y no quiero eso. —Camille hizo una mueca y se pasó la amano por la inmaculada piel marrón del antebrazo, donde Meg supuso que estaban sus cicatrices en el pasado.

—Ah, es verdad. Tenías una empresa de cuidado de perros, ¿no? —preguntó Tara.

Camille asintió con una sonrisa que dejó entrever sus hoyuelos.

—Sí. Barks ‘R’ Us. —Puso los ojos en blanco y la sonrisa se tornó un tanto incómoda—. Yo ano le puse el nombre. A mi socio le pareció lo más divertido del mundo. Él se encargaba de .acicalado y el cuidado de los perros y yo dirigía todos los programas de entrenamiento. —eSacudió la cabeza con la mirada perdida—. Podía entrenar incluso a los perros más agresivos. —eChaqueó los dedos.

Meg se acomodó en una almohada con forma triangular y escuchó a las mujeres mientras hablaban de sus vidas en la Tierra. De lo bueno y de lo malo. De lo que añoraban. De lo que les gustaba de Clecania.

Era maravilloso, entretenido. Tardó un rato en entender por qué sentía tanta presión en el pecho, como si una rana se hubiera alojado en su garganta mientras Tara describía la ridícula conversación que había tenido con un hombre adenelese ese día en el que ella había intentado describir a un cuy.

Cada mujer tenía su personalidad propia, intereses, objetivos y defectos. Tara era sarcástica y cariñosa. Le encantaba la naturaleza y era la primera en darse cuenta cuando alguien estaba molesto, pero asumía demasiadas responsabilidades y no se permitía divertirse tanto como quería que lo hicieran los demás.

Camille era inteligente y honesta, siempre dispuesta a valorar las cosas desde todas las perspectivas, aunque también era testaruda y estaba un poco perdida. Estaba orgullosa de su trabajo, pero la encantadora de perros de Raleigh acabó en un planeta sin perros.

Brillante, alegre y abiertamente sexual, Lucy aportaba luz a cada habitación en la que entraba, pero también había una tristeza escondida en ella. Era como si quisiera hacer creer a todo el mundo que era perfecta.

Sophia era callada e introvertida, pero tenía una mente artística que veía la belleza en todo. Tendía a encerrarse en sí misma con demasiada frecuencia y a sobreanalizarlo todo.

Y también estaba Rita. Meg no sabía si tenía palabras para describir a Rita. La mujer parecía tener respuestas para todo, como si supiera de qué se trataba la vida. Sabía qué la hacía feliz y por qué no, y existía en un estado de perfecto equilibrio. El problema era que a menudo podía ardistanciarse de los demás. Meg suponía que era su forma de mantener el equilibrio.

Meg por fin tenía amigas; amigas que no habían sido elegidas para ella o amistades que ella misma había tratado de hacer porque eran las únicas personas de su edad que habían en su pequeño pueblo. Tal vez, esta presión que sentía en su pecho se debía a que podía verlas claramente, con sus partes positivas y negativas. Podía apreciar sus personalidades y la forma única en que eran seguras de sí mismas.

Pero ¿y si ellas tuvieran que describirla a ella? ¿Qué dirían?

Meg, la chica que no sabe quién es.

A veces se sentía como Peter Pan, excepto que ella sí quería crecer y nunca lo había hecho. Había pensado que sabía quién quería ser, pero cuando se imaginaba a alguien describiéndola con las palabras que quería encarnar (emocionante, sexy, vivaz, espontánea, salvaje), no le parecían las adecuadas. Temía estar intentando forzar su verdadero ser en un molde que no le correspondía.

Sonrió mientras sus amigas charlaban, ocultando la horrible certeza de que no la conocían de verdad. ¿Cómo podía sentirse tan llena y tan vacía al mismo tiempo? ¿Tan emocionada por estar donde se encontraba y tan ansiosa por regresar a su habitación y quedarse sola?

—Un momento, ¿tú qué hacías en la Tierra, Meg? —preguntó Tara.

La garganta se le cerró todavía más. Se puso de pie de un salto y se apresuró a ofrecer una respuesta evasiva.

—Un poco de esto y un poco de lo otro. Aún no había decidido qué carrera quería ejercer.

Miró hacia el sol con los ojos entrecerrados. Los relojes no eran comunes en muchas ciudades de Clecania, por lo que se había vuelto una experta en averiguar la hora mirando el sol.

—Si no me equivoco, nos quedan unas tres horas de sol. —Estaba decidida a salir de esta

sfiesta de autocompasión y pasar un buen rato—. Voy por algunas bebidas, ¿quién quiere una?

s Sophia y Tara levantaron las manos. Lucy negó con la cabeza.

—Para mí no, gracias. No quiero estar hinchada mañana.

l —Tal vez más rato —respondió Camille mientras se miraba las uñas.

a Meg le pidió a Nirato que la acompañara y fue a buscar una bandeja flotante de bebidas a orestaurante.

Cuando regresó y entró al cráter, nadie se volvió para mirarla. Repartió las bebidas y luego se yarrastró de rodillas hacia adelante para ver qué era lo que había captado la atención de sus aamigas.

a —No sé si te vas a alegrar o enfadar —murmuró Camille sin mirarla.

—¿Eh?

s Camille, Lucy y Tara señalaron una zona más alejada de la playa y Meg entrecerró los ojos.

ı —Oh —suspiró, exhalando todo el aire que tenía en los pulmones. Buscó a ciegas su bebida detrás de ella y casi la tiró.

e Rita estaba haciendo yoga, feliz como nadie con una prenda amorfa de color verde lima que aondeaba. Al lado de ella, siguiendo todos sus movimientos como si fuera un famoso realizando una clase privada en la costa de Malibú, estaba Maxu sin camiseta.

. Meg se sentó despacio y activó las gafas de sol. La brisa cálida y salada se había vuelto más caliente al final de la tarde y se le formaron gotas de sudor entre los omóplatos mientras aobservaba el cuerpo brillante y poderoso de Maxu descender para realizar la pose del guerrero o yalgo así.

a —¿Cómo es que le gusta el yoga? —Ni siquiera Meg tenía la paciencia para practicarlo.

—A mí me parece más un tipo de boxeo —comentó Lucy, frunciendo un lado de su rostro amientras lo miraba.

ı —¿Se conocen? —preguntó Tara por encima del hombro. Alcanzó su pantalla de lectura y sdio la espalda al espectáculo que estaba haciendo babear a Meg.

a —Rita era la única humana que no estaba aquí con Meg. —Lucy se encogió de hombros— A lo mejor él piensa que ella hablará bien de él o algo por el estilo.

—O tal vez solo quiere alardear sus abdominales porque sabe que puedo verlo —gruñó Meg.

—Entonces sí te gusta. —Camille sonrió y se volvió para mirarla de frente.

. Meg se quedó confundida un momento.

a —¿He dicho eso en voz alta?

e Las mujeres se echaron a reír y sintió cómo una parte de la tensión que se había acumulado een sus hombros se disipó.

—Nunca he dicho que no sea atractivo. Es obvio que lo es. Desde esta distancia, está incluso emás sexy porque no lo oigo dándome órdenes.

r Se oyó un ronquido suave por parte de Sophia, que se había quedado dormida bocabajo.

—Pero está manteniendo las distancias como ha dicho. ¿Eso no cuenta?

—Solo se está portando bien hasta que consiga lo que quiere. Si bajo la guardia, ¡pum! ahabrán pasado seis meses y estaré atrapada en su casa, siguiendo todas sus reglas, hasta que ya no me quede ningún control.

Todos los ojos se volvieron hacia ella, curiosos y preocupados.

s —Eso es un poco exagerado. ¿Es un ejemplo personal, Meg? —preguntó Tara.

Mierda, había hablado demasiado. Pero si se explicaba, la mirarían como a una niña triste y adebilucha, así que dejó pasar el tema.

—Solo es una suposición.

No parecían convencidas, pero Lucy prosiguió.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? No va a contentarse con mantenerse a treinta metros de distancia para siempre.

—No lo sé —gruñó Meg—. Anoche pensé en ello y no sé si estará dispuesto a alguna clase de relación platónica. He investigado un poco y parece que el vínculo de emparejamiento te hace sentir que necesitas estar cerca de la otra persona y protegerla, pero eso no significa necesariamente que tengamos que tener una relación romántica. ¿Podríamos vivir en la misma casa y tener vidas separadas?

—¿Y el sexo? —preguntó Camille—. ¿No experimentan las personas emparejadas una necesidad intensa de estar con su pareja?

—El texto que leí no era muy claro, pero sí, eso está implícito —gruñó Meg.

—¿Tienes algo en contra de tener sexo con él? —Lucy ladeó la cabeza cuando Maxu hizo una plancha, con las curvas de los abdominales y los músculos de los antebrazos rígidos mientras mantenía la pose.

—No me gusta. No confío en él. Es controlador y no le importa lo que yo pienso o cómo me siento.

Lucy soltó una risita.

—Han pasado pocos días. ¿Cómo vas a saber si te gusta o no o si podrías aprender a confiar en él si te niegas a hablar con él?

Maxu y Rita se estaban mirando. Rita movía los brazos, explicando algo. Hizo un movimiento como de lanzarse hacia abajo con el cuerpo, y él la escuchó con las manos en las caderas y el impresionante pecho reflejando el sol.

Meg se sentía cada vez más como una niña quisquillosa con cada palabra razonable que salía de las bocas de sus amigas. La verdad era que resultaba más sencillo pintarlo de una cierta manera. Si lo odiaba, no confiaría en él, y si no confiaba en él, no podría decepcionarla.

—No. —Sacudió la cabeza—. No me entienden. Necesito estar con alguien que valore mis sentimientos, y después de lo que ha hecho hoy…

—¿Qué ha hecho? ¿Obligarte a hablar con él?

Meg se quedó inmóvil. Mierda.

—Sí —mintió.

Tara se giró y Camille entrecerró los ojos.

—¿Qué más ha hecho, Meg? No sabes mentir.

A pesar de todos los años ocultando todo cuanto quería decir y hacer, Meg estaba empezando a comprender lo mala mentirosa que era. Siempre había pensado que era buena para mentir. ¿Por qué nunca se lo habían comentado antes?

Se le encogió el corazón un poco ante la idea de que tal vez nadie se lo había dicho porque nadie se había preocupado lo suficiente como para señalarlo.

—No es nada, no quiero hablar de ello.

—¿Ha sido malo? —Camille se sentó un poco más derecha.

La sonrisa juguetona de Tara se vio reemplazada por unos labios apretados al escuchar las palabras de Camille.

—¿Qué ha hecho? —Esta vez sus palabras no eran curiosas. Eran firmes.

¿Iba a tener que decirlo? ¿En serio?

—Ha… —Miró a su alrededor; el calor ya le subía por el cuello. Se terminó la bebida de un

trago—. Usé… algo… en mi habitación para… —Tragó saliva—. Pasar un buen rato… y él… cogió esa cosa.

—¿Eh? —Lucy tenía el ceño fruncido y una mueca en los labios.

Camille miró al cielo y señaló a un lado y a otro con el dedo, como si tratara de resolver un reacertijo en su cabeza.

Tara, que todavía parecía más severa que enfadada, abrió mucho los ojos al ser la primera en acomprender.

—Oh.

—¿Oh? —preguntó Camille. Se incorporó sobre un brazo para mirar a Tara, cuyos labios ahabían desaparecido para ocultar una sonrisa. Se giró entonces hacia Meg—. Oh —repitió con voz ronca.

Lucy chasqueó la lengua.

—¿Hola? ¿Me lo pueden explicar, por favor?

Camille esbozó una sonrisa que dejaba a la vista sus dientes blancos.

—Meg se masturbó con algo de la habitación y Maxu se lo llevó.

—¡¿Qué?! —Lucy se rio tan fuerte que Sophia se incorporó con un gemido.

—¿Qué es? ¿Qué pasa? —preguntó, girando la cabeza e intentando mantener los ojos abiertos mientras se adaptaban al sol brillante.

Lucy le dio una palmadita en la pantorrilla, riéndose.

—Nada, perdona. Vuelve a dormirte, después te lo cuento.

Al parecer, la aventura de Sophia con el vondalese había absorbido toda su energía, porque sse limitó a gruñir y a tumbarse de nuevo.

—¿Él te dijo que se lo había llevado? —susurró Lucy, acercándose—. ¿Para qué?

Camille se concentró en el suelo y se le formó una arruga en la frente.

—¿Es sexy, asqueroso o las dos cosas?

—¿Qué cosa era? ¿Había un regalo en algún sitio y me lo perdí? —bromeó Tara.

—¡Eso no viene al caso! —Meg movió la mano y miró de nuevo a Maxu que estaba haciendo una vertical perfecta. Al menos no veía lo roja que estaba.

—¿Qué crees que está haciendo con eso? —susurró Camille a Lucy con la nariz arrugada como si estuvieran manteniendo una conversación privada.

Lucy sonrió.

—Creo que depende de lo que sea, ¿no?

—¡Concéntrense! —Meg aplaudió—. No importa, creo que me lo contó solo para bavergonzarme. No le importan mis sentimientos. —Las chicas seguían sin parecer muy rconvencidas, y Meg alzó las manos en el aire—. ¡Entró en mi habitación y se lo llevó sin permiso! Es… una grave intrusión a mi privacidad y me molesta.

—Vale, vale. —Tara usó su voz más tranquilizadora y alzó las manos—. Te entiendo. Si es tan importante, ¿por qué no le pides que te lo devuelva?

—Lo he hecho —gritó Meg—. ¡Me ha dicho que no y que ahora es suyo!

—Yo creo que es porque es sexy, si te soy sincera —añadió Camille, sin resultar de mucha sayuda.

—Entonces quítaselo tú. —Lucy se encogió de hombros.

Todos los ojos se volvieron hacia ella.

—¿Quitárselo? —preguntó Meg.

—Sí. —Volvió a encogerse de hombros—. Está claro que no puedes jugar limpio con él

.Preguntar no funciona y no parece tener mucho respeto a la autoridad, así que no puedes llamar a un policía para que intervenga, aunque no lo haría porque no tiene mucho sentido. Juega el mismo juego que él. Quítaselo.

n Meg lo evaluó y reflexionó durante un buen rato sobre lo satisfactorio que sería que Maxu regresara a su habitación y descubriera que no estaba. Sonrió, pero entonces dudó.

n —Nunca me he colado en ningún sitio. ¿Cómo voy a entrar en su habitación?

—¡Ay, querida! —comenzó Lucy con una sonrisa maliciosa—, sigue su ejemplo. Las do ciudades se han esforzado por satisfacer sus necesidades porque ha explicado que es tu pareja s¿no? Bien… —Nadie entendía por dónde iba, así que Lucy puso los ojos en blanco y alzó la nmirada al cielo—. Dile al recepcionista que necesitas que añada tu huella dactilar a su puerta. Es tu pareja. Seguro que ni siquiera parpadeará.

Lucy tenía razón. Todo este tiempo había estado manejando esta situación como una humana y discutiendo como lo haría una humana, sin considerar siquiera el poder que tenía ahora como pareja reconocida.

En sus labios se dibujó una sonrisa.

s

e

a

,

a

y

n

s

a

.

Preguntar no funciona y no parece tener mucho respeto a la autoridad, así que no puedes llamar a un policía para que intervenga, aunque no lo haría porque no tiene mucho sentido. Juega el mismo juego que él. Quítaselo.

Meg lo evaluó y reflexionó durante un buen rato sobre lo satisfactorio que sería que Maxu regresara a su habitación y descubriera que no estaba. Sonrió, pero entonces dudó.

—Nunca me he colado en ningún sitio. ¿Cómo voy a entrar en su habitación?

—¡Ay, querida! —comenzó Lucy con una sonrisa maliciosa—, sigue su ejemplo. Las dos ciudades se han esforzado por satisfacer sus necesidades porque ha explicado que es tu pareja, ¿no? Bien… —Nadie entendía por dónde iba, así que Lucy puso los ojos en blanco y alzó la mirada al cielo—. Dile al recepcionista que necesitas que añada tu huella dactilar a su puerta. Es tu pareja. Seguro que ni siquiera parpadeará.

Lucy tenía razón. Todo este tiempo había estado manejando esta situación como una humana y discutiendo como lo haría una humana, sin considerar siquiera el poder que tenía ahora como pareja reconocida.

En sus labios se dibujó una sonrisa.

Capítulo 14

El viento helado soplaba sobre Maxu, meciéndolo sobre una caída de cien metros. La Torre Xeric no era lo más alto que había escalado, pero las rachas de viento que amenazaban con arrojarlo al vacío asegurarían que mañana tuviera los músculos rígidos.

Era estimulante.

Levantó su mano y usó un pequeño dispositivo que había fijado al guante para escanear el espacio aéreo que tenía por encima, buscando medidas de seguridad que no hubiera tenido en cuenta. *Nada.*… Frunció el ceño.

Cuando descubrieron a las humanas en los búnkeres insurgentes en todo el planeta, los rescatadores no solo encontraron una nueva especie compatible enviada directamente por la diosa, sino que también hallaron almacenes de objetos terrícolas. ¿Y qué había hecho su ciudad con los valiosos objetos que pertenecieron en el pasado a las humanas abducidas? ¿Guardarlos bajo llave en un centro de seguridad donde guardaban los tesoros menos comunes de Clecania? No. Para diversión de Maxu, la noche anterior había descubierto que todos ellos habían sido enviados a un grupo de científicos biológicos y culturales para su estudio.

Los estúpidos idealistas no estaban preparados para un robo por parte de alguien como ellos. ¿Y por qué lo estarían? Según lo que pudo averiguar, estaban estudiando en principalmente las composiciones químicas de ropa vieja.

Separó los pies en la cornisa estrecha al distinguir la ventana que le había indicado el guardia sobornado como la mejor entrada. Se acuclilló lo más rápido que pudo y saltó.

Pasó volando más allá de la ventana al saltar más alto que antes y apenas pudo agarrarse agarró de una saliente que había a medio piso por encima de donde necesitaba ir. Colgando de sus dedos, sonrió hacia el suelo. Las marcas de emparejamiento no solo habían cambiado su mente, sino también su cuerpo. Era más rápido, más fuerte y podía saltar más alto que antes. Le estaba costando un poco acostumbrarse.

Maxu se balanceó de un lado a otro hasta estar preparado, y entonces se soltó de la cornisa y cayó en una viga justo por encima de la ventana. Activó una máquina que había adquirido en una ciudad submarina del planeta Chado y la programó para que emitiera la frecuencia e intensidad más altas posibles. En unos segundos, el cristal se rompió y entró. Aterrizó sin emitir ningún sonido.

En las dos paredes había armarios que llegaban del techo al suelo y gruñó al verlos. Esto habría sido mucho más fácil si supiera lo que estaba buscando.

Intentarlo a la manera de Rita no había sido un error *per se*, pero tampoco había funcionado. Maxu no era una persona que pudiera relajarse e iniciar conversaciones. No estaba acostumbrado a revelar información personal a extraños, en especial a mujeres, por muy atractivas que fueran.

Ayer, mientras seguía los estúpidos ejercicios de Rita, que le habían causado dolor en algunas partes del cuerpo, aunque eso no lo admitiría, pensaron una alternativa de aproximación diferente. Bueno, a él se le ocurrió la idea, y ella intentó presionarlo para que volviera a hablar con Meg. Rita también le aseguró que si la acompañaba en una rutina prolongada de meditación eso lo ayudaría a calmarse.

Al final, Maxu había decidido que su problema era que no sabía suficiente sobre las humanas. Antes de poder comprender mejor a su pareja, tenía que descubrir todo lo que pudiera de su especie. La información gratis que había en el directorio de la Alianza Intergaláctica era útil si quería saber sobre su fisiología básica, pero cuando Rita mencionó vagamente un catálogo en el que estaban contribuyendo muchas de las humanas, supo exactamente que eso era lo que necesitaba.

¿Cuál era el problema? Aún no se había publicado. Había un tesoro lleno de información invaluable, escrita directamente por las humanas, guardado en una base de datos en algún lugar y esperando a que él lo robara.

El viaje a la ciudad le había llevado aproximadamente una hora. Meg estaba en la fiesta que habían organizado en la playa, así que estaba seguro de que al menos tendía vigilancia.

Aun así, los calambres en el estómago eran cada vez más frecuentes, a pesar de que su mente lógica le aseguraba que su pareja estaba bien. Odiaba estar alejado de ella tanto tiempo. ¿Y si volvía a escapar?

Comprobó su intercomunicador y tomó aliento para tranquilizarse. Su cómplice estaba de su lado; al menos de eso estaba seguro. Cuando se despertó, soñoliento y furioso porque Meg lo había dejado inconsciente, estuvo a punto de destrozar su dormitorio en un arranque de ira cuando de pronto vio un extraño mensaje en el suelo.

Usó el cristal de lectura para traducir el idioma del mensaje, que estaba escrito de forma tosca, y descubrió que su nueva cómplice, Rita, le informaba sobre cuál sería la siguiente parada de la gira. Tras su conversación en Adenelas el día anterior, no parecía arrepentida por actuar a espaldas de Meg.

Cuando Maxu le preguntó el motivo, su respuesta fue sencillamente: «tú y ella son como los cocos y las piñas —y, con una sonrisa al notar su confusión, añadió—: Una vez que pasas las capas externas más duras, son deliciosos e incluso más ricos juntos».

Aunque Maxu no sabía cuál era el aspecto de las frutas que había mencionado, no estaba de acuerdo con el significado de su analogía. Había pasado todo el día siguiendo a Meg, y la única persona con la que parecía ponerse una coraza era él. Con todos los demás, era alegre y despreocupada, aunque había algunos casos que lo confundían.

Con su oído mejorado, la había oído hablar efusivamente de los famosos hoyuelos yadeneleses, como los llamaban con afecto los ciudadanos de Adenelas. Pero más tarde, ese día cuando se le acercó un anciano y empezó a describirle la formación de los cráteres, ella no lo interrumpió. Había dejado que le enseñara algo que ella ya sabía y Maxu no sabía por qué. El hombre se habría mostrado impresionado por su conocimiento de su querido hogar.

Durante la entrevista de hoy, Maxu también se había fijado en la rigidez de su sonrisa y cómo hundía los dedos de los pies bajo la tela fina de los zapatos cuando un ciudadano le preguntó sobre su estructura familiar. Su respuesta fue suficientemente inocua: una madre y un padre con los que vivía, pero el cambio en sus ojos lo dejó completamente tenso.

Al principio, mantener distancia le molestaba. ¿Por qué tenía que permanecer alejado de su pareja? Pero cuando decidió pensar en este tiempo observándola como una misión de reconocimiento en lugar de una rendición, su separación se hizo más fácil de digerir. Estaba recopilando información. En lugar de descubrir la mejor forma de colarse en un edificio, estaba aprendiendo lo que podía para poder atravesar las defensas que ella había erigido a su alrededor.

Con todos sus sentidos en alerta máxima por si acaso pasaba por allí un visitante nocturno, Maxu encontró la unidad en la que se compilaba el recurso parcialmente completo que había

sconfeccionado las humanas. Copió la información y se puso a buscar en los armarios.

a Había, en su mayor parte, ropa manchada que apestaba a sudor. La mayoría eran prendas ainsignificantes. Ropa interior y camisetas.

o Gruñó mientras examinaba un vestido largo y holgado que estaba rasgado por la parte edelantera. Le hervía la sangre y un gruñido empezó a crecer en su garganta. Sabía que habían secuestrado a las humanas de la Tierra, pero ver estas prendas sucias y rotas pintaban un cuadro ıdesolador. ¿Qué cosas había soportado su pareja? ¿La habían obligado a usar la misma ropa ydurante días?

¿La habrían sacado a la fuerza de su casa por la noche y casi sin nada encima? ¿Aterrada? e¿Llorando?

Como alguien que siempre había despreciado las leyes y costumbres de su planeta, se había emostrado en parte ambivalente con los insurgentes. ¿No era algo positivo que hubieran desafiado ila ley y hubieran buscado a una especie compatible en el universo?

Al ver esto, la opinión de Maxu cambió para siempre. El olor agrio del miedo estaba ıimpregnado en cada prenda como si la estuviera acechando. Durante el resto de sus días, usaría ocada una de las habilidades que había adquirido para perseguir a todos los insurgentes y ,asegurarse de que el mismo hedor estuviera impregnado en su ropa antes de morir.

Pasó una hora antes de que se dirigiera a la segunda pared. La mochila que había llevado aconsigo estaba ya casi llena. No sabía qué quería hacer con los objetos que había robado. Solo anecesitaba más tiempo para examinarlos a solas sin que esa sensación pulsante en el pecho lo adistrajera.

Oyó un zumbido en el chip que llevaba implantado en el brazo y se quedó muy quieto.

s —¿Quién puede ser? —gruñó.

s Como alguien que había pasado su vida entrando en lugares en los que no debía, Maxu era un experto protegiendo su espacio personal. La única vez que sonó este chip fue cuando se activó euna de las trampas que había dejado en su casa. Levantó despacio el intercomunicador. Sea quien afuera, estaría vivo y tendría que lidiar con ello.

y Un viaje de regreso a su casa en Tremanta era lo último que necesitaba en ese momento. Incluso antes de activar la transmisión de la cámara, supo que esta persona se enfrentaría a una sferocidad mayor de lo habitual durante su interrogatorio.

, Frunció en ceño al ver que el intento de allanamiento no se había producido en su casa, sino oen su habitación de Adenelas. Aunque siempre colocaba algunas trampas donde iba (a su mitad ltraxiana territorial no le importaba adónde fuera), rara vez eran de utilidad. Se quedó sin aliento al pensar en quién podría ser.

o La retransmisión en vivo se activó ante él. Si Maxu alguna vez había sonreído con tanta óintensidad en su vida, no lo recordaba. Ahí estaba Meg, luchando sin éxito contra sus ataduras.

ı Guardó el intercomunicador y salió por la ventana rota. No podía perder más tiempo allí, ya que tenía que ocuparse de una mujer muy traviesa.

ı
e
a
a

,
ı

confeccionado las humanas. Copió la información y se puso a buscar en los armarios.

Había, en su mayor parte, ropa manchada que apestaba a sudor. La mayoría eran prendas insignificantes. Ropa interior y camisetas.

Gruñó mientras examinaba un vestido largo y holgado que estaba rasgado por la parte delantera. Le hervía la sangre y un gruñido empezó a crecer en su garganta. Sabía que habían secuestrado a las humanas de la Tierra, pero ver estas prendas sucias y rotas pintaban un cuadro desolador. ¿Qué cosas había soportado su pareja? ¿La habían obligado a usar la misma ropa durante días?

¿La habrían sacado a la fuerza de su casa por la noche y casi sin nada encima? ¿Aterrada? ¿Llorando?

Como alguien que siempre había despreciado las leyes y costumbres de su planeta, se había mostrado en parte ambivalente con los insurgentes. ¿No era algo positivo que hubieran desafiado la ley y hubieran buscado a una especie compatible en el universo?

Al ver esto, la opinión de Maxu cambió para siempre. El olor agrio del miedo estaba impregnado en cada prenda como si la estuviera acechando. Durante el resto de sus días, usaría cada una de las habilidades que había adquirido para perseguir a todos los insurgentes y asegurarse de que el mismo hedor estuviera impregnado en su ropa antes de morir.

Pasó una hora antes de que se dirigiera a la segunda pared. La mochila que había llevado consigo estaba ya casi llena. No sabía qué quería hacer con los objetos que había robado. Solo necesitaba más tiempo para examinarlos a solas sin que esa sensación pulsante en el pecho lo distrajera.

Oyó un zumbido en el chip que llevaba implantado en el brazo y se quedó muy quieto.

—¿Quién puede ser? —gruñó.

Como alguien que había pasado su vida entrando en lugares en los que no debía, Maxu era un experto protegiendo su espacio personal. La única vez que sonó este chip fue cuando se activó una de las trampas que había dejado en su casa. Levantó despacio el intercomunicador. Sea quien fuera, estaría vivo y tendría que lidiar con ello.

Un viaje de regreso a su casa en Tremanta era lo último que necesitaba en ese momento. Incluso antes de activar la transmisión de la cámara, supo que esta persona se enfrentaría a una ferocidad mayor de lo habitual durante su interrogatorio.

Frunció en ceño al ver que el intento de allanamiento no se había producido en su casa, sino en su habitación de Adenelas. Aunque siempre colocaba algunas trampas donde iba (a su mitad traxiana territorial no le importaba adónde fuera), rara vez eran de utilidad. Se quedó sin aliento al pensar en quién podría ser.

La retransmisión en vivo se activó ante él. Si Maxu alguna vez había sonreído con tanta intensidad en su vida, no lo recordaba. Ahí estaba Meg, luchando sin éxito contra sus ataduras.

Guardó el intercomunicador y salió por la ventana rota. No podía perder más tiempo allí, ya que tenía que ocuparse de una mujer muy traviesa.

Capítulo 15

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Meg retorcía las manos en todas direcciones, pero no podía liberarse de las ataduras de la pared, por más fuerte que tirara de ellas. Llevaba atrapada lo que parecía una eternidad. Qué vergüenza.

Todo había resultado demasiado bien. En mitad de la fiesta, Lucy se acercó a ella corriendo y le informó de que había visto a Maxu subiendo a un crucero para marcharse. Entonces, Meg fingió estar borracha tras cambiar la bebida alcohólica que bebía por una no alcohólica que Camille había continuado pidiendo y que era visualmente imperceptible.

Cuando le dijo a Daunet que no se encontraba bien y necesitaba volver a su habitación a dormir, la mujer la acompañó sin pestañear. Después de que la dejara en su dormitorio, esperó unos minutos a que Daunet se fuera a su cuarto y salió.

Igual que en Vondale, Maxu se había asegurado de que su habitación no estuviera alejada de la de ella y, aunque tenía una excusa preparada para Heleax que tenía turno de vigilancia en el pasillo, no había tenido que usarla. Lo único que tenía que hacer era pasar de puntillas junto a varias puertas y entrar en el cuarto de Maxu usando su huella dactilar, lo que había sido ridículamente fácil de conseguir. Ayer por la tarde, cuando regresaba de la playa, detuvo a un trabajador del alojamiento dispuesto a ayudarla y que se mostró encantado de darle acceso. De hecho, se sorprendió de que no hubiera tenido acceso desde su llegada.

Qué idiota había sido.

Incluso sonrió triunfante cuando la puerta de la habitación de Maxu se cerró al entrar. Miró a su alrededor, sintiéndose victoriosa durante unos diez segundos, hasta que unas piezas doradas de metal volaron hacia ella, saliendo de la nada. Apenas tuvo tiempo de gritar y levantar las manos antes de que el metal le sujetara las muñecas y la arrastrara hacia la pared de atrás.

Cuando chocó contra la pared, una tercera pieza de metal voló hasta su cuello. Gritó al pensar que iba a decapitarla, pero el metal tan solo le rodeó la garganta y la pegó a la pared sin tocarle la piel. Era inmovible y mantenía su cabeza pegada a la pared, pero al menos seguía con vida.

Desde entonces, había permanecido inmovilizada como un insecto en una vitrina. Había intentado gritar al pensar que sería menos vergonzoso que la encontrara Heleax a que lo hiciera Maxu, pero había recibido una pequeña descarga eléctrica en el cuello al hacerlo. Volvió a intentarlo y siseó de dolor. La segunda descarga había sido más intensa que la primera, como si se tratara de una advertencia de que seguiría aumentando en caso que el prisionero hablara.

Después de eso, golpeó la pared con los pies, pero no sirvió de nada. Nadie acudió. Meg frunció el ceño. Ninguna de sus amigas había tenido en cuenta este sinsentido cuando lo planearon en la playa, pero ahora que lo pensaba, tenía todo el sentido del mundo. Limitarse a cerrar la puerta era lo que hacía la gente normal.

Apoyó la barbilla en el metal frío que le rodeaba la garganta y miró el objeto inanimado enfadada. La almohada negra de Kitibard que Maxu había robado resaltaba contra los tonos pastel de la ropa de cama de Adenelas, perfectamente colocada en el centro, burlándose de ella.

¿Cuánto tiempo tardaría en llegar? La ansiedad le aceleró el pulso. ¿Y si no regresaba en toda la noche? Sus amigas sabrían dónde estaba si no aparecía por la mañana, pero estar aquí de

pie toda la noche iba a ser un infierno. Eso sin mencionar que probablemente acabaría orinándose encima antes de que la encontraran.

Calma, calma. Inspiró despacio por la nariz y soltó el aire por la boca.

—Vas a estar bien —susurró muy bajo para que su collar eléctrico no se enfadara.

Para distraerse, contempló la habitación y examinó todo aquello que podía ver. En el mejor de los casos, tendría algún objeto vergonzoso por ahí que podía arrojarle a la cara. En ese caso toda esta pesadilla no habría sido para nada.

Su pareja no estaba interesado en un espacio perfecto y limpio. Había botellas vacías, sábanas arrugadas y restos de comida desperdigados por varias superficies de la habitación. Pero ¿y sus cosas personales? Esas estaban bien organizadas.

Había una mochila abierta en una especie de estante morado con forma de hongo marino y pudo distinguir varios compartimentos cuidadosamente ordenados en su interior. Vio unos aparatos electrónicos que no reconoció colocados horizontalmente sobre una mesa, en una manera demasiado perfecta para que fuera accidental.

Todos los objetos parecían nuevos, sin rallones o abolladuras. El metal incluso brillaba, como si lo limpiara con regularidad.

¿Así trataba Maxu las cosas? ¿Solo cuidaba de los objetos que eran suyos?

Meg notó calor en la piel. ¿Estaba ella en esa categoría? ¿Era una de sus cosas?

Su mirada recayó en una fila de productos colocados en el borde de la ventana irregular. Entrecerró los ojos. Pegó la garganta a la banda de metal para estirar el cuello todo lo posible para asegurarse de que veía bien.

Había cinco objetos. El primero le resultaba muy familiar y apretó los puños. Era una vieja libreta de su habitación en Tremanta. Había sido casi imposible encontrar una porque los tremantianos apenas usaban papel, pero la había conseguido cuando empezaron sus clases de lectura, con la intención de practicar su escritura en papel de verdad.

¿Había estado Maxu también en su casa del Templo de la Perla? Parecía muy claro que su pareja disfrutaba robando cosas. Estupendo. Estaba espiritualmente unida a un cleptómano que no conocía límites.

El siguiente objeto, una delicada escultura lila de un pajarillo, también le resultaba familiar pero no sabía por qué. ¿Dónde la había visto?

Ah sí, en su habitación de Linadety.

Relajó la barbilla al reparar en algo. Un paño rojo de seda que había usado para recogerse el pelo y había perdido en algún punto del viaje. El vaso dorado que brillaba bajo la luz de las anémonas estaba en su mesa, en Vondale. Un delicado guante para comer… de ayer. ¿Lo había cogido de la mesa sin que ella lo viera?

Meg se quedó mirando los objetos sin comprender. ¿Cómo se suponía que tenía que sentirse? Maxu había robado esas cosas, objetos que ella había usado o tocado, y luego las había ordenado cometiculosamente. Había varios estantes planos en la habitación, pero había elegido el redondeado para sus objetos robados, la superficie irregular de esa ventana. Se dio cuenta de que había escogido un punto visible desde la cama para ponerlos.

Sintió un estremecimiento en su vientre y tragó saliva.

Esto no era adorable ni cualquier otra emoción que su mente intentaba asignarle. Era perturbador, intrusivo y… ¿dulce? No. Probablemente Maxu los miraba con desprecio mientras se quedaba dormido para alimentar su determinación posesiva.

Meg siguió dándole vueltas a esos argumentos hasta sentirse más insegura que antes. Cuando

aal fin se abrió la puerta y Maxu entró, olvidó por una décima de segundo que estaba inmovilizada a la pared. Lo estudió con el ceño fruncido y el corazón acelerado. Entonces, él le dirigió una sonrisa engreída; no parecía sorprendido de verla. La ira y la vergüenza la inundaron en un instante.

r —Qué agradable sorpresa —comenzó él, cruzando la habitación para colgar una bolsa llena ,de cosas en la pared, junto a su mochila. Iba vestido de negro, con un tejido ligeramente elástico Parecía un traje de neopreno. La tela gruesa lo cubría desde la barbilla hasta los dedos y la ,camiseta hacía de mangas y guantes—. ¿Has disfrutado de mi habitación en mi ausencia?

o Meg no respondió, pues sabía que el metal del cuello le enviaría una descarga eléctrica si hablaba.

y Maxu tomó una botella de mott de la mini nevera que había instalada en la pared, encima de sla mesa.

a —No te preocupes, he desactivado las descargas. Puedes hablar.

—Suéltame.

o Maxu hizo caso omiso.

—Te dejé tranquila todo el día de ayer y también hoy, como tú querías, y ¿cómo me lo agradeces? ¿Te atas a mi pared como un regalo delicioso y aguardas a mi regreso? Tengo que decir que tu idea sobre el tipo de regalo que podría encantarme es acertada. —Le lanzó otra .sonrisa traviesa—. Supongo que no me sorprende, ya que eres mi pareja.

e Le miró los brazos levantados y el metal que le rodeaba la garganta y el negro se apoderó de las esquinas de sus ojos. Meg sintió otro estremecimiento indeseado en la barriga.

a —¿Por qué estás vestido así? ¿Dónde has ido? —le interrogó. ¿Qué clase de salida requería sun atuendo tan extraño?

e Maxu siguió su mirada y se miró la ropa, pero no contestó. Volvió a sonreírle.

—¿Por qué? ¿Me has echado de menos? ¿Por eso te has colado en mi habitación?

ı —Quítame esto —volvió a exigirle, moviendo las manos.

e Maxu tuvo el descaro de reírse. Se llevó los dedos enguantados al cuello y empezó a desabrocharse unos cierres de metal que Meg no había visto antes.

', —Sería contraproducente liberar a un intruso nada más atraparlo, vahpti. —Se quitó la tela del pecho y soltó un suspiro de alivio. Meg se quedó sin respiración.

La piel bronceada de su pecho se tensó un poco cuando retiró la tela que llevaba encima lCuando se quitó la prenda, la dobló con cuidado y la dejó en una silla. Entonces, estiró los brazos sdetrás de su cuerpo. Meg tuvo que reunir una vergonzosa cantidad de autocontrol para mantener ala mirada fija en su cara y no admirar cada músculo rígido de su abdomen o las marcas de nacimiento similares a un tatuaje que se curvaban alrededor de sus pectorales y bíceps.

? Maxu tomó la botella de mott de la mesa y se acercó a ella. Su sonrisa confiada y andar otranquilo dejaban claro que estaba disfrutando de esto.

o —He escogido esto —dijo al tiempo que se acercaba y golpeaba con un dedo las piezas de ametal de sus muñecas y luego la del cuello— para poder interrogar a los intrusos.

La camiseta negra debía de ser sofocante a juzgar por el calor corporal que manaba de él Meg echó la cabeza hacia atrás todo lo que pudo para mirarlo. ¿Por qué tenía que oler tan bien ajusto ahora?

s Él la miró a la cara durante un buen rato. El calor que vio en la profundidad de sus ojos le provocó un escalofrío. Maxu se dio cuenta y esbozó una sonrisa ladeada.

o —Y bien, ¿por qué has entrado? —Retrocedió hasta chocar con la cama y se dejó caer en ella

acomo si no tuviera ninguna preocupación. Tenía las rodillas ligeramente separadas y una manc
adetrás de él para poder reclinarse en un ángulo que hacía maravillas por su pecho.

n Dio otro trago mientras esperaba a que respondiera, todavía recorriéndola con la mirada como si estuviera allí para su disfrute. A Meg se le erizó la piel al notar la apreciación en su amirada mientras contemplaba la tela plisada que le cubría el pecho, y que dibujaba una forma que .recordaba a dos grandes conchas. La falda fina y larga no podría ocultar el olor de su excitación asi continuaba con esa mirada penetrante. Pegó más los muslos, disfrazando el movimiento con un sencillo cambio de un pie a otro.

i —He venido por mis cosas —respondió al fin. Miró la almohada por una décima de segundo y, cuando apartó la vista, él estaba sonriendo. Sin embargo, esta sonrisa era más suave, menos eburlona de lo habitual. Parecía más afectuosa, como si su intento le resultara encantador.

Meg se fijó en su postura. Las rodillas separadas, el torso estirado y los muslos amplios y fuertes que parecían un lugar peligrosamente cómodo para dormir una siesta. ¿Cómo sería si tuviera la valentía y la habilidad de subir y sentarse sobre él a horcajadas mientras estaba en esa postura? ¿Se inclinaría hacia ella para rodearle la cintura con el brazo libre y juntar sus cuerpos?

o Se mordió el labio y sacudió la cabeza internamente. Su rabia debería haber aumentado con ecada segundo que tardaba en liberarla.

a —Ya te he dicho por qué he entrado. ¿Me quitas esto?

Maxu se giró para alcanzar la almohada negra.

e —¿Has venido por esto? ¿Por qué? ¿Qué es lo que te avergüenza tanto?

—No estoy avergonzada —replicó. Levantó la barbilla y rezó para que no se le ruborizaran alas mejillas en ese momento.

—Mentira. —Le dirigió una sonrisa amplia antes de llevarse la almohada a la cara e inspirar.

El calor invadió su cara y su cuerpo se tensó y ruborizó.

—¡Para!

Maxu enarcó una ceja y se levantó.

a —¿Por qué?

—Porque es… —Buscó una explicación—. Raro. —Jeremy jamás había hecho algo así. ¿Por aqué a alguien podría parecerle que eso olía bien, y por qué se estaba ruborizando al sentir calor y no solo vergüenza?

. —¿Es raro disfrutar del olor de mi pareja al tener un orgasmo? —Ladeó la cabeza con una ssonrisa y, maldita sea, supo lo mucho que la estaba sonrojando.

r —Eh… —Meg se movió de un pie a otro, y un calor penetrante invadió su interior a eescuchar sus palabras y sentir su creciente cercanía.

Él insistió y se llevó de nuevo la almohada a la nariz. El retumbar de su gruñido se mezcló rcon el sonido de su inspiración, lo que hizo que Meg respirara de forma entrecortada. Maxu soltó un gemido de placer al exhalar, ahora de pie a tan solo unos treinta centímetros de distancia.

e Apoyó la mano con la que sujetaba la almohada en la pared, entre su cabeza y su mano. Ella se volvió para mirarla, y el metal helado se le pegó a la piel caliente del cuello. Se le escapó un .gemido.

n Maxu murmuró algo que no entendió y alzó una mano a su cuello.

—Vamos a quitarte esto, querida.

e Sus ojos muy abiertos se encontraron con los de él cuando pasó la botella de mott a la mano de la almohada, acercó el pulgar a un punto del collar y, tras un pitido suave, se echó la ainofensiva pieza de metal sobre el hombro. Con más delicadeza de la que hubiera imaginado, le

tomó la barbilla y se la levantó para examinarle el cuello. Meg se tragó el suspiro que amenazab con salir de su garganta.

—No me has quitado las esposas —dijo en voz baja.

Maxu le soltó la barbilla.

—Tengo más preguntas.

Meg suspiró.

—¿Qué es lo que quieres de verdad? ¿Sexo? De acuerdo. Hagámoslo para que pueda salir d aquí.

Maxu curvó los labios hacia abajo, sorprendido, y se enderezó.

—Me parece bien.

—¡Espera! No hablas en serio. —Meg lo miró con la boca abierta—. Se supone que tiene que rechazarme, como un caballero.

Él la miró con una ceja enarcada, como si hubiera dicho una estupidez.

—Bueno… tal vez no como un caballero —farfulló—. Sabes que no siento nada por ti. N me gustas; está claro que no te quiero.

Maxu hizo una mueca al escucharla. Sus ojos de color verde agua le recorrieron el cuerpo evaluando algo, aunque Meg no sabía qué.

Maxu ladeó la cabeza tras llegar a una conclusión. Su mano y la almohada volvieron a quedar apoyadas al lado de la cabeza de Meg y se acercó a ella.

—Seguro que podría follarme tu amor hasta convertirlo en realidad, mi querida pareja.

Meg se quedó sin aliento y dejó de respirar. No tenía idea de cómo responder a eso. Su sex estaba haciendo un maldito desfile por sus palabras, mientras que el resto de su cuerpo estab enloqueciendo.

Se dio cuenta de que se había quedado con la boca abierta y la cerró de golpe. Se lamió lo labios secos.

—Mmm, ¿tienes sed? —murmuró él. Su voz fuerte y profunda se deslizó sobre ella.

¿Tenía sed? Asintió despacio.

Maxu acercó la botella de mott a sus labios y la inclinó. El líquido ardía en su garganta seca Se le derramó un poco, y cayó por su barbilla y cuello. Él apartó la botella y Meg intent limpiarse la barbilla en el hombro.

Maxu soltó la botella, la que hizo un ruido sordo al caer al suelo alfombrado. Entonces sujetó su barbilla nuevamente. Esta vez lo hizo con firmeza, con movimientos más firmes cuando la forzó a levantar la cara hasta que su cuello quedó expuesto.

Meg sintió como su corazón comenzaba a retumbarle en el pecho cuando entendió lo qu estaba a punto de hacer. Cuando sintió el primer roce de su lengua en la garganta, se le escapó u gemido. Maxu gruñó de satisfacción. Entonces, antes de que ella pudiera aclarar su mente empezó a ronronear sobre su piel, limpiándole el mott con una pasada de la lengua.

Un calor líquido invadió su interior. La vibración del ronroneo mezclada con el calor y l humedad de su lengua estaba provocando que vibrara de necesidad. ¿Por qué no estaba molesta furiosa o avergonzada?

Llevaba atrapada en esta habitación más de una hora, amarrada a su pared sin una disculpa, y ahora hacía… ¿esto? Al pensar en él se había sentido arrinconada, con una presión claustrofóbic en el pecho que la había hecho actuar de forma dispersa y petulante. ¿Por qué ahora, cuand estaba atrapada de verdad, se sentía tan emocionada, tan nerviosa y… tan segura?

Se había metido en la boca del lobo, y la confusión y el anhelo batallaban en su interio

acuando él metió una rodilla entre sus piernas y la alzó hasta que el peso de su cuerpo recayó en su muslo, mientras que los dedos de sus pies apenas tocaban el suelo.

Le apartó la mano de la barbilla y, antes de que pudiera darse cuenta de eso, él la había puesto en la parte baja de su espalda. Una chispa blanca saltó en sus párpados cuando le mordió el cuello, justo detrás de la oreja.

Meg abrió los ojos al sentir algo suave bajo el músculo duro del muslo de Maxu. Su ealmohada.

Él se apartó con la mirada fija en sus mejillas cálidas y sus ojos abiertos de par en par. Le tomó la mandíbula con una mano y deslizó el pulgar por lo que debía ser su zona ruborizada. Una gota de sudor descendió por su espalda a medida que aumentaba su vergüenza.

s —Deja que vea qué es lo que te gusta.

Meg tenía la garganta cerrada. No podía hacer eso delante de él; mucho menos sobre él. Estaba vestida por completo, pero nunca se había sentido más desnuda y más vulnerable. oSacudió la cabeza.

Maxu la miró unos segundos mientras tensaba y relajaba la mandíbula.

, —¿Por qué no me deseas, vahpti? —Su pregunta fue como un cuchillo en el corazón. La crudeza de sus palabras se reflejaba en su mirada amable.

a No le estaba preguntando por qué no quería enseñarle cómo le gustaba darse placer o por qué no quería tener sexo. Quería saber por qué mantenía la distancia con él.

No había ningún motivo para que la verdad brotara de su boca, pero lo hizo.

o —No… no eres tú… No puedo volver a estar atrapada.

a La arruga que tenía entre las cejas se suavizó y le dio un beso en la sien.

—Por ahora me basta.

s La cabeza empezó a darle vueltas cuando la boca de Maxu descendió, lamiendo un camino hacia su oreja. Su aliento caliente le provocó escalofríos por todo el cuerpo. Movió el muslo contra su sexo y Meg tuvo que morderse el labio. Estaba inmóvil, pero sabía exactamente cómo se sentiría si se moviera; como si estuviera en el paraíso.

. El guante de color crema de la ventana captó su atención y le aceleró el corazón.

ó —Maxu, ¿por qué tienes esas cosas?

En cuanto preguntó, él se detuvo y su boca se quedó inmóvil en su piel. Luego, le dio un ,lametón más en el cuello y se apartó un poco de ella hasta que sus ojos se encontraron. No tenía ,el ceño fruncido ni estaba confundido. Sabía de qué objetos estaba hablando, pero sí tenía las cejas fruncidas.

e Apretó los labios al igual que los dedos que la sujetaban de las caderas. Entonces, sucedió algo inesperado. Su expresión rígida se suavizó. ¿Estaba nervioso?

, —Son… —Se quedó callado y soltó una exhalación antes de continuar—: Hacen que parezcas más cerca de mi alcance. Al estar rodeado de tus cosas, me puedo imaginar que estoy arodeado de ti.

, Meg parpadeó. La emoción le encogió el corazón. ¿Era la verdad o quería manipularla? Observó su mandíbula rígida, la mirada dura y la quietud de su pecho. *¿Está…?*

y La envolvió una sensación cálida. Maxu estaba conteniendo su respiración.

a Se inclinó hacia adelante y le sostuvo la mirada hasta que sus labios estaban separados por un ocentímetro. Cerró los ojos y lo besó. Él tensó los dedos en sus caderas y abrió ligeramente los labios sobre los de ella, pero, aparte de eso, permaneció inmóvil.

r Meg movió la cabeza a un lado, le dio un golpecito con la lengua a su labio inferior y le sello

nlos labios, inclinándose hacia adelante lo más que pudo con las muñecas aún pegadas a la pared
Finalmente, el cuerpo de Maxu volvió a la vida, soltó el aire por la nariz y un fuerte ronroneo
abrotó de su pecho e hizo que le vibrara todo el cuerpo.

ó A Meg le encantaba lo bien que encajaban sus bocas, y cómo recaía perfectamente el borde de su barbilla en la curva de la de él mientras le besaba el labio superior.

ı Al principio, se mostró lento y experimental, dejando que ella tomara la iniciativa. Sin embargo, cuando Meg finalmente comenzó a mover las caderas sobre su muslo, él cambió. Abrió ela la boca y sus labios se tornaron firmes y exigentes.

ı. Meg se movió contra él, tratando de contener sus suspiros y gemidos, pero la sensación que sentía era indescriptible. La excitación le humedeció la ropa interior y su necesidad aumentó ante la presión constante y deliciosa. Cansada de contenerse y de ocultar sus reacciones por miedo a .juicio, soltó un gemido.

'. El gruñido de respuesta de Maxu le dio valor y aumentó la velocidad. La mano que sujetaba su cadera la apretaba y soltaba conforme ella se movía, como si estuviera aprendiendo su ritmo y estudiando cómo ladeaba la pelvis al presionar el punto correcto.

a Un grito ahogado resonó en el espacio cuando Maxu le palpó el pecho sobre la camiseta y hundió los dedos en su trasero mientras ronroneaba.

é —Sí, mi querida Meg; quiero oírte.

A Meg le dieron ganas de sonreír. ¿Por qué le había dado tanta vergüenza hacer esto? Maxu estaba desesperado para que llegase al orgasmo, tal vez incluso más que ella misma. Empezó a respirar de forma entrecortada. Sus pies se levantaron por completo del suelo y apretó sus muslos contra el de él.

El ronroneo de Maxu se volvió más irregular. Enterró la cara en su pelo y le inmovilizó el pecho contra la pared con la parte superior de su cuerpo.

o —Eso es, preciosa. Lo estás haciendo muy bien. Ya casi has llegado.

o Los sonidos que escaparon de su boca al escuchar su cumplido nunca los había hecho antes pero no fue capaz de sentir vergüenza. Todo cuanto sentía era el peso de él, reteniéndola y animándola a continuar, y el frenético roce de su pelvis conforme llegaba el orgasmo.

Se le tensaron los músculos y tiró de las muñecas esposadas hacia abajo casi hasta el punto ndel dolor al alcanzar el clímax. Un grito prolongado creció y mermó con las oleadas de su aorgasmo, hasta que se dejó caer sobre Maxu, tratando de calmar su corazón acelerado.

s Soltó un gemido de sorpresa cuando él desactivó las esposas y cayó por completo en sus brazos.

ó —Eres sobrecogedora, vahpti.

Le murmuró cosas que no entendió en la piel al tiempo que depositaba besos en su emandíbula. La dejó en el suelo y no la soltó hasta que sus piernas pudieron sostenerla.

y Todavía sin aliento, retrocedió un paso y lo miró. La décima de segundo de arrepentimiento se desvaneció con solo una mirada. Su pecho subía y bajaba tan rápido como el de ella, y sus ?ojos estaban completamente negros y salvajes. Vio un bulto grande presionado contra la tela gruesa de los pantalones y no pudo evitar sonreír.

Ella le había hecho esto solo por procurarse placer. En ese momento, Meg se sintió más apoderosa y con más control que en mucho tiempo.

s ¿Cuánto podría presionarlo? ¿Qué haría por ella si se lo pedía? Se adelantó y acercó una mano a su impresionante erección, pero él le agarró la muñeca antes de que pudiera tocarlo.

ó —Es suficiente por hoy.

l. El mundo se detuvo un momento. ¿Se había equivocado? Intentó retirar la mano para
orecuperar parte de su orgullo, pero Maxu se le sostuvo su muñeca con firmeza.

—No hay nada que quiera más en el universo, Meg. —Tiró de ella hacia él y se aseguró de
eque lo miraba a los ojos colocando una mano en su barbilla—. Pero ahora mismo no puedo ser
amable contigo.

ı Meg se quedó mirándolo. Tenía los ojos todavía totalmente negros y cada músculo de
ócuerpo tenso. Por mucho que quisiera insistir y comprobar cómo era el sexo con él en ese
momento, el miedo la retuvo. Tan solo había estado con un hombre, y si un mercenario
ealienígena de dos metros, con un pene inmenso y un instinto de emparejamiento descontrolado le
eadvertía que se apartara, probablemente debería hacerle caso.

l —De acuerdo. —Suspiró y él la guio rápidamente hacia la puerta—. ¿Qué? ¿Ya? Pero
puedo…

a —Te vas ahora o te quedas toda la noche —habló con voz ronca.

y —Vale, deja que me lleve… ¡eh! —Se estaba acercando a la almohada que había venido a
recoger, pero él se la quitó de las manos y la levantó.

y —Hasta que no pueda pegar mi nariz a tu coño cada vez que quiera, esto es mío.

Meg parpadeó ante la emoción impregnada en un mensaje tan brusco. Las palabras le
fallaron. Seguía mirándolo con los ojos como platos cuando él abrió la puerta, la empujó con
ısuavidad hacia el pasillo y la cerró de nuevo.

a Su cerebro tardó unos segundos en reiniciarse, pero, cuando lo hizo, una amplia sonrisa
sapareció en su rostro. Tal vez todo esto del emparejamiento no estaba tan mal después de todo.

l

,
y

o
ı

s

ı

o
s
a

s

a

El mundo se detuvo un momento. ¿Se había equivocado? Intentó retirar la mano para recuperar parte de su orgullo, pero Maxu se le sostuvo su muñeca con firmeza.

—No hay nada que quiera más en el universo, Meg. —Tiró de ella hacia él y se aseguró de que lo miraba a los ojos colocando una mano en su barbilla—. Pero ahora mismo no puedo ser amable contigo.

Meg se quedó mirándolo. Tenía los ojos todavía totalmente negros y cada músculo del cuerpo tenso. Por mucho que quisiera insistir y comprobar cómo era el sexo con él en ese momento, el miedo la retuvo. Tan solo había estado con un hombre, y si un mercenario alienígena de dos metros, con un pene inmenso y un instinto de emparejamiento descontrolado le advertía que se apartara, probablemente debería hacerle caso.

—De acuerdo. —Suspiró y él la guio rápidamente hacia la puerta—. ¿Qué? ¿Ya? Pero puedo…

—Te vas ahora o te quedas toda la noche —habló con voz ronca.

—Vale, deja que me lleve… ¡eh! —Se estaba acercando a la almohada que había venido a recoger, pero él se la quitó de las manos y la levantó.

—Hasta que no pueda pegar mi nariz a tu coño cada vez que quiera, esto es mío.

Meg parpadeó ante la emoción impregnada en un mensaje tan brusco. Las palabras le fallaron. Seguía mirándolo con los ojos como platos cuando él abrió la puerta, la empujó con suavidad hacia el pasillo y la cerró de nuevo.

Su cerebro tardó unos segundos en reiniciarse, pero, cuando lo hizo, una amplia sonrisa apareció en su rostro. Tal vez todo esto del emparejamiento no estaba tan mal después de todo.

Capítulo 16

El sudor le caía por la espalda y le ardían los muslos y las pantorrillas por el esfuerzo de subir la pendiente vertical de la montaña Nascep. Este era su tercer ascenso y le ardían los pulmones pero siguió adelante; cualquier cosa por olvidar el calor que se expandía por su pecho durante uno o dos minutos.

Tenía la intención de derribar sus barreras y, en parte, lo había conseguido. Meg había estado amarrada a la pared y la había forzado a hacer exactamente lo que él quería. Entonces, ¿por qué había salido de esa situación tan expuesto y vulnerable?

Alcanzó la cima de la montaña e inspiró entrecortadamente. Odiaba sentirse así, débil. Como si fuera a acceder si Meg le pidiera que se arrodillara ante ella.

Se pasó la mano por el pelo sudado. Lo agarró con fuerza mientras giraba en círculo y disfrutaba del escozor. Se detuvo cuando se acordó de su beso.

Entonces, la carga emocional no le pareció tan horrible. Meg le preguntó por los objetos que había recopilado y, hasta ese momento, no supo por qué lo había hecho. Sin embargo, cuando ella le preguntó con esas mejillas sonrojadas y sus grandes ojos azules, el motivo quedó claro. Él había querido mantener esa información en su interior para mantenerla segura, protegida, para su propio juicio, pero las palabras brotaron de su boca de todas formas. Y ella no se apartó.

No le gritó para decirle que no debería quitarle sus cosas. La calidez le inundó los ojos y la besó, y eso fue… increíble. No solo el beso en sí, sino también la aceptación de sus palabras. Cuando Meg unió sus lujuriosos labios a los de él, sintió que lo estaba recompensando por su honestidad.

Entonces, ¿despreciaba admitir delante de ella unos sentimientos tan privados o le gustaba?

¿Qué se suponía que tenía que hacer con esa humana que tenía la habilidad de confundirlo de tal forma que había tenido que masturbarse tres veces y luego subir una montaña solo para procesar sus pensamientos?

Maxu se rio sin gracia bajo el cálido viento. ¿Rabia? ¿Enfado? A esos sentimientos estaba acostumbrado. Pero, ¿esto? Esto era un nuevo tipo de acertijo.

Ya se veía una de las dos lunas, que se alzaba en el cielo a pesar de que el sol no se había puesto aún. Esta noche la vería en la fiesta. ¿Cómo debería actuar él? ¿Qué haría ella? ¿Lamentaría lo que había sucedido en su habitación?

Aunque la inquietud lo embargaba, había un toque emocionante en el ambiente. ¿Y si no se mostraba descontenta de verlo?

Descendió corriendo la montaña, con las piernas un poco temblorosas ahora que la adrenalina se había disipado. Pasó junto a personas felices que continuaban con sus vidas y susurraban sobre las humanas. Después se encerró en su habitación, se aseó con la espuma de limpieza y pasó las siguientes horas examinando los objetos que había robado de la Torre Xeric.

La frustración aumentó mientras miraba las cosas, la mayoría de las cuales no habían sido añadidas al directorio que se había llevado. No había contexto que explicara lo que eran o cómo funcionaban. Algunas eran fáciles de adivinar, pues se parecían a cosas de Clecania. Un anillo dorado, una camiseta rasgada y una especie de intercomunicador primitivo.

Otras, sin embargo, le resultaban muy extrañas. Por ejemplo, un bote morado con un símbolo brillante aún no estaba catalogado. Maxu roció una pequeña cantidad del interior del contenido en el aire y movió un lector químico portátil a su alrededor. Estaba seguro de que sería inocuo.

Se sorprendió cuando el lector indicó que el espray era una sustancia tóxica que no resultaba fatal. Volvió a levantar el bote y miró la pequeña Y brillante que tenía a un lado. *¿Quién haría armas con este aspecto?*

Cuando el cristal de traducción le indicó que un pequeño rectángulo contenía otros rectángulos rosas aún más pequeños que eran algo llamado chicle y que parecía comestible, se abstuvo de probarlo por miedo a que fuera un arma camuflada o posiblemente un veneno desconocido.

Dejó los objetos a un lado, resignado al hecho de que tardaría más tiempo del que tenía en descifrar para qué servían. Al día siguiente, en el viaje a la próxima ciudad, tendría tiempo de leer parte del amplio directorio que había robado. Tan solo esperaba que fuera más esclarecedor que hoy.

Se vistió y peinó, tratando de ignorar las dudas que le susurraban que Meg preferiría un atuendo distinto. Después, con el corazón resonándole en los oídos, salió de la habitación y recorrió los pasillos en espiral y los caminos de arena hasta llegar a la Centro de Eventos Zoa, la ubicación de la fiesta de esta noche.

El edificio cilíndrico estaba construido alrededor de un antiguo coral fosilizado que ascendía cientos de metros en el aire. Inspiró profundamente y relajó la mandíbula antes de entrar en la planta inferior.

La planta marina endurecida se alzaba sobre él, dominando la sala. Una pasarela lo bastante amplia para acomodar a veinte personas recorría en espiral el perímetro del edificio hasta el techo, de modo que el coral seguía siendo el foco de atención en cualquier lugar donde te detuvieras.

Escudriñó a la multitud y miró hacia las personas que estaban en las plantas superiores, a pesar de que no estaban a la vista. Detuvo la mirada en la parte inferior de la pasarela, a unos nueve metros de altura. De algún modo, sabía que Meg estaba allí. Su pecho se expandió a inhalar profundamente. Era como si una parte de él existiera fuera de su cuerpo, y podía sentir exactamente dónde estaba ella. El instinto de emparejamiento era cada vez más evidente, aunque no por eso menos increíble.

Con pasos vacilantes, se abrió paso entre los invitados, deteniéndose a intervalos para tomar una bebida o probar algo de comida, retrasando el momento.

—Estás estupendo —dijo una voz femenina a su derecha. Rita y otra humana, Camille, estaban de pie en medio de un grupo de adeneleses curiosos. Camille le sonrió y lo saludó con la mano, mientras que detrás de ella, los guardias Uthen y Atolicy vigilaban el lugar, atentos para intervenir en caso de problemas.

Parecían más tensos esta noche y Maxu sabía por qué. La gira, aunque resultaba agradable para algunos, no estaba calmando la creciente curiosidad de los clecanianos. De hecho, haber visto a las humanas solo estaba enfadando más a la gente.

La reina de Tremanta estaba recibiendo mensajes de algunas ciudades exigiendo respuestas ¿Por qué no habían reclasificado aún a la Tierra? ¿Por qué no estaba presionando la reina más a la Alianza Intergaláctica?

Al parecer, se habían hecho una idea errónea de que las humanas eran primitivas, ingenuas y que necesitaban protección. Al verlas en las ciudades exhibiendo un nivel de inteligencia simila

bal de los clecanianos suscitaba la pregunta de por qué su planeta seguía siendo de cuarta clase.

o —¿Has visto a Meg? —preguntó Camille con una sonrisa traviesa. Él la miró dos veces sorprendido. Rita y ella intercambiaron una mirada cómplice.

a Maxu se enderezó. ¿Les había contado Meg lo que había sucedido en su habitación?

ı Un niño pequeño al que no había visto antes salió de la sombra de su padre y miró a Maxu con unos ojos grandes y naranjas.

s —¿Tiene una pareja, señor? —El niño le miró la cara y la mano, donde se le veían las marcas ede emparejamiento perfectamente. Maxu agarró con más fuerza la bebida.

o —Sí —respondió sin más. No le gustaba exponer su vida privada. Primero, Camille y Rita se comportaban como si supieran algo que no deberían, y ahora este niño curioso le miraba las manos.

e Una parte de él disfrutaba de sus marcas de emparejamiento y las exhibía con orgullo para rque todo el mundo las viera, pero otra parte quería esconderlas en sus bolsillos para poder guardarlas solo para sí mismo.

ı Las marcas azules que se extendían por sus manos eran para otros la señal de que tenía una ydebilidad. Si alguno de sus viejos enemigos las veía, lo único que debía hacer para lastimarlo era ahacerle daño a ella.

—¿Quieres tener una pareja algún día? —le preguntó Rita al niño al darse cuenta de que aMaxu no tenía intención de hablar más y que escudriñaba el espacio con el ceño fruncido.

a El niño arrugó la nariz.

—No. —El grupo se rio. Entonces, el niño miró a su padre—. Pero creo que a mi padre sí le egustaría.

l Volvieron a reírse, pero Maxu distinguió un pequeño atisbo de dolor en los ojos de los eclecanianos que rodeaban a las dos humanas.

La vida era difícil en este planeta. Los clecanianos se estaban extinguiendo, estimándose que aesto se produciría en tres generaciones. Solo tres.

s Las madres tenían que abandonar a sus hijos para poder tener más, todo con la esperanza de lque un día pudieran dejar de sacrificarse y descansar. Los hombres afortunados por haber rconcebido a un hijo, como el padre de este niño, ya no eran aptos para el matrimonio. Tenían que epasar el resto de su vida cuidando de su hijo y buscando migajas de afecto romántico donde pudieran.

r Pero ahora sabían de que existía un mundo con miles de millones de personas compatibles reproductivamente: La Tierra.

, Los humanos no solo tenían el antiguo ADN clecaniano y podían tener hijos clecanianos aTambién podían lograr que aparecieran las marcas de emparejamiento. Era normal que algunas aciudades se estuvieran inquietando.

Maxu volvió a sentir el resentimiento y se miró las marcas de emparejamiento. Había muchas epersonas en este planeta que se esforzaban por hacer lo correcto, y que se sacrificaban con la resperanza de un mundo mejor. Maxu no había sido nunca una de esas personas.

Durante mucho tiempo, no le había incomodado la idea de que Clecania desapareciera; su .especie, al igual que todo el universo, llegaría a su fin. No importaba lo que él hiciera. No aimportaba nada. La gente moría, los planetas morían. Algún día, el propio universo moriría Nunca había visto el sentido de seguir las expectativas de su gente. En el mejor de los casos yalgunos sobrevivirían unos cuantos siglos más antes de que el último clecaniano desapareciera.

r Pero ahora, por primera vez desde que era joven, sentía que algo importaba. Una esperanza

renovada estaba surgiendo entre las personas agotadas. Tal vez habían encontrado una solución a ,sus problemas. Por fin, una alternativa para aliviar la aplastante presión que recaía sobre ellos.

Pero ¿quién se suponía que debía ser él en este mundo nuevo? ¿El hombre que siempre había sido? ¿El que había llegado a aceptar e incluso a apreciar?

ı ¿O un hombre nuevo? Uno que trabajara para salvar su planeta y permitiera que la esperanza guiara sus acciones. Miró de nuevo al niño. Él nunca había querido tener hijos. Siempre le había sparecido inútil y cruel traer un niño a este mundo sabiendo que cada generación estaba un paso más cerca de la extinción. Todo lo que haría sería regalar a su descendencia una vida más dura eque la que él había tenido. Era como obligar a alguien a arder por arrojar un vaso de agua a sinfierno.

Pero ¿ahora? Tal vez sus hijos podrían vivir en un mundo en evolución. Podrían prospera acon la seguridad de que tenían opciones y que, algún día, incluso podrían encontrar una pareja y rexperimentar el amor. Tener un hijo no parecía tan inútil si lo veía de ese modo.

La conversación había cambiado mientras él estaba inmerso en sus pensamientos. Cuando se acentró de nuevo en el grupo, miró a Rita y ella le dirigió una sonrisa triste.

a Maxu asintió en silencio, se bebió el líquido del vaso y continuó en dirección a su pareja ¿Querría ella tener hijos? Hasta que no hubiera un plan para aligerar su carga compartiéndola con ela gente de la Tierra, Meg sentiría la misma presión por tener hijos que experimentaban las demás mujeres de este mundo. Él ni siquiera la conocía lo suficiente como para saber cuál sería su reacción.

e Los tentáculos brillantes y cálidos de las anémonas que había por cada rincón de la pared alumbraban el espacio con una suave luz neón. Tan solo unos días antes, se sentía como el coral sque dominaba la sala: fosilizado y desprovisto de todo su potencial. Pero ahora, sentía que se estaba descongelando. ¿Era por el instinto de emparejamiento o era él quien estaba cambiando?

e ¿Esta nueva manera de ver el mundo había emergido de la nada o había estado siempre ahí oculta bajo capas de pesimismo?

e La multitud se abrió ante él y estuvo a punto de chocar con un hombre adenelese que estaba rparado. Ahí estaba ella: bella y deslumbrante. Sonreía, movía la mano y señalaba la masa de ecoral, admirándolo con ojos sorprendidos y fascinados. Maxu volvió a mirarlo y trató de verlo ecomo ella lo hacía.

Se acercó, pero no se aproximó a ella. A pesar de lo que había sucedido entre ellos en la shabitación, le había dicho que iba a guardar las distancias y eso era lo que pensaba hacer Obligarla a que se acercara a él era más sencillo.

. Ahora se abría ante él un mundo nuevo de cosas que empezaba a anhelar, pero, ¿y si ella no slas quería también? ¿Y si seguía sin querer estar con él? ¿Y si nunca quería?

s

a

ı

ɔ

ı.

ı,

a

renovada estaba surgiendo entre las personas agotadas. Tal vez habían encontrado una solución a sus problemas. Por fin, una alternativa para aliviar la aplastante presión que recaía sobre ellos.

Pero ¿quién se suponía que debía ser él en este mundo nuevo? ¿El hombre que siempre había sido? ¿El que había llegado a aceptar e incluso a apreciar?

¿O un hombre nuevo? Uno que trabajara para salvar su planeta y permitiera que la esperanza guiara sus acciones. Miró de nuevo al niño. Él nunca había querido tener hijos. Siempre le había parecido inútil y cruel traer un niño a este mundo sabiendo que cada generación estaba un paso más cerca de la extinción. Todo lo que haría sería regalar a su descendencia una vida más dura que la que él había tenido. Era como obligar a alguien a arder por arrojar un vaso de agua al infierno.

Pero ¿ahora? Tal vez sus hijos podrían vivir en un mundo en evolución. Podrían prosperar con la seguridad de que tenían opciones y que, algún día, incluso podrían encontrar una pareja y experimentar el amor. Tener un hijo no parecía tan inútil si lo veía de ese modo.

La conversación había cambiado mientras él estaba inmerso en sus pensamientos. Cuando se centró de nuevo en el grupo, miró a Rita y ella le dirigió una sonrisa triste.

Maxu asintió en silencio, se bebió el líquido del vaso y continuó en dirección a su pareja. ¿Querría ella tener hijos? Hasta que no hubiera un plan para aligerar su carga compartiéndola con la gente de la Tierra, Meg sentiría la misma presión por tener hijos que experimentaban las demás mujeres de este mundo. Él ni siquiera la conocía lo suficiente como para saber cuál sería su reacción.

Los tentáculos brillantes y cálidos de las anémonas que había por cada rincón de la pared alumbraban el espacio con una suave luz neón. Tan solo unos días antes, se sentía como el coral que dominaba la sala: fosilizado y desprovisto de todo su potencial. Pero ahora, sentía que se estaba descongelando. ¿Era por el instinto de emparejamiento o era él quien estaba cambiando?

¿Esta nueva manera de ver el mundo había emergido de la nada o había estado siempre ahí, oculta bajo capas de pesimismo?

La multitud se abrió ante él y estuvo a punto de chocar con un hombre adenelese que estaba parado. Ahí estaba ella: bella y deslumbrante. Sonreía, movía la mano y señalaba la masa de coral, admirándolo con ojos sorprendidos y fascinados. Maxu volvió a mirarlo y trató de verlo como ella lo hacía.

Se acercó, pero no se aproximó a ella. A pesar de lo que había sucedido entre ellos en la habitación, le había dicho que iba a guardar las distancias y eso era lo que pensaba hacer. Obligarla a que se acercara a él era más sencillo.

Ahora se abría ante él un mundo nuevo de cosas que empezaba a anhelar, pero, ¿y si ella no las quería también? ¿Y si seguía sin querer estar con él? ¿Y si nunca quería?

Capítulo 17

La música flotaba por la impresionante sala cilíndrica y calmaba el estrés de Meg. En muchas de las ciudades en las que había estado no ponían música en reuniones como esta, pues consideraban que distraía las conversaciones y la conexión entre las personas. Pero a ella le encantaba. Las melodías suaves y seductoras parecían creadas con una extraña mezcla de instrumentos de viento y cuerda.

Meg añoraba muy poco de la Tierra, pero últimamente había estado echando de menos la música cada vez más a menudo. Incluso había empezado a cantar cuando estaba sola. Cantaba en voz baja para que nadie la oyera, pues tenía una voz terrible, pero eso la hacía sentir más normal.

Los últimos días, las canciones que aparecían en su mente eran canciones de amor empalagosas, y sabía el motivo, aunque sus sentimientos eran más confusos que nunca.

—Creo que las entrevistas han ido muy bien hoy —repitió Kel, uno de las representantes de la reina. ¿Por qué estaba tan interesado en confirmarlo? Meg observó su expresión nerviosa mientras asentía con la cabeza al grupo de adeneleses que la rodeaban, como si esperara que ellos también asintieran.

La entrevista había sido un éxito. Meg y las demás humanas habían encontrado por fin el equilibrio y sabían qué respuestas eran las más útiles y cuáles no. También habían descubierto cómo incluir verdades más duras sobre cómo podrían reaccionar los humanos ante los extraterrestres, de forma que los presentes quedaran satisfechos y esperanzados.

—La descripción de Meg de las bouliras me parece especialmente interesante. ¿Podrías contarnos más, Meg? —Kel la miró con una expresión tan entusiasta que casi parecía aterrado.

Meg estuvo a punto de pasarle su bebida para que se calmara, pero no quería llamar la atención con respecto a su extraño comportamiento y avergonzarlo delante de este grupo de gente amable.

—Boleras —lo corrigió con una sonrisa educada. En la entrevista, le habían vuelto a preguntar cómo funcionaba el cortejo, y al explicar cómo podían ser las citas, enumeró varias actividades comunes, entre ellas los bolos. Nunca le habían preguntado acerca de cómo se jugaba a los bolos, pero el concepto de este juego pareció fascinar a los adeneleses—. En la bolera hay pistas y bolas pesadas. —Desvió la mirada a Daunet, que había detenido a dos hombres impacientes que había en la periferia del grupo de diez personas que la estaba acompañando.

No fue la apariencia de los hombres, sin embargo, lo que hizo sobresaltarse. En el fondo apoyado en la pared de un rincón tranquilo, sorbiendo el contenido de una bebida azul eléctrica mientras la miraba, estaba Maxu. Los suaves y brillantes tonos rosas, azules y naranjas de la anémona de la pared iluminaban un lado de su cara y proyectaban sombras en el otro.

Los hombres a los que había detenido Daunet se unieron al grupo y reemplazaron a los otros diez que habían estado allí antes. Debían ser importantes, pero Meg no podía concentrarse en nada, excepto en la expresión oscura y acalorada de Maxu.

Cuando Kel le preguntó algo que no oyó, Meg levantó un dedo.

—Lo siento, vuelvo en un momento. —Sonrió, asintió a la gente y se apartó del grupo.

Empezaron a sudarle las manos conforme se acercaba. Maxu estaba insoportablemente guapo

esta noche, con la piel bronceada por el sol. Su camiseta era de un estilo que había visto bastant
en los adeneleses: un largo pedazo de tela envuelto que cubría el pecho y los hombros de form
asimétrica, dejando al descubierto una parte de su pectoral derecho y ceñido a la cintura.

Meg se alisó los pliegues del vestido mientras se acercaba. Él no dejaba de mirarla y, cuand
a estaba a unos pocos pasos, por fin se apartó de la pared.

—Hola —fue todo lo que Meg pudo decir.

s —Hola —contestó él. Se miraron durante unos segundos incómodos.

s Meg quería hablar de lo que había pasado y preguntarle cómo se sentía al respecto. Tal ve
esaberlo ayudaría a que pusiera en orden sus pensamientos, pero ¿qué podía decirle? *Me aterr*
e*tener una relación con alguien porque aún estoy intentando averiguar quién soy y, si esto*
contigo, puedo perderme otra vez.

a —¿Qué haces aquí? —preguntó en cambio.

n Maxu miró a su alrededor y le dio un sorbo a su bebida.

. —Lo que me pediste. —Sus palabras sonaron un poco tensas, duras, tan diferentes a l
rternura con la que le había susurrado en la habitación. Su corazón se detuvo un momento.

—¿Quieres acompañarnos? —le preguntó, sin darle importancia a su tono. Señaló al grup
ede adeneleses y se quedó mirándolos un momento. Ellos la estaban observando mientra
acuchicheaban entre sí. Al parecer, los chismes existían en todos los planetas.

s Maxu miró a los tres hombres con el ceño fruncido. Tenía los ojos verdes fijos en ellos, per
Meg podía ver cómo funcionaba su mente, cómo apretaba y relajaba la mandíbula. Estab
lmolesto otra vez, enfadado y encerrado en sí mismo.

o —¿Está todo bien? —le preguntó tras armarse de valor—. La noche de ayer…

s —Es mejor que vuelvas con ellos antes de que tu cuidador caiga desplomado —l
interrumpió.

s —¿Cuidador?

Maxu se encaminó hacia el grupo, esperando que ella la siguiera sin mostrar interés. Me
asintió un pellizco en el corazón, pero esbozó una sonrisa y lo siguió, prometiéndose a sí mism
eque, una vez que terminara la fiesta, lo obligaría a sentarse con ella para mantener un
conversación de verdad.

a Fueron recibidos con sonrisas amplias y felicitaciones entusiastas por parte del hombre má
salto de los dos adeneleses, como si Maxu y ella hubieran anunciado su compromiso. Los do
arecién llegados les hicieron un gesto exagerado con la mano, la versión adenelesa de un saludo
yun apretón de manos. Meg les devolvió el gesto y Maxu hizo un gesto poco entusiasta con l
smuñeca antes de meter su mano en el bolsillo. Meg frunció el ceño. ¿Se lo estaba imaginando
estaba escondiendo la mano?

, —Hola, Meg. Que la suerte y las aguas calmadas estén con nosotros. Me llamo Galuvin —l
asaludó el hombre más alto, con el pelo rojo y rizado, patillas largas y ojos amables de colo
amelocotón. Señaló al otro hombre, que podría haber sido su gemelo, salvo por su menor estatur
y las pecas violetas que le cubrían cada centímetro de piel—. Y él es Abrin. Nos gustaría pedirt
sun favor.

n —Que la suerte y las aguas calmadas también estén conmigo —dijo ella, casi olvidando d
emplear el saludo preferido en su intento por ignorar la imponente presencia de Maxu. Estab
justo detrás de su hombro derecho, rígido como una estatua. No podía haberla distraído más n
aunque hubiera estado dando saltos.

o —Seguro que Meg estará encantada de ayudarles —respondió Kel por ella. Meg torció l

ecomisura de los labios, casi formando una mueca. Odiaba que la gente hiciera eso.

a Maxu se movió detrás de ella y ella se adelantó para no tenerlo a la espalda. Ya tenía bastant estrés en ese momento como para tener también la distracción de su calor corporal filtrándos opor su espalda.

—Formamos parte de un grupo de Adenelas que investiga la fertilidad y nos gustaría obtene algunas muestras de Meg antes de que se marche para ampliar nuestra investigación. —Abrin l tendió una pantalla con un texto que se movía—. A lo mejor alguien puede leerte esto. Son la zmuestras que queremos tomar y para qué las utilizaremos.

ı Estaba alzando su mano cuando Abrin le tendió la pantalla, no a ella, sino a Maxu. Meg baj ylla mano como si hubiera recibido una descarga eléctrica, con todo el cuerpo rígido. Se le form un nudo irracional en la tráquea.

Esta no era la misma situación que en la Tierra. No le habían dado a su versión clecaniana d esposo información médica porque no la menospreciaran. Lo habían hecho porque no esperaba aque alguien de un planeta de cuarta clase supiera leer su lengua. Era perfectamente lógico qu pensaran eso.

ɔ Sin embargo, saber esto no impidió que las lágrimas amenazaran con salir de sus ojos sRespiró por la nariz en un intento de controlar sus emociones para poder explicar que n necesitaba que le leyeran nada, sin que se su voz se quebrara.

ɔ Maxu le quitó a Abrin la pantalla de las manos y a Meg se le encogió el corazón un poc amás.

Pero entonces, sin dudarlo un segundo, Maxu le entregó a ella la pantalla, fulminando a lo dos hombres con una mirada helada.

a —Ella puede leerlo por sí misma.

Maxu le dirigió una rápida mirada cuando ella tomó la pantalla, pero Meg no podía aparta sus ojos de él.

g —Lo siento, no lo sabía —replicó Abrin.

a —Sí, yo… eh… —tartamudeó Meg, apartando la mirada de Maxu. Carraspeó. ¿Podían ve acómo su pulso latía en todo su cuerpo? Porque tenía la sensación de que estaba vibrando al ritm de su corazón—. Sé leer clecaniano.

s Tardó un momento en leer las listas de pruebas que querían hacerle y las muestras qu squerían tomarle, pero no porque tuviera problemas para descifrar las palabras.

ɔ Finalmente, se concentró en el contenido y pudo evaluar lo que estaban buscando. Parecí arazonable, un poco invasivo, tal vez, pero era por el bien del planeta. Podrían ser unas hora ɔfrustrantes respondiendo preguntas y siendo examinada, pero ¿cómo podía decir que no cuand la información podría resultar útil?

a —Me interesa saber lo que piensas —insistió Galuvin con tono amable.

r Meg iba a aceptar, pero entonces volvió a mirar a Maxu. La imagen de Jeremy ahí de pie y s asupuesta reacción en esa misma situación hicieron que se le revolviera el estómago. ¿Qué dirí esu pareja al respecto? En cualquier caso, era decisión de ella, pero sentía curiosidad por sabe cómo sería decidir con un compañero en lugar de que decidieran por ella.

e —¿A ti qué te parece? —le preguntó.

a Maxu le dirigió una mirada extraña, como si no supiera con quién estaba hablando.

i —Me gustaría saberlo —insistió, tendiéndole la pantalla.

Él la aceptó en silencio y leyó la información. Permaneció con la boca cerrada. Cuand aterminó, le devolvió la pantalla.

—No veo nada que pueda lastimarte. Creo que su forma de pedirlo ha sido irrespetuosa y que ecorrespondería que te ofrecieran una compensación por tu tiempo, como lo harían con cualquier eparticipante en un estudio médico. Pero, aparte de eso…

—¿Irrespetuosa? —preguntó Meg.

r Galuvin, Abrin y Kel asintieron.

e —Yo no he visto ninguna falta de respeto, Meg —afirmó Kel mirándola seriamente.

s Maxu soltó un gruñido ahogado.

—Claro que no. Estás usando esto como una oportunidad para saciar a las ciudades. No me ósorprendería que tú o la reina ofrecieran a las humanas para que hicieran pruebas y luego óhicieran un espectáculo sobre pedir permiso.

Meg se giró hacia Kel, cuyo rostro pálido estaba enrojeciendo por segundos.

e —¿Es verdad?

ı —Te han preguntado en el último momento con la esperanza de que te sientas presionada a eaceptar. ¿Por qué no te lo pidieron el día de tu llegada? Y en cuanto a este contrato… —continuó Maxu, dando un golpecito con el dedo en la pantalla y soltando una risotada—. Si pensaban que .no podía leerlo, ¿por qué no han traído un cristal de traducción? —Dirigió una mirada fría y pacusadora a Kel—. ¿Y por qué no sabes que puede leer clecaniano? ¿No deberías saber qué habilidades y conocimientos tienen las humanas con las que viajas? —Se cruzó de brazos y bajó ola mirada hacia Meg, acallando las palabras de todos—. Creo que lo que intentan hacer tiene su mérito, pero la forma en la que lo han abordado es irrespetuosa. Si decides hacer esto, puedes saceptar, pero no permitas que te presionen.

Meg miró a Maxu de verdad. Más allá de su ceño fruncido y nudillos amoratados, era un hombre posesivo y controlador, pero no como ella esperaba. Estaba de su lado. Bajó la mirada al rsuelo unos segundos tratando de procesar lo que debería hacer con la inexplicable certeza de que su pareja la apoyaría en su decisión. Una oleada de confianza hizo que alzara la barbilla hacia los investigadores.

r —¿Le han hecho esta misma propuesta a las demás humanas? —Les devolvió la pantalla.

o Galuvin miró a Kel por un segundo, y Meg supo que Maxu tenía razón. Tendría que lidiar con ese problema más tarde.

e —Vamos a hablar con ellas después.

Meg no sabía si sentirse ofendida o no. ¿Se habían acercado a ella primero creyendo que sería la más fácil de convencer? Maxu estaba de nuevo a sus espaldas y, antes de poder scontenerse, retrocedió un paso hacia él.

o —Lo haré, pero quiero que me garanticen que si le hacen esta propuesta a cualquier otra humana de mi grupo, le ofrecerán una pantalla de lectura y la misma compensación que obtendría cualquier otro voluntario.

ı Con un gruñido suave, los hombres aceptaron y le dirigieron un saludo menos entusiasta al amarcharse. Meg miró a Daunet y vio una sonrisa contenida en sus labios, así como su breve rmirada hacia Maxu. Meg la oyó telepáticamente decir: «ya te dije que era un buen hombre» como si Daunet se lo estuviera gritando al oído.

—Es mejor que invitemos a más grupos a hablar contigo antes de que te marches —dijo Kel entrechocando las manos como si no hubiera sucedido nada.

—Ya ha hablado con suficientes personas esta noche —gruñó Maxu, acercando a Meg hacia pél.

Ella colocó una mano sobre la de él y lo miró.

—No te preocupes, puedo conversar con algunos más.

Maxu enfocó su mirada en los dedos de Meg sobre los suyos y se quedó quieto por unos segundos cargados de tensión. Inclinó suavemente la cabeza como respuesta y luego dio un paso atrás.

Kel soltó un suspiro de alivio y retrocedió para reunir a otro grupo.

—Podrías haber pedido que te paguen —murmuró Maxu cuando Kel estaba fuera de su vista.

Meg se encogió de hombros.

—Podría. —Se apoyó en la barandilla que separaba la pasarela del enorme coral que emergía del centro del edificio—. Sinceramente, les debo eso. Todas las ciudades nos dan ropa, comida, alojamiento y nos organizan fiestas magníficas. He podido ver cosas increíbles como esta. —Señaló el fósil—. Me siento mal por no ofrecer muestras a todas las ciudades. Es lo menos que puedo hacer.

—Qué noble —gruñó Maxu, apoyando ambos codos en la barandilla.

Meg se rio.

—Lo dices como si fuera algo malo. ¿No es bueno para tu planeta hacer este tipo de cosas?

Maxu se bebió lo que le quedaba en el vaso y se lamió los labios, con la vista fija en el coral.

—No me interesa lo que es bueno para el planeta. Me interesa lo que es bueno para ti. —Cerró los ojos por un momento, como si se arrepintiera de haberlo dicho.

Como no la miraba, Meg sonrió a la distancia, lanzándole miradas cada pocos segundos mientras el silencio se extendía entre ellos.

—Es increíble, ¿eh? —Señaló el coral con la cabeza. El fósil era blanco y tenía patrones de estrellas, pero la luz de la anémona y la de la luna que entraba por arriba le daban un resplandor de otro mundo.

—No le veo el atractivo. —Maxu inclinó el vaso hacia el fósil—. No tiene ninguna utilidad. Hace millones de años, fue probablemente el hogar de incontables criaturas marinas, pero ¿ahora? Es solamente una roca.

—¿Qué no tiene utilidad? —gimió Meg—. Es precioso, pero más que eso, está cargado de significado. Esta gente construyó un santuario alrededor de esta roca. Es un tesoro compartido que los une. —Maxu permaneció inmóvil y ella chasqueó la lengua—. He leído que cada cinco años la ciudad entera se reúne para una festividad llamada la semana Zoalin. Traen un montón de plataformas de levitación y un sellador especial que fabrican con los huesos de todas las criaturas que han capturado durante ese tiempo. Después, cada ciudadano se cubre las manos y trabajan juntos para cubrir el fósil con esa pasta, para protegerlo. Los más jóvenes ponen sus huellas en la parte inferior para representar su rol como la nueva columna vertebral de la población, y los mayores colocan las suyas en la parte superior. —Meg sonrió y señaló la base del fósil—. Mira, se ven dónde están los pedazos gruesos y descuidados de los niños. —La sonrisa desapareció cuando vio que Maxu no estaba mirando el coral, sino a ella—. ¿Qué ocurre?

—Antes de acercarme a ti, estabas hablando con un hombre y su padre. Ellos describían el Zoa y su historia y no los has interrumpido. ¿Por qué no les dijiste que ya sabías sobre él?

Meg lo miró.

—¿Cómo has podido oír eso? Estabas muy lejos.

—El vínculo del emparejamiento ha cambiado muchas cosas en mí. —Se quedó mirando el vaso vacío—. ¿Por qué has dejado que divaguen sobre algo que ya sabías?

Meg se rio y sacudió la cabeza.

—No estaban divagando. ¿No has visto cómo se les iluminaban las caras al hablar? Solo

porque haya aprendido algo o leído un texto sobre ello no significa que lo conozca de verdad
sEscuchar a ese anciano intentar señalar dónde estaban las huellas de su hijo… —Buscó las
opalabras adecuadas—. Es como si me traspasara su amor y entusiasmo. —Volvió a sacudir la
cabeza. De repente, recordó su destartalado estante de libros en la Tierra, lleno de enciclopedias
ajadas de venta en bibliotecas y libros de tapa dura obsoletos que mostraban lugares a los que
.nunca podría viajar—. Te aseguro que puedes leer todo lo que hay que saber de un lugar, pero
nunca será lo mismo que experimentarlo por ti mismo.

a Con el ceño fruncido, pensativo, y la cabeza ligeramente ladeada, Maxu se quedó observando
,el fósil.

– —Si de verdad creyeras que las cosas muertas como esta no importan —comenzó Meg en
evoz baja—, no te habrías quedado con todos esos objetos para guardarlos en tu habitación. Para
cualquier otra persona, mi guante no sería más que basura.

Contuvo la respiración, a la espera de que absorbiera sus palabras. Un momento después, la
arruga entre las cejas de Maxu se suavizó y la miró. Se miraron el uno al otro, el aire vibrando a
su alrededor. *Di algo*, quiso gritarle.

Maxu abrió la boca y la cerró. Meg se inclinó hacia adelante.

– Llegó un grupo de adeneleses liderado por Kel y desvió la atención. Para cuando volvió a
mirarlo, la máscara de indiferencia de Maxu había regresado.

s Meg pasó el resto de la fiesta respondiendo a preguntas, hablando, compartiendo historias de
la Tierra y escuchando la historia de la ciudad. Se maravilló con sus visitantes por lo similares
eque eran a ella en algunas cosas y lo diferentes que eran en otras. Mientras tanto, Maxu
rpermaneció en silencio y firme a su lado. No quiso unirse a la conversación cuando ella lo
animó, pero lo vio sonriéndole en varias ocasiones, aunque luego apartaba la vista rápidamente.

. Al final, Rita, Camille y Tara se acercaron a ella, con sus guardias siguiéndolas unos pasos
omás atrás.

—Venimos a recogerte para ir a la consulta médica —explicó Tara.

e Meg le dio la espalda a las mujeres y apoyó una mano en el brazo de Maxu, quien la miró de
oinmediato. Tiró de él hasta que al fin se agachó, confundido.

o —Gracias por esta noche. De verdad, muchas gracias. —Le dio un beso en la mejilla y luego
ecaminó hacia sus amigas. Cuando miró atrás, Maxu seguía con el cuello agachado, quieto
smirándola. Con una mirada avergonzada por encima del hombro, aclaró su garganta y se
nenderezó, con un ligero rubor en sus mejillas.

a

s

,

ó

l

l

o

porque haya aprendido algo o leído un texto sobre ello no significa que lo conozca de verdad. Escuchar a ese anciano intentar señalar dónde estaban las huellas de su hijo… —Buscó las palabras adecuadas—. Es como si me traspasara su amor y entusiasmo. —Volvió a sacudir la cabeza. De repente, recordó su destartalado estante de libros en la Tierra, lleno de enciclopedias ajadas de venta en bibliotecas y libros de tapa dura obsoletos que mostraban lugares a los que nunca podría viajar—. Te aseguro que puedes leer todo lo que hay que saber de un lugar, pero nunca será lo mismo que experimentarlo por ti mismo.

Con el ceño fruncido, pensativo, y la cabeza ligeramente ladeada, Maxu se quedó observando el fósil.

—Si de verdad creyeras que las cosas muertas como esta no importan —comenzó Meg en voz baja—, no te habrías quedado con todos esos objetos para guardarlos en tu habitación. Para cualquier otra persona, mi guante no sería más que basura.

Contuvo la respiración, a la espera de que absorbiera sus palabras. Un momento después, la arruga entre las cejas de Maxu se suavizó y la miró. Se miraron el uno al otro, el aire vibrando a su alrededor. *Di algo*, quiso gritarle.

Maxu abrió la boca y la cerró. Meg se inclinó hacia adelante.

Llegó un grupo de adeneleses liderado por Kel y desvió la atención. Para cuando volvió a mirarlo, la máscara de indiferencia de Maxu había regresado.

Meg pasó el resto de la fiesta respondiendo a preguntas, hablando, compartiendo historias de la Tierra y escuchando la historia de la ciudad. Se maravilló con sus visitantes por lo similares que eran a ella en algunas cosas y lo diferentes que eran en otras. Mientras tanto, Maxu permaneció en silencio y firme a su lado. No quiso unirse a la conversación cuando ella lo animó, pero lo vio sonriéndole en varias ocasiones, aunque luego apartaba la vista rápidamente.

Al final, Rita, Camille y Tara se acercaron a ella, con sus guardias siguiéndolas unos pasos más atrás.

—Venimos a recogerte para ir a la consulta médica —explicó Tara.

Meg le dio la espalda a las mujeres y apoyó una mano en el brazo de Maxu, quien la miró de inmediato. Tiró de él hasta que al fin se agachó, confundido.

—Gracias por esta noche. De verdad, muchas gracias. —Le dio un beso en la mejilla y luego caminó hacia sus amigas. Cuando miró atrás, Maxu seguía con el cuello agachado, quieto, mirándola. Con una mirada avergonzada por encima del hombro, aclaró su garganta y se enderezó, con un ligero rubor en sus mejillas.

Capítulo 18

¿Dónde demonios está? Meg miró por la ventana del crucero, enfadada. Habían pasado dos días enteros. Habían llegado y salido de una ciudad y no había visto a Maxu ni una sola vez.

Comenzó a morderse el labio dolorido, pero se obligó a detenerse. Ya lo había mordisqueado lo suficiente como para que pareciera que se había pintado la mitad con labial rojo.

¿Qué había pasado? Pensaba que por fin empezaban a sentirse más a gusto el uno con el otro hasta el punto de pensar no solo podrían tener una relación cordial o puramente sexual, sino también una conexión seria. ¿Y ahora la ignoraba después de semanas persiguiéndola e imponiéndose en su vida? En serio, ¿qué demonios?

Le pareció verlo en un par de ocasiones, acechando detrás de la gente o desapareciendo por una esquina distante. ¿No sería su mente jugándole una mala pasada?

¿Estaba bien? ¿Estaba muerto? ¿No sabía hacia dónde irían a continuación?

Volvió a morderse el labio y bajó la mirada hacia sus pies mientras una voz cruel le susurraba en la cabeza: *¿y si he hecho algo mal? ¿He sido una sabelotodo?*

¿Había sido demasiado exagerada cuando se habían estado divirtiendo en su habitación?

«Ningún hombre quiere a una mujer que se comporta como una puta». Su madre había dicho esa frase para dejar claro su punto de vista en más de una ocasión. Se ruborizó por la vergüenza. ¿Había sido demasiado… entusiasta?

Apretó los puños. No tenía nada de qué avergonzarse, y si a Maxu le parecía poco atractiva su forma de expresarse, entonces no era el hombre adecuado para ella. Eso era todo.

Alguien soltó una carcajada y la sacó de su ensimismamiento. Daunet estaba sentada al otro lado del crucero con una mano en la boca y parecía sorprendida por el sonido que acababa de emitir. Meg intentó no dejar que sus celos la afectaran.

Hoy compartían el crucero con Tara y Gamso. Al principio, había sido muy complicado conseguir que Daunet hablara, pero al final, Tara y ella habían comenzado a hablar de un famoso artista escultor del que Meg nunca había oído hablar.

Las dos mujeres estaban ahora sentadas en el lado opuesto del crucero, conversando. En la cara de Tara había una sonrisa mientras Daunet intentaba, sin éxito, reprimir otra.

Meg observó las arrugas suaves que aparecían alrededor de los ojos de Daunet, acentuadas por su radiante sonrisa. No recordaba haberlas visto así antes.

Qué egoísta era. Sus amigas prácticamente flotaban de la alegría y todo cuanto podía hacer era mirarlas con amargura. ¿Cómo había llegado a esta situación? Una semana antes estaba decidida a no comprometerse con ningún hombre, especialmente no con uno como Maxu. Ahora mantener una expresión neutral al pensar en él requería de toda su fuerza.

Con un solo orgasmo, me convierto en gelatina. Qué patética.

Eso sí, tenía que reconocer que había sido estupendo. Nunca habría imaginado que disfrutaría estar con las muñecas atadas, pero, maldita sea, lo había hecho. Había algo liberador en ceder el control de esa manera.

—¿Te sientes diferente? —Gamso, que había permanecido en silencio la mayor parte del viaje, la estaba mirando.

—¿Disculpa? —preguntó.

—Por estar separada de él. Me he dado cuenta de que ha estado ausente algunos días y pareces molesta. Solo me preguntaba si sientes algo fuera de lo normal, por lo del vínculo de emparejamiento.

Meg suspiró. Gamso tenía expresión curiosa, esperanzada.

—Nada diferente a la molestia que podría sentir al verlo irse sin decir una palabra.

—Oh. —Bajó la cabeza y se desinfló delante de sus ojos, provocándole un sentimiento de culpa.

—Creo que estoy más enfadada con él de lo que lo estaría si fuera un tipo cualquiera que desapareciese por un par de días. —Era una suposición arriesgada, pero no del todo falsa.

Gamso sonrió.

—Maravilloso.

—Simplemente no puedo entenderlo. No sé lo que quiere. Primero me persigue, me pone los nervios de punta e invade mi espacio personal, y luego, cuando quiero estar con él, desaparece —Alzó las manos con la mirada fija en la pared del crucero.

—A mí me parece que está asustado —murmuró Gamso con una sonrisa triste.

—¿Asustado? —Meg tuvo que contener una carcajada. No se imaginaba nada que pudiera asustar a Maxu.

—Los hombres de nuestro planeta se han acostumbrado al rechazo, pero nunca nos volvemos del todo inmunes a él. Nos pasamos la vida entera siendo juzgados. ¿Son nuestras notas lo bastante buenas? ¿Tenemos unos rasgos lo bastante agradables? ¿Seremos buenos padres? Nuestro lugar en este mundo no es tan complicado como el de la mujer, pero es duro. —Esquivó su mirada—. Eso tiene un precio.

Meg se miró los pies. Maxu no lo demostraba todo el tiempo, pero estaba segura de de haber visto algunos puntos de vulnerabilidad tras sus ojos en varias ocasiones. ¿Tenía Gamso razón? ¿Tenía Maxu miedo al rechazo?

Qué pareja formaban. Meg temía tener una relación controladora y distante y eso había hecho que las evitara por completo. Y Maxu temía el rechazo, lo que lo había empujado a ser frío y controlador para ocultar sus inseguridades. Sin embargo, Meg empezaba a ver quién era en realidad.

—¿Cómo lo manejas, Gamso? —¿Qué le habrá tocado vivir a Maxu? ¿Qué tienen que enfrentar todos los hombres de este planeta cada día?

—Aprendes a esperar el rechazo, pero ignorando el sentimiento de fracaso. —Se encogió de hombros, soltó una risita vacía y añadió—: A algunos hombres no les importa. Disfrutan del desafío de estar a la altura de las circunstancias, de ser los mejores. Pero algunos se oponen a ello. Maxu se negaba a participar en las ceremonias matrimoniales. Ciertos años, incumplía la ley para librarse de ellas. —Gamso se irguió y reposó la cabeza en el asiento—. A veces me gustaría sentirme así. Vivimos en un planeta solitario. Maxu se enfrentaba así a la situación para no formar parte de ella, para aislarse aún más. No me puedo ni imaginar lo mucho que puede destrozar a un hombre que su pareja también lo rechace. Duele que una mujer no te escoja para el matrimonio, pero ¿cómo puedes afrontar que tu pareja predestinada te considere también insuficiente?

Meg sintió como si una mano le apretara el corazón. No solía escuchar a la gente quejarse de las costumbres de este planeta ni de los problemas debido al desequilibrio de géneros. Se le rompió el corazón por todos ellos. ¿Eso era lo que Maxu estaba viviendo ahora?

No se sentía culpable por cómo había reaccionado al enterarse de que tenía una pareja. Su libertad, sus objetivos… La forma en que Maxu se había acercado a ella le había hecho pensar que todo eso podría desaparecer en cualquier momento.

Ahora entendía que él era más que el tipo indiferente y temperamental que presentaba al mundo. Cada vez que interactuaban, Maxu iba minando sus miedos poco a poco. Necesitaba descubrir cómo deshacerse de los de él.

—Gracias, Gamso —dijo—. Lo que has dicho ha sido de gran ayuda. Es maravilloso conocer a un hombre tan introspectivo. Las mujeres terrícolas van a adorarte.

Meg sonrió cuando él levantó sus cejas, sorprendido. Gamso esbozó una sonrisa y se quedó mirando el suelo con aire soñador.

No se sentía culpable por cómo había reaccionado al enterarse de que tenía una pareja. Su libertad, sus objetivos… La forma en que Maxu se había acercado a ella le había hecho pensar que todo eso podría desaparecer en cualquier momento.

Ahora entendía que él era más que el tipo indiferente y temperamental que presentaba al mundo. Cada vez que interactuaban, Maxu iba minando sus miedos poco a poco. Necesitaba descubrir cómo deshacerse de los de él.

—Gracias, Gamso —dijo—. Lo que has dicho ha sido de gran ayuda. Es maravilloso conocer a un hombre tan introspectivo. Las mujeres terrícolas van a adorarte.

Meg sonrió cuando él levantó sus cejas, sorprendido. Gamso esbozó una sonrisa y se quedó mirando el suelo con aire soñador.

Capítulo 19

Alacera apareció ante los ojos de Meg y se quedó sin aliento. Su pecho siguió expandido mientras levantaba su cabeza cada vez más para admirar el resplandeciente palacio donde las habían invitado a alojarse.

Rodeada por una frondosa selva tropical, la ciudad de Alacera estaba construida sobre una tierra atravesada por cientos de vías fluviales, como una Venecia más exuberante. Estas vías fluviales, sin embargo, estaban alimentadas por cascadas imponentes que caían desde acantilados con forma de media luna, formando un impresionante telón de fondo para el palacio.

El magnífico edificio descansaba en la base de la arqueada cordillera y estaba rodeado por un foso natural formado por el agua que caía de arriba. El vapor que se alzaba en el aire desde la poderosa caída de agua creaba una neblina brillante salpicada de arcoíris de rocío, a través de los cuales se podían ver las torres de lapislázuli y los tejados con forma de lágrima del palacio.

A los cruceros no les estaba permitido aterrizar dentro de los muros de la ciudad, por lo que el grupo había abordado botes que ahora flotaban en dirección al palacio por barrios tranquilos y jardines bien cuidados. Meg estudió la forma compleja en que las plantas habían sido moldeadas para crear gloriosos templos coronados de flores y sonrió cuando vio un sapo de color verde lima con alas amarillas y esponjosas revolotear entre las flores.

A pesar del asombro, una punzada de tristeza la carcomía. ¿Qué diría Maxu de esa criatura? ¿Enarcaría una ceja con ironía y se quejaría sobre el control de plagas de aquí o alguna tontería similar? La idea casi le dibujó una sonrisa en la cara. Casi.

El brillo iridiscente de unas alas grandes reflejó la luz del sol y atrajo su atención. La gente de Alacera tenía alas de colores diferentes y Meg quedó fascinada por el material similar a celofán que bañaba el entorno con una luz de colores brillantes, como el sol atravesando un vitral.

Había muchas razas aladas en Clecania, pero, en opinión de Meg, no había ninguna otra tan deslumbrante como la de Alacera. Eran hadas míticas que habían cobrado vida. Incluso los fuertes soldados que habían acudido para escoltarlos al palacio tenían unas alas largas y elegantes que resplandecían. Uno de ellos seguía mirando al grupo y agitando sus alas para atraer la atención. Meg tenía que admitir que parecían un poco más vibrantes que las de los demás. A lo mejor las cuidaba con el famoso aceite Alacera, extraído de las nueces ibsi que crecían en las grandes enredaderas detrás de las cascadas.

Llegaron a unas escaleras de piedra y bajaron del bote remolcando sus maletas flotantes, las que habían aumentado en número conforme compraban recuerdos. Si Meg quería comprar algo en Alacera, tendría que hacerlo hoy.

Tenían suerte de visitar la ciudad durante su festividad más importante. Meg estaba muy emocionada, pero eso significaba que las tiendas estarían cerradas los próximos días.

Una mujer escultural se acercó a ellos sosteniendo un bastón con incrustaciones de gemas. Estaba vestida con un traje cuyo material parecía más hojas brillantes que tela. Era la reina.

Por un momento, Meg se sorprendió de ver a la mujer sola. ¿No viajaba toda la realeza con un pequeño grupo de soldados a todas horas? Sin embargo, su confusión desapareció cuando

apareció un animal enorme y se detuvo al lado de la reina.

—¿Es eso un maldito oso león? —siseó Lucy.

Camille fue la primera en superar la conmoción.

—Es un casican —comentó—. Son el producto de miles de años de domesticación. Son mascotas comunes aquí.

El casican era enorme, más grande que un oso adulto e igual de redondo y peludo. Tenía un color marrón claro con las puntas del pelaje de tono menta y una esponjosa melena rosada alrededor del cuello que le bajaba por el lomo.

A la derecha de la reina apareció un cachorro de casican que soltó una serie de chillidos y resoplidos mientras inspeccionaba a los recién llegados. Cuando llegó hasta Meg, intentó alzarse sobre las patas traseras y olfatear una flor que tenía estampada en los pantalones, pero se tropezó con sus patitas, se cayó e intentó meterse una pata en la boca.

—¿Intentas impresionarnos, bonito? —El cachorro se detuvo al escuchar las palabras de Camille y corrió hacia ella. Su sonrisa era contagiosa mientras se inclinaba para examinar a la criatura.

—Mis disculpas —interrumpió la reina con una voz melódica—. Mafapi es un recién nacido. Debe haberse separado de su madre.

Mafapi casi se derritió bajo los dedos de Camille, que le estaba rascando la oreja redondeada. El casican soltó un gemido lastimero y cerró los ojos. Con una última y reacia palmadita Camille se levantó.

—Bienvenidos. Soy Rhal, la reina de Alacera. —Extendió las alas, proyectando tonos azules rosas y verdes sobre la pasarela de piedra e inclinó la cabeza—. Quería ser yo la primera en saludarlos, pero solo puedo quedarme un momento. Como bien saben, el Stigalthi Marin comienza mañana y tengo que supervisar los preparativos.

El traductor de Meg chapurreó la traducción más aproximada que había para Stigalthi Marin: «El vaciado y el llenado».

—Me temo que hoy será un día ajetreado para su grupo. Hemos organizado una recepción para esta noche, pero durante los próximos días de su estancia, pueden celebrar con nosotros en lugar de asistir a entrevistas, y siempre y cuando respeten nuestras tradiciones.

—Me siento muy agradecida —exclamó Rita—. Suena como a unas vacaciones preciosas y curativas.

—Lo son —afirmó la reina Rhal y bajó las alas.

La mujer les explicó un poco en qué consistía la festividad mientras las conducía a sus habitaciones en el palacio. Mientras caminaban, también les hizo preguntas casuales sobre el número de humanas que había en Tremanta, si eran felices allí y si les impedían marcharse.

Mafapi corrió junto a ellos. Corría a cuatro patas hacia cada soldado y les daba empujoncitos con el morro. A menudo se distraía con una planta del camino de piedra lacado. Devoraba todas las flores que se encontraba y después regresaba con las humanas con una sonrisa de orgullo exhibiendo sus dientes manchados con las flores.

No fue hasta que se escuchó un gruñido cortante, que no podía ser confundido con nada más que la exhalación molesta de una madre enfadada, que Mafapi bajó las orejas. Un casican adulto gruñó a su cachorro desde detrás de una puerta llena de enredaderas.

Mafapi miró a las humanas con los ojos violetas tristes y después se dirigió hacia su madre. Con un chasquido, la reina Rhal usó su larga y elegante cola para coger al cachorro por su estómago y lo dejó sobre el lomo de su madre. Mafapi se estiró, ya medio dormida, mientras su

madre se alejaba.

Con una sonrisa amable, la reina Rhal se despidió del grupo y los soldados restantes los guiaron el resto del trayecto.

—Nuestros alojamientos están allá arriba. —Daunet señaló una columna que se dividía en tres torres cerca de la parte superior como un tenedor con techos de mosaico relucientes y enredaderas exuberantes de las que goteaba rocío recogido de la niebla en el aire.

—Madre mía, ya estoy empapada —se quejó a medias Camille, despegándose la tela que se le pegaba al vientre.

—Con razón no usan telas —comentó Tara y se pasó una mano por el pelo hasta tenerlo peelegantemente peinado hacia atrás.

Sophia giró en círculo con las manos levantadas.

—Me encanta. Me recuerda a cuando mi hermana y yo hicimos un viaje a las Cataratas de Niágara.

—Esto va a ser cansador rápidamente —gruñó Lucy, con el pelo ya encrespado.

Llegaron a la base de la torre, pero antes de acceder a la escalera en espiral que las llevaría a sus habitaciones individuales, Daunet y los demás guardias comentaron su horario para el resto de la visita.

—Voy a tener que orinar cada cinco minutos, lo sé. —Tara cruzó un pie sobre el otro, mirando las torres con impaciencia.

Había acueductos y canaletas en cada techo, arco y pasarela para asegurar que estaba rodeado de los sonidos tranquilizantes del borboteo del agua donde ibas.

Lucy suspiró, con la mirada fija en un arco en particular que tenía ensartadas cuentas de cristal tintado que brillaban bajo el sol.

—Dios, ese sería un buen sitio para una foto.

Según las frecuentes quejas de Lucy, que a los clecanianos no les gustara mucho la fotografía la mataba. En la Tierra, se dedicaba a perfeccionar publicaciones en las redes sociales y a vender sus servicios a empresas para ayudarlas a hacer lo mismo.

Heleax y Lucy habían discutido varias veces sobre el tema, y Heleax seguía argumentando que para apreciar de verdad un lugar, tenías que visitarlo; si habías visto cien fotos de antemano y la alegría y el asombro eran menores.

Lucy opinaba lo contrario: ver fotos de personas solo servía para aumentar el entusiasmo, de modo que cuando por fin ibas a un lugar, podías sorprenderte porque era mucho mejor de lo que habías pensado.

Meg coincidía con Lucy en esto. Tal vez viajar era más accesible en este planeta, pero en la Tierra, todo lo que Meg conocía del mundo era gracias a las fotografías.

Cuando organizaron los puestos de vigilancia, escanearon a las mujeres para que pudieran acceder a sus habitaciones. Meg pidió que añadieran su huella a la habitación de su pareja por si acaso volvía a aparecer. Recordar que Maxu se había marchado o que la estaba evitando le rompió el corazón y le agrió de nuevo el humor, pero cuando entró en la espaciosa habitación que le habían asignado, no pudo reprimir una sonrisa.

Había acueductos que rodeaban las torres de su estancia y desembocaban en estanques en los balcones de la habitación. A medida que se llenaban los estanques, el agua se derramaba por el borde, creando una pequeña cascada. Se alegró al ver que un delgado chorro de agua caía desde el balcón de arriba en su propio estanque, salpicando gotas de agua sobre el jardín que había plantado alrededor del estanque. Unas flores tropicales brotaban de cada centímetro cuadrado de

tierra. La brisa suave movía los pétalos y llenaba el dormitorio de una fragancia dulce.

En lugar de un colchón elevado, un rincón entero de la habitación estaba cubierto de pétalos sedosos y musgo. Se dejó caer sobre la suave ropa de cama e imaginó que estaba recostada en un jardín de hadas. Miró los cientos de pequeñas burbujas de luz alimentadas por energía solar que flotaban en el techo.

Tenía los mismos orbes en su habitación de Tremanta, ya que era el estilo de iluminación preferido de muchas ciudades, pero aquí las pequeñas bolas de cristal formaban un diseño en espiral por el techo. Algunas brillaban con intensidad, mientras que otras titilaban. La luz pulsante le recordó a las luciérnagas de principios del verano en Indiana.

Este lugar era hermoso, mágico. No podía dejar de pensar en que era el lugar perfecto para pasar tiempo con alguien a quien amabas. Le había gustado flirtear, socializar y explorar ella sola, pero ahora que estaba a solas en su dormitorio una vez más, deseaba compartir la experiencia con alguien y disfrutar del precioso entorno. Imaginaba recostarse, tomada de la mano de alguien, y escuchar el suave chapoteo del agua.

Se acordó de la visión rígida de Maxu sobre el coral fosilizado y se preguntó si diría lo mismo de esta habitación. Sonrió.

—Es un desperdicio de agua —gruñó haciendo una pobre imitación de su voz. Era una broma cruel que el mero hecho de pensar en él le hiciera torcer los labios.

Mientras se preparaba para la fiesta, puso en orden todas sus emociones, dejando de lado los sentimientos de dolor, miedo y resistencias que nublaban todo lo demás. En las últimas tres semanas, había pasado de aborrecer la idea de tener a Maxu como pareja a entusiasmarse con la idea y pasarse el día soñando despierta con él.

Despacio, pero segura, Meg estaban descubriendo quién era ella en realidad y qué era lo que quería. En su anterior matrimonio, había retrocedido y cedido con mucha frecuencia. Era más seguro así, más fácil. Siempre había tenido demasiado miedo de contratacar, y tal vez si hubiera sido más sincera con su familia y con Jeremy, las cosas habrían sido diferentes. Probablemente habría sido un desastre, pero habría sido honesta. En lugar de ello, había estado lamentándose por demasiado tiempo. Ya no más.

La próxima vez que viera a Maxu estaría preparada. Mantendría su guardia alta y las expectativas bajas, y si no lograban hacer que la relación funcionara, no sería culpa suya. Estaba segura.

Cuando las otras humanas y ella llegaron, la fiesta estaba en su máximo esplendor. La gente de Alacera estaba reunida en un hermoso espacio hundido donde serpenteaban arroyos en el suelo y unos inmensos árboles floridos resplandecían por el rocío. La luz de colores de las alas alaceranas, mezcladas con la neblina del aire y la tranquila agua azul que corría, le confería al espacio abierto la sensación de una pintura de acuarelas impresionista de un mundo de fantasía hecho realidad. Unos enormes casicanes también merodeaban por la fiesta, acurrucados al lado de sus dueños o arrastrando a sus cachorros con los dientes cuando eran muy revoltosos.

La mayoría del grupo ya se había acostumbrado a la humedad constante del lugar. Ese no era el caso de Lucy, Nirato y Heleax, que permanecían juntos y se quejaban entre ellos, mientras el resto del grupo estaba demasiado feliz como para compadecerse.

La ropa que llevaba Meg era preciosa y la fiesta era maravillosa, pero lo que más le gustaba eran las alas artificiales que habían pegado a la parte trasera de su vestido. Meg y Daunet vieron un rayo de luz que se filtraba por la niebla e hicieron turnos para poner sus alas bajo él para poder admirarlas.

Un tono verde delicado que había visto en su mente cada vez que cerraba los ojos llamó su atención cuando le presentaron varias opciones de atuendo. Su corpiño y falda de color vidrio marino combinaban muy bien con los tonos rosas y morados de sus alas. Sonrió al ver la explosión de colores en la pasarela de piedra cuando la luz pasaba a través de sus alas, antes de obligar a Daunet a que hiciera lo mismo con las suyas.

Daunet se quedó inmóvil mientras Meg aplaudía al admirar los cálidos tonos amarillos y naranjas de las alas de su guardia.

—Está aquí.

Meg detuvo las manos delante del pecho y se quedó sin aliento.

En cierto modo, sabía que había estado cerca todo este tiempo, oculto entre las sombras, pero esta noche se iba a dejar ver.

Sin interés alguno en sutilezas o en hacerse la dura, Meg se volvió y examinó a la multitud hasta que lo localizó. Aunque seguía un poco enfadada porque hubiera desaparecido, no pudo evitar sonreír. Él no llevaba alas. Su traje era insulso comparado con las explosiones naturales de hojas, pétalos y gasas del resto de los asistentes. Sin embargo, seguía siendo la persona más impresionante de la sala.

Y tenía el ceño fruncido.

No era una mueca de enfado, o al menos no de enfado con ella. La expresión parecía más bien de frustración. Dio un paso hacia él y notó como su cuerpo se ponía rígido. Meg se detuvo. Entonces, ella también frunció el ceño, se enderezó y volvió a avanzar.

Pasó entre personas alegres y rodeó a casicanes dormidos que roncaban perezosamente, pero cuando llegó al punto donde él había estado, Maxu había desaparecido.

La invadió la exasperación, aunque intentó olvidarla cuando dos hombres etéreos y altos comenzaron a hablar con ella. Le preguntaron por la Tierra y las cosas típicas de allí. Se esforzó por concentrarse, pero una parte de ella quería extender sus manos para tocar los brazos de ellos, reír alto con sus bromas y mirarlos por demasiado tiempo. Quería hacer cualquier cosa para que su pareja saliera de la penumbra y así ver alguna prueba de que seguía importándole.

Sin embargo, no sería justo con estos hombres, ya que no le sorprendería que su pareja se materializara y estuviera dispuesto a hacerles daño. No le gustaba imaginarlo tan celoso, pero una parte de ella quería que sufriera tanto como ella había sufrido en los últimos días y se entusiasmaba ante la idea de que mostrara un poco de esa posesividad que había creído despreciar.

Llegó la hora dorada, luego aparecieron las lunas y mientras los alaceranos un poco ebrios bebían el resto de sus bebidas y abandonaban la fiesta, Meg todavía no lo había encontrado.

Daunet y ella regresaron en silencio, perdidas en sus propios pensamientos. Meg corría el riesgo de sufrir un desgarro muscular en el cuello después de haberlo estado estirando toda la noche en busca de Maxu, así que desvió la atención a Daunet. Por primera vez esa noche, vio tensión alrededor de su boca y la permanente arruga entre sus cejas.

Sintió un nudo en la garganta por la culpa. Su amiga estaba preocupada y ella ni siquiera se había dado cuenta. ¿Había pasado algo con Tara?

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó en voz baja.

Daunet exhaló un suspiro hondo.

—No. —La tensión pareció incrementar en el ambiente a su alrededor, y Meg supo que diría algo más incluso de que abriera la boca—. Tara se ha pasado toda la noche hablando con una mujer.

Fira. Meg recordó lo bien que habían congeniado cuando la mujer las había ayudado a escoger la ropa y pegarles las alas. Sus alas de celofán color rojo manzana combinaban con su pelo fiero y complementaban a la perfección su piel bronceada. Se había mostrado amable y sincera. Había hablado con las humanas como si fueran viejas amigas sobre el estrés de su trabajo y lo emocionada que estaba por las fiestas.

—Las he oído hablar de todos los paisajes naturales que Tara puede explorar mañana. Fira se ha ofrecido a acompañarla —añadió Daunet en voz baja y con tono de derrota.

Meg hizo una mueca.

—¿Y te molesta que puedan pasar tiempo juntas? Puede que no sea nada romántico. —Pasó un brazo por el de Daunet, entrelazando sus codos.

Su guardia levantó la cabeza y miró la neblina que distorsionaba las estrellas y las hacía titilar más de lo normal.

—No tengo derecho a estar molesta —susurró—. He tratado de ocultar mis sentimientos como he hecho toda mi vida, pero ahora entiendo que puedo perder mi oportunidad si me sigo negándome la posibilidad de comunicarle mis deseos a Tara.

Meg se sorprendió cuando Daunet volvió a mirar el suelo y vio humedad en sus ojos. Las mujeres clecanianas no mostraban sus emociones así. Habían aprendido a no hacerlo. Los hombres asistían a la escuela de esposos para aprender a complacer a sus esposas y criar hijos mientras que las mujeres iban a su propia escuela para aprender a no sentir, y si sentían, a no mostrarlo públicamente. Meg nunca había visto a Daunet así. La estrechó un poco más fuerte.

El susurro de Daunet fue todavía más bajo, apenas audible con el sonido del agua que las rodeaba.

—Creo que puedo sentirla en mi interior. Es como si pudiera reconocerla si me esforzara.

—Eso es increíble, ¿no? Pensaba que dirías que era un regalo de la diosa.

—Pero ¿y si no es verdad? Si albergo demasiadas esperanzas… ¿y si me sincero y no pasa nada? —preguntó—. Llevo demasiado tiempo enterrando estos sentimientos. —Hizo una mueca y le dirigió una mirada de culpa a Meg—. Nunca te lo he contado, pero me fijé en Tara desde hace mucho tiempo, cuando la trajeron al templo. Sé más de ella de lo que es sano admitir. Siempre he tenido la esperanza de reconocerla, y cuando me enteré de que iba a participar en esta gira…

—Espera, ¿por eso insististe tanto en ser mi guardia en la gira? —Meg se rio y chasqueó la lengua.

Daunet le ofreció una sonrisa triste como respuesta.

—Espero que no te ofenda si te digo que sí.

—Te dije que no seguiría presionándote, Daunet, pero ¿quieres un consejo sincero?

—No. —Daunet sonrió al ver la expresión de sorpresa de Meg—. Ahora no. No creo que pueda aceptarlo ahora mismo —añadió, dándole una palmadita en la mano—. Acompáñame en mi miseria. Eso me ayuda.

Meg se rio entre dientes, pero hizo justo eso. Pasearon por los pasillos serpenteantes y cruzaron pequeños puentes y altos arcos de piedra, unidas en silencio por sus confusas vidas amorosas.

Capítulo 20

Maxu miró a su pareja mientras se retiraba de la fiesta. Tenía la cabeza hecha un desastre y su confianza empañada. Había pasado las dos últimas noches despierto pensando en Meg y en cómo había aceptado participar en las pruebas en Adenelas sin que le pagaran, incluso después de cómo la habían tratado los dos científicos. Verla tan dispuesta a ayudar a Clecania, un planeta a que no le debía nada, a pesar de lo que ella había dicho, le había hecho considerar la opción de devolver los objetos humanos que había robado. Dudaba que los investigadores pudieran aprender algo más de ellos, pero ¿y si lo hacían?

Se estaba ablandando, y eso lo estaba volviéndo loco hasta el punto en el que no era capaz de confiar en sí mismo cuando estaba con ella. La deseaba desesperadamente, pero había demasiado en juego. Solo recordaba una vez en la que había sentido esta codicia desgarradora.

Cuando era un niño, su padre lo llevó a él y a sus hermanos a una reserva natural cerca de Tremanta. Él caminaba aburrido detrás de su familia, mientras su hermano mayor, Luka, no paraba de hablar de las diferentes especies animales que vivían en el bosque. Entonces, se fijó en la flor más gloriosa que había visto nunca.

La flor blanca brotaba del musgo negro y esponjoso y resplandecía bajo un rayo de sol que se colaba entre los árboles. Sus delicados pétalos estaban salpicados de fucsia y el olor que desprendía era más dulce que el de un caramelo. Su familia continuó sin darse cuenta de que él se había quedado embelesado mirándola.

Fue la primera vez que deseó desesperadamente que algo fuera suyo, solo suyo. La cogió, a pesar de que se encontraban en una reserva natural y no estaba permitido. La escondió en la mochila todo el camino a casa y luego se escabulló a su dormitorio para colocarla en un vaso de agua.

La ocultó en su cuarto para contemplar sus pétalos aterciopelados, disfrutando el hecho de poseer algo más bonito y preciado que ninguno de sus hermanos, y que nadie más pudiera siquiera verla. Pero con el tiempo, el agua se enturbió, los pétalos blancos se arrugaron y se volvieron amarillos, y el dulce olor se tornó amargo.

Asustado, intentó plantarla afuera, en el bosque detrás de su casa. Fue a verla cada día, y aún recordaba la tristeza que sintió cuando la flor terminó marchitándose por completo.

Maxu siguió a Meg, observándola desde las sombras lo como había hecho los últimos dos días. Su furia cobró fuerza hasta convertirse en ira al ver lo preciosa que estaba, lo inalcanzable e intocable que era, con su vestido verde claro y las alas rosas que brillaban a la luz de la luna. Quería llevársela, esconderla y conservar egoístamente su brillo y calor para él, pero sabía que no podía. En su lugar, se limitaba a mirarla enfurecido desde la distancia. Al menos, si solo la miraba, no podía hacer daño.

Parpadeó, con la vista fija en ella, preguntándose por enésima vez por qué había elegido ese vestido. Apretó el puño cuando Meg desapareció en la torre. *Persíguela.*

Se aferró a un pedazo de piedra que llevaba en el bolsillo y una oleada de culpa lo mantuvo en ese lugar. En ese momento no lo había pensado, cuando simplemente arrancó un pequeño trozo del coral de Adenelas. Su forma apasionada de hablar sobre el fósil… si él no podía posee

esa pasión, al menos se llevaría un de algo que a ella le encantara.

Esperaba que le aportara cierto alivio, pero la piedra áspera tan solo le recordaba su tendencia a tomar más de lo que debería, sin pensar en el daño que podía causar. Necesitaba recordarlo cada vez que sus pies lo llevaban en dirección a ella sin su consentimiento.

Mantuvo la vista fija en su balcón y esperó a que se encendiera la luz. Hizo girar la piedra más rápido entre sus dedos al ver que no lo hacía. De pronto, un zumbido en el brazo lo paralizó. El corazón le retumbaba en los oídos. Era su alarma.

Ella no lo haría; no después de la última vez, ¿o estaba equivocado?

Levantó su intercomunicador para mirar lo que ocurría, y se quedó sin aliento. Sintió como su pene comenzaba a llenarse de sangre. Meg estaba allí, con las muñecas y el cuello atrapados contra la pared de su habitación. Pero esta vez no parecía enfadada, parecía triunfante.

La piedra se convirtió en polvo cuando apretó el puño. Esta mujer iba a ser su perdición. Por una vez en su vida, estaba haciendo algo noble, lo correcto al mantenerse alejado de ella, pero no podía soportar más.

Enseñó rápidamente las credenciales de su habitación a los guardias que estaban en la entrada. Aunque los peldaños de la escalera se activaron y empezaron a ascender, los subió de dos en dos de todos modos.

Tomó un par de bocanadas de aire mientras esperaba junto a la puerta, pero no consiguió calmarse. Tenía que liberarla y echarla antes de hacer algo que pudiera lamentar. Se pasó una mano por la cara y se armó de valor.

Meg se sobresaltó al verlo entrar, abriendo los ojos de par en par. La mirada de Maxu se detuvo un momento en sus senos. Observando como su pecho subía y bajaba, como si estuviera intentando controlar su respiración. Las esposas habían atravesado las alas al pegarse de forma magnética a la pared. Unos delicados trozos de tela colgaban de sus muñecas. La imagen le ayudó a controlar los impulsos que invadían los rincones oscuros de su mente hasta su pene.

Levantó el intercomunicador para desactivar las descargas eléctricas del collar.

—¿Qué haces aquí? —Su voz sonó ronca, con la mirada fija en la abertura del vestido que le recorría el muslo. Se acercó un paso, incapaz de contenerse.

El condenado rubor de sus mejillas apareció de nuevo cuando la miró a los ojos. Todavía no había descubierto hasta dónde llegaría el rubor que descendía por su cuerpo. Se le hizo agua la boca. Ni siquiera había visto el aspecto que tenían sus pezones. Podía mirarlos ahora si quería. Ella no podría detenerlo.

—Quería hablar contigo. ¿Dónde has estado?

—¿Te has encadenado a mi pared para hablar conmigo? —Soltó una carcajada y se acercó otro paso. Había una costura en el lado derecho de su corpiño que sería bastante fácil de rasgar.

Meg tragó saliva, pareciendo reunir el valor. Maxu siguió la arruga de obstinación que apareció entre sus cejas.

—Nunca has hablado conmigo con tanta honestidad como cuando estaba encadenada a tu pared, así que estuve pensando… —Se lamió los labios—. Creo que, tal vez, verme vulnerable te ayuda a hablar conmigo. Si eso es lo que tengo que hacer para conseguirlo… —Se encogió de hombros—. *Quid pro quo.*

—Un favor por un favor, ¿eh? —repitió la frase que su traductor le murmuró al oído. Esto era peligroso. Ella no entendía en qué punto se encontraba su mente en ese momento.

Tenía unos pétalos grandes de flores verdes pegados en el corpiño y una falda de gasa a juego le rodeaba la cintura. El material era casi transparente, los hilos delicados eran los más

refinados que había visto. Las gotas de agua del ambiente se aferraban a los hilos entrecruzados como lo harían en una telaraña.

—¿Y si no estás dispuesta a darme los favores que quiero? —El calor brotó tras sus ojos. Empezaba a comprender que esa era la señal de que sus iris se estaban oscureciendo.

Desvió la atención a su cuello delicado cuando tragó saliva.

—No me habría dejado encadenar a tu pared si no estuviera preparada para ello —murmuró sonrojándose, pero con una mirada decidida.

Una risa oscura brotó de él. Meg pensaba que él era otra persona. Tal vez debería mostrarle quién era. Asustarla un poco para que no volviera a hacer nada como esto.

Podía ver su pulso latiendo en el cuello mientras pasaba el dorso de los dedos por la curva de su cintura. Un poco de polvo blanco en su mano captó su atención. Esto no iba a acabar bien.

—Vas a volver a tu habitación y hablaremos en otro momento. —Levantó el intercomunicador, con el pulgar preparado para presionar el botón para soltarla.

—Estoy casada —exclamó.

refinados que había visto. Las gotas de agua del ambiente se aferraban a los hilos entrecruzados como lo harían en una telaraña.

—¿Y si no estás dispuesta a darme los favores que quiero? —El calor brotó tras sus ojos. Empezaba a comprender que esa era la señal de que sus iris se estaban oscureciendo.

Desvió la atención a su cuello delicado cuando tragó saliva.

—No me habría dejado encadenar a tu pared si no estuviera preparada para ello —murmuró, sonrojándose, pero con una mirada decidida.

Una risa oscura brotó de él. Meg pensaba que él era otra persona. Tal vez debería mostrarle quién era. Asustarla un poco para que no volviera a hacer nada como esto.

Podía ver su pulso latiendo en el cuello mientras pasaba el dorso de los dedos por la curva de su cintura. Un poco de polvo blanco en su mano captó su atención. Esto no iba a acabar bien.

—Vas a volver a tu habitación y hablaremos en otro momento. —Levantó el intercomunicador, con el pulgar preparado para presionar el botón para soltarla.

—Estoy casada —exclamó.

Capítulo 21

Sentía su corazón latiéndole en los oídos mientras aguardaba la respuesta de Maxu. Sabía que la había escuchado. ¿Cómo no iba hacerlo? En cuanto las palabras habían salido de su boca, el cuerpo de Maxu se había paralizado. Seguía con la mirada fija en los controles de las esposas pero no la había soltado. El miedo invadió su vientre. ¿Y si lo había interpretado mal? ¿Y si se había encadenado aquí y lo había enfadado?

—En la Tierra —continuó—. Técnicamente, sigo casada.

Maxu levantó de golpe la cabeza, sus rasgos empañados de algo helado y fiero, aunque no sabía si era rabia exactamente.

—Escúchame, Meg —gruñó—. Tú no tienes marido. No estás casada, y a menos que quieras que encuentren a ese hombre hecho trizas, no volverás a decir una palabra al respecto.

—Solo quiero que lo entiendas. —El sudor se acumuló bajo el metal de sus muñecas—. Ya no lo considero mi marido. Han pasado más de nueve meses desde que me secuestraron de la Tierra. No teníamos un matrimonio feliz, pero creo que es posible que tú y yo sí lo tengamos… —miró la muñeca que tenía inmovilizada por el rabillo del ojo—. Esto es… poco convencional pero empiezo a creer que hemos llegado a estar juntos por un motivo.

La tensión que irradiaba del cuerpo de Maxu en el silencio pesado que recayó sobre ellos se sentía como un golpe. ¿Acababa de sincerarse para nada?

Se sobresaltó cuando de pronto él se giró y le dio la espalda. Se llevó una mano al pelo y posó la otra sobre su cadera. Se apartó y se detuvo con la mirada fija en la cortina de agua que caía del techo.

Meg se mordió el labio cuando él se metió la mano en el bolsillo y sacó el intercomunicador. La tensión de las esposas desapareció y se le formó un nudo en la garganta. *No debería habérselo dicho. Qué estúpida he sido.*

—Siento haberte molestado. Me voy. —Esperó a que las esposas cayeran de sus muñecas pero no lo hicieron. ¿Debía marcharse con ellas puestas? Maxu estaba muy quieto y emanaba una energía oscura que absorbía toda la luz tenue de la habitación.

—Ven aquí. —Su orden profunda y firme flotó hasta ella y la hizo estremecerse, porque definitivamente, era una orden.

Estiró el cuello para mirar la puerta. Podía marcharse, pero no había venido para eso.

Maxu se volvió despacio y su mirada negra encendió un fuego bajo su piel. Se pasó la lengua por los dientes, al igual que un león impaciente esperando a que su presa se acercara.

Sé valiente, se susurró Meg a sí misma. Le sostuvo la mirada y dio un paso hacia él, después otro y luego otro. El aire frío que le lamía la piel chisporroteaba con electricidad a medida que se acercaba hasta estar justo delante de él, casi vibrando.

Su cuello permaneció recto cuando la miró desde arriba.

—¿No te consideras casada con ese… humano? —preguntó.

Meg sacudió la cabeza.

Él asintió con dureza, como si la recompensara por responder a una pregunta retórica.

—No. Porque ahora eres mía, ¿correcto?

Meg apretó los labios. Sabía que eran solo palabras; una afirmación. Era posiblemente algo que él necesitaba oír, pero fue incapaz de decirlo.

El lado derecho de la boca de Maxu se curvó en una mueca peligrosa y sacudió la cabeza.

—¿Quieres ser vulnerable conmigo, vahpti? ¿Un favor por un favor?

Meg separó los labios para hablar, pero el aire permaneció atrapado en sus pulmones. Asintió.

Maxu soltó un gruñido suave.

—De rodillas.

Libro una batalla interna por unos segundos, pero se agachó despacio, hasta que tuvo que elevantar su cabeza para mirarlo. Tras una pausa embarazosa, Maxu sonrió con descaro y lujuria presumiendo. No sabía cuál era el trauma responsable, pero su entrepierna empezó a palpitar a ver sus poderosos muslos y hombros cernirse sobre ella.

—¿Por qué me has estado evitando? —le preguntó.

La tela de los pantalones de Maxu crujió cuando se agachó delante de ella. Le sujetó la barbilla con el pulgar y el índice y le subió la cabeza.

—Creo que necesito verte un poco más vulnerable antes de poder responder a eso. —Deslizó los nudillos por su mandíbula, siguiéndolos con mirada hambrienta y dejándole la piel de gallina a su paso. Bajó el índice entre sus senos y tiró del corpiño—. ¿Y si te quito esto?

Meg enarcó una ceja en señal de desafío.

—Está bien.

Maxu le sostuvo la mirada un momento, como si le estuviera ofreciendo la oportunidad de cambiar de opinión. Al ver que ella guardaba silencio, movió el dedo por el borde redondeado de la tela debajo del pecho, hasta detenerse en la costura del costado por donde la prenda estaba sujeta.

Meg se había imaginado que le arrancaría los pétalos. Un movimiento limpio, fácil, rápido pero lo que hizo fue mucho peor. Giró las palmas de las manos sobre su caja torácica y buscó los alfileres y cierres ocultos que sujetaban las hojas. El chasquido de los cierres al abrirse resonó en el espacio tranquilo. Meg experimentó una descarga de calor en su interior con cada tirón firme de sus dedos, hasta sentir que la parte interna de sus muslos estaba húmeda y caliente.

Le había desabrochado el traje por completo, pero aún no se lo había quitado cuando sus fosas nasales se dilataron al mirar su entrepierna. El negro de los ojos pareció oscurecerse más. Meg se estremeció cuando lo vio lamerse los labios, como si pudiera ver más allá de la tela que la cubría.

—¿No estás usando ropa interior, mi pequeña humana? Eso es muy peligroso.

Meg sabía que esto pasaría. Lo supo en el momento en el que se quitó las bragas gruesas que atapaban parte de su olor, las dejó tiradas en su habitación y entró en la de él.

—No me das miedo, Maxu. —Notó cómo una ola de tranquilidad calmaba la intensidad del momento cuando comprendió lo verdadera que era su afirmación. Quería verlo así, enérgico rudo y oscuro. No obstante, aunque tenía el pulso acelerado y estaba de rodillas frente a un hombre que claramente intentaba intimidarla, confiaba en él.

Maxu contrajo la mandíbula.

—¿De verdad? —Le rodeó las muñecas con las manos y las bajó a la fuerza al suelo de piedra. Sonó un zumbido que indicaba que las había dejado ahí retenidas. Maxu esperó su respuesta.

Meg levantó la cabeza y esbozó la sonrisa más amplia que pudo.

—¿Puedes oler que esté asustada?

La invadió el orgullo cuando su mirada fría titubeó y tragó saliva.

—¿Por qué me has estado evitando? —preguntó de nuevo.

Maxu le quitó los pétalos que le cubrían el torso. El aire frío le rozó la piel y sus pezones se endurecieron de inmediato. Cualquier vergüenza que pudiera haber sentido disminuyó con el ronroneo que reverberó en su garganta mientras trazaba con el pulgar su caja torácica y la curva de su pecho.

—No estoy acostumbrado a dar explicaciones a nadie. —Antes de que ella pudiera responder, su mano áspera acarició uno de sus senos y Meg gimió—. Pero tú no eres una persona cualquiera, ¿no es verdad?

Incapaz de contenerse, apretó las piernas para aliviar parte de la presión.

—No —murmuró.

—Ábrelas —le exigió, señalando con un dedo entre sus muslos apretados. Lo hizo.

Con las muñecas todavía sujetas al suelo, sus senos se mecieron entre sus bíceps, a la vez que sus rodillas se abrían aún más y apoyaba el trasero sobre sus talones. Él murmuró alguna ómaldición que no logró entender, lo que la hizo ruborizarse, pero no de vergüenza, sino de aconfianza en sí misma.

Maxu se arrodilló y hundió la cara en el hueco de su cuello. Se inclinó hacia delante hasta que le rozó el vientre con la mano encallecida. Se estremeció de nuevo cuando le pasó un dedo por la cadera. Ahuecó la mano en torno a su coño, presionando con la firmeza suficiente para eprovocar chispas dentro de ella. Meg jadeó y soltó un suave gemido cuando su pareja deslizó el egrueso dedo índice entre su entrada y lo introdujo en su canal húmedo.

—Estás húmeda por mí, cielo. —El gruñido que exhaló en su cuello era cálido—. Supongo que ahora te debo una respuesta.

—Por favor. —Meg parpadeó y trató de concentrarse, a pesar del nudo apretado en su svientre.

Maxu levantó la cabeza de su hombro y la miró a la cara al hablar, mientras frotaba la palma econtra ella con una presión regular y deliciosa, moviendo al mismo tiempo el dedo en su interior.

—Siento que he cambiado por ti. —Sus ojos observaron la expresión de ella, que respiraba sprofunda y regularmente—. Tienes una parte de mí que nunca podré recuperar y que te pertenece, y lo único que quiero es tener también una parte de ti. Pero no soy capaz de eentenderte.

Meg cerró los ojos al escuchar sus palabras. Por fin estaba hablando con ella. Lo único que había tenido que hacer era aceptar que la mandara, la atara y la follara con sus manos hábiles.

Deslizó otro dedo en su interior y la acarició con suavidad, aunque hizo que le temblaran las piernas. Le tomó la cara con la otra mano y la obligó a mirarlo de nuevo. Tenía las cejas lhundidas y la observaba con su mirada negra, como si tratara de resolver un acertijo.

—No sé cómo conquistarte —gruñó, frustrado—. Escuché lo que dijiste ayer en la entrevista n—Dejó de mover los dedos dentro de ella, pero siguió masajeándola con la mano, manteniéndola al borde del clímax, pero sin dejar que llegara al orgasmo—. ¿Qué buscas en una relación, Meg? Repite lo que dijiste ayer.

Ella se lamió los labios, aunque tenía las mejillas un poco aplastadas por sus dedos. El día anterior en Pesquen, se había sentido desgarrada. Estaba confundida porque no sabía por qué extrañaba a un hombre al que tenía que despreciar. Cuando uno de los ciudadanos le preguntó qué buscaba en una relación, vaciló. En las demás ocasiones, había pronunciado su discurso

ensayado sobre querer encontrar a un hombre que la tratara como a una diosa, pero en ese instante, esa respuesta practicada le pareció muy superficial.

Miles de recuerdos pasaron por su mente en el minuto que tardó en responder. Pensó en Jeremy, en sus padres, en su matrimonio, en lo que ellos querían para ella y lo que ella deseaba para sí misma. Recordó estar tumbada en su cama fría, debatirse sobre si debía o no levantarse preguntándose si a alguien le importaría que lo hiciera.

Entonces pensó en Maxu y le sobrevino una respuesta. Una respuesta real.

—Quiero a alguien con quien pueda crecer; alguien que me haga ser una mejor persona.

—No sé cómo lo haces, pero creo que tú me haces ser una mejor persona. —Las arrugas tensas de la boca de Maxu se suavizaron—. Ver el mundo a través de tus ojos lo vuelve más brillante de lo que solía ser. He estado evitándote porque… yo no soy capaz de hacer lo mismo.

Meg no se había dado cuenta de que su mano se había movido y ahora descansaba en su cintura, acariciándole el tórax con el pulgar. Trató de calmar la presión que sentía en la garganta para poder explicarse.

—Sí lo haces —susurró—. Me estás demostrando que puedo decir lo que pienso, discutir pelear y también ser desagradable.

—Te refieres a discutir conmigo. —Se rio sin gracia.

—Sí —admitió con facilidad—. ¿Te agrado, Maxu? ¿Como persona?

La calidez que iluminó su rostro de inmediato le provocó una explosión de mariposas en el estómago.

—Sabes que sí, vahpti.

—Pero te he mordido, te he gritado y he huido de ti. —Soltó una risita—. ¡Hasta te he disparado! —Maxu no pareció inmutarse al recordarle su horrible comportamiento, así que continuó hablando—. Durante toda mi vida he tenido demasiado miedo a ser yo misma. Me impusieron una determinada personalidad y, si no encajaba en ese molde, no era merecedora de amor. Pero contigo… incluso cuando me comporto de manera insoportable y cometo errores… nunca me has hecho sentir inferior. Me haces sentir segura, como si pudiera equivocarme y no me abandonarías o juzgarías por ello. No creo que te des cuenta de lo liberador que es eso. Nunca lo había experimentado antes. —Meg hizo una mueca triste y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Quiero que tú te sientas igual cuando estás conmigo. No quiero que te escondas de mí.

La sonrisa que se dibujó en su rostro la derritió por dentro. Había visto muecas, sonrisas burlonas y muestras arrogantes de sus dientes, pero nunca algo tan vulnerable. Un ronroneo reverberó en su pecho mientras Maxu rozaba sus labios con los de ella, sus manos aún sujetándole la mandíbula. Su beso fue lento y calmado. Meg suspiró cuando deslizó su lengua contra la suya. Maxu respondió con un gruñido.

—Creo que me gustas más cuando eres insoportable —musitó él, pasando el pulgar por su labio inferior.

—Qué bien. —Sonrió, levantando la cara lo más que pudo, con las manos todavía apoyadas en el suelo—. Porque me gusta provocarte.

Maxu se inclinó sobre ella de nuevo y sus labios fueron un poco más exigentes que unos segundos antes. Con un gemido, Meg movió las manos. Él sonrió en su boca y volvió a lamerle la lengua. Movió una mano hacia una esposa, la soltó, y después hizo lo mismo con la otra. Meg se abalanzó sobre él, le rodeó el cuello con los brazos y presionó su cuerpo desnudo contra el suyo, aún vestido.

Sine embargo, Maxu no se cayó. La agarró, le rodeó la cintura con sus brazos fornidos sujetándola por sus nalgas. Se movió para quedar sentado en el suelo, con las rodillas ligeramente dobladas y Meg sentada sobre su regazo. Enredó los dedos en su cabello y, con un tirón firme, inclinó su cabeza hacia atrás hasta arquearle la espalda y tener sus senos perfectamente accesibles.

La dejó así y se quedó mirándola. Entonces su lengua caliente aterrizó en un pezón. ¿Cómo sabía cómo retorcer, chupar y morder para dejarla sin aliento? Era injusto. Le agarró a ciegas la mano libre, pues con la otra seguía sujetándole el pelo, y guio sus dedos hasta el collar en su garganta, instándolo en silencio a que se lo quitara.

Cuando lo hizo, Meg lo agarró con una mano antes de que pudiera tirarlo a algún lado. Maxu se apartó del pezón, ahora oscuro y duro por sus atenciones sin restricciones.

Miró el collar que tenía en la mano.

—¿Meg?

—Recuéstate —le dijo ella, mordiéndose el labio e instándolo a que se reclinara con una mano en su hombro, aunque era como empujar una pared.

—No lo creo, vahpti. —Trató de quitarle el collar pero falló. Meg estaba segura de que podría habérselo quitado si hubiera querido de verdad, pero se distrajo con el movimiento de sus senos cuando alzó el collar por encima de su cabeza lo más que pudo.

Maxu gimió y hundió su boca en el tejido suave debajo del pezón. Meg sintió un enorme placer y estuvo a punto de dejar caer el collar cuando Maxu apretó los dedos e sus caderas y le frotó el sexo con el pene cubierto por los pantalones.

Intentó evitar que la lujuria la nublara por completo e inclinó el cuerpo hacia delante para que él se reclinara. Maxu gruñó en su piel y le mordisqueó el cuello mientras la pegaba a su cuerpo pero al final se tumbó, atrayéndola con él.

Meg intentó ponerle el collar en el cuello, pero él la detuvo con una mano en la muñeca. Gruñó una advertencia y la miró con una expresión adorablemente seria.

—¿Por qué?

—Porque quiero probar cosas nuevas —susurró ella, depositando unos besos suaves en sus labios firmes hasta que se suavizaron—. Confía en mí.

Maxu inspiró tan hondo que el cuerpo de ella ascendió, y entonces le soltó la muñeca. Esperó con la mandíbula tensa y mirada desconfiada.

Meg soltó una risita y le colocó el collar en el cuello. No iba a pasar nada si él no estaba de acuerdo, y ambos lo sabían, pero Maxu no hizo nada para ayudarla.

—Por favor —le pidió.

Una ligera sonrisa le curvó los labios y le dirigió una mirada hambrienta.

—Suplica.

Con una sonrisa, Meg se agachó por debajo de su mandíbula y lamió los músculos firmes de su cuello antes de darle un beso.

—Oh, por favor, por favor, por favor, mi hermoso y fuerte hombre. —Le besó la oreja y deslizando la lengua alrededor de la cavidad. Estuvo a punto de gritar de placer cuando él se estremeció.

Maxu gruñó algo que no logró oír y luego levantó la mano hacia el collar.

—De acuerdo, pero cuando hayas acabado con esto, te follaré como yo quiera.

Meg levantó de golpe la cabeza y esbozó una sonrisa lenta. Sintió palpitaciones en su entrepierna al escuchar sus palabras.

—Trato hecho.

—Trato hecho.

Capítulo 22

El collar de Maxu se pegó al suelo al unirse magnéticamente al metal que había adentro. Miró a Meg cuando se puso de rodillas, aún a horcajadas sobre sus caderas. No le gustaba estar inmovilizado, pero la pura excitación que iluminaba sus rasgos y relajaba sus piernas fue suficiente para hacer que se callara y enfrentara lo que ella tenía planeado para él.

Eso y la promesa de que podría tomar el control cuando ella se hubiera divertido. ¿En qué posición iba a ponerla? Tal vez de rodillas y con el trasero levantado. Maxu se lamió los labios.

El pelo oscuro de Meg le rozaba la barbilla cuando se acercó para desvestirlo. Maxu intentó mostrarse molesto, pero el suave roce de las yemas de sus dedos en su piel desnuda cuando le abrió la túnica le aceleró el corazón de inmediato.

Con sus ojos abiertos de par en par, su garganta chocó contra el metal del collar cuando intentó levantar la cabeza para mirar cómo de deslizaba hacia atrás por su cuerpo y se arrodillaba entre sus muslos. Aunque Meg tenía los ojos azules cargados de lujuria, vio en ellos cierta ansiedad. Sus manos temblaban mientras desataba el nudo que le sujetaba los pantalones.

Meg frunció el ceño con determinación y Maxu permaneció en silencio. El rubor le iluminó la piel y bajó por su pecho. El color se hizo más oscuro cuando le desabrochó los pantalones y su miembro quedó libre.

La sorpresa en su mirada, arrodillada y desnuda frente a él, casi fue suficiente para que se arrancara el collar. Sin embargo, la curiosidad lo retuvo.

—Tócame, vahpti.

Una sonrisa tímida apareció en su cara y se mordió el labio. El pene se le sacudió al verla. Pensó que lo tomaría entre sus manos y que lo acariciaría tal vez, pero el aire se le congeló en los pulmones cuando ella se inclinó hacia adelante y colocó sus manos suaves sobre el suelo en busca de estabilidad. No podía estar pensando en…

Sacó la lengua y le lamió la punta del pene. Maxu gimió hacia el techo por la sensación. Jadeó, cerró los ojos para controlarse y se preparó al sentir su boca tocándolo de nuevo. Este no era un placer normal. Las mujeres clecanianas no solían hacer esto. El sexo estaba enfocado sobre todo, en su disfrute, ya que el hombre encontraría alivio de todos modos.

Se pasó las manos por la cara y la miró como pudo mientras el collar lo mantenía retenido en el suelo. La sonrisa que iluminaba la cara de Meg era señal de que le había gustado su reacción.

—¿Lo estás disfrutando? —gruñó, pero no pudo reprimir una sonrisa. Meg estaba muy orgullosa de sí misma, y percibió el olor de su excitación con más intensidad.

Meg volvió a inclinarse, pero esta vez le envolvió la base del pene con la mano. Maxu siseó apretando los muslos y los puños.

—No tanto como a ti. —Tenía la boca muy cerca de él, y las palabras susurradas exhalaron aire caliente en su piel sensible, haciendo que se estremeciera.

Su pequeña lengua rosada le lamió la parte inferior del pene, desde la raíz hasta la punta, y Maxu puso los ojos en blanco.

—Ayúdame, diosa —murmuró para sus adentros. Tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no mover las caderas cuando ella colocó su boca en la cabeza y bajó todo lo que

pudo. No era capaz de apartar la mirada.

Gimiendo como si acabara de ascender otra montaña, observó, embelesado, cómo Meg lo chupaba hacia arriba, dejando un camino húmedo en las partes donde había estado su boca. Quería quitarse el collar para poder sentarse y ver mejor cómo ella lo satisfacía con su boca seductora, pero le había pedido que se quedara quieto y, en ese momento, estaba seguro de que le daría cualquier cosa que le pidiera.

Ahora ella deslizaba su boca sobre él, aumentando la velocidad y haciendo que sus testículos se contrajeran con el semen ansioso por ser liberado. Maxu pegó las palmas de las manos al suelo, luego apretó los puños y después volvió a relajar sus manos. Necesitaba algo a lo que aferrarse, así que metió los dedos por el hueco que quedaba entre el collar y su cuello y apretó el émetal.

Sus abdominales se tensaron cuando ella le pasó las uñas por el vientre.

—Ya casi estoy, preciosa. —Su exclamación era mitad advertencia, mitad gruñido.

Meg se sentó y lo soltó con un ruido sordo. El dolor de su miembro era ahora un latido. Estaba cerca, muy cerca.

—Ahora te toca a ti. —Meg sonrió.

***

Una clase de poder salvaje recorría las capas de músculo del imponente cuerpo de Maxu, pero bajo la superficie se produjo una quietud repentina. Meg sintió cierto nerviosismo lo que la llevó a sujetarse las rodillas.

Él se quedó inmóvil, aferrando el collar con tanta fuerza que podía ver el metal doblado bajo sus manos. Estaba tumbado delante de ella, su enorme pecho estaba surcado de músculos, tenía los gruesos muslos tensos, y su miembro rígido brillando. Lo único que ella quería en aquel momento era subir encima de él y comprobar cuan difícil sería deslizar la longitud de su erección dentro de ella.

—¿Estás segura? —preguntó con voz ronca y entrecortada. Meg pensó en lo que le habría costado preguntarle de nuevo y el calor le invadió el pecho.

Ella asintió.

Con un chirrido en lugar de un clic, se quitó el collar del cuello y se puso de rodillas, en cuatro patas. Ella lo quedó mirando fijamente, la excitación líquida humedeciendo sus muslos y provocándole chispas en las venas al ver cómo sus ojos volvían a oscurecerse lentamente.

Tuvo la leve necesidad de salir corriendo, no por miedo, sino porque parecía que él quería que lo hiciera. La desafiaba con su mirada oscura y voraz. Despacio, Meg se puso de pie. Él imitó sus movimientos, pero los suyos parecían mucho más pesados que los de ella, cada músculo estirándose con firmeza mientras se ponía de pie.

Meg se apartó un paso. Maxu sonrió y se puso a ronronear. Ella también sonrió y retrocedió otro paso. Sus pulgares rozaron las puntas de sus dedos, y se agachó un poco.

Sin saber exactamente adónde huir, Meg se volvió. En menos de un segundo, la rodeó por la cintura, se la echó al hombro y se dirigió a la zona hundida de la extraña cama.

Maxu se puso de rodillas, la bajó de su hombro y le separó los muslos. Sus manos apretaron la suave curva de su bajo vientre mientras introducía su pulgar en su abertura, moviéndolo hacia arriba hasta deslizarlo con firmeza sobre su clítoris, ya húmedo por su excitación. La presión era muy concentrada y Meg se retorció.

Despacio, Maxu bajó sobre sus codos y exhaló su aliento cálido sobre la piel de sus muslos mientras se movía. A pesar de todo lo que acababa de suceder, el calor tiñó de color rojo las mejillas de Meg. La dirección de la mirada de Maxu, por no mencionar el descenso de su boca era innegable.

Meg se quedó sin aliento. Esto solo lo había experimentado en un par de ocasiones en su vida, y ambas habían sido por insistencia suya. Ninguna de las dos había sido buena. Un momento de duda enfrió su lujuria. A los hombres no les solía gustar esto. Empezó a cerrar los muslos y el gruñido de Maxu resonó en la habitación cuando la golpeó allí para que no lo hiciera. Meg soltó un pequeño gemido por el ardor repentino del golpe.

La boca de Maxu descendió sobre ella y todas sus dudas se disiparon. Enterró su lengua en su sexo más de lo que creía posible. Se detuvo y Meg contuvo la respiración, a la espera de comprobar si se apartaba o ponía cara rara. Nada podría haberla preparado para el ronroneo que retumbó desde su pecho hasta su lengua y después hasta su entrada.

Un chillido, vergonzoso por su volumen, resonó en la habitación. Se dejó caer sobre la curva inclinada de la cama y cedió cuando sus piernas se separaron aún más. Todo su cuerpo se sacudía y sus senos temblaban mientras él introducía un dedo dentro de ella y deslizaba la parte gruesa y plana de la lengua sobre su clítoris.

La parte superior de sus anchos hombros chocó con la parte posterior de sus muslos cuando intentó acercarse más y unos gruñidos entrecortados se mezclaron con el ronroneo. Le apretó un seno con una mano y le pellizcó el pezón. Meg frotó el clítoris contra su boca al ritmo de sus intensos lametones y no pudo contener las palabras que borbotearon de su garganta.

—Sí, Maxu. Por favor… eso me gusta mucho… —De su pecho brotó un grito cuando su gruñido de respuesta la llevó al límite.

Maxu permaneció en su sitio, deslizando los dedos por su abertura y lamiéndole con suavidad el clítoris hasta que el balanceo ausente de sus caderas cesó. Luego levantó la cabeza mientras su mirada salvaje miraba su piel sudada y sus muslos separados.

Meg gimió débilmente cuando lo vio lamerse los labios, deleitándose como si estuviera saboreando los restos de un postre, y luego se lamió los dedos que había enterrado dentro de ella.

De pronto, las brazas de su vientre volvieron a encenderse. Sin decir una palabra, Maxu la colocó bocabajo y le alzó las caderas hasta dejarla de rodillas. La electricidad chisporroteó por toda su piel ante la forma autoritaria con la que metió un muslo entre los suyos y le separó las rodillas. Le agarró la nalgas con sus manos grandes.

—Estaba en lo cierto —dijo con voz ronca—. Te sonrojas por todas partes.

Meg miró por encima del hombro y empezó a respirar con dificultad. El pecho amplio de su pareja subía y bajaba rápidamente, y sus abdominales firmes se contraían con cada exhalación. A juego con sus ojos negros, unos mechones despeinados de su cabello oscuro le caían por la frente. El calor latía en lo más profundo de su ser ante el insaciable escrutinio que Maxu le estaba dedicando a su cuerpo.

Sus manos la sujetaron por la cintura y la cabeza gruesa de su pene le presionó la entrada. La mantuvo en su lugar, aunque su sexo temblaba por la sensación de la punta del pene abriéndose paso. Mirándola fijamente, le acarició suavemente la curva de la espalda. Meg intentó mover las caderas para hundirlo más profundamente, pero él la sujetó por la parte baja de su espalda para detenerla.

—Por favor, Maxu —suplicó. Esto era una tortura.

—¿Estás preparada para que tu pareja te penetre, vahpti? —Enfatizó la pregunta entrando un

spoco más en ella y gruñó al oír sus gemidos.

s La penetró centímetro a centímetro. Meg hundió la cara en las almohadas e intentó ignorar e ,ligero dolor que acompañaba al glorioso estiramiento. Cuando la penetró por completo, apoyó e pecho húmedo sobre su espalda.

ı —Mierda, Meg. —Deslizó una mano entre sus muslos y le rodeó los hombros con la otra ıAcercó la boca a su oreja—. Tienes un coño increíble. Caliente y apretado; delicioso.

s Meg se pavoneó estirando la espalda contra su pecho como un gato satisfecho. Arqueó e .cuello hacia su boca, deleitándose con sus palabras indecentes.

Maxu movió sus dedos con movimientos circulares alrededor de su clítoris, aplicando l ıcantidad perfecta de presión para hacerla gemir. Comenzó a moverse dentro de ella, entrando y esaliendo, despacio al principio, pero ganando velocidad con cada uno de los gemidos ahogado eque escapaban de la boca de Meg. Sus potentes muslos la golpeaban en la parte posterior de la piernas, obligándola a moverse hacia adelante, hasta que cayó sobre su vientre, mientras lo ahábiles dedos de Maxu todavía se movían en ella, a pesar de que su mano había quedad aatrapada entre la cama y sus caderas.

y Le separó aún más las piernas con las rodillas mientras la embestía. El latido de su corazó resonaba por todo su cuerpo y emergió de su vulva como un pulso profundo que se volvía más y ómás caliente cada vez que él enterraba el pene en su interior.

ı Pesado y mojado por el sudor y la humedad cálida del ambiente, su pecho la aplastab smientras le rodeaba los hombros con el brazo para mantenerla allí. Nunca antes había experimentado nada que se pareciera a esto. No solo la electricidad alucinante del clímax, qu ıaumentaba incluso ahora, sino la conexión que sentía con él. Aún cuando la embestía por detrás logra hacerla sentir que atesoraba el momento.

ı En su mente, el sexo siempre había sido depravado o puro, vergonzoso o virtuoso; no alg aintermedio. Pero esto era ambos. Era sucio, tierno, duro y atento, todo a la vez. Meg exhalab unos «sí, sí» ahogados con cada una de las embestidas de Maxu.

a La boca de Maxu presionaba su sien, con su nariz enterrada en su pelo, mientras inspiraba a .tiempo que soltaba un sonoro ronroneo. El corazón de Mego dio un vuelco cuando la vibració adel sonido se expandió desde su pene hasta las paredes de su vagina.

r Los «sí, sí» habían cesado. Se había quedado sin aire en los pulmones mientras esperaba qu sel punto álgido del orgasmo la invadiera.

—Está bien, vahpti. Déjate ir. Confía en mí. —Sus palabras susurradas intensamente contr su piel fueron más de lo que pudo soportar y alcanzó el orgasmo. Gritó con la cabeza nublad ıpor la falta de oxígeno.

A Un gruñido orgulloso y feroz se volvió más fuerte mientras sus embestidas eran má aprofundas y erráticas. Meg seguía temblando por la intensidad del clímax y las poderosas cadera ade Maxu tan solo alargaron sus gritos hasta que cayó sobre ella, chocando su antebrazo con la clavículas de ella y rugiendo en la habitación vacía.

a Meg estaba demasiado acalorada y demasiado sensible para sentir su semen en su interio epero sí sintió cosquilleo cuando comenzó a gotear en sus piernas. Los labios de Maxu recorría ssu hombro con besos entre su respiración entrecortada. Seguía dentro de ella, pero se movió y aalzó el torso para poder continuar el camino de besos por su espalda.

—No lo hagas —murmuró ella—. Estoy sudada.

Una carcajada vibrante fue su única advertencia antes de que le agarrara las caderas y l ılamiera desde la columna hasta el cuello. Le acarició la oreja con la nariz y exhaló un «mmm»

muy sexy.

Meg se ruborizó de placer incluso mientras bromeaba:

—Eres muy raro.

Cuando Maxu salió de su interior, Meg intentó sentarse, pero él la instó a que se recostara nuevamente con una mano firme en la parte baja de la espalda. A continuación, se alejó flexionando su trasero musculoso con cada paso. Cuando desapareció en el baño, ella intentó alisarse el pelo enredado y limpiarse los restos de maquillaje de su rostro.

—Me gustas despeinada.

Meg soltó un ligero grito y se tumbó de espaldas. Había sido más silencioso que la muerte acercarse a ella.

Maxu le sonrió al ver el rubor en sus mejillas y se arrodilló después ante sus muslos tensos Tan solo tuvo que enarcar una ceja en su dirección para que ella separara las piernas. Se tomó su tiempo para limpiarle el semen del trasero y su pubis y tiró al paño.

Se sentó sobre los talones y se quedó mirándola un momento. El sexo se había acabado, la niebla de lujuria que había reducido el pudor y la modestia también. Ahora solo estaba… desnuda y tumbada frente a él para que la contemplara. Meg quería juntar de nuevo las piernas pero se contuvo y se mordió el labio.

Su escrutinio continuó por bastante tiempo, así que acabó sentándose con las rodillas pegadas al pecho.

—¿Qué haces?

Maxu frunció el ceño, enfadado, pero no intentó detenerla.

—Estoy grabando tu cuerpo en mi memoria para que pueda pensar en ti cuando me masturbe esta noche.

Un calor intenso y una pizca de dolor se entremezclaron en su vientre al escuchar sus palabras. Entonces recordó que las parejas clecanianas no compartían habitación. Probablemente él esperaba que regresara a su propia cama.

Sonrió con timidez.

—Puedo quedarme… si quieres.

—¿A dormir aquí? ¿Conmigo? —Su expresión no cambió.

Meg pegó las rodillas al pecho con más fuerza.

—Me puedo marchar si lo prefieres. Solo pensaba…

Chilló cuando se abalanzó sobre ella y la tumbó en la cama.

Unas horas más tarde, Meg se despertó con el suave sonido del correr del agua. La luna brillaba a través del balcón abierto y proyectaba sombras en las mejillas cinceladas de Maxu Estaba tumbada bocabajo, su postura preferida para dormir, y él estaba a su lado con la mitad de su cuerpo cubriéndole su espalda.

Tenían la piel cubierta de sudor o condensación del aire, no estaba segura cuál era, pero no le importaba. Maxu tenía el grueso bíceps estirado por la parte alta de su espalda y su fuerte y pesado muslo sobre su trasero.

Movió el brazo unos centímetros y él gruñó, la acercó más a su cuerpo y apoyó la barbilla en su frente. Meg volvió a dormirse con una sonrisa en la cara y el hombre más sexy que había conocido abrazándola con todas sus fuerzas.

Capítulo 23

Maxu había permanecido tumbado y quieto como una estatua en aquel momento tranquilo que precedía al amanecer, reprimiendo la constante amenaza de que se le escapara un ronroneo mientras observaba dormir a Meg. Al abrir sus ojos, fue recibido por sus curvas sensuales y su piel suave bajo su cuerpo. Se quedó con la boca abierta, con los sueños de su pareja aún frescos en su mente, y se preguntó si realmente estaba allí, descansando tranquilamente en sus brazos.

Había pasado horas observando cómo se acumulaba la humedad en su piel, formando gotas brillantes. Había seguido celosamente sus progresos mientras caían por la curva grácil de su espalda.

El sol se alzaba en el horizonte, pintando el mundo de rosa y dorado, aunque esa imagen no se comparaba con cómo le dolió el corazón cuando Meg se estremeció por la luz del amanecer antes de acurrucarse en la oscuridad de su pecho.

Le dolían los músculos del brazo derecho, pero se negaba a bajar la mano. Estaba bloqueando con ella una parte del sol y prefería enfrentarse a la ira de la diosa antes que permitir que los intensos rayos de sol de la mañana despertaran a su mujer antes de tiempo.

Los orbes brillantes del techo emitieron un destello, indicando que alguien estaba esperando frente a la puerta, y Meg frunció el ceño. Maxu rechinó los dientes y fulminó la puerta con la mirada, como si pudiera herir a la persona que estaba al otro lado solo con eso.

El destello volvió a iluminar la habitación y esta vez lo acompañó un pitido. Meg abrió los ojos. ¿Cuál sería su reacción al despertar con él?

Desde donde estaba contra su pecho, levantó su cabeza para mirarlo. Después bajó la mirada a su mano alzada y luego volvió a mirarlo. Notó que un peso de sus hombres se aligeró cuando le sonrió, se puso de lado y le echó un brazo por encima de la cintura. Luego se acercó a su pecho y bostezó.

Ya no había forma de evitarlo. De su pecho brotó un ronroneo. Maxu sintió la sonrisa que Meg esbozó contra su piel. Bajó la mano, le agarró la nuca y bajó la barbilla a su cuero cabelludo.

Las luces del techo volvieron a emitir un destello y en la habitación resonó un fuerte pitido. El ronroneo se transformó en un gruñido.

—¿Qué hora es? Deberías abrir, probablemente es Daunet. —La voz de Meg se quebró y bostezó de nuevo.

Maxu apretó los dedos en su cabeza por un momento y entonces se levantó, sacó un cuchillo de su mochila y se dirigió a la puerta completamente desnudo. El enojo era evidente en el ceño fruncido y los labios apretados de Daunet cuando abrió la puerta. La guardia lo examinó de arriba abajo y detuvo la mirada en el cuchillo.

—Tenemos que irnos. El Stigalthi Marin empezará pronto y Meg tiene que arreglarse.

—Yo la acompaño —indicó Maxu.

Daunet sacudió la cabeza.

—No funciona de esa forma.

Maxu abrió la boca para protestar, pero la mano de Meg aterrizó en su codo.

—Está bien —dijo con una sonrisa somnolienta—. Voy a arreglarme y te veo allí, ¿de acuerdo? Ah, ¿puedes prestarme esto?

Extendió los brazos para mostrar una de las camisetas de Maxu. Antes de que él pudiera ordenarle que se quedara donde estaba, Meg se puso de puntillas, le rodeó el cuello con el brazo y tiró de él para darle un beso. Su mente quedó en blanco. No se había recuperado aún cuando ella se distanció de él, le quitó un mechón de pelo rebelde de la frente y se marchó.

La puerta se cerró frente a su cuerpo estupefacto y completamente desnudo. Cuando se recuperó, corrió a prepararse. Se dio una ducha de espuma y trató de cerrar los broches ocultos de su ropa repelente al agua, para luego bajar a toda prisa las escaleras en espiral.

Esperó impaciente a que Meg y Daunet salieran de la torre. La piel le picaba y los frescos aromas florales que brotaban de las plantas que lo rodeaban le resultaban repugnantes. No olían como ella. Sus extremidades se endurecieron. Él tampoco olía a ella ahora. Se había duchado y se había lavado su olor, como un idiota.

Por fin apareció Meg, un rayo de luz en la oscuridad de la entrada cubierta. Su corazón se aceleró. Hoy su ropa era sencilla: un vestido morado fluido hecho con la misma tela vaporosa de la falda de la noche anterior. El dobladillo de la prenda le rozaba la parte superior de los muslos mientras caminaba, sonriendo y riendo con Daunet.

Su piel tenía un brillo fresco esta mañana y Maxu se deleitó al pensar que tal vez él había ayudado en eso. No iba a fastidiar esto. Movió los dedos nerviosamente. *No voy a hacerlo,* se repitió mientras caminaba hacia ella. La calidez le iluminó los ojos azules al verlo y casi lo detuvo en seco.

—Me alegra ver que te has vestido.

La mirada fría al escuchar el comentario de Daunet se transformó en una sonrisa cuando oyó murmurar a Meg:

—A mí no.

Meg le dio la mano y una descarga de electricidad ascendió por su brazo y tiró de él suavemente. Caminaron hacia una serie de plataformas levantadas en la base de la cascada más grande. La zona estaba llena de alaceranos. Sus rostros sonrientes y emocionados, junto con el aleteo nervioso de sus alas aumentaban la tensión en el ambiente. La primera parte del Stigalth Marin estaba a punto de comenzar. A Maxu le sudaban las manos. Debería hablar con Meg antes de que empezaran las festividades. Para decirle algo memorable e importante, algo para que comprendiera lo importante que había sido para él la noche anterior.

Un montón de palabras se agolparon en su garganta, pero antes de que pudiera decidir cómo ordenarlas, Meg le dio un apretón en la mano y fue a saludar a sus amigas.

Rita le dio un beso a Meg en la mejilla y se acercó a él con una sonrisa.

—Veo que los dos se están llevando bien. —Esbozó una sonrisa amplia.

¿Llevarse bien? ¿Describía eso lo que él sentía? Solo pudo responder con un leve gruñido.

—¿Necesitas algo de mí antes de que comience el evento? ¿Preguntas acerca de los humanos? ¿Consejo sobre las relaciones sentimentales? Es mejor que me preguntes ahora.

A Maxu nunca le había gustado confiar en otros, pero esta última semana lo había hecho en Rita. Sin su intervención e insistencia para juntarlos, él no estaría con la mujer más increíble que había conocido, sonriéndole por encima del hombro en ese momento.

—Ya has hecho suficiente —murmuró con voz ronca.

Oyó el tono de sus palabras y se apresuró a suavizarlo.

—Has hecho más que suficiente. No creo que hubiéramos llegado hasta aquí sin ti. Te estoy

emuy agradecido.

Rita sonrió y miró un arcoíris a través de la niebla.

a —Ha sido un proyecto divertido, por decir lo menos. —Con un suspiro soñador, le dio una opalmadita en el hombro y se marchó con las manos alzadas en el aire húmedo y contoneándose.

o A medida que llegaban más alaceranos a las plataformas, el espacio disminuyó hasta que empezaron a empujar a Meg por todas partes. Para Maxu esto fue más que suficiente.

e See adelantó con paso firme, encantado de ver cómo los alaceranos sobresaltados se sapartaban de su camino. Tuvo dificultad para contenerse y limitarse a dar un codazo y no empujar a un hombre alto cuando su ala arañó sin querer el hombro de Meg. Se colocó detrás de sella en silencio, sin querer interrumpir, pero sintiendo la necesidad de mantener un poco de nespacio alrededor de ella para protegerla.

y —Aquí estás. —La sonrisa invertida de ella logró sacarle a él otra cuando echó su cabeza completamente hacia atrás y lo miró—. Intenta divertirte hoy, ¿vale?

e Todo su interior burbujeó cuando Meg se puso de puntillas, inclinando su cabeza hacia atrá eaún más. ¿Quería que la besara? ¿Delante de toda esta gente? Los tremantianos no solían mostra safecto en público de este modo, pero la idea de poder reclamar su derecho y que todos lo viera era demasiado tentadora como para dejarla pasar. Accedió y la besó desde detrás, alzándole la abarbilla suavemente con una mano. Meg tardó un momento en abrir los ojos después del beso.

e Por el rabillo del ojo, Maxu vio a unos alaceranos, un hombre y una mujer, lanzándoles una omirada desagradable. Se aseguró de que ella estuviera mirando hacia adelante de nuevo y que no pudiera verlo hacer una mueca hacia la pareja, la cual retrocedió apresuradamente varios pasos.

La reina Rhal se abrió paso entre la multitud con su contingente de casicanes protectores y ósubió al estrado que se elevaba por encima del resto de las plataformas. Entonces, explicó la ceremonia, seguramente para que las humanas la entendieran.

La respuesta inmediata de Maxu ante los murmullos febriles que circularon entre la multitud lfue poner los ojos en blanco, pero entonces vio la mirada embelesada de Meg. Estaba muy semocionada. En ese momento, supo que participaría verdaderamente para hacerla feliz.

l Empezó una cuenta atrás y la gente aplaudió conforme los segundos se reducían. Unos itécnicos se apoyaron a cada lado de dos inmensas palancas y esperaron la señal para proceder.

s El pulso de Meg latía aceleradamente en su cuello. Maxu dudó un momento antes colocar las emanos en sus antebrazos. La sonrisa de ella se hizo más amplia, aunque siguió contando con la gente. Se inclinó hacia atrás hasta que su espalda quedó apoyada en su pecho, y Maxu se puso a oronronear.

La cuenta atrás terminó y los técnicos tiraron de las palancas. Todo el mundo pareció contener el aliento un instante mientras miraban hacia el imponente comienzo de las catarata alaceranas. El distante rugido del agua resonó en el espacio silencioso y entonces apareció una masa de agua derramándose por los costados de las montañas y estrellándose en el lago que srodeaba el área de observación.

Habían abierto las represas y el agua acumulada durante un año caía a borbotones desde narriba, mojando a la gente como si fueran pinchazos y envolviéndolos en un mundo de ensueño eensordecedor y brumoso.

Por un momento, el resto de los sonidos se apagó, y luego, uno a uno, los alaceranos comenzaron a aullar. Chillaban, gritaban y rugían, con los tendones tensos y sus alas extendiéndose por el esfuerzo. Meg levantó las manos hacia la llovizna de agua, alzó la cara a ycielo y gritó. Dobló sus rodillas, como si estuviera exprimiendo hasta el último resto de oxígeno

que le quedaba en el cuerpo.

Maxu cerró los ojos y rugió al cielo también. Cuando se quedó sin aliento y miró a Meg, su arostro había cambiado. Tenía los ojos entrecerrados y su boca ya no sonreía. Con la piel roja y manchada, gritaba con todas sus fuerzas, soltando algo que él no podía ver.

e Clecanianos, casicanes y humanas aullaron a la vez, hasta que sus voces sonaban roncas y desgastadas. Mientras tanto, el agua que caía por todas partes llenaba los acueductos que teníar epor encima y se derramaba sobre ellos. Caía sobre los arcos y las torres del castillo, oscureciendo el cielo con una niebla espesa y húmeda que envolvía a los participantes y los ayudaba a soltar lo eque guardaban dentro. Maxu se permitió hacer lo mismo.

e Autoprotección, rabia, resentimiento, dolor, soledad y falta de valor, abandonaron su cuerpo fluyendo en olas de aullidos.

a Por fin, el agua se calmó y el alboroto de la gente cesó. Los técnicos colocaron las palancas en su sitio y el único ruido que quedó fue el zumbido en sus oídos. Las cascadas se convirtieron sen poco más que un goteo de agua.

r Miró a Meg, que sonreía con serenidad, con los ojos cerrados mientras el silencio la envolvía aIncluso el sonido de los jadeos de la gente se disipó, hasta que volvió a reinar el silencio, cas adoloroso tras el alboroto ensordecedor de un momento antes.

Estaban inmóviles, de pie juntos, bañando sus almas en el sagrado murmullo del bosque aMaxu cerró los ojos. Los suaves sonidos parecían resonar en su mente: respiraciones lentas y oestables; el leve silbido de la brisa y el susurro de las hojas; gotas de agua en la piedra; el latido de su propio corazón.

y De repente notó la suavidad del aire cálido que le acariciaba la piel. El olor fuerte de la tierra amojada y la piedra húmeda, y el aroma más agradable de todos: Meg; cálido y dulce. En algún momento, ella le había tomado la mano. Le dio un leve apretón y ella se lo devolvió.

l Todo lo demás se desvaneció y, en ese momento, sintió un vínculo que nunca antes había ytenido, no solo con Meg, sino con todos los que estaban a su alrededor, tan asombrados y maravillado como él.

s Miró a Meg y su pecho se expandió. Estaba empapada, con el pelo oscuro pegado a las mejillas. Se lo apartó de la cara. Ella se inclinó hacia su mano e hizo que el corazón se le subiera sa la garganta. Nadie hablo, y no lo harían durante los próximos cinco días, hasta que el Stigalth aMarin hubiera finalizado.

a Entonces, Meg se movió, liberando la presión de su mano. Maxu comprendió que se había apoyado en él para mantener el equilibrio. Se había sujetado a él para no caer mientras soltaba ótodo el dolor que llevaba enterrado dentro de ella.

s Maxu volvió a pensar en la flor que arrancó de niño y algo en él cambió. Había asumido que aal mantenerla a su lado, solo sería aquel niño codicioso que había arrancado algo perfecto de la etierra, el medio que la hacía crecer. Pero ¿y si pudiera ser él quien la alimentara? ¿Y si podía ofrecerle el apoyo y alimento que necesitaba para prosperar?

e Él era un hombre que podía conseguir cualquier cosa, pero esa habilidad nunca lo había ohecho verdaderamente feliz. Pero ¿ahora? Sería todo lo que ella anhelaba y dedicaría su vida a ofrecerle lo que necesitara para florecer.

s

s

l

o

ı
y

y
ı
ɔ
ɔ

',

s
ı

.
i

:.
y
ɔ

a
ı

a
y

s
a
i

a
a

e
a
a

a
a

Capítulo 24

Meg nunca se había dado cuenta de que el silencio pudiera ser tan abrumador. No se sentía limitada ni aburrida por el hecho de no poder hablar. La ausencia de palabras era casi una liberación. No había expectativas por decir lo correcto o actuar de una forma específica. A su alrededor, los alaceranos desprendían calma. Después del diluvio de esa mañana, el mundo parecía menos pesado. La falta de cascadas hacía que el ambiente, antes brumoso, ahora fuera claro y brillante. Los senderos estaban secos y cálidos bajo sus pies descalzos, mientras el calor del sol bañaba las flores y llenaba la ciudad de un aroma sensual.

Las humanas, sus guardias y Maxu pasaron el día deambulando por la ciudad y disfrutando de todas las zonas sensoriales instaladas para las festividades. Habían emplazado una instalación de arte sonoro en un camino sinuoso. Las copas de los árboles arqueadas que daban sombra estaban decoradas con adornos de cristal que resonaban al moverse. El agua se acumulaba en los adornos de cristal puntiagudos y goteaba sobre miles de platos de cristal flotantes que había más abajo. La única forma que tenía Meg para describirlo era imaginar que los ecos tintineantes resonando al unísono, eran la versión sonora de la luz de las hadas.

Maxu y ella se escondían en zonas oscuras, robándose besos mientras paseaban por los jardines sonoros. Uno de ellos estaba formado por miles de juncos cortados de tal manera que cuando el aire fluía sobre ellos, sus centros ahuecados silbaban y todos chocaban entre sí, como si fuera una orquesta natural dirigida por el viento.

El grupo comió algo increíble utilizando la expresión de sus ojos para transmitir lo deliciosa que era. Se tocaron y abrazaron sin limitaciones mientras acariciaban el pelo suave de los cachorros casicanes y sumergían los pies en el agua fría y sedosa de un arroyo.

Pasaron las últimas horas de la tarde ayudando a los famosos perfumistas de Alacera a reunir pétalos secos del suelo y a clasificarlos en contenedores de acero, donde los hervían y condensaban para crear aromas maravillosos. Meg prácticamente salivaba con la fragancia sensual de un ramo de flores amarillas mientras las vertía en una olla. Durante el resto del día Maxu había estado riendo de ella cada vez que se llevaba los dedos a la cara e inhalaba el olor que iba desapareciendo poco a poco.

Después de la cena, los habitantes de la ciudad se dirigieron a unas enormes fogatas ubicadas entre unos círculos de asientos acolchados. Se recostaron juntos como un grupo y miraron el cielo estrellado, escuchando el sonido de los crujidos y restallidos del fuego mientras el calor del fuego les acariciaba la piel. El calor del cuerpo de Maxu la envolvía y, aunque no habían hablado en todo el día, capturaba toda su atención sin siquiera intentarlo. Su mera presencia provocaba que su pulso latiera con más intensidad. Una descarga eléctrica ascendía por su muslo cada vez que sus piernas se rozaban y, después de cinco veces, Meg podría haber jurado que lo estaba haciendo a propósito.

Unas cuantas personas, Sophia y Rita incluidas, aceptaron probar una droga que se distribuía por el grupo y que incrementaba los sentidos. A Meg le sorprendió descubrir que no tenía ningún interés. Cada vez con más frecuencia, se sentía feliz tal y como estaba. La experiencia de tomar drogas como esa siempre le había suscitado curiosidad, pero ahora se preguntaba si eso era

porque solía sentirse muy incómoda en su propia piel.

Ahora veía el mundo lleno de belleza, al igual que a ella misma: real y vibrante. Sentía que formaba parte del universo, que actuaba en él, modificándolo y marcando la diferencia, en vez de ser una simple espectadora arrastrada por la corriente.

Ahora que las palabras no estorbaban, daba la impresión de que también otras barreras habían caído. Mientras Maxu y ella regresaban a sus habitaciones, miró por encima del hombro y vio que Gamso, y no Daunet, los seguía. Cuando enarcó una ceja en su dirección, él señaló con la cabeza un pequeño fuego que ardía bajo un arco de piedra cubierto de enredaderas verdes oscuras. Debajo estaban Daunet y Tara sentadas, cogidas de la mano en silencio.

Maxu se detuvo junto frente a la puerta de Meg, pero no le soltó la mano. La miró fijamente con sus pestañas oscuras y sus ojos profundos hacían que sus iris verde agua resultaran aún más impresionantes bajo la tenue luz del pasillo. Las líneas de expresión familiares alrededor de su boca habían vuelto, mientras su mirada se desviaba hacia la puerta, frunciendo sus cejas con una expresión indecisa. Le apretó la mano un poco más.

El calor le recorrió el cuero cabelludo y el cuello cuando entendió que él esperaba ver si ella quería retirarse sola a su habitación. Miró por encima del hombro para asegurarse de que Gamso ya se había marchado. En un movimiento que habría provocado que Jeremy la insultara, bajó una mano hasta el impresionante bulto que tenía Maxu entre los muslos. Él siseó por el contacto y el sonido la llenó de confianza.

Maxu la dejó sin aliento cuando la tomó en brazos y subió las escaleras de dos en dos hasta llegar a su habitación. Una vez dentro, se tomó su tiempo para desatarle el vestido, manteniendo sus ojos fijos en los de ella y encendiéndola por dentro.

La cascada que caía en el estanque de su balcón había desaparecido con el drenaje de las presas. La piscina redonda de agua estaba en calma y en su superficie se reflejaban las lunas azul plateadas.

El vestido cayó a sus tobillos y Maxu soltó un suspiro hondo. Metió los pulgares en sus bragas y se agachó despacio mientras bajaba la tela por sus muslos. Entonces, se levantó y le acarició con sus manos ásperas las pantorrillas, rodillas, muslos y trasero, hasta que se puso de pie por completo, por al menos treinta centímetros más. Meg se estremeció ante su tamaño, su musculoso e imponente cuerpo elevándose sobre ella.

Se mordió el labio y se apartó de él, con pasos lentos y deliberados. Aunque estaba completamente desnuda y él vestido, no se sentía vulnerable. Al contrario, se sentía implacable y traviesa. ¿Qué tan provocadora debía verse su figura a contraluz para que su erección se marcara de esa forma contra sus pantalones?

La suave tierra que se hundía bajo sus pies era señal de que había alcanzado su objetivo. Dio media vuelta y se metió en el estanque; a continuación, le indicó que la siguiera con un dedo doblegado. Él permaneció inmóvil, frotándose el pecho con el talón de la mano mientras la devoraba con la mirada. Dio un paso hacia ella y se detuvo, sacándose unos frascos tintineantes del bolsillo.

Maxu paró delante del estanque y colocó los frascos en el borde, buscando con la mirada su reacción. Meg no pudo contener una sonrisa boba. De alguna forma, se las había ingeniado para conseguir una selección de perfumes. Pero ¿cómo? Las tiendas no estaban abiertas hoy.

Le dirigió una mirada amonestadora con el ceño fruncido y los puños en las caderas. Señaló los frascos y luego ladeó la cabeza, preguntándole cómo los había conseguido. Maxu apoyó una mano en el suelo para saltar por encima de los frascos y tirarse completamente vestido en el

agua, delante de ella.

Deslizó una mano por su espalda y acercó su cuerpo al de él. Llevó la otra mano al cabello de su nuca. Cualquier reprimenda que tuviera en mente desapareció cuando miró su rostro astuto y sonriente. Maxu le sostuvo la mirada un momento mientras deslizaba los dedos por su cuero cabelludo y se encogió de hombros. Si había un gesto menos arrepentido, no podía imaginar cuál era.

Meg no pudo reprimir una sonrisa exasperada. Tendría que hablar con él sobre su tendencia a la cleptomanía cuando pudieran volver a hablar. Maxu le inclinó la cabeza hacían un lado y besó la curva desnuda de su cuello. Sintió chispas descendiendo por su columna hasta el trasero.

Cuando Maxu se apartó para quitarse la ropa mojada, examinó los delicados frascos. Tomó el primero, lo descorchó, lo inclinó sobre el dedo y se puso un poco en la muñeca. Olía fabulosamente, como a rosas y miel. Se volvió con la muñeca extendida para que Maxu pudiera oler y tuvo que esforzarse para no tragarse la lengua. Estaba desnudo y mojado, las marcas pálidas que le cubrían el cuerpo brillaban a la luz de la luna.

¿Cómo podía un hombre ser tan guapo y mirarla con un hambre tan voraz, como si quisiera devorarla por completo, luego escupirla y después hacer el amor con ella hasta hacerla perder la razón? Sus dedos largos y fuertes se entrelazaron a los de ella para luego tirar de su mano hacia su nariz para olerla.

Meg reprimió una carcajada cuando torció el labio. Le metió el brazo debajo del agua para quitarle el perfume. Ella apretó los labios y probó un frasco distinto. Este era dulce, como un caramelo azucarado y caliente, pero él volvió a hundirle el brazo sin mostrarse en absoluto impresionado. Tres perfumes más, tres zambullidas más.

Tomó el último frasco de cristal, de un tono amarillo cítrico. Iba a descorcharlo cuando él la detuvo. Le quitó el perfume de las manos, lo dejó en el borde de piedra de la piscina y se acercó a ella, arrinconándola hasta que su espalda quedó pegada al borde.

Le recorrió el cuerpo con mirada ardiente, siguiendo el progreso de su mirada con la yema de los dedos. Meg se quedó sin aliento cuando su pulgar apenas le rozó el pezón y este se endureció de inmediato. Los únicos sonidos en la habitación eran el canto de los insectos y el chapoteo de la agua mientras su mano le recorría la espalda.

La dura longitud de su miembro descansaba sobre su vientre, la cabeza alcanzando su caja torácica en una cruda y dominante exhibición que hizo que su interior palpitara de calor. La mirada de Maxu se oscureció, y sus dedos apretaron su trasero con más fuerza que la presión asuave que había estado aplicando antes.

El agua se arremolinó cuando la sacó de la piscina y la sentó en el borde. La mente le daba vueltas, no sabía qué iba a hacer. ¿Simplemente tomar posición y embestirla ahí mismo o echársela al hombro y llevarla a la zona de la cama?

Meg se estremeció. El aire era frío en su cuerpo mojado, pero su sexo caliente y la excitación líquida que brotaba de su vagina le calentaba la cara interna de sus muslos. Maxu se colocó entre sus rodillas, con sus rostros a la misma altura desde la posición elevada de Meg, y sin previa advertencia ni preámbulo, hundió dos dedos en su canal húmedo.

Gimió, echó la cabeza hacia atrás y arqueó el pecho hacia él, pero sus dedos salieron igual de rápido a como habían entrado, y Meg levantó la cabeza para mirarlo. Con una sonrisa traviesa en el rostro, Maxu le tomó la muñeca acercándola hacia él, la giró hacia arriba y deslizó los dos dedos que acababa de introducir en ella sobre el punto donde le latía el pulso. Luego levantó su muñeca hacia su nariz e inspiró profundamente, cerrando los ojos de placer.

Meg podría haber tenido un orgasmo en ese mismo instante. Era tan extraño, tan improbable etan condenadamente sexy.

y Saltó del borde y se abalanzó sobre él para abrazarlo como si fuera un mono. Él la cogió con una carcajada. Meg ardía por dentro, impaciente por sentir a Maxu enterrado en su interior vacío ly anhelante.

Cuando rotó las caderas para alinear sus cuerpos resbaladizos y poder hundirse en él, el ahumor de Maxu se esfumó. La apartó, la puso bocabajo y posó una mano sobre su nuca para ómantener su torso pegado a la piedra, a la tierra y a los arbustos floridos. Con una embestida suave, la penetró por detrás. Ella gritó, los dedos de sus pies resbalándose por el suelo de la lpiscina mientras trataba de buscar apoyo. Un ronroneo y un gruñido se entremezclaron y aresonaron en la habitación, creando un sonido que encajaba a la perfección con Maxu; suave y aduro a partes iguales.

s El sonido poco delicado del agua al desbordarse por el borde de la piscina y salpicándole la espalda quedaba ahogado por sus gemidos. Su mano resultaba casi dolorosa en la parte posterior ade su cuello, usando sus hombros como apoyo para mantener el equilibrio mientras la embestía aLa apretada bola de fuego de su vientre no tardaría mucho en explotar. Estaba preparada para él aexcitada con cada mueca, cada gruñido y cada sonrisa que le dirigía a nadie más que a ella.

Maxu la atrajo hacia sí lo suficiente como para hacer un espacio para poner su mano por aencima de su cadera y juguetear con su clítoris mientras la embestía por detrás. Hubiera querido ıgritar su nombre, incitarlo, pero no podían hablar, y la sonora palmada que vibraba en su cuerpo ocada vez que la piel de Maxu chocaba con la suya era música en sí misma.

Llegó al orgasmo e inclinó la espalda hacia atrás sobre el borde de la piscina, aunque la parte asuperior de su torso permaneció en su lugar. Hizo todo lo posible por no gritar, aunque a esa óaltura cualquier ruido que hiciera se perdería en el viento.

Sus caderas se movían más rápido ahora, presionando sus muslos contra la pared de la episcina. Seguramente tendría moretones en la parte delantera de las caderas en el lugar donde óchocaba contra el borde, pero no le importaba. Giró la cara hacia la tierra, disfrutando de los lgemidos y gruñidos roncos que él exhalaba con cada embestida. Maxu la levantó y le ladeó la cara, y justo cuando la penetró y se tensó, su boca aterrizó sobre la de ella. Meg se tragó aencantada los gemidos ahogados que acompañaron a la vibración de su pene cuando llegó a aorgasmo. Maxu se estremeció encima de ella y se derrumbó sobre los codos.

ı Deslizó las manos por los antebrazos de Meg hasta encontrar sus dedos aferrados a puñados de tierra. Le abrió los dedos y entrelazó los suyos con los de ella, dándole un leve apretón. Las amarcas azules de emparejamiento prácticamente brillaban en la habitación oscura.

o La levantó y tiró de ella hacia atrás hasta tenerla sumergida en el agua hasta los hombros, con el miembro medio duro todavía en su interior. Sin decir una palabra, sacó un frasco de espuma y ıle echó el líquido hidratante y resbaladizo en el pelo, lavándole los hombros y masajeándole los enudos sin prisas. Meg cerró los ojos y lo dejó tomar el control. Con manos seguras, la movió por ala piscina, limpiando y masajeando cada centímetro de su cuerpo hasta dejarla medio dormida con un dolor agradable en los lugares correctos y flexible en todos los demás.

e Después de limpiarse rápidamente, la sacó del agua y la llevó a la cama. Se tumbaron ımojados y saciados. Esta vez, no dudó en acercarla a él. Meg se recostó bocabajo y Maxu apoyó sun muslo sobre su espalda y uno de sus pesados bíceps sobre los hombros.

ı Se quedaron dormidos escuchando los suaves trinos y graznidos de Alacera. Aunque era aterrador reconocerlo, Meg sabía que su corazón ya había huido de ella. Maxu podía lastimarla c

,traicionarla, pero ahora tenía una parte de ella, y ya no había forma de recuperarla.

traicionarla, pero ahora tenía una parte de ella, y ya no había forma de recuperarla.

Capítulo 25

—Este lugar es tan heavy metal. —Como si fueran uno, todos los ojos se volvieron hacia Sophia. Los extraterrestres miraron con las cabezas ladeadas, confundidos, y las humanas reprimieron una carcajada.

Camille carraspeó.

—Llevamos horas sin hablar desde que salimos de Alacera, ¿y eso es lo primero que dices?

Sophia sonrió y señaló la imponente ciudad de Vrulatica en la distancia.

—¡Es que lo es! En el sentido figurado y literal. Quiero decir, ¡vaya lugar!

Maxu seguía con expresión confundida y Meg le explicó:

—El metal es un tipo de música de la Tierra que es muy… duro e intenso, diría yo. Cuesta explicarlo sin una canción.

Giró la cabeza cuando Sophia empezó a cantar con voz suave la letra de una canción que le sonaba, pero no conseguía ubicar. El heavy metal no había predominado nunca en sus listas de reproducción.

—Les cuento que en una ocasión seguí a Metallica de gira. Lars hacía una taza de té delicioso. —La mirada de Rita se volvió distante mientras fantaseaba con el baterista.

Lucy y Sophia se acercaron; el interrogatorio estaba a punto de comenzar.

Meg soltó una risita y volvió a mirar la ciudad. Sophia no estaba equivocada. Las afiladas torres de la deslumbrante torre negra que se alzaban en el cielo eran sobrecogedoras. Vrulatica estaba construida en medio de un desierto rojo, sobre un enorme yacimiento de metal. Los vrulanos eran conocidos por su impresionante trabajo con el metal y eso se reflejaba en las torres oscuras y columnas forjadas.

La torre monumental asentada en medio de la arena roja desprendía olas de calor. Todo ese metal absorbía el calor del sol. ¿Cómo era posible que los ciudadanos no sufrieran constantes quemaduras al tocarlo?

Aunque se habían asentado aquí para controlar la minería y la explotación del vasto minera metálico que se encontraba bajo la arena, las mismas propiedades que hacían el metal fuera tan apreciado para su uso delicado en electrónica también convertían la zona en un lugar muerto debido a su gran cantidad. Los cruceros del grupo no podían atravesar la zona, así que les indicaron que esperaran en las inmediaciones de la ciudad para ser transportados.

El sol brillaba sobre ellos, pero Meg sentía que había un lugar frío junto a su hombro. Maxu llevaba un rato apartado, se había retirado a un lugar tranquilo y sus músculos se tensaban cada vez más a medida que se acercaban a Vrulatica.

Aunque Meg intentó que no le afectara su extraño humor ni su rechazo a reconocerlo, lo hizo. En el último día y medio, no habían hecho otra cosa más que tener sexo. Un sexo glorioso febril, duro que la había dejado dolorida, exhausta y deliciosamente saciada.

Habían dormido todo lo que habían podido a intervalos, lo que normalmente eran unas pocas horas de descanso antes de que uno de los dos, o ambos, despertara al otro. Meg no sabía si el hechizo de silencio de Alacera estaba empeorando sus preocupaciones, pero era visceralmente consciente de que Maxu seguía siendo un extraño para ella.

¿Cómo podía sentirse tan cercana a él? Como si conociera su alma, pero no supiera cuál era su fruta favorita, cómo habían sido sus relaciones anteriores o qué objetivos tenía para el futuro. Su relación avanzaba en el orden equivocado, y eso la desconcertaba.

Miró a Maxu, que tenía su mirada distante y la mandíbula tensa. *Ya llegaremos*, pensó. Acercó la mano a la de Maxu y sintió un gran alivio en el pecho cuando él se la apretó, como si el contacto lo calmara. Sí, superarían esto. Tan solo estaba impaciente.

Un rugido sordo resonó en el cielo, erizándole la piel del cuello. En la distancia, se distinguían unas motas en el cielo azul que se acercaban y se hacían más y más grandes con cada segundo.

Meg se quedó sin aliento cuando las siluetas de enormes criaturas aladas se volvieron más nítidas. Eran blancas y brillantes, con pelo en el cuerpo y largas extremidades. No tenían pelo en sus manos, pies, rostros y colas, sino una gruesa piel gris con escamas y unas garras blancas mortíferas. Sus hocicos también tenían escamas. Con hendiduras en lugar de fosas nasales, unos dientes afilados como cuchillos y frentes inclinadas, le recordaban a una mezcla extraña de adragón y perro, como seres salidos de una pesadilla.

—No pienso subir a una de esas cosas —murmuró Lucy, mirando horrorizada a los monstruos de nueve metros, que extendían sus enormes alas moteadas en el viento para reducir la velocidad del aterrizaje. La grava saltó del suelo cuando las criaturas tocaron tierra y Meg sintió ondas sísmicas en sus piernas.

Emitieron el mismo sonido al detenerse, a la espera de órdenes de aquellos que las montaban. Tenían los grandes ojos empañados, como si reflejaran el cielo tormentoso, a pesar de que este tenía hoy un color azul brillante. Los cuernos de sus cabezas eran puntiagudos y forjados en smetal. Estos cuernos no eran las astas aterciopeladas y redondeadas de los ciervos terrícolas, sino aarmas para embestir enemigos en la batalla.

Meg se estremeció. Siempre le entusiasmaba probar cosas nuevas, pero incluso ella dudaba sen acercarse a cinco metros de los monstruos. La criatura más grande se adelantó con las patas de cuatro dedos en la tierra. Su jinete desmontó y se acercó a ellos, como si su descenso de tres emetros solo hubiera sido su primer paso.

Era alto y de complexión fuerte. Meg no distinguía mucho más, pues estaba cubierto con ropa negra con placas de metal y una máscara gris oscura. Sí embargo, podía ver que tenía unos lojos brillantes y extraños. Sophia había dado en el clavo. Este lugar era muy heavy metal.

—Bienvenidas, humanas. Estamos encantados de tenerlas aquí. —La voz del hombre era fría oy no sonaba en absoluto entusiasta.

Apuntó con una mano enguantada a una colección de objetos con forma de cuencos más o menos del tamaño de un jacuzzi redondo. El exterior estaba recubierto de intrincadas piezas de ametal y salpicado de pintura plateada y dorada. Unas cadenas formaban una red que sostenía la aparte inferior, y Meg comprendió lo que eran.

—Por favor, tomen asiento. El rey y la corte esperan para darles la bienvenida esta noche oen… —La máscara del hombre se desvió hacia Maxu y se quedó inmóvil. Maxu le devolvió una ,mirada fría con el cuerpo rígido. El aire se llenó de un silencio tenso. Finalmente, el hombre preguntó—: ¿Él lo sabe?

¿Saber qué? Meg miró al vrulano y a Maxu.

—No —respondió Maxu con voz fría.

—Tendré que acompañarte a ti primero. Tu humana puede ir con el resto.

—Su humana se queda con él. —La voz de Meg atravesó la espesa animosidad con más

afuerza de la que pretendía. La criatura que había a la espalda del vrulano soltó un gruñido y se
.movió en su sitio.

El fulgor dorado de los ojos del hombre de la armadura se enfocó en ella. Ladeó la cabeza
.hacia sus manos entrelazadas y Maxu movió la suya, como si tratara de esconder sus marcas. E
idolor punzante la atravesó.

—Muy bien. —El hombre se giró y la capa se movió con él. Usó la cola con punta de meta
epara trepar por el arnés de la bestia y aguardó.

a Los guardias murmuraban argumentos entre ellos mientras intentaban que las humanas se
sentaran en los cuencos de metal. Nirato empujó a una Lucy molesta, cuyos talones dejaron
ssurcos en la arena, pero Meg tan solo podía mirar a Maxu.

n —¿Qué pasa? —musitó.

s Él la condujo a uno de los cuencos con una mano en su espalda, sin apartar su implacable
smirada del vrulano que montaba con orgullo tras los cuernos de su bestia. Maxu la ayudó a subir
eal cuenco profundo, acolchado con unos asientos rojos, y luego se subió ágilmente después de
ella.

s Daunet había confiado en Maxu para que actuara como guardia de Meg en Alacera, pero
aparecía que la tensión en el aire la ponía nerviosa, pues también ella entró al cuenco con ellos.

ó Una vez que se abrocharon los cinturones de seguridad, las criaturas cobraron vida y
estiraron las alas. Los jinetes usaron las riendas de los cuernos para guiar a las bestias.

. —¿Qué es lo que no me has contado? —espetó Daunet a Maxu, mientras una criatura alzaba
elos dos extremos de una cadena con una mano y levantaba en el aire a Lucy, que no dejaba de
ngritar—. Si existe alguna amenaza para la humana a mi cargo que tenga que saber…

o —No habría permitido que Meg viniera aquí si creyera que corriera peligro —replicó él. Meg
intento, sin éxito, contener un grito de dolor cuando le apretó la mano, inquieto. Maxu puso mala
acara y le soltó la mano, como si lo hubiera quemado. Tomó aliento y contrajo sus hombros—
eCualquier conversación que haya que mantener, la tendré primero con mi pareja.

s Daunet abrió la boca para protestar, pero se vio interrumpida cuando el tirón de su carruaje a
alzarse en el cielo capturó su atención.

n ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaba de pronto tan reservado? El viento silbaba a través de
sespacio abierto de su medio de transporte, aullando e imposibilitando la conversación.

Meg vio que Maxu la miraba y notó preocupación en su semblante estoico. ¿Qué le estaba
aocultando?

o
e
a

e
a
e

s

fuerza de la que pretendía. La criatura que había a la espalda del vrulano soltó un gruñido y se movió en su sitio.

El fulgor dorado de los ojos del hombre de la armadura se enfocó en ella. Ladeó la cabeza hacia sus manos entrelazadas y Maxu movió la suya, como si tratara de esconder sus marcas. El dolor punzante la atravesó.

—Muy bien. —El hombre se giró y la capa se movió con él. Usó la cola con punta de metal para trepar por el arnés de la bestia y aguardó.

Los guardias murmuraban argumentos entre ellos mientras intentaban que las humanas se sentaran en los cuencos de metal. Nirato empujó a una Lucy molesta, cuyos talones dejaron surcos en la arena, pero Meg tan solo podía mirar a Maxu.

—¿Qué pasa? —musitó.

Él la condujo a uno de los cuencos con una mano en su espalda, sin apartar su implacable mirada del vrulano que montaba con orgullo tras los cuernos de su bestia. Maxu la ayudó a subir al cuenco profundo, acolchado con unos asientos rojos, y luego se subió ágilmente después de ella.

Daunet había confiado en Maxu para que actuara como guardia de Meg en Alacera, pero parecía que la tensión en el aire la ponía nerviosa, pues también ella entró al cuenco con ellos.

Una vez que se abrocharon los cinturones de seguridad, las criaturas cobraron vida y estiraron las alas. Los jinetes usaron las riendas de los cuernos para guiar a las bestias.

—¿Qué es lo que no me has contado? —espetó Daunet a Maxu, mientras una criatura alzaba los dos extremos de una cadena con una mano y levantaba en el aire a Lucy, que no dejaba de gritar—. Si existe alguna amenaza para la humana a mi cargo que tenga que saber…

—No habría permitido que Meg viniera aquí si creyera que corriera peligro —replicó él. Meg intento, sin éxito, contener un grito de dolor cuando le apretó la mano, inquieto. Maxu puso mala cara y le soltó la mano, como si lo hubiera quemado. Tomó aliento y contrajo sus hombros—. Cualquier conversación que haya que mantener, la tendré primero con mi pareja.

Daunet abrió la boca para protestar, pero se vio interrumpida cuando el tirón de su carruaje al alzarse en el cielo capturó su atención.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaba de pronto tan reservado? El viento silbaba a través del espacio abierto de su medio de transporte, aullando e imposibilitando la conversación.

Meg vio que Maxu la miraba y notó preocupación en su semblante estoico. ¿Qué le estaba ocultando?

Capítulo 26

Maxu llevaba quince años sin volver a Vrulatica. En un momento de su vida, había considerado la ciudad como su segundo hogar. Había aceptado muchos trabajos del rey Sikthand y de algunos otros miembros de alto rango del Gremio, y con el tiempo, se había sentido identificado con los vrulanos y su forma de vida.

Se distinguían por ser diferentes, desconectados de la tecnología que con tanto esfuerzo se esforzaban en crear. Vrulatica no solo era famosa por su habilidad artesanal y la exportación de metal, también se le reconocía como la protectora más efectiva del Choke, el desierto seco del norte, que por su diseño, no veía ni una gota de agua al año.

La interferencia magnética del yacimiento Askait que había bajo Vrulatica había generado un punto ciego al norte, cuya existencia conocían todos los planetas del universo. Cada vez que los intrusos que merodeaban por allí se atrevían, aprovechaban ese punto ciego y aterrizaban en el desierto sin ser detectados por las defensas fronterizas de Clecania. Desde allí, se expandían hacia las ciudades circundantes para saquearlas.

Durante décadas, los clecanianos había desarrollado un plan para abordar la debilidad en sus defensas. Aparte de las patrullas regulares que enviaban las ciudades colindantes al Choke, Vrulatica, la ciudad situada a sotavento, tenía la tarea de sembrar sus nubles para que no llovieran una vez que las nubes cruzaran sus fronteras.

Jinetes entrenados volaban con los malginashes alados durante las tormentas, vertiendo químicos en las nubes y forzándolas a derramar toda su precipitación en un acueducto controlado por la ciudad. Cuando las nubes pasaban por el Choke, estaban secas. Plantas, animales… nada podía sobrevivir ahí fuera, y tampoco los invasores.

Pero el estilo de vida vrulano había creado a un pueblo duro y relativamente aislado del resto del mundo. Entre las estaciones de tormentas, disfrutaban bebiendo y saliendo de juerga hasta que comenzaran las lluvias nuevamente. Maxu había encontrado camaradería con muchos de ellos, incluido el rey, quien lo había contratado como su mercenario personal.

Hasta el día en que lo enviaron lejos.

Cuando Daunet reveló que Vrulatica era su siguiente parada, Maxu se quedó helado. Había considerado exigir que no fueran, pero, como mínimo, Vrulatica era un lugar impresionante lleno de cosas increíbles. Era un sitio que seguía maravillándolo. A Meg le encantaría. No podía evitar que viviera esta experiencia solo para esquivar recuerdos desagradables. El rey tendría que aceptar que él también estuviera allí.

Meg cerró su mano suave sobre el puño apretado de Maxu y, como si su tacto tuviera el poder de derretirlo, su antebrazo se relajó. ¿Iba ella a juzgarlo por el tiempo que había vivido allí y las cosas que había hecho? Podría no haberle contado ciertos capítulos de su pasado en toda su vida. Esa había sido su intención, pero ahora se daba cuenta de que no quería hacerlo.

Maxu quería que Meg lo supiera todo, aunque solo fuera para que pudiera aceptarlo por completo. No quería tener que escoger con cuidado sus palabras durante el resto de sus vidas esquivando temas difíciles para no revelar algún acontecimiento desafortunado en el que hubiera tomado parte.

Él quería la clase de relación que ella había descrito, una en la que Meg conociera tanto lo bueno como lo malo. No era necesario que le gustaran las partes malas de él ni que las aprobara solo que las aceptara y le confirmara que no saldría huyendo.

Con cuidado de no apretar, Maxu dejó que los dedos inquisitivos de ella se deslizaran en su mano, cerrándola suavemente alrededor de ellos. Aún no se acostumbraba a su nueva fuerza, y desde luego, no se había habituado a la emoción explosiva que se manifestaba en su cuerpo sin que él lo notara.

Al levantar la mirada, frunció el ceño al ver sus mejillas agrietadas por el viento. Acercó su rostro hacia su pecho y recordó la primera vez que subió a un malginash.

El cielo vrulano era precioso, aunque hostil. Era frío, duro y seco. La primera vez que acompañó a Sikthand en una siembra de tormentas, había quedado maravillado por la habilidad del cazador de nubes y la ferocidad del malginash mientras se lanzaba a través del granizo y los rayos para exprimir de las nubes cada ápice de humedad que contenían.

Sostuvo la cabeza de Meg más fuertemente contra sí cuando una torre alta del castillo apareció ante ellos. El resto de malginashes volaban muy por debajo de ellos, hacia el salón de recepción en medio de la torre fortificada. Su carruaje, en cambio, se dirigió en dirección a la zona de aterrizaje privada del rey Sikthand.

La plataforma de aterrizaje del rey era amplia, al igual que las demás, y había nidos de malginashes situados en la entrada. Sin embargo, a diferencia de las otras pistas, esta estaba protegida por una puerta con gruesas barras de metal provistas de electricidad que se entrecruzaban en la entrada.

Drabik, el confidente del rey y antiguo amigo de Maxu, obligó a su bestia a flotar delante de la puerta a la espera de ser admitido. Después de unos momentos, las barras subieron.

Su malginash se elevó y depositó su carruaje en la plataforma que sobresalía antes de aterrizar. Daunet bajó primero, y luego Maxu. Con la cara pálida y las manos temblorosas, Meg atomó las manos de ambos y descendió.

El viento le agitaba el cabello y le tapaba los ojos, pero no se lo apartó. Mantuvo sus dedos otemblorosos en el brazo de Maxu.

—No sabía que tendría tanto miedo a las alturas. —Soltó una risa suave.

—Solo los vrulanos están acostumbrados a esta altura, vahpti.

—Al menos hace frío aquí arriba. —Forzó una sonrisa y registró con una mirada sorprendida cada centímetro de la sala de recepción. El centro del techo se arqueaba hacia dentro como si estuviera goteando y formaba una punta por encima de un enorme fuego que rugía.

—Esperen aquí —les indicó Drabik mientras se retiraba, arrojándole un gran pedazo de madera de minata a su animal, que lo mordisqueó, devorando la savia rica en metal del interior.

Meg miró a Maxu expectante cuando el hombre desapareció. Él la alejó de Daunet lo suficiente para que su guardia furiosa no los pudiera escuchar.

No es que desconfiara de Daunet, pero ella respetaba la ley al pie de la letra. En eso era igual que su disciplinado hermano, Auzed, quien había sido durante un tiempo el jefe de Daunet. A lo largo de su vida, Maxu había aprendido a no hablar de cosas ilegales frente a personas así, ya que les hacía sentir incómodos.

—No sé qué vas a oír, pero mi pasado no siempre ha sido algo de lo que me pueda sentir orgulloso. A veces la gente que me ha contratado ha acabado cavando su propia tumba, pero me ha culpado a mí, la pala.

Meg tenía el ceño fruncido y lo miraba a la cara. Aún no lo entendía, pero acabaría

ohaciéndolo.

, Los músculos de su espalda se relajaron cuando Meg puso una mano en su brazo.

—¿Estás seguro de que eres bien recibido aquí? ¿Estarás a salvo?

ı —Te has emparejado. —Una voz profunda resonó en la habitación y todos se volvieron ySikthand estaba de pie en la enorme entrada con forma de arco y sus ojos plateados brillaban ıEstaba vestido de negro hasta la barbilla, pero a Maxu le sorprendió ver que la cara del rey estab descubierta. Sikthand prefería mantenerse cubierto, siempre llevaba puesta su armadura y s ucorona en forma de máscara. Ya sea por rabia o ansiedad, se había apresurado a venir.

El brillo plateado de sus ojos era tan asombroso como lo recordaba. Su mandíbula blanca s einclinó levemente hacia abajo y miró con ojos entrecerrados la mano de Maxu apoyada aún en l dmejilla de Meg. Iba a odiarlo por haberla encontrado después de lo que había pasado con Japeshi

s —Así es.

Meg abrió sus ojos de par en par mientras contemplaba al rey. Un leve indicio de olor omiedo agrio emanaba de ella, contaminando su adorable aroma.

e Entendía su reacción. Los vrulanos eran severos en todos los sentidos. Sus capuchas (e atriángulo de piel coloreada que se extendía desde la sien hasta la barbilla) solían ser de tono intensos de negro metálico, dorado o bronce. La capucha combinada con sus ojos brillantes esiempre daba a sus rostros una apariencia traicionera y misteriosa, aunque la mayoría de vrulano aa los que conocía no eran en absoluto de esa forma.

e Sin embargo, el color de Sikthand le daba un aspecto aún más escalofriante. Una barbill completamente blanca y el pelo del mismo color contrastaban con su capucha negra y lo ebrillantes ojos grises.

Maxu tiró de Meg hacia su lado y dio un paso para colocarse delante de ella. Sikthand desvi ela mirada hacia él.

g —De entre todas las personas, ¿tú? —siseó, las palabras duras rebotaron por el espaci cavernoso.

s —Si no somos bien recibidos, nos marcharemos.

—Ella no. Tú no eres bienvenido —espetó el rey.

Maxu cerró los puños.

—Lo que sucedió no fue por mi culpa.

a —Eso no es verdad, y lo sabes.

i Se miraron el uno al otro, furiosos; ya habían tenido esta discusión una y otra vez sin llegar una solución. Sikthand era un buen rey: justo y firme. Era soldado y un legendario cazador d enubes. El primero en lanzarse a las tormentas más duras. El primero en sacrificarse. El primer en sangrar si era necesario, y su pueblo lo respetaba por ello. Sin embargo, tenía sus problemas y pestos lo perseguían, consumiéndolo hasta que solo quedaba el deber.

—Sikthand —dijo Maxu con voz calmada mientras se acercaba. El rey se estremeció ante l lfamiliaridad del nombre—. Ella es mi pareja. No voy a dejarla sola. Eso lo puedes entender.

o La expresión ceñuda de Sikthand se tornó venenosa al mostrarle sus colmillos.

e —No lo puedo entender, ¿verdad? —Si no fuera por el espacio vacío que amplificaba e sonido, Maxu probablemente no lo habría escuchado.

r Daunet, que había permanecido callada y con una mano en su arma hasta ese momento, s eadelantó con la espalda recta y la barbilla alta. Era la imagen de una soldado perfecta.

—¿Tengo su garantía de que la humana a mi cargo estará a salvo? ¿De que todas la ahumanas estarán a salvo mientras estemos aquí? No sé lo que ha hecho este hombre, pero no voy

a permitir… la reina no va a permitir que su delegación se quede en un lugar donde nos traten con hostilidad.

Sikthand miraba a Maxu sin parpadear. La única señal de que había escuchado a Daunet fue el habitual roce de su pulgar contra las yemas de sus dedos.

Finalmente, una máscara fría se instaló en su rostro.

—Tienes mi palabra. —Desvió la mirada hacia Daunet y luego hacia Meg—. Pero me gustaría tener una conversación en privado contigo.

—Yo voy donde va ella —gruñó Maxu.

Sikthand arqueó las cejas y le sostuvo la mirada a Meg.

—Tu guardia puede acompañarnos, por supuesto.

—Me gustaría que mi pareja esté presente —protestó Meg y se colocó al lado de Maxu. Su tono era firme, aunque sus palabras eran tan educadas como podían ser, considerando que hablaba con un rey poderoso. Su postura valiente y la rápida mirada tranquilizadora que le dirigió a Maxu fueron las únicas cosas que evitaron que la colocara de nuevo detrás de él.

Sikthand frunció el ceño.

—Voy a ser claro. O hablamos o lo meto en una celda durante el resto de la visita. Pueden estar separados una hora o algunos días. Tú decides.

La furia invadió a Maxu por la mera amenaza de separarlos y dio un paso hacia el rey.

De pronto, Meg estaba delante de él con las manos sobre su pecho. La mirada de Maxu seguía fija en Sikthand y este le dirigió una sonrisa burlona a cambio. Lo estaba provocando y Maxu lo sabía, incluso cuando su lado traxiano estaba listo para caer en la trampa.

—Maxu, detente. Quiere una excusa para encerrarte, ¿no lo ves? —susurró Meg, que trataba de atraer su atención con una mano en su nuca.

—Quizá merezca la pena pasar unas cuantas noches en la cárcel solo por derramar un poco de su sangre estúpida —replicó Maxu.

Sikthand enseñó los colmillos. Cuadró los hombros y movió la cola detrás de él. La armadura con garras raspó el suelo de piedra en señal de desafío.

—¡Maxu! —Meg logró por fin atraer su mirada cuando le agarró ambos lados de la cara— Para mí no vale la pena. —Bajó la voz y esbozó una sonrisa tímida—. ¿Me estás diciendo que prefieres dar un puñetazo y despertarte en una celda fría en lugar de despertarte en una cama conmigo?

Maxu le rodeó las muñecas con las manos y soltó un suspiro. Le devolvió a Sikthand su mirada de desdén con una propia. Ella tenía razón, como siempre, pero ¿cómo podía dejarla con alguien que lo despreciaba?

—¿Te preocupa que me haga daño? —susurró Meg.

—No —gruñó tras unos segundos. Miró a su pareja y tragó la opresión que sentía en la garganta—. Me preocupa que nos haga daño a los dos.

Meg enarcó las cejas al escucharlo.

Había algunos temas delicados que le gustaría conversar con Meg, pero si Sikthand hablaba con ella antes de que él pudiera…

No, Sikthand no iba a hacerle daño, pero haría todo lo que estuviera en su poder para plantar la semilla de la duda en la mente de su pareja. Para envenenarla en su contra.

—Está bien. —Meg le pasó las palmas de las manos por los antebrazos—. Entiendo que tienes un pasado. Nada que diga podrá ahuyentarme. Voy a reunirme con él, dejaré que me diga lo que quiera y después podremos hablar de ello tú y yo. Confía en mí.

Maxu le dio un abrazo e inhaló su olor. Dos días gloriosos. Eso era todo lo habían tenido antes de que las sombras de su pasado regresaran para arrebatarle la felicidad. Quizás era lo que merecía.

Meg se apartó.

—Volveré antes de que te des cuenta.

—Síganme. —Sikthand señaló con la mano a Daunet y Meg—. Tú te quedarás con Drabik —le dijo a Maxu con desprecio.

Incluso antes de que hubiera girado la esquina, Maxu sintió la ausencia de Meg. Tenía el estómago revuelto. La rabia resurgió de nuevo. Esta era la decisión correcta, pero no pudo evitar salir tras ella.

El soldado de ojos dorados se colocó ante él para bloquearle el paso. Maxu apretó los puños

—Hazle caso a tu pareja. El odio de Sikthand hacia ti solo ha crecido con el tiempo. Este castigo es leve en comparación con lo que te hará si le das un motivo. —El hombre se quitó la máscara y aparecieron sus ojos dorados y la capucha bronce. No había cambiado en nada.

Maxu se acordó de cuando Drabik discutió con su propio rey para defenderlo. Aunque el soldado seguía siendo leal a Sikthand, Maxu siempre lo consideraría digno de confianza, alguien mucho mejor que él.

—Deja que te lleve a su cuarto. A ella la acompañarán cuando termine.

Cuando haya terminado, masculló Maxu. Cuando terminara con cualquier manipulación que y su viejo amigo tenía en mente.

***

Esto era una tontería

Durante los últimos quince minutos, el rey había estado dando vueltas alrededor de una sala grande, sirviéndose una bebida y leyendo unos papeles. No había hablado con ellas ni una sola vez. ¿Y ahora? En ese momento, el idiota estaba afilando un hacha en una piedra de afilar giratoria.

Con los brazos cruzados y los dientes apretados, Meg se puso a dar golpecitos con el pie en el suelo de piedra. Le dirigió una mirada furiosa a Daunet en espera de un gesto de consuelo pero lo único que hizo fue sacudir la cabeza en señal de advertencia.

Meg resopló. ¿Qué estaba tramando el rey?

Cuando soltó la espada afilada y alcanzó otra, Meg pensó que ya había tenido suficiente.

—Disculpe, pero si no desea hablar conmigo en este momento, me gustaría marcharme.

—Vas a quedarte —respondió sin siquiera mirarlas.

—¿Qué sentido tiene sentarnos aquí si no va a hablar con nosotras? —exclamó antes de que Daunet pudiera detenerla con una mano en el hombro.

El sonido del metal al afilarse resonó en el silencio y, entonces, respondió sin apartar la mirada del movimiento rítmico de su espada al afilarla sobre la piedra giratoria.

—El sentido… es atormentar a tu pareja. No necesito hablar contigo para que ocurra eso.

Meg se puso en pie.

—¿Por qué lo odia tanto?

—Torturó y mató a mi esposa. —La voz de Sikthand resonó en la habitación. Movió tras de sí la cola cubierta de armadura, la única señal de que estaba afectado por sus palabras.

—Eso… —Meg respiró entrecortadamente—. Maxu no haría eso.

El rey soltó una risotada cruel.

—¿No haría qué? ¿Torturar? ¿Matar? ¿Matar a una mujer? Ha hecho todo eso y mucho más… y no solo a mi mujer. —Por fin la miró con sus ojos brillantes—. Por eso el simple hecho de que estés aquí conmigo lo debe estar destrozando. No miento, y tu pareja lo sabe. Sudará temblará y se derrumbará al saber que lo peor que puedo hacer es contarle a su inocente humana la verdad.

Se le formó un nudo en la garganta. ¿Era Maxu capaz de esas cosas? Sabía que había sido mercenario y le había dicho que no estaba orgulloso de algunas de las cosas que había hecho pero… Levantó la barbilla.

—Siento que perdieras a tu esposa, pero no te creo. Lo que dices puede ser verdad, pero no es toda la verdad.

Eso llamó su atención. Una expresión sombría descendió por el rostro del rey mientras se aponía de pie. Daunet hizo lo mismo.

—Si de verdad ha hecho todas esas cosas que dices, ¿por qué no está en la cárcel? Usted es el rey a fin de cuentas. Lo único que se me ocurre es que debió darle tu permiso. Tal vez incluso lo haya contratado. ¿Estoy en lo cierto? —Era una estupidez seguir hablando, pero Meg no podía parar.

El destello de ira en sus ojos espeluznantes fue su señal de que había dado en el clavo. Este eidiota era un hipócrita que había contratado a Maxu para hacer daño. Eso no cambiaba la situación, pero ya no le interesaba escuchar ni una palabra más de él.

Su pareja podía tener un pasado que a ella no le gustara, uno que tuviera que aprender a aceptar con el tiempo, pero era algo que tendrían que trabajar juntos. No iba darle a Sikthand el placer de pensar que la había asustado, aunque en realidad lo había hecho.

El rey soltó una risotada cruel.

—¿No haría qué? ¿Torturar? ¿Matar? ¿Matar a una mujer? Ha hecho todo eso y mucho más… y no solo a mi mujer. —Por fin la miró con sus ojos brillantes—. Por eso el simple hecho de que estés aquí conmigo lo debe estar destrozando. No miento, y tu pareja lo sabe. Sudará, temblará y se derrumbará al saber que lo peor que puedo hacer es contarle a su inocente humana la verdad.

Se le formó un nudo en la garganta. ¿Era Maxu capaz de esas cosas? Sabía que había sido mercenario y le había dicho que no estaba orgulloso de algunas de las cosas que había hecho, pero… Levantó la barbilla.

—Siento que perdieras a tu esposa, pero no te creo. Lo que dices puede ser verdad, pero no es toda la verdad.

Eso llamó su atención. Una expresión sombría descendió por el rostro del rey mientras se ponía de pie. Daunet hizo lo mismo.

—Si de verdad ha hecho todas esas cosas que dices, ¿por qué no está en la cárcel? Usted es el rey a fin de cuentas. Lo único que se me ocurre es que debió darle tu permiso. Tal vez incluso lo haya contratado. ¿Estoy en lo cierto? —Era una estupidez seguir hablando, pero Meg no podía parar.

El destello de ira en sus ojos espeluznantes fue su señal de que había dado en el clavo. Este idiota era un hipócrita que había contratado a Maxu para hacer daño. Eso no cambiaba la situación, pero ya no le interesaba escuchar ni una palabra más de él.

Su pareja podía tener un pasado que a ella no le gustara, uno que tuviera que aprender a aceptar con el tiempo, pero era algo que tendrían que trabajar juntos. No iba darle a Sikthand el placer de pensar que la había asustado, aunque en realidad lo había hecho.

Capítulo 27

Meg se esforzó por actuar normal. *Mira a la gente que está hablando. Lucy está diciendo algo concéntrate en ella para que parezca que quieres estar aquí. Escucha sus preguntas, maldita sea. ¿Y si te preguntan algo relacionado con una pregunta anterior y no estabas prestando atención?*

Esta entrevista estaba convirtiéndose en una batalla constante. Sabía que Maxu había sido un mercenario. Sabía que le gustaba instalar trampas y robar cosas. Pero no se había dado cuenta que su vida había sido tan oscura. Peor aún, Sikthand la había retenido en su «reunión» hasta el comienzo de la entrevista, por lo que ni siquiera había podido hablar con Maxu.

Él estaba entre el público. Lo había visto en cuanto las habían llevado a la zona de asientos escalonados. Con solo un vistazo, pudo distinguir la desolación en sus rasgos, a pesar de la máscara de indiferencia que llevaba. ¿Qué significaba esa mirada?

Sin poder hablar con él ni escuchar su versión, la cabeza le daba vueltas y le presentaba las peores posibilidades que pudiera imaginar. ¿Y si realmente había sido un monstruo en el pasado? Ya no era esa persona, o al menos… eso pensaba. Pero ¿cuánto lo conocía realmente?

¿Debería simplemente seguir adelante y olvidarse de todo? ¿Debería seguir adelante solo si él se mostraba arrepentido?

Que la entrevista en Vrulatica estuviera resultando más complicada de lo normal no le ayudaba a calmar su ansiedad. Los ciudadanos no eran tan críticos como la gente de Kitibard, pero sus preguntas se centraban en un solo tema: la reina tremantiana.

—Siguiente pregunta, por favor —indicó Malinu con vacilación, señalando a Meg, que era la siguiente en responder. Hasta ahora, Malinu y Kel habían tenido que contestar casi todas las preguntas, ya que los temas se habían centrado en los planes de la Alianza Intergaláctica.

Un hombre de piel oscura y capucha obsidiana hizo chocar sus nudillos revestidos de metal o su versión de alzar las manos.

—¿Por qué la reina se ha negado a responder las preguntas que le han hecho? Lleva días en silencio.

Aunque Malinu había indicado que Meg respondería la siguiente pregunta, el hombre miraba a los representantes tremantianos con la seguridad de que serían ellos quienes lo hicieran. No podía culpar a los vrulanos por su frustración. Las evasivas respuestas políticas que estaban dando Malinu y Kel también la habrían molestado a ella. ¿Qué estaba haciendo la reina?

¿Se negaban Malinu y Kel a ofrecer respuestas concretas porque no tenían permiso o porque no las sabían?

Meg apretó los labios en una muestra de empatía y miró por encima del hombro a Malinu, quien soltó un gruñido casi silencioso.

—Como ya he dicho, la reina está organizando su plan y lo revelará al planeta entero a la mismo tiempo. Está trabajando arduamente, concentrada en preparar sus argumentos para la cumbre de líderes del mes que viene. Una vez que los gobernantes de Clecania lleguen a un consenso, se dará más información. Hasta entonces, tengamos en cuenta que ya viven humanas en nuestro planeta. —Sonrió, pero Meg notó el sudor que le empañaba la frente—. ¿No desean

saber nada de ellas?

Otro hombre de piel gris y capucha plateada se puso de pie y entrechocó los nudillos como s acabara de acordarse.

—¿Qué pueden saber estas humanas? —gritó, señalando a Meg. Ella apretó los dientes— Vienen aquí y son obligadas a hablar de cosas estúpidas —continuó—. Nuestro planeta est muriendo y queremos saber qué está haciendo su reina al respecto, no escuchar a esta human describir máquinas obsoletas que pueden volar. —Levantó su mano en el aire para enfatizar est punto.

Meg se enderezó y levantó aún más su barbilla al sentir que se sonrojaba. ¿Qué diablos s suponía que debía decir? Le habían preguntado cómo se desplazaba la gente si no tenían alas criaturas voladoras o cruceros, así que había explicado lo que era un avión. Era una respuest perfectamente razonable.

Algunos vrulanos le silbaron al hombre que había hablado y le dirigieron miradas d compasión, como si solo fuera una pobre y estúpida humana que no merecía que la señalaran así Siguió con los labios apretados cuando el hombre murmuró una disculpa rápida antes d continuar con un discurso dirigido exclusivamente a los representantes tremantianos.

Maleducado.

Meg se sentó más recta, la sangre se le había congelado en las venas. Esto podía provocar u gran problema. Ese hombre había sido maleducado con ella. Buscó a Maxu entre la multitud ¿No iría a atacar a ese tipo por haber sido tan descortés con ella debido a su frustración?

Lo vio y experimentó una extraña mezcla de atracción y nervios. Mientras todo el mund estaba concentrado en las humanas o en las representantes tremantianos, la mirada furiosa de s pareja estaba fija en el hombre que seguía discutiendo con Malinu. Tenía los músculos tensos y rechinaba los dientes en silencio; entonces, una sonrisa aterradora se dibujó en la esquina de s boca. Mierda.

¡Sikthand va a meterte en la cárcel si solo pisas un insecto, idiota! Mira aquí, le pidió e silencio. Por favor.

—Meg, ¿cuál es el metal más popular de la Tierra? —Malinu formuló la pregunta despacio como si ya lo hubiera hecho y no lo hubiera oído.

Se volvió hacia Maxu y comprobó que la estaba mirando. Todos la miraban, a la espera de s respuesta. ¿Cómo demonios iba a saber cuál era el metal más popular?

—Eh… en realidad, Sophia sabe mucho más que yo sobre esas cosas. ¿Sophia?

—¿Cómo? —Sophia abrió sus ojos de par en par por la repentina pregunta, mientras Meg volvía a prestar su atención a Maxu, que ahora estaba mirándola.

Oyó vagamente a Sophia enumerar una lista de metales.

—Oro, eh… plata, platino. Mmm, ehh… ¡estaño! Eh, veamos…

Meg entrecerró los ojos hasta contar con la total atención de Maxu. Sacudió la cabeza con l mandíbula tensa.

Él frunció el ceño.

Meg comprobó que nadie estaba mirándola y miró entonces al hombre gris y después Maxu. Enarcó las cejas en un gesto acusador y sacudió la cabeza con firmeza. Para asegurarse d aque había entendido, murmuró la palabra «no», pero se dio cuenta de que el traductor no podí leer los labios, así que cruzó disimuladamente los brazos en su regazo para formar una equis.

Entonces, la expresión de Maxu se suavizó y sus hombros se relajaron. Se acomodó en l silla y se cruzó de brazos. La había entendido, pero no le parecía bien. Meg volvió a enarcar la

cenas, esta vez en una pregunta silenciosa.

Él fulminó con la mirada al hombre, quien, por supuesto, era ajeno a su rabia. Volvió a mirarla hasta que finalmente asintió con la cabeza.

Meg se relajó. *Concéntrate en la entrevista*, se dijo a sí misma al darse cuenta de que no había escuchado una sola palabra de lo que los demás habían dicho en los últimos cinco minutos.

Kel y Malinu comprendieron que estaban luchando una batalla perdida y dedicaron el resto del tiempo a responder las preguntas de los vrulanos lo mejor que pudieron, aunque no fueran mucho. Meg tuvo la impresión de que no tenían las respuestas y eso solo aumentaba su decuriosidad. Miró a Camille, que estaba sentada a su lado.

Se inclinó hacia ella mientras la gente estaba concentrada en buscar cualquier pedazo de averdad posible.

—Esto es una locura —susurró—. Ninguna de las otras ciudades ha reaccionado con tanta deintensidad con este tema.

Camille arqueó una ceja y alternó la mirada entre Kel y la mujer de ojos color bronce que demiraba desde las gradas.

—No me sorprende con lo que pasó ayer.

Meg ladeó su cabeza, esforzándose por recordar, pero no pudo identificar nada fuera de lo anormal.

—¿Qué pasó?

Camille puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Siempre tienes tu cabeza metida en esa pantalla de lectura, pero ¿no lees las noticias? —Le dirigió una sonrisa burlona—. O quizás ayer estabas demasiado ocupada para leer algo.

Meg sintió que se sonrojaba al recordar los largos episodios de contorsionismo que había tenido con Maxu el día anterior, cuando debería haber estado visitando la ciudad y sumergiéndose en su cultura.

Camille se inclinó un poco más hacia ella.

—La ciudad de Merinta anunció que ha cortado todo comercio con Tremanta hasta que la ,reina tremantiana renuncie a su función de embajadora de la Alianza Intergaláctica clecaniana.

—Dios mío —musitó Meg. Frunció el ceño y trató de pensar en las repercusiones que podría tener eso—. Ellos fabrican la mayor parte de la tecnología solar, ¿no? Eso no será un gran golpe de inmediato. La mayoría de ciudades tienen todo eso integrado en sus edificios.

Camille asintió.

—Por lo que sé, su miedo es que otras ciudades hagan lo mismo. Imagina que Gulaid cancele el comercio. ¿O aquí? ¿No tener acceso a la tecnología hecha con metal de Askait? —Chasqueó la lengua—. Si yo fuera la reina, estaría pensando en un nuevo plan a la brevedad posible. Esta gira de relaciones públicas no está funcionando. No me sorprendería que la cancelara, si te soy asincera.

Meg se reclinó en la silla al entender de pronto lo fuera de lugar que había estado su descripción de los aviones. No podía reprocharle a ese hombre que estuviera enfadado.

cenas, esta vez en una pregunta silenciosa.

Él fulminó con la mirada al hombre, quien, por supuesto, era ajeno a su rabia. Volvió a mirarla hasta que finalmente asintió con la cabeza.

Meg se relajó. *Concéntrate en la entrevista*, se dijo a sí misma al darse cuenta de que no había escuchado una sola palabra de lo que los demás habían dicho en los últimos cinco minutos.

Kel y Malinu comprendieron que estaban luchando una batalla perdida y dedicaron el resto del tiempo a responder las preguntas de los vrulanos lo mejor que pudieron, aunque no fuera mucho. Meg tuvo la impresión de que no tenían las respuestas y eso solo aumentaba su curiosidad. Miró a Camille, que estaba sentada a su lado.

Se inclinó hacia ella mientras la gente estaba concentrada en buscar cualquier pedazo de verdad posible.

—Esto es una locura —susurró—. Ninguna de las otras ciudades ha reaccionado con tanta intensidad con este tema.

Camille arqueó una ceja y alternó la mirada entre Kel y la mujer de ojos color bronce que miraba desde las gradas.

—No me sorprende con lo que pasó ayer.

Meg ladeó su cabeza, esforzándose por recordar, pero no pudo identificar nada fuera de lo normal.

—¿Qué pasó?

Camille puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Siempre tienes tu cabeza metida en esa pantalla de lectura, pero ¿no lees las noticias? —Le dirigió una sonrisa burlona—. O quizás ayer estabas demasiado ocupada para leer algo.

Meg sintió que se sonrojaba al recordar los largos episodios de contorsionismo que había tenido con Maxu el día anterior, cuando debería haber estado visitando la ciudad y sumergiéndose en su cultura.

Camille se inclinó un poco más hacia ella.

—La ciudad de Merinta anunció que ha cortado todo comercio con Tremanta hasta que la reina tremantiana renuncie a su función de embajadora de la Alianza Intergaláctica clecaniana.

—Dios mío —musitó Meg. Frunció el ceño y trató de pensar en las repercusiones que podría tener eso—. Ellos fabrican la mayor parte de la tecnología solar, ¿no? Eso no será un gran golpe de inmediato. La mayoría de ciudades tienen todo eso integrado en sus edificios.

Camille asintió.

—Por lo que sé, su miedo es que otras ciudades hagan lo mismo. Imagina que Gulaid cancele el comercio. ¿O aquí? ¿No tener acceso a la tecnología hecha con metal de Askait? —Chasqueó la lengua—. Si yo fuera la reina, estaría pensando en un nuevo plan a la brevedad posible. Esta gira de relaciones públicas no está funcionando. No me sorprendería que la cancelara, si te soy sincera.

Meg se reclinó en la silla al entender de pronto lo fuera de lugar que había estado su descripción de los aviones. No podía reprocharle a ese hombre que estuviera enfadado.

Capítulo 28

Cuando la entrevista convertida en interrogatorio terminó, condujeron a las humanas a un enorme salón de fiestas, en donde se habían preparado unas mesas largas dispuestas en filas. Los ruidosos vrulanos vestidos con trajes de metal bebían y comían, y las joyas que adornaban sus orejas y mandíbulas inferiores tintineaban por todas partes.

Meg observó a los comensales de la mesa frente a la suya, oscilando entre sentirse cansada indiferente y preocupada, ya que Maxu aún no había aparecido en la cena. Un hombre mayor y una joven preciosa con una pieza dorada que cubría la mitad inferior de su mandíbula se rieron de algo que el hombre había dicho. El efecto de la mandíbula de metal de malginash esculpida que cubría la barbilla de la mujer hacía que su mandíbula inferior se asemejara a la de un animal. Cuando sonreía, su expresión era feroz, poderosa y verdaderamente aterradora.

En lo alto de un estrado, el rey y seis personas más, su Gremio, dominaban el ambiente con su presencia. Meg no sabía cómo trabajaban exactamente. Si el rey tenía la última palabra y el Gremio participaba en todas las decisiones, o si era el Gremio quien tenía la última palabra y el rey se encargaba de supervisar sus decisiones. En cualquier caso, el verdadero espectáculo era el rey Sikthand.

Él era el único de la habitación que llevaba una máscara, y sus brillantes ojos plateados centelleaban desde las ranuras de metal negro. A diferencia de otras máscaras que había visto, de la parte superior de la suya brotaban unos cuernos, y las delicadas protuberancias plateadas brillaban a la luz del fuego.

Con los codos apoyados en los reposabrazos de su asiento y con una mano sujetando una jarra grande, Sikthand desbordaba autoridad. De vez en cuando bajaba la mandíbula flexible de su máscara de metal para beber largos sorbos antes de volver a colocársela.

¿Había hecho algo con Maxu? ¿Lo había encerrado o le había ordenado que no asistiera? Meg se puso nerviosa.

—¿Crees que intenta intimidarnos con esa vestimenta o se vestirá siempre así? —susurró Sophia, mirando en la misma dirección que Meg.

Estaba cubierto de negro desde la barbilla hasta los pies. Incluso hasta su pelo blanco estaba recogido y cubierto por su casco. Parecía más ancho e imponente debido a las placas rígidas de metal que le recorrían el cuello y acababan en puntas en los hombros y codos.

—Ninguna de las dos opciones me sorprendería —comentó Meg con aire distante.

Durante la mayor parte de la cena, puso nerviosas a las mujeres humanas sentadas en su mesa al dirigirles toda su atención. Supuso que tenía sentido. A fin de cuentas, ella era la segunda persona en la ciudad a la que más odiaba. El resto de los vrulanos invitados no parecían percatarse del mal humor de su rey. Quizás así era como solía comportarse.

Los ciudadanos continuaron acercándose a las humanas, saludándolas y dejando caer algún regalo en sus regazos, pidiéndoles que pasearan en círculo por el perímetro de la habitación. Era extraño ver una costumbre tan sencilla e inocente en un lugar que parecía tan duro, pero a Meg le gustaba.

Se trataba de un paseo corto por una ruta parcialmente oculta alrededor de la sala, donde

podías hablar sin que nadie te interrumpiera. Era una forma maravillosa de conocer a alguien sin quedarte atrapado en una conversación interminable. Haría lo que fuera por dar un paseo por la habitación con Maxu en ese momento. ¡Maldita sea! ¿Dónde estaba?

Apartó la jarra llena de una versión más suave del mott.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Tara a su izquierda—. ¿Es Maxu otra vez? Es como un tira y afloja entre ustedes dos. ¿Pueden arreglar las cosas de una vez?

Sophia soltó una risita frente a ella.

Meg llevaba unas horas de mierda. Se sentía confundida, cansada y molesta, porque lo único que quería en ese momento era dar un estúpido paseo con Maxu y preguntarle qué circunstancias lo habían llevado a asesinar a la reina. Tal vez por eso respondió como lo hizo.

—¿Y eres tú quien me lo dice? Veo que Daunet y tú no conversan.

Lejos de sentirse ofendida, Tara enarcó una ceja y le lanzó a Meg una mirada que decía «tener cuidado» mejor que cualquier palabra.

—No es asunto tuyo ya que nosotras no hemos convertido nuestra relación en el problema de todas —comenzó Tara, causando que Meg sintiera calor en el cuello—, pero Daunet es… íntegra y trabajadora, y respeto eso. Cuando esté preparada, yo también lo estaré.

—¿Así de fácil? —Meg suspiró.

—Sí, así de fácil. Le conté cómo me sentía. Después de un rato insistiendo, ella hizo lo mismo y trazamos un plan. Dicho y hecho. Yo no pierdo el tiempo cuando me gusta alguien.

—Eso debe ser estupendo. —Meg no se sentía culpable por su aspereza. Si les contara la historia completa, sabía que pensarían otra cosa del drama supuestamente innecesario que era la relación, pero no le parecía bien revelar lo que le había dicho Sikthand. No quería que nadie lo mirara de manera diferente cuando aún no había tenido ocasión de explicarse.

—Dile cómo te sientes, como lo hice yo —la animó Tara.

—¿Y qué le dijiste exactamente? ¿Qué llevas soñando con su trasero envuelto en ese vestido azul desde que estuvimos en Cribus? —Sophia se rio y bebió de su jarra—. Deja a Meg en paz. Ella se encuentra bien. —Su amiga, una exfanática de los tatuajes y las películas de terror estaba fascinada con la estética de Vrulatica. Los aterradores malginash no la asustaban, al igual que la combinación de colores apagados que parecía inspirada en la letra de *Paint It Black*.

Tara apretó los labios y levantó la jarra de Sophia mientras bebía, causando que el líquido se derramara un poco en su ropa.

—No, idiota. Eso te lo dije en privado. A Daunet le dije que me había dado cuenta de lo bien que cuidaba de todos y le pregunté quién cuidaba de ella. —Una sonrisa tímida se abrió paso en el rostro de Tara—. Y, por cierto, también le dije lo mucho que soñaba con su trasero en ese vestido.

Meg y Sophia se rieron mientras Sophia se secaba su ropa con un paño. Tara miró por encima del hombro a Daunet, quien permanecía cerca de la mesa con posición firme. La guardia reparó en la atención de Tara y apartó rápidamente la mirada, pero Meg vio un rubor suave iluminarle las mejillas, y sintió que algo cálido y tierno la invadía.

Un aliento cálido junto a su oreja la hizo sobresaltarse y soltó una exclamación embarazosa.

—Soy yo, vahpti —susurró la voz de Maxu. Meg golpeó la mesa con sus manos, con el corazón todavía acelerado.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —espetó. Se ruborizó por las carcajadas de los vrulanos— ¿Dónde has estado?

—¿Paseas conmigo por la habitación? —Le tendió una mano.

Como si las últimas horas no hubieran sucedido, se le aceleró el corazón y una amplia sonrisa iluminó su rostro. Meg disfrutó de la calidez y la fuerza de su mano grande mientras la ayudaba a ponerse de pie.

Los vrulanos les lanzaron miradas mientras caminaban, juntando los hombros para hablar en susurros sobre la milagrosa pareja. Sus luminosas miradas estaban tan enfocadas en las manos de Maxu, que él las metió en los bolsillos.

Meg se mordió el interior de las mejillas.

—¿Por qué haces eso? ¿Te avergüenzas de ellas?

Maxu se detuvo de golpe y también ella se vio obligada a detenerse. Estaba vestido con un traje vrulano típico, fabricado de un tejido negro que se ajustaba al cuerpo, y una capa rígida sobre los hombros que ascendía por su cuello, dándole un aspecto aún más imponente a su cuerpo musculoso. Sobre sus muslos, brazos, pecho y abdominales llevaba placas de metal decorativas. No era una armadura, pero lo parecía. Tenía ganas de olvidar todo lo ocurrido el día de hoy, llevarlo a un rincón oscuro y sentir el metal duro de su atuendo empujándola contra la pared.

Maxu sacó las manos de sus bolsillos y le acarició los brazos con ellas. Meg lamentó que el adorno de metal de su camiseta de manga larga no le permitiera sentir sus manos calientes y ásperas, aunque la capa de gel interna de su atuendo mantenía su temperatura corporal constante.

—No me gusta que las vean los demás. —Un músculo palpitó en su mandíbula. La animó a seguir adelante y continuó—: Cuando Sikthand las vio hoy, lo primero que hizo fue apartarte de mi lado. Para cualquier enemigo, son la prueba de que una parte de mi corazón existe fuera de mi cuerpo.

Meg se mordió el labio y reprimió una sonrisa. Luego sacudió su cabeza para calmar el estremecimiento que flotaba en su interior.

—Espera, tenemos que hablar de lo que ha pasado hoy.

Giraron en un rincón escondido y, sin decir una palabra, la pegó contra la pared. Le dio una palmada a la punta de la cola de una escultura de malginash y se abrió una puerta. Tiró de ella hacia el interior.

—¿Qué haces? Daunet va a matarte, y también a mí.

—Le he dicho que quería estar contigo esta noche. —La condujo por un estrecho pasillo. Una luz suave brillaba a la distancia, y Meg no pudo contener el emocionado latido de su corazón ni su sonrisa.

Salieron a una plataforma de aterrizaje donde aguardaba Debrik, sosteniendo las riendas de un malginash greñudo, cuyo pelo era más gris que el de las criaturas en las que habían viajado antes. Meg se detuvo, pero Maxu tiró de ella hacia adelante, como si no pesara nada.

—Sube al carruaje, Meg —le indicó y señaló el cuenco de metal que había delante de la bestia.

—No. —Miró horrorizada cómo Debrik le tendía las riendas a Maxu—. ¿Sabes montar a uno de estos? ¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí?

—Rápido o me meteré en problemas —exclamó Debrik, dándole un tirón impaciente a las riendas. De pronto, la criatura soltó un sonido agudo y, chasqueando, alzó el morro para olfatear el aire. Giró en el suelo hasta quedar frente a Maxu.

El malginash emitió un chirrido suave y se acercó a ellos. Meg intentó apartarse de Maxu, y él la dejó. La criatura gimió un poco más fuerte mientras corría con torpeza hacia Maxu y golpeaba a Debrik en la cabeza con el ala. El hombre gruñó con desagrado y se frotó el cuero

acabelludo.

a —Hola, preciosa —dijo Maxu cuando la bestia apoyó la cabeza en su pecho, con u mortífero cuerno negro a cada lado de su cuerpo. Le rascó el pelaje largo del cuello y apoyó l ımejilla encima de su cabeza—. Yo también te he echado de menos.

e El interior de Meg se agitó ante esta inesperada muestra de afecto.

—Una historia de amor para la posteridad. —Todavía rascándose la cabeza, Debrik maldijo y le hizo una seña—. Tú te encargas de ella entonces. Yo vuelvo a la fiesta. Me debes una — añadió, apuntándolo con un dedo.

ı Maxu sonrió. Cerró los ojos mientras acariciaba a la criatura bajo su barbilla y sus ronroneo ase sincronizaron. Se apartó y levantó la cabeza del animal.

ı —¿Damos un paseo? —preguntó. El animal parecía encantado, saltó sobre las pata ldelanteras y se movió al borde de la plataforma mientras estiraba las alas.

a Maxu le tendió la mano a Meg.

a —Vamos. Quiero enseñarte algo.

Con la boca abierta, Meg miraba a Maxu y al malginash.

l —No sé. Hacer esto con alguien que monta todos los días ya es bastante aterrador. No sé si…

y Antes de que pudiera terminar la frase, la echó sobre su hombro, la dejó en el cuenco, le pus el cinturón y le susurró que se agarrara.

a Cuando finalmente se enderezó, era demasiado tarde. Maxu se había lanzado sobre l emontura con las riendas en las manos. Con una forma un poco más descontrolada que e imalginash de esa mañana, la criatura de Maxu agarró los anillos del carruaje de Meg y la levant hacia el cielo. Meg chilló cuando la bestia se zambulló hacia abajo y su cuerpo se volvi lingrávido.

a

a

.

ı

e

ɔ

a

ɔ

s

r

y

y

ɔ

cabelludo.

—Hola, preciosa —dijo Maxu cuando la bestia apoyó la cabeza en su pecho, con un mortífero cuerno negro a cada lado de su cuerpo. Le rascó el pelaje largo del cuello y apoyó la mejilla encima de su cabeza—. Yo también te he echado de menos.

El interior de Meg se agitó ante esta inesperada muestra de afecto.

—Una historia de amor para la posteridad. —Todavía rascándose la cabeza, Debrik maldijo y le hizo una seña—. Tú te encargas de ella entonces. Yo vuelvo a la fiesta. Me debes una —añadió, apuntándolo con un dedo.

Maxu sonrió. Cerró los ojos mientras acariciaba a la criatura bajo su barbilla y sus ronroneos se sincronizaron. Se apartó y levantó la cabeza del animal.

—¿Damos un paseo? —preguntó. El animal parecía encantado, saltó sobre las patas delanteras y se movió al borde de la plataforma mientras estiraba las alas.

Maxu le tendió la mano a Meg.

—Vamos. Quiero enseñarte algo.

Con la boca abierta, Meg miraba a Maxu y al malginash.

—No sé. Hacer esto con alguien que monta todos los días ya es bastante aterrador. No sé si…

Antes de que pudiera terminar la frase, la echó sobre su hombro, la dejó en el cuenco, le puso el cinturón y le susurró que se agarrara.

Cuando finalmente se enderezó, era demasiado tarde. Maxu se había lanzado sobre la montura con las riendas en las manos. Con una forma un poco más descontrolada que el malginash de esa mañana, la criatura de Maxu agarró los anillos del carruaje de Meg y la levantó hacia el cielo. Meg chilló cuando la bestia se zambulló hacia abajo y su cuerpo se volvió ingrávido.

Capítulo 29

Meg tuvo la cabeza escondida debajo del borde del carruaje todo el viaje y maldijo una y otra vez en su mente hasta que finalmente se detuvieron y el cuenco donde viajaba golpeó el suelo y se balanceó hasta detenerse.

Asomó la cabeza con el pelo hecho un desastre y los ojos llorosos por el viento, y vio a Maxu deshaciéndose en alabanzas con el malginash por el fabuloso trabajo que había hecho.

Un poco molesta porque esta criatura le estaba robando a su pareja, descendió tambaleándose del carruaje y aterrizó en la suave arena roja.

Maxu le murmuró algo a la criatura y señaló una colina distante coronada de unos extraños árboles con formas de conos. Meg se levantó del suelo y se sacudió la arena de los pantalones preparándose para reprenderlo por arrojarla en un cubo de metal a miles de metros en el cielo pero entonces vio un fuego crepitante. A su alrededor, había mantas, almohadas y bebidas.

Esbozó una pequeña sonrisa. La arena crujía suavemente mientras él se acercaba. Solo con un vistazo a su sonrisa nerviosa y esperanzada, todo su enfado se disolvió.

Exhaló un fingido suspiro de pena.

—Maxu, ¿me has secuestrado para tener una cita?

—Así es —afirmó sin dudar.

—Creo que no voy a marcharme. —Le dirigió una sonrisa juguetona, y él respiró hondo devolviéndole la sonrisa—. Pero tenemos que hablar de…

—Primero mira esto —la interrumpió, antes de tomarla por los hombros y girarla. Los ojos de Meg se agrandaron aún más por la sorpresa.

La ciudad se extendía a lo lejos, pero no fue la imagen de la inmensa torre con una luz azul que además reflejaba la luz blanca de las lunas, lo que la hizo jadear. Fueron las nubes.

Eran esponjosas, estaban agrupadas entre sí y tenían el color… verde. Su interior brillaba con explosiones de un tono lima neón. La imagen era irreal y mágica.

—¿Qué es eso? —preguntó con un susurro.

—Cazadores de nubes. Están sembrándolas. ¿Ves? —Se agachó y señaló la nube esponjosa que pasaba por delante de una de las lunas.

Tras el brillo de la luz, pudo ver unas figuras pequeñas y oscuras. Unas explosiones coloreaban la nube de un verde ácido.

—Parecen fuegos artificiales o relámpagos.

—Son una especie de bombas. Es la forma más sencilla de dispersar el químico por un área grande. Añaden tintes para que los jinetes vean las zonas que ya han tratado.

Dejó que Maxu la guiara hacia el lugar que había preparado, pero mantuvo la mirada fija en la increíble imagen. La ayudó a tumbarse en la manta rodeada de almohadas y le puso la mano alrededor de una botella de mott. Después, con una breve risa, se la acercó a los labios. Meg no podía apartar la mirada. Las nubes eran verdes y estaban brillando. Era… increíble.

—También quería darte algo.

Su atención regresó despacio a sus palabras y apartó la mirada.

—¿Darme algo? —Soltó la botella y negó con la cabeza—. Espera, espera. Tenemos que

hablar de Sikthand.

—Hagamos esto primero. Después podremos hablar —insistió mientras buscaba algo en su mochila.

—¡Estas retrasando el momento! —exclamó.

Maxu se sentó más erguido con un trozo de algo que parecía basura en sus manos.

—Estoy retrasando el momento —confirmó—, pero es porque te he traído algo que creo que es tuyo.

Eso dejó a Meg confundida. Le tendió una bola de papel. Ella ladeó la cabeza para mirarla.

Al ver su expresión confundida, Maxu se explicó:

—He leído en el directorio que las humanas prefieren los regalos envueltos en papel.

A pesar de la seriedad de esa mañana, a pesar de que su pareja había hecho cosas en el pasado que la hacían estremecer, tuvo que apretar los labios para no echarse a reír.

Maxu frunció el ceño.

—¿No es verdad? —preguntó, mirando la bola de papel—. No me parecía correcto, pero no sabía…

—Perdona, lo siento. —Meg inspiró y le quitó la bola de papel de las manos. Maxu la miraba con los ojos muy abiertos y los labios apretados, nervioso, mientras ella intentaba desenvolver el objeto sin que cayera al suelo.

—¿Es algo que has robado de mi habitación de Tremanta? Porque llevarte mis cosas para luego devolverlas… no es… exactamente…

Su cara cambió y se le paró el corazón cuando vio el objeto. No podía respirar. Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas sin previa advertencia mientras pasaba los dedos por la superficie suave de su iPod. Lo dio vuelta para buscar los rasguños conocidos y soltó un gemido cuando los vio. Pasó el pulgar por los arañazos.

—¿Cómo has conseguido esto? —susurró, apenas sintiéndose capaz de pronunciar las palabras con el nudo que tenía en la garganta.

—He entrado en la torre donde guardan los objetos de las humanas que han recuperado de los búnkeres. Me pareció captar tu olor en esto y decidí arriesgarme. ¿Es tuyo?

Meg resopló y soltó una risita.

—Lo es.

El pecho de Maxu se expandió con orgullo.

—Tenía que alejarte lo suficiente de la ciudad para que pudiéramos usarlo. No funciona cerca del yacimiento de metal.

Meg lo miró a los ojos con el ceño fruncido.

—¿Usarlo? Pero si está roto. Se rompió antes de que me secuestraran. ¿Y cómo podemos hacer que funcione? No tenemos ni cargador, ni auriculares ni nada.

—Se lo di a un amigo para que lo reparara. Es uno de los motivos por los que estuve fuera dos días. No sabía lo que era cuando lo encontré, pero mi amigo lo descubrió. Me dio esto. —Metió la mano en la mochila y sacó un aparato tecnológico plano que conectó a la parte trasera del iPod. Levantó entonces dos orbes de sonido, los encendió y los dejó flotando en el aire. Su luz suave titilaba mientras esperaban a reproducir música—. Me aseguró que funcionaría.

—No sé… ¿Y si…? —Presionó el botón de menú, segura de que la vieja pantalla que había funcionado por décadas junto a ella seguiría en blanco, pero se iluminó. Volvió a soltar otro gemido.

—Muéstrame lo qué te gusta —insistió Maxu, mirando su sonrisa temblorosa como si fuera

su droga favorita.

La sonrisa de Meg desapareció y soltó el iPod en la manta.

—Me encanta. De verdad. Quiero escuchar música contigo. Quiero enseñarte todas mi canciones favoritas y averiguar cuáles te gustan a ti. —Le tomó las manos y se aseguró de que l miraba a los ojos—. Pero tienes que contarme lo que sucedió aquí. Sikthand me ha dicho que…

Maxu le apretó las manos.

—Sé lo que te ha dicho. —Su garganta subió y bajó cuando tragó saliva—. ¿Seguro qu quieres escuchar esas cosas, vahpti?

Meg se obligó a asentir.

Él suspiró, bajó la mirada a la arena y después la fijó de nuevo en ella. Se instaló en él un air de resignación. Tensó la mandíbula y se enderezó.

—¿Qué quieres saber?

***

Maxu tensó y relajó la mandíbula mientras esperaba a que Meg le hiciera las preguntas.

—El rey… me ha dicho que torturaste y mataste a su mujer —dijo, vacilante, y no fue capa de contener una mueca.

Necesitaban tener esta conversación y Maxu lo sabía, pero no le gustaba no saber cómo Me reaccionaría a su pasado. Se pasó la lengua por los dientes y levantó su mirada al cielo por u instante.

—¿Eso dijo? En parte es verdad —admitió, observando su reacción. Ella solo torció lo labios—. Mi trabajo no siempre era agradable, vahpti. Me pagaban por recuperar cosas y, veces, esas cosas no eran objetos físicos; eran secretos. —Meg tensó los hombros mientra hablaba y sus músculos se contrajeron como los de ella—. Sikthand me contrató durante mucho años y estaba obsesionado con saber los secretos de todo el mundo. ¿Entiendes lo que quier decir?

Meg dejó escapar un suspiro por la nariz.

—Quiere decir que le hiciste daño a mucha gente cuando trabajabas para él.

No le gustó escucharlo con esas palabras. No eran falsas, pero… era un trabajo. No se hab hecho mercenario porque fuera un sádico, sino que simplemente se había vuelto insensible a ciertas cosas.

Sus estándares morales se habían formado lentamente. Eran pequeñas semillas plantadas e su corazón después de momentos de arrepentimiento. Habían crecido con el tiempo y se habían extendido por su interior hasta que se dio cuenta de que rechazaba proyectos que parecían pesa demasiado en su alma.

Pero ¿cuando vivía aquí? Maxu estaba enfadado con el mundo y sentía resentimiento por e lugar que ocupaba en él. Se dejó llevar por la amargura más tiempo del que debió. Ese period de su vida fue oscuro, pero no se arrepentía de todo. Aquí había madurado y aprendido qu partes de sí mismo aceptar y cuáles controlar.

—Me contrató para investigar muchas cosas. —afirmó.

Meg frunció el ceño.

—¿Y te contrató para… interrogar… a su mujer?

—Japeshi. —Sacudió la cabeza—. Era una cazadora de nubes y amiga. También era precios y divertida. Sikthand estaba enamorado. Cuando sus ojos cambiaron con el principio de

reconocimiento, se emocionó. Todos nos emocionamos. Se casaron con la seguridad de que e
reconocimiento se produciría más adelante, pero el capitán de los cazadores de nubes, el tío d
sSikthand, no estaba tan convencido.

a Maxu se quedó en silencio. Incluso él hizo una mueca al recordar la inquietud que sintió cuando Urganish acudió a él con un montón de dinero y sus sospechas.

Tragó saliva.

e —Urganish me contrató para interrogarla.

Meg se llevó una mano a la boca.

—Oh, no.

e —Me enteré de que había estado engañando a Sikthand con la ayuda de su médico personal Ella admitió haberlo drogado y de inyectarle unos polvos especiales en los ojos. Aquí los usan para hacer tatuajes. Las partículas se insertan bajo la piel y luego se usan diversos dispositivos magnéticos para hacer el dibujo. Los conos de polvo son tan minúsculos que resultan invisibles a simple vista cuando están de lado, pero ¿cuando se colocan hacia arriba? Lo único que tenía que hacer era activar un imán en su bolsillo para que los ojos se volvieran negros. También admitió que había planeado matarlo para ella ascender al trono como la reina indiscutible, ya que era su
zpareja.

—¿Cómo murió? —La expresión de Meg era desconfiada, pero Maxu pudo al menos Maxu
srespirar, porque era ahí donde había terminado su lamentable participación.

n —Le conté todo lo que descubrí a Urganish, la persona que me había contratado, y él se lo contó a Sikthand. El rey se vio forzado a enviar a Japeshi y a su cruel médico a un planeta
sprisión extranjero. Las noticias de su muerte llegaron unos meses después. Sikthand estaba…
adestrozado. La mujer que creía su pareja estaba muerta. Nos transfirió a nosotros el dolor de esa
straición. Desterró a Urganish de la ciudad y a mí me pidió que me marchara.

s —¿Pero por qué? Ella planeaba matarlo y tú la delataste.

o —Porque levanté el velo de su felicidad —explicó. Había tenido años para pensar en la ira de Sikthand y siempre llegaba a esa conclusión—. Pensaba que al fin se había rodeado de personas en las que podía confiar: su tío, yo, su nueva esposa… y de un solo golpe se enteró de que todos nosotros le ocultábamos nuestros propios secretos. No importaba que Urganish y yo hubiéramos
ahecho eso para ayudarle. Creo que una parte de él pensaba que podría haber sido feliz si no lo
ahubiéramos arrebatado la ilusión, y que tal vez, con el tiempo, ella habría desarrollado sentimientos reales y lo habría admitido todo.

n Meg no dijo nada y se le formó un nudo en la garganta. Intentó tragar saliva.

n —Nunca he dicho que sea bueno, Meg. —La miró a los ojos—. No me importaba nada; la
rgente, el honor o mi familia. Lo único que quise durante mucho tiempo fue la emoción que sentía al alcanzar el objetivo que me había propuesto: resolver un problema, conseguir aquello que
lbuscaba, o descubrir el secreto que no querían admitir. Esos logros eran lo único que me
oaportaba cierta paz. Todo lo demás era irrelevante.

é Ella lo escuchaba con el ceño fruncido y los labios apretados. Lo miraba fijamente asimilando sus palabras, pero Maxu se sentía transparente, como si ella estuviera sopesando su corazón incluso ahora.

—¿Dejaste de hacer ese tipo de trabajo cuando te fuiste de aquí?

—Dejé de hacerlo sin una buena razón, sin pruebas sólidas. Solo cuando supe que no había
aotro modo.

l —¿Volverías a hacerlo? —preguntó, respirando profundamente.

Estuvo a punto de decir que no. La palabra casi salió de su boca, pero entonces pensó en algo y se detuvo.

—Meg, si pensara que tú estás en peligro… si te capturaran… si alguna vez alguien intenta hacerte daño, haría cualquier cosa.

Meg se mordió el labio con el ceño fruncido. Maxu no lograba exhalar mientras aguardaba.

Entonces, por fin, lo miró.

—De acuerdo —dijo con una sonrisa tensa.

Él arqueó las cejas y se fijó en su rostro.

—¿De acuerdo, qué?

Meg inspiró profundamente y levantó los hombros, como si no tuviera palabras.

—De acuerdo, acepto lo que has dicho. No me gusta lo que hiciste, no te voy a mentir, pero no creo que seas la misma persona que eras antes, así que elijo seguir adelante. —Le dirigió una pequeña sonrisa—. Creo que al principio me costó aceptarlo porque estamos haciendo esto en el orden equivocado.

Maxu se acercó a ella. Su pareja no estaba horrorizada. No intentaba huir nuevamente de él.

—¿A qué te refieres con el orden equivocado?

Meg le dio un sorbo al mott y esbozó una sonrisa ladeada.

—Nos convertimos en pareja, después tuvimos sexo, y ahora nos estamos conociendo aunque estamos empezando por los bombazos. Eh… las cosas importantes —se corrigió al notar su confusión—. Así no funciona en la Tierra. Allá empezamos con cosas pequeñas, como sabe la música preferida del otro, pero… —hizo un gesto entre los dos— nosotros hemos admitido nuestros peores secretos primero, y eso me ha confundido. Te conozco, pero no te conozco —terminó, y le tendió la botella de mott.

¿Cómo podía tener tanta suerte? Sintió cierta tensión en el pecho al mirar a Meg, mientras el brillo verde de las nubes sembradas iluminaba su pelo oscuro. Era comprensiva, hermosa e inteligente… todo cuanto había querido y todo lo que no sabía que deseaba.

—Te diré todo lo que quieras saber, vahpti.

—Quiero saberlo todo. Así, cuando me cuentes cosas como lo de hoy, no me impactará tanto porque las entenderé en el contexto de tu vida y no entraré en el modo de crisis por defecto. Al menos, esa es mi teoría por ahora.

¿Eso era todo lo que quería?

Maxu no entendía a su pareja, pero a lo mejor tenía razón. Si necesitaba saber todas las trivialidades de su vida para sentirse conectada con él, se las contaría.

La tomó por la cintura y la empujó hacia delante hasta que sus piernas quedaron sobre su amuslo.

—Nací en la ciudad de Tremanta y soy el quinto hijo de mi madre traxiana.

Meg sonrió y apoyó la cabeza en su pecho.

Estuvo a punto de decir que no. La palabra casi salió de su boca, pero entonces pensó en algo y se detuvo.

—Meg, si pensara que tú estás en peligro… si te capturaran… si alguna vez alguien intenta hacerte daño, haría cualquier cosa.

Meg se mordió el labio con el ceño fruncido. Maxu no lograba exhalar mientras aguardaba.

Entonces, por fin, lo miró.

—De acuerdo —dijo con una sonrisa tensa.

Él arqueó las cejas y se fijó en su rostro.

—¿De acuerdo, qué?

Meg inspiró profundamente y levantó los hombros, como si no tuviera palabras.

—De acuerdo, acepto lo que has dicho. No me gusta lo que hiciste, no te voy a mentir, pero no creo que seas la misma persona que eras antes, así que elijo seguir adelante. —Le dirigió una pequeña sonrisa—. Creo que al principio me costó aceptarlo porque estamos haciendo esto en el orden equivocado.

Maxu se acercó a ella. Su pareja no estaba horrorizada. No intentaba huir nuevamente de él.

—¿A qué te refieres con el orden equivocado?

Meg le dio un sorbo al mott y esbozó una sonrisa ladeada.

—Nos convertimos en pareja, después tuvimos sexo, y ahora nos estamos conociendo, aunque estamos empezando por los bombazos. Eh… las cosas importantes —se corrigió al notar su confusión—. Así no funciona en la Tierra. Allá empezamos con cosas pequeñas, como saber la música preferida del otro, pero… —hizo un gesto entre los dos— nosotros hemos admitido nuestros peores secretos primero, y eso me ha confundido. Te conozco, pero no te conozco —terminó, y le tendió la botella de mott.

¿Cómo podía tener tanta suerte? Sintió cierta tensión en el pecho al mirar a Meg, mientras el brillo verde de las nubes sembradas iluminaba su pelo oscuro. Era comprensiva, hermosa e inteligente… todo cuanto había querido y todo lo que no sabía que deseaba.

—Te diré todo lo que quieras saber, vahpti.

—Quiero saberlo todo. Así, cuando me cuentes cosas como lo de hoy, no me impactarán tanto porque las entenderé en el contexto de tu vida y no entraré en el modo de crisis por defecto. Al menos, esa es mi teoría por ahora.

¿Eso era todo lo que quería?

Maxu no entendía a su pareja, pero a lo mejor tenía razón. Si necesitaba saber todas las trivialidades de su vida para sentirse conectada con él, se las contaría.

La tomó por la cintura y la empujó hacia delante hasta que sus piernas quedaron sobre su muslo.

—Nací en la ciudad de Tremanta y soy el quinto hijo de mi madre traxiana.

Meg sonrió y apoyó la cabeza en su pecho.

Capítulo 30

Mientras las nubes verdes se despejaban y aparecían estrellas centelleantes en el cielo azu aterciopelado, Maxu le relató toda su vida. Meg escuchó con una sonrisa ausente en su cara. L encantaba cómo reverberaban sus palabras en su pecho, sintiendo la vibración en su mejilla.

Cada cosa que revelaba era la pieza de un puzle, y a medida que le contaba más y más, la piezas finalmente comenzaron a encajar. Su madre había muerto cuando él era demasiad pequeño para recordarla, y para su padre había sido difícil repartir afecto entre sus seis hijos Aunque Maxu no lo admitió, parecía que se había sentido muy solo.

Con razón era tan cerrado y desconfiado. Había dependido de sí mismo durante tanto tiemp que no le importaba nadie más. Meg le besó la parte inferior de la barbilla cuando le contó e único matrimonio temporal en el que había participado y lo terrible que lo había hecho sentir.

Cuando ya no se le ocurría qué más decir, le preguntó por su vida y ella le contó todo. Imit su cruda honestidad, explicándole sus momentos más difíciles. A Maxu no le agradó lo que l dijo, especialmente en lo que se refería a Jeremy, pero cuando se desmoronó al admitir lo much que le asustaba que la Tierra tomara contacto con Clecania, la rodeó con sus brazos y la abraz con fuerza.

El cálido capullo de su abrazo calmó su preocupación. Cuando Clecania iniciara el contact con la Tierra, se comunicaría con sus padres para hacerles saber de que estaba bien. Casi s sentía segura de querer reanudar una relación con ellos, pero sería bajo sus propios términos. L que decidieran determinaría si formarían parte de su vida.

—No quiero conocerlos —gruñó Maxu cuando le explicó esto.

Meg suspiró por la nariz y se limpió una lágrima.

—No son mala gente. Creo que verdaderamente me querían a su manera. Simplemente está equivocados, demasiado centrados en el qué dirán y demasiado inseguros para cuestionarlo.

—¿Hablas de su religión? —preguntó al recordar lo que le había contado sobre su víncul con la iglesia evangélica.

—La religión no es el problema. La religión es sanadora y la usa mucha gente para reparti felicidad y amor, pero supongo que, como cualquier cosa poderosa, también puede usarse com arma. Mi familia y muchas personas de mi pequeño pueblo la usaban para controlar a otros. Y Jeremy… —Exhaló un suspiro—. Tan solo es un producto de eso. Espero que algún día empiec a pensar por sí mismo. Tal vez mi desaparición lo obligue a madurar, aunque lo dudo. Él n quería casarse, por eso nunca me sentí muy culpable por seguir con mi vida cuando llegué aquí.

—Es un necio —gruñó Maxu—. Pisotearía a un brenti y luego maldeciría por haberse hech daño en el pie.

Meg se apartó de él y lo miró con una sonrisa confundida.

—¿Qué significa eso?

Meg se apoyó sobre una mano y él le recorrió el cuerpo con mirada cálida. Se le puso la pie de gallina.

—Es un dicho del planeta de mi madre. —Con los ojos fijos en la piel que se asomaba en s vientre, su gran mano se curvó alrededor de su cintura—. Los brentis son criaturas que s

aplanan sobre pequeños charcos de agua. Tienen espinas en la parte superior de su cuerpo, por lo que es doloroso pisarlos. Traxia es un planeta muy árido, y encontrar un brentis significa encontrar agua. Es una bendición. —Alzó la mirada y sus ojos se llenaron de afecto—. Significa que es un imbécil que no reconoció el regalo que le habían dado.

Meg sonrió.

—Yo no voy a cometer el mismo error, vahpti —musitó, apretando su cintura con más fuerza.

—Bien. —Sintió cierta presión en el pecho y los labios temblorosos. Con una risotada añadió—: Por cierto, no sé por qué sigues llamándome como a un insecto.

Maxu se rio entre dientes y le pellizcó la barbilla con el pulgar y el índice.

—Siempre estarás zumbando en mi cabeza, vahpti, y no lo cambiaría por nada. ¿Sabes lo que les pasa a los animales que han vivido con vahptis durante años cuando los insectos mueren?

Meg se sentó, acercó la cara a la de él y esbozó una sonrisa juguetona.

—No, ¿qué les pasa?

—Se vuelven locos. —Le mostró los dientes blancos en una amplia sonrisa y sus ojos se suavizaron al fijarse en su boca—. Se acostumbran al sonido de tal forma que, cuando desaparece, el silencio es insoportable. Eso me pasaría a mí sin ti. El mundo se apagaría y no podría soportarlo.

—Qué locura —gritó, casi perdiendo el aliento por la idea morbosa de los animales y sus insectos. ¿Cómo era capaz de hacer que algo así pareciera romántico?

Con un suspiro exagerado, Maxu puso los ojos en blanco, la señaló a ella y luego a sí mismo.

—Ahora entiendes lo que se siente al tener pareja.

Le dio un manotazo en el hombro, riendo, y terminó cayéndose hacia atrás.

Maxu le tendió el iPod.

—Pon algo para los dos.

***

Maxu sentía su pecho permanentemente en expansión, con cada poro de su piel irradiando calor. Su pareja estaba con él. No la había asustado, y estaba seguro de que ya no lo haría. Ella era una mujer fuerte.

Meg puso una canción tras otra y le explicó las letras cuando el traductor no podía comunicarle su significado. Suspiró de felicidad cuando terminó lo que ella llamaba lista de reproducción.

Mientras Maxu alimentaba el fuego, ella se relajó en las mantas. La miró fijamente encantado con cómo caía el pelo corto y oscuro alrededor de su cara. Meg se mordió el labio y le sonrió. Como si lo desafiara a que se abalanzara sobre ella, separó sus rodillas dobladas y se lamió los labios. No hizo falta que hiciera algo más para que Maxu entrara en acción.

La folló a la luz de la luna hasta que estaba dolorida y agotada, y luego usó la lengua para hacerla llegar al orgasmo hasta que le temblaban las piernas y le daba patadas con los pies en los hombros para que se apartara.

Entonces, tomó su cuerpo desnudo entre sus brazos y la protegió del frío con su calor corporal, mientras le susurraba al oído leyendas populares vrulanas hasta que se quedó dormida.

Sin embargo, sus susurros no cesaron. Le dijo lo inteligente, segura y capaz que le parecía y lo increíble que era. Si se lo decía lo suficiente, tal vez se filtraría en su subconsciente y

odisminuiría el daño que le había causado su familia.

a Le susurró todas las cosas que deberían haberle dicho durante toda su vida con la esperanza
ade que las palabras se reprodujeran en sus sueños. Y, antes de cerrar los ojos, admitió lo mucho
que la amaba.

s

,

e

e
o
o

s

.

.
a

a
e

,
e
e

a
s

r

y
y

disminuiría el daño que le había causado su familia.

Le susurró todas las cosas que deberían haberle dicho durante toda su vida con la esperanza de que las palabras se reprodujeran en sus sueños. Y, antes de cerrar los ojos, admitió lo mucho que la amaba.

Capítulo 31

El sol salió pronto y ya le estaba quemando la espalda con su intensidad. Maxu había echado una manta sobre los dos, pero el calor se estaba volviendo insoportable. Meg tenía el cuerpo cubierto de sudor. Se movió inquieta en sueños cada vez más hasta que se despertó.

Meg apartó la manta y trató de respirar aire fresco, pero arrugó la nariz al notarlo seco y caliente. Maxu se apoyó en el codo a su lado y pasó los dedos por la piel sudada y pegajosa entre sus senos.

—Creo que es hora de irnos, a menos que quieras quedarte un poco más. —Le dio un suave pellizco en el pezón.

Ella se rio y le dio una palmada a ciegas para apartarlo.

—Por favor, necesito ir a algún lugar fresco.

Maxu limpió mientras ella maldecía al intentar ponerse la ropa sobre la piel pegajosa. Cuando por fin se vistió, Maxu silbó para llamar a su vieja criatura, Urio, que estaba en el banquete de árboles al que la había enviado. En cuestión de minutos, su amiga estaba allí resoplando e inclinando la cabeza para recibir caricias en el cuello. Él cumplió con lo que quería.

Ella ya había envejecido y estaba retirada de la tarea de sembrar, pero aún seguía llena de vida. La extrañaba; quizás más que a nadie. Había sido leal durante los pocos años que habían cabalgado juntos. Algo se había desgarrado en su interior al tener que dejarla, pero ella había florecido. Había volado a través de tormentas hasta que un rayo perdido la había dejado malherida. Luego se asentó, tuvo varios cachorros y ahora anidaba con su pareja en una plataforma baja, pasando su tiempo mordisqueando los árboles de minata y riñendo a sus pequeños desobedientes.

Maxu ayudó a Meg a subir al carruaje, con más suavidad esta vez. Ella hizo una mueca al sentarse.

—Me duele —explicó, al ver su mirada interrogante. Un rubor suave apareció en sus mejillas, oscureciendo un tono el color que le había dejado el sol en el rostro.

Maxu no pudo llegar a sentirse demasiado mal por eso. Montó sobre Urio y ascendió. El viento era frío y áspero contra su piel, recordándole nuevamente la primera vez que había volado. Aquí arriba, el viento estaba vivo y era palpable. Urio se deslizaba por las corrientes de aire revelándole el mundo oculto que existía por encima de todos.

Aterrizaron y, antes de despedirse de Urio, Maxu apoyó su frente a la de ella y le prometió que volarían juntos otra vez antes de que se marchara.

Esta plataforma era uno de los muchos puntos escondidos en la torre que Maxu había descubierto durante su tiempo allí. Sikthand le había enseñado muchos de los secretos de la torre para que pudiera espiar de forma más efectiva. Rojo por el sol y despeinado, Maxu se alegró de recordar las rutas ocultas entre los muros de la torre. Podía llevar a su pareja a su habitación sin necesidad de exponerla a miradas curiosas.

Deambularon por los pasillos estrechos y ocultos hasta llegar a la salida más cercana del piso donde alojaba Meg. Ella dejó escapar un leve grito cuando la empujó contra la pared y la sorprendió con un beso antes de que salieran a un pasillo público.

—Casi hemos llegado a la habitación. —Meg soltó una risita—. Mantenlo dentro de los pantalones que ni siquiera me he…

Una vibración estable recorrió las paredes de metal y los dos se quedaron paralizados.

—¿Qué es eso? —jadeó Meg—. ¿Es un terremoto o algo así?

—Una señal de convocatoria —respondió con el ceño fruncido—. Envían vibraciones por el metal cuando necesitan reunir a los soldados, pero… no ha habido ninguna tormenta. Además… —Puso una mano sobre la pared para sentir el patrón de la llamada—. Este no es el ritmo que usan habitualmente.

Habían volado tan lejos del borde del yacimiento que Maxu habría visto cualquier nube yaproximándose en el horizonte. Entonces, ¿por qué estaban reuniendo a los soldados?

Un hormigueo incómodo lo invadió, y Meg se dio cuenta.

—¿Qué pasa?

Maxu la miró, pensó rápido y sacudió la cabeza.

—Algo —respondió con calma.

La llevó en la dirección contraria, apresurándose por pasillos y espacios secretos que había utilizado cuando trabajaba para el rey, hasta que llegó a un pequeño espacio entre las paredes de la antesala del Gremio.

Maxu era demasiado grande para caber en el incómodo espacio, ya que ahora era más musculoso que cuando vivía aquí, pero Meg sí podía meterse y mirar a través de las lanzas de metal entrecruzadas que proporcionaban un punto de observación desde un lugar oculto.

—Meg, voy a subirte. Mira a ver si hay alguien allá afuera —le susurró. Ella asintió sin dudar, la determinación endureciendo sus rasgos. Si no hubiera estado nervioso, Maxu le habría sonreído.

La levantó por las caderas, y luego la sujetó por los pies hasta que estaba apoyada contra la curva de más arriba, presionada entre el metal.

Pasaron unos minutos en silencio. Maxu estaba a punto de subir ahí arriba y bajarla cuando finalmente ella dio un golpe suave en el metal para darle una señal. Tenía la cara pálida y una expresión tensa cuando la bajó.

—No nos van a dejar ir —musitó.

Maxu frunció el ceño.

—¿Qué has dicho?

—No pude escuchar mucho y solo eran un par de personas hablando a lo lejos, pero creo que el rey ha decidido dejar a las humanas encerradas aquí.

—¿Por qué?

Los vrulanos no eran la clase de personas que tomaban decisiones precipitadas. Sikthand no era estúpido. No retendría a un contingente real de Tremanta como rehenes sin una razón aunque hubiera humanas.

Meg alzó los hombros.

—No lo sé. No lo han dicho.

Maxu tensó la mandíbula. Mantuvo a Meg a su lado y regresó por el laberinto secreto de pasadizos hasta llegar a la misma plataforma de aterrizaje que habían dejado unos minutos antes.

—¿Qué vamos a hacer?

—Irnos —murmuró. Arrastró la montura de Urio de donde las había dejado unos momentos antes.

—¿Irnos? No vamos a irnos. ¿Y mis amigas?

Maxu sabía que este asunto representaría un problema para ella. Sus hombros se pusieron rígidos.

—No sé por qué está pasando esto, Meg. —La miró con el ceño fruncido—. Pero sí sé que puedo sacarte de aquí. Cuando lleguemos a Tremanta, podremos enviar refuerzos.

—No. —Meg protestó, golpeando el suelo con el pie—. Las tienen detenidas aquí por una razón y seguro que Tremanta ya lo sabe. ¿Qué sentido tendría si no? No voy a irme sin ellas.

Maxu gruñó y tomó aire para calmarse.

—Vas a subir a ese carruaje y vamos a marcharnos. No quiero escuchar nada más al respecto.

—No —repitió, con un leve quiebre en su voz.

Maxu hizo caso omiso del dolor que le atravesó el pecho y se concentró en la montura. Meg se acercó a él dando pisotones y tiró de su hombro hasta que la miró a los ojos.

—Eres un hombre que puede encontrar cualquier cosa, ¿no es así? —La determinación le tensaba la boca—. Eso fue lo que me dijiste. Pues yo, tu pareja, la persona por la que dijiste que harías cualquier cosa, te pido que encuentres a mis amigas. —Maxu recién había comenzado a negar con su cabeza cuando ella añadió—: Por favor.

Se quedó inmóvil, con la cara levantada y los ojos cerrados. Con un gruñido, arrojó la montura contra la pared.

Maxu sabía que este asunto representaría un problema para ella. Sus hombros se pusieron rígidos.

—No sé por qué está pasando esto, Meg. —La miró con el ceño fruncido—. Pero sí sé que puedo sacarte de aquí. Cuando lleguemos a Tremanta, podremos enviar refuerzos.

—No. —Meg protestó, golpeando el suelo con el pie—. Las tienen detenidas aquí por una razón y seguro que Tremanta ya lo sabe. ¿Qué sentido tendría si no? No voy a irme sin ellas.

Maxu gruñó y tomó aire para calmarse.

—Vas a subir a ese carruaje y vamos a marcharnos. No quiero escuchar nada más al respecto.

—No —repitió, con un leve quiebre en su voz.

Maxu hizo caso omiso del dolor que le atravesó el pecho y se concentró en la montura. Meg se acercó a él dando pisotones y tiró de su hombro hasta que la miró a los ojos.

—Eres un hombre que puede encontrar cualquier cosa, ¿no es así? —La determinación le tensaba la boca—. Eso fue lo que me dijiste. Pues yo, tu pareja, la persona por la que dijiste que harías cualquier cosa, te pido que encuentres a mis amigas. —Maxu recién había comenzado a negar con su cabeza cuando ella añadió—: Por favor.

Se quedó inmóvil, con la cara levantada y los ojos cerrados. Con un gruñido, arrojó la montura contra la pared.

Capítulo 32

Unas horas más tarde, Meg estaba dolorida, cansada y hambrienta. Habían atravesado a escondidas los antiguos comederos de los malginashes, se habían deslizado entre vigas afiladas de metal sin pulir y habían espiado docenas de conversaciones. Habían descubierto que el rey iba a retener al grupo tremantiano hasta que la reina renunciara como representante de la Alianza Intergaláctica, pero aún no habían averiguado dónde estaban retenidas las amigas de Meg.

Su primera parada había sido el área donde se encontraban las habitaciones, pero estaban vacías. Ningún guardia vigilaba la zona, por lo que Maxu pensó que Sikthand había trasladado a grupo por algún motivo, aunque no sabía cuál. Si estaban reteniendo a las humanas, ¿por qué obligarlas a salir de sus habitaciones? No es que pudieran hacer volar a un malginash hasta el suelo.

La única respuesta que podían concebir era que la ausencia de Maxu podría haber asustado a Sikthand y haberlo obligado a esconder a las mujeres. Maxu no estaba de acuerdo con eso, pues afirmaba que el rey lo conocía lo bastante bien para saber que nunca pondría en peligro su vida o más importante aún, la de su pareja, para rescatar a un grupo de humanas retenidas.

El estómago de Meg rugió con fuerza y se agachó para intentar silenciar el sonido con las rodillas.

Desde que había aceptado recatar a sus compañeros de viaje, la energía de Maxu había cambiado y se había transformado en algo que no había visto antes. Podía ser agresivo encantador, dulce e irritable, pero la fría eficiencia con la que los había conducido por el laberinto oculto de Vrulatica era nueva.

No se quejaba ni maldecía cuando los pasillos estrechos le arañaban el pecho. No paraba para comer o beber, aunque se aseguraba de que ella sí lo hiciera, alimentándola con las sobras que había llevado al desierto. Ni siquiera parecía cansado, aunque llevaban la mayor parte del día buscando. ¿Así era su vida de mercenario, siempre distante y concentrada en todo momento?

Se agacharon y se metieron con torpeza en una grieta entre las paredes que daba a unos baños privados. A Meg le ardían las piernas por la incómoda postura en cuclillas y tenía los dedos de los pies acalambrados. Cuando acabara todo esto, al menos habría obtenido un nuevo respeto por los espías en todas partes.

Aunque Maxu no había dejado entrever ni miedo ni nervios, notó un tic tenso en su barbilla. Había algo que le molestaba, pero mientras esperaban a abalanzarse sobre un miembro del Gremio que había entrado al baño, ella prefirió no hacer preguntas.

Pasó una hora durante la cual el oficial vrulano estuvo socializando y chismorreando fuera del alcance del oído. Meg estuvo a punto de arrancarse el pelo cuando el hombre se acercó tomándose su tiempo para cambiarse de ropa y alisarse la túnica.

Como un rayo, Maxu salió de la oscuridad, le tapó la boca con la mano y puso un cuchillo bajo su garganta. Lo arrastró a las sombras antes de que nadie se diera cuenta. Meg retrocedió lo más rápido que pudo mientras él arrastraba al vrulano, arañándose sus propios codos contra las paredes de tal forma que de su atuendo se desprendieron pedazos de metal. Salieron a un espacio más grande del pasadizo que estaba lo suficientemente adentrado en los muros de la ciudad como

para que nadie los oyera.

Meg se mantuvo fuera del alcance del hombre, como Maxu la había obligado a prometer pero se colocó frente a él, y cuando la vio, frunció el ceño. La mirada de color bronce del vrulano se alzó hacia el pequeño espacio donde se habían metido y Meg se dio cuenta de que no reconocía ese lugar.

—¿Dónde están las humanas? —preguntó Maxu, acercando el cuchillo con más fuerza a la garganta del hombre para enfatizar sus palabras. El miembro del Gremio siseó contra la boca de Maxu. Cuando este le quitó la mano de la boca, sus labios siguieron sellados.

—Dinos dónde están —ordenó Meg—. ¿De verdad crees que esto hará que la reina renuncie al cargo? No lo hará, no por unas pocas humanas y sus guardias.

El hombre siguió callado, mientras su garganta subía y bajaba contra la hoja afilada del cuchillo.

Maxu inclinó la frente hacia abajo y se pasó la lengua por los dientes. Cuando volvió a élevantar la mirada, su mirada severa le indicó que no iba a gustarle lo que iba a decir a lcontinuación.

—Ve a dar un paseo por ese pasillo, Meg. —Ladeó la cabeza para señalar la dirección de la que habían venido. Apretó los dedos con los que sostenía el cuchillo.

Ella miró a los dos hombres y se le revolvió el estómago al comprender lo que iba a pasar.

—No… no puedes. No está bien.

El hombre enfocó la mirada de pronto y sus ojos se abrieron aún más. Maxu soltó un gruñido.

—Necesitamos saber dónde están. Este hombre lo sabe y no lo va a decir. ¿Qué sugieres que hagamos entonces?

—No lo tortures —siseó, levantando las manos al aire. Sin embargo, incluso ella tenía que admitir que no tenía otra alternativa. No podían simplemente devolver al hombre al pasillo y volver a intentarlo.

Tuvo que reconocer que había sido deliberadamente ingenua con respecto a lo que planeaban hacer una vez que atraparan a uno de los miembros del Gremio, pero ¿esto?

Maxu calmó la voz.

—Seré rápido, querida. No está entrenado para esto, así que no aguantará mucho.

La capucha gris acero del hombre palideció por el miedo.

Maxu señaló con la cabeza al hombre de un modo tan sutil que ella apenas lo notó, pero luego enarcó una ceja y Meg comprendió.

—Te has vuelto insensible a la tortura. Demasiados años recabando información por medio del dolor te ha dejado con una sensación distorsionada de cuánto dolor es suficiente. Las cosas que haces ahora… son crueles. —Meg torció el labio con disgusto y se rodeó la cintura con los brazos, como si acabara de darle un escalofrío—. Parece que te gusta.

Al vrulano le dio un tic en el ojo mientras hablaban. Su garganta subía y bajaba con más frecuencia.

Un poco más.

—Como has dicho, es solo un político —continuó—; no es un soldado. ¿De verdad te parece justo arrancarle las uñas o lo que sea que estás planeando? Es una barbaridad. ¿Puedes limitarte a darle un puñetazo o algo así?

El hombre intentó reprimir un gemido.

—Tenemos prisa, amor —dijo Maxu con voz suave, imitando el tono tranquilizador de

alguien que intentaba convencer a su compañera para que se peinara más rápido—. Arrancarlo ,las uñas no va a funcionar. —El hombre relajó los hombros un momento y entonces Maxu pañadió—: tiene que ser mucho más doloroso que eso si queremos salir de aquí antes de mañana oMeter pedazos de metal bajo las uñas es una mejor opción.

El político se puso a temblar cuando Maxu examinó el pequeño espacio.

a —¿Qué dices? —preguntó Meg con las manos en las caderas.

e —Ahora que estamos aquí, creo que este espacio tiene un eco demasiado fuerte.

—Están en el antiguo foro —soltó el hombre con respiración agitada. Meg reprimió una esonrisa cuando vio la sonrisa malvada en la cara de Maxu.

—¿Por qué las retiene Sikthand ahí? ¿Qué sentido tiene este secuestro?

l El hombre suspiró, derrotado.

—Hay rumores en todo el mundo de que la reina tiene a miles de humanas escondidas en aTremanta dormidas en cápsulas de sueño.

a —¡Eso es ridículo! —exclamó Meg—. No tiene a nadie escondido. ¿Por qué él creería algo así?

a —Proviene de una fuente fiable, de uno de los enviados de Tremanta.

Meg se quedó sin aliento. ¿Uno de los emisarios? Pero… eso era mentira; tenía que ser mentira. Había varias humanas que seguían dormidas en cápsulas porque los técnicos aún no habían podido descifrar la codificación de los controles, pero habría tal vez unas seis cápsulas nno miles. A veces, la reina tremantiana hacía cosas que Meg no comprendía del todo, pero no era del tipo que haría algo así. Había luchado por ellas una y otra vez, había evitado que las forzaran ea casarse, les había proporcionado alojamiento y les había dado cierta libertad de acción mientras las mantenía a salvo.

e Si alguien estaba difundiendo esos rumores, o bien era un estúpido o tenía un plan, y el ymomento elegido le hacía pensar que la segunda alternativa era la más probable. Pero, ¿quién podría ser?

n El hombre se lamió los labios.

—Todos creyeron que habían huido —susurró—. El rey pensó que habías oído la noticia y te habías marchado con tu pareja. Podrían irse ahora. Déjenme ir.

Las venas se abultaron a lo largo del puño de Maxu cuando apretó el mango del cuchillo. Miró a Meg con un músculo palpitando en su mandíbula.

o Irritado, soltó un gruñido grave y haciendo uso de su mano en la nuca del hombre y el impulso de su peso corporal, giró con él y golpeó la cabeza del vrulano contra la pared.

o Su prisionero se desplomó en el suelo. Maxu cortó una trozo de tela de la capa del hombre y sle ató las manos y la boca. Luego giró el cuchillo y volvió a metérselo en un bolsillo de su scostado.

Se quedó mirando el movimiento del pecho del vrulano inconsciente.

s —Causará problemas cuando se despierte.

—No vas a matarlo —protestó Meg—. ¿Dónde está el antiguo foro?

Maxu suspiró de nuevo y se echó la mochila al hombro. Meg observó cómo trabajaba su emente; tenía la cara levantada hacia el techo y su mirada se desplazaba sobre el metal, como si aestuviera trazando un rumbo.

—Tenemos que hacer varias paradas primero, vahpti. Tengo un plan.

e

Capítulo 33

Los susurros flotaban hasta el techo, donde Meg y Maxu estaban tumbados bocabajo. E pequeño espacio que había por encima del foro circular estaba lleno de polvo y era sofocante po el calor que desprendía el fuego central. Meg tenía el cuerpo protegido, pero cada vez que la pie desnuda de sus manos tocaba por accidente el metal, jadeaba al sentir un dolor penetrante.

Llegaron a la rejilla redonda del techo, oculta bajo la apariencia de una tapa artística d metal, y Maxu echó un vistazo por los pequeños agujeros. Metió los dedos por las ranuras d metal y giró la tapa.

Meg se llevó una mano a la boca. El metal caliente debía estar quemándole las manos, per él ni se inmutó. Muy despacio, giró el panel sin que se oyera ningún crujido o roce.

En cuanto retiró la tapa, Meg le agarró la mano para mirarle la palma. Le dio un escalofrío a ver unas ampollas rojas en sus dedos. Le besó la mano y le dirigió una sonrisa de disculpa. Maxu le besó la mano en silencio como respuesta mientras la máscara de determinación regresaba a su rostro.

Maxu bajó la cabeza por la abertura y examinó la habitación. Desde su ventajosa posición Meg pudo ver a unos cuantos soldados apostados alrededor del perímetro, pero no eran muchos Maxu se lo esperaba, pues decía que lo más probable era que los hubieran enviado a patrullar lo pasillos exteriores una vez que hubieran desarmado e inhabilitado a los guardias tremantianos.

Sacó un rollo de cuerda que habían robado de un almacén de aperos para la monta d malginashes, le pasó un extremo a ella, pasó el otro por un cabrestante manual y activó la bas magnética. El cabrestante se fijó en su lugar con un sonido hueco. Se quedaron muy quietos mirándose el uno al otro y atentos a cualquier ruido. ¿Los habrían oído?

Al no oír alboroto desde abajo, Maxu asintió. Tenía el cuerpo rígido y le recorría la boca co la mirada y los labios apretados. Meg sabía que no quería ir, pero tenía que hacerlo. Su pla dependía de él. Le ofreció un gesto de ánimo con la cabeza y sonrió.

—Esto me está rompiendo en dos —suspiró él. Le sujetó la nuca y acercó la cara a su mejilla Le rozó la oreja con su boca—. Me he enamorado de ti. Ninguno de los dos puede morir hast que te haya obligado a que te enamores de mí también.

Meg se infló como un globo y le sonrió.

—Supe que te quería en el momento en que decidiste no torturar a una persona por mí.

Maxu esbozó una sonrisa.

—Y si te soy sincera, mucho antes de eso. —Meg apoyó la mano en su pecho.

Maxu se llevó su mano a los labios e inhaló su olor. Asintió con rigidez y se fue.

El corazón le latía en el pecho mientras esperaba. Podía distinguir a seis soldados. Por e aspecto ensangrentado y amoratado de los guardias tremantianos tendidos sobre los bancos, n serían de mucha ayuda. Rezó para que pudieran recuperar la energía, porque si no, Maxu tendrí que luchar solo contra todos ellos.

Recorrió con la mirada a los doce prisioneros y por fin divisó a Daunet, que estaba cas debajo de ella. Pensó si dejaba caer algo pequeño sobre su cabeza para captar su atención, per era demasiado arriesgado. Tenían suerte de que el techo estuviera tan adornado que pudiera

hacer un agujero del tamaño de una persona sin que nadie se diera cuenta.

No se atrevió a asomar la cabeza y la única vista que tenía era de la persona que estaba abajo y parte de la pared del fondo. De pronto, un soldado echó un vistazo a la habitación. No gritó pero dio un paso a un lado y movió su cabeza de izquierda a derecha.

Mierda. Seguramente había notado que faltaba un guardia. Maxu tenía pensado encargarse de ellos en silencio uno a uno hasta que lo descubrieran.

—¿Tivi? —lo llamó el hombre. Un soldado que pasaba cerca se enderezó y movió la mano hacia un cuchillo con forma de hoz. De pronto, algo voló hacia su cabeza, golpeando su casco y dejándolo tumbado en el suelo. El otro guardia se quedó unos segundos mirando con incredulidad antes de actuar. Empezó a gritar pidiendo refuerzos, pero Daunet ya se había abalanzado sobre él.

Se deslizó por el suelo, recogió el arma con forma de hoz que había en el suelo, y asestó un golpe que resonó con fuerza al chocar con el arma levantada del soldado.

Se oyeron gritos en algún lugar debajo y detrás de Meg y se le heló la sangre en las venas. Arrojó la cuerda al suelo y asomó la cabeza.

—¡Tara! ¡Sophia! —gritó a las dos mujeres que tenía más cerca. Estas se dieron media vuelta y la buscaron.

Tara fue la primera en ver la cuerda y alzó la mirada.

—Por fin. —Sonrió a Meg y corrió hacia los guardias y las demás humanas.

Heleax se adelantó cojeando y empujó a Camille y Rita hacia delante. Rita agarró la cuerda mientras Heleax se la envolvía en el muslo para darle estabilidad.

—Sujétate —gritó Meg, y se colocó en posición para usar el trinquete del cabrestante con el peso de su cuerpo.

Se alzó y descendió una y otra vez para tirar de Rita hacia arriba, despacio pero con seguridad. Le ardían los nudillos al rozar el suelo. Le costaba respirar el aire denso y húmedo, pero continuó hasta que el pelo gris de Rita asomó por la abertura redonda.

Con una mueca de dolor cuando sus manos tocaron el suelo metálico, Rita se arrastró hacia el espacio del techo. Meg no perdió el tiempo en comprobar cómo estaba; arrojó la cuerda hacia abajo de nuevo y preparó el cabrestante.

—Ahora —dijo Rita, que miraba el suelo para poder dirigir a Meg.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Meg, ignorando el dolor ardiente que se extendía desde sus anudillos hasta sus hombros.

—Nos bombardearon. Un pequeño ejército entró en nuestras habitaciones, luchó con nuestros guardias y nos arrastró hasta aquí esta mañana. No dejaban de preguntarnos por unas mujeres escondidas. Les dijimos que no sabíamos nada, pero el rey no nos creyó.

Rita tendió la mano justo cuando asomó el brazo estirado de Camille en el suelo de metal.

—Joder —gritó. Se arrastró por la abertura y se puso a mover los brazos—. Eso está muy caliente. —Se sopló las manos quemadas mientras Rita y Meg volvían a arrojar la cuerda.

Camille corrió hacia Meg al reparar en su respiración agitada.

—Deja que me encargue un momento.

Meg no tuvo fuerzas para protestar, ya que tenía la visión llena de puntitos por el calor. Se agachó junto a la abertura y vio a Sophia y Heleax atando a un Nirato inconsciente con Lucy para que pudieran levantarlos a los dos juntos.

Rita gruñó y se unió a Camille en el cabrestante.

—Este va a ser pesado.

Cuando Sophia levantó los pulgares, Meg murmuró:

—Ahora, vamos.

Rita y Camille usaron juntas su peso corporal para accionar el cabrestante mientras gruñían por el esfuerzo. Tras unos minutos dolorosamente largos, subieron al guardia inconsciente y a Lucy por la abertura.

Los sonidos de la lucha se fueron apagando, pero el metal de la torre retumbó con fuerza. A Meg le temblaban las manos mientras desataba el nudo de Nirato.

—Eso tiene que ser una alarma.

—Apresúrense —gritó Camille con la respiración agitada. Lucy se unió a ella en el cabrestante.

Uthen ayudó a sostener a Tara, que tenía el hombro herido. Sin embargo, tan pronto como Uthen entró por la abertura, se derrumbó bocabajo en el suelo; le salía sangre de una herida en la cabeza. Cuando volvió a caer la cuerda, Kel y Malinu miraron a su alrededor con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde está Sophia? —susurró Meg, que reemplazó a Lucy y Rita en el cabrestante mientras alzaban a Kel.

—Está complicando la lucha de los soldados. Ha agarrado una espada y ha empezado a blandirla. Además, lo hace bastante bien, sobre todo porque sabe que los soldados tienen órdenes estrictas de no hacerle daño a ninguna de nosotras, así que no deja de interponerse.

—Mierda —siseó Meg. Era un gesto valiente, pero estúpido—. ¿Y Gamso?

—No lo hemos visto, aunque hemos preguntado por él. Espero que el rey no le haga daño. —Lucy se acercó a Uthen y a Nirato para comprobar sus pulsos y luego ayudó a subir a Kel hacia el espacio reducido.

—Mierda —jadeó Meg, sintiendo cómo se le desprendía la piel de los nudillos—. Ha sido él. Alguien de nuestro grupo le contó a Sikthand que la reina tiene humanas escondidas por todas partes. Por eso se lo creyó.

Tara se quedó paralizada a la vez que su rostro se sonrojaba. Miró en dirección a Meg.

—Ese pedazo de mierda —resolló Rita. Tara se acercó para apartar a Rita, pero esta se negó —. No seas boba. Tienes el hombro destrozado por intentar abrirte paso a golpes.

Meg no tuvo energías para hacer ningún comentario sobre el repentino cambio de personalidad de Rita, así que se limitó a enarcar una ceja.

—Ha sido un día largo —gruñó ella cuando vio su mirada.

—¿Puedo? —Kel señaló el cabrestante y Meg se apartó de inmediato. Tal vez era un político tímido, pero también era un hombre clecaniano fuerte. Empezó a accionar el cabrestante y subió a Malinu en la mitad de tiempo que le había costado a ella.

—Maxu se ha ido. —Malinu tosió—. Queda un soldado, pero Heleax y Sophia lo tienen controlado. Daunet y Atolicy están cubriendo la puerta para derribar a los guardias cercanos que van llegando, pero estoy seguro de que vienen más en camino mientras estamos hablando. Pronto serán demasiados.

—Maxu fue a una plataforma de aterrizaje para preparar nuestro medio de transporte —explicó Meg—. Tenemos que encontrarnos con él allá. —Acababan de arrojar de nuevo la cuerda cuando alguien emitió un aullido de dolor.

Daunet apareció debajo con Atolicy sobre el hombro. Agarró la cuerda, se la envolvió en el antebrazo y sujetó al hombre con el otro mientras la levantaban.

Meg frunció el ceño.

—Vaya, no sabía que mi guardia era la Mujer Maravilla.

—Bueno, este no es el momento, pero… —Tara lanzó una sonrisa amplia a Meg—. Hoy se ısiente un poco más fuerte.

a El cerebro de Meg tardó un momento en entender, y luego miró las manos de Daunet. Tenía marcas azules de emparejamiento debajo de las manchas rojas de sangre.

A —Enhorabuena —chilló.

Sophia y Heleax aparecieron debajo de Daunet y les sonrieron. Malinu y Kel trabajaban con el cabrestante sin apenas sudar una gota.

l Meg le gritó a Sophia, que seguía con una espada en la mano.

—He oído que eres muy buena con esa cosa. No nos habías dicho que sabes pelear.

ɔ Sophia sonrió y blandió la espada con un movimiento impresionante.

a —Diez años de juegos de rol en vivo han resultado sorprendentemente útiles.

y —¿Qué son los juegos de rol en vivo? —susurró Lucy.

Todo el grupo agarró una parte de la ropa de Atolicy y lo arrastraron a través de la abertura eMeg señaló el pasadizo curvado que ella y Maxu habían utilizado para llegar hasta allí.

—Tenemos que arrastrar a los que están inconscientes por ahí para que podamos huir en acuanto Sophia y Heleax hayan subido.

s Daunet subió como si no le costara más que salir de una piscina. Había escuchado a Meg y sin necesidad de más instrucciones, agarró a Tara y se dispuso a arrastrar a Atolicy hacia la salida. Lucy y Camille arrastraron juntas a Nirato.

– Kel se apresuró a mover a Uthen, y Rita, Malinu y Meg se encargaron de lanzar la cuerda apara Sophia. Cuando tocó el suelo, Sophia soltó la espada y se envolvió el brazo con la cuerda.

Malinu comenzó a accionar el cabrestante. Sophia subió unos pocos metros del suelo cuando .un destello plateado atravesó el aire, rompió la cuerda y se clavó en un lateral de la pared de smetal con un crujido. Sophia cayó y aterrizó de espaldas de forma dolorosa. Se acurrucó de lado y gimió, intentando llenar sus pulmones con aire.

Meg asomó la cabeza por el agujero y vio al rey Sikthand allí de pie, con los ojos ó resplandecientes, mientras bajaba su grueso brazo tras ese increíble lanzamiento. Los soldados entraron y se dispusieron a su alrededor mientras él permanecía quieto como una estatua.

e Heleax debió de darse cuenta de que los superaban en número, pero se agachó delante de Sophia de todos modos con el arma en alto. Sophia recuperó por fin el aliento y rodó de espaldas

—¡Corre! Yo estaré bien.

ɔ La visión de Meg se llenó de puntitos y notó un pitido en los oídos. No se había arrastrado ó por nidos de roedores sucios y pegajosos y había puesto la vida de su pareja en peligro para dejar a alguien atrás, pero antes de poder pensar en una alternativa, Daunet la alejó a rastras de allí con ısu fuerza recién adquirida tras el emparejamiento.

e El sonido regresó poco a poco.

ɔ —Volveremos. Volveremos por ellos —le aseguró Daunet.

Meg tragó el nudo que tenía en la garganta e intentó endurecerse, tal y como había hecho -Maxu, blindando su corazón. Después se permitiría sentir culpa. Todos esperaban en el pasillo aresollando y amoratados. Sus miradas expectantes la ayudaron a ver las cosas con más claridad.

Tenía que ser fuerte. Era la única que conocía la salida. Maxu le había hecho recorrer el lcamino tres veces antes de arrastrarse a ese techo. Recuperarían a Sophia, pero Meg no podría ayudar a los demás si ahora se comportaba como una estúpida.

Respiró hondo, se puso al frente y guió al grupo.

Se movieron despacio mientras se turnaban para arrastrar a los guardias inconscientes por los espacios estrechos y levantarlos sobre los muros bajos, hasta que finalmente emergieron en la plataforma de aterrizaje desde donde habían salido Maxu y ella el día anterior.

Su pareja los estaba esperando montado sobre Urio. Exhaló un suspiro de alivio al verla y todo su cuerpo se desplomó hacia adelante hasta que su cabeza quedó apoyada encima del lomo de Urio. Señaló los dos carruajes y subieron a ellos.

—¿Alguien más? —gritó con los ojos fijos en el extremo del pasillo. Meg torció la boca y se le acumularon las lágrimas en los ojos. Tan solo pudo sacudir la cabeza.

Meg levantó uno de los muchos cañones que habían apilado en los carruajes.

—Probablemente nos persigan. Dispárenles con esto. —Les enseñó cómo funcionaban los cañones y entonces corrió al otro carruaje para subir a él. Cuando todos estuvieron listos con los cinturones abrochados y armados, Maxu condujo a Urio hacia adelante, hasta que el animal agarró las cadenas y se elevaron en la noche.

***

Maxu nunca había sentido su cuerpo tan destrozado como ahora. Había luchado tanto como había podido hasta que los soldados habían disminuido lo suficiente como para confiar en que los guardias tremantianos podrían hacerse cargo del resto. Después, había actuado en contra su instinto y había experimentado un dolor lacerante. Se había marchado.

Su pareja estaba sola, agazapada en un techo de metal sofocante, intentando levantar a once personas hasta el techo, y él la había dejado ahí. Con cada paso que daba, había sentido ganas de vomitar. Incluso ahora, cuando ella apareció, su cuerpo estalló, y el alivio se había extendido por sus extremidades como una sacudida; sentía la electricidad recorrerle la piel, pero aún no estaban fuera de peligro.

La fuerza más impresionante con la que contaba Vrulatica eran sus jinetes. Si Urio no llegaba a los cruceros a tiempo, no habría escapatoria. Maxu se lanzó hacia el suelo y voló lo suficientemente alto para que los carruajes no tocaran la arena.

Oyó gritos más abajo y se le paró el corazón. Miró por encima de su muslo y vio a Meg apuntando un cañón hacia el cielo, con el pelo alborotado alrededor de su rostro. Se veía extraordinaria.

Les seguían tres malginashes que volaban de una manera que él no podía imitar con el peso adicional de los carruajes. Meg esperó a que estuvieran cerca, para poder afectar más a las criaturas, y entonces disparó.

Los tubos de semillas de nubes no se usaban como armas en Vrulatica, y por eso no estaban protegidos. Había resultado casi demasiado fácil robarlos. Cuando el químico verde explotó en el aire y creó un muro de chispas y espesa niebla verde en el aire, los malginashes que se aproximaban a ellos se vieron obligados a retroceder.

Tan solo fue un segundo de vacilación, pero fue suficiente. Las criaturas se desviaron y se sumergieron a través de la niebla, pero solo para encontrarse con otra explosión.

Maxu dio gracias a la diosa porque Sikthand necesitara a las humanas con vida. Si no, los habrían derribado en cuestión de segundos. Su plan de huida les había dado unos minutos de ventaja y rezó para que fueran suficientes mientras se acercaban a los cruceros. Una explosión a su derecha hizo que Urio se desviara. Un malginash había intentado interceptarlos al adivinar hacia dónde dirigían, pero lo había detenido una explosión.

Maxu guio a Urio más abajo hasta que los carruajes golpearon el suelo, arrastrándose de amanera violenta por la arena. Detuvo a la criatura frente a los cruceros y luego forcejeó con las correas que le sujetaban las piernas a la montura. Había perdido la sensibilidad en los dedos y quemados, pero al fin consiguió desabrochar las correas de seguridad y bajó.

Pasó la mano por el cuello de Urio y le dio las gracias. El grupo ya estaba parcialmente reunido en el crucero más grande. Cargó al último guardia inconsciente sobre su hombro y arrastró a Meg con él mientras no dejaba de protestar, y los subió a ambos en la cabina.

—Quédate aquí o no podré concentrarme para que esto salga bien —le gruñó a Meg.

Ella se quedó quieta, pero mirando enojada hacia afuera, a los miembros conscientes de su grupo que seguían lanzando bombas al cielo para ganar tiempo.

Afuera resonó el rugido de un malginash que se aproximaba. Maxu activó el modo manual y arrancó la tapa de metal que ocultaba los controles manuales del crucero.

—¡Todos adentro! —gritó a los demás. Estos se lanzaron al interior, apilándose unos sobre otros, mientras Daunet cerraba la huida, retrocediendo y lanzando una última bomba al cielo antes de que la puerta se cerrara.

Maxu hizo que el crucero despegara más rápido de lo que permitían los antiguos protocolos de seguridad. La cabina se estremeció cuando un malginash chocó contra el costado y el chirrido de los cuernos dorados contra el metal hizo que su cabeza latiera de rabia.

Alzó los controles hasta su máxima capacidad y apenas logró mantenerse en pie cuando el crucero salió disparado a una velocidad que ningún malginash podría igualar.

Observó su progreso en el mapa del crucero y bajó las ventanas en cuanto le pareció que estaban lo bastante lejos de Vrulatica como para no necesitar protección. El entorno pasaba rápido por debajo, tan solo un torbellino de color. Cuando los verdes, marrones y rojos se disolvieron en un azul sólido, por fin exhaló un suspiro de alivio.

La tensión era palpable en la cabina. Kel y Manilu estaban acurrucados en un rincón y Rita y Camille buscaban un sanador en el botiquín de emergencias del crucero para atender a los guardias heridos.

El propio cuerpo de Maxu empezó a vibrar cuando miró a su pareja y la vio temblando y con lágrimas en los ojos rojos. Cuando volvió a activar el modo de piloto automático, levantó a Meg del asiento y se sentó con ella en el regazo. Apoyó su cabeza contra su pecho y se forzó a respirar mientras las lágrimas de su mujer le mojaban la camiseta rasgada.

Por fin, las respiraciones se calmaron, la adrenalina se disipó y todos quedaron exhaustos.

Daunet respiró profundamente para calmarse y usó entonces el intercomunicador del crucero para ponerse en contacto con Tremanta. Todos esperaron en silencio, pero no hubo respuesta.

Nadie se atrevía a hablar. El crucero pertenecía a la comitiva tremantiana. El intercomunicador debería de haber estar registrado para conectarse directamente, pero no era así.

Volvió a intentarlo, pero esta vez a través de otra línea. Tras una eternidad, se oyó un «hola» en voz baja.

—Metli, soy Daunet. Hemos escapado de Vrulatica, pero necesitamos refuerzos. Dos miembros de nuestro grupo han quedado retenidos allá. Se trata de una humana y un guardia. ¿Ya están los soldados en camino? ¿Cuál es el plan de la reina para enfrentarse a Sikthand?

El silencio retumbó en la cabina. Maxu abrazó a Meg con más fuerza.

—Metli —exclamó Daunet.

—No vuelvan —susurró Metli.

Después de tanto años, Maxu había llegado a conocer a Metli bastante bien. Mutuamente se

edespreciaban, pero siempre había sentido respeto por ella y su voluntad inquebrantable, aunque sfuera a regañadientes. Su férrea lealtad era un testimonio de su ciudad, aún cuando él la sconsideraba por momentos un poco desubicada. Nunca había oído el temblor en la voz de Metl que oía ahora.

El sollozo que soltó al suspirar hizo que a Maxu se le secara la garganta.

—La reina ha muerto.

despreciaban, pero siempre había sentido respeto por ella y su voluntad inquebrantable, aunque fuera a regañadientes. Su férrea lealtad era un testimonio de su ciudad, aún cuando él la consideraba por momentos un poco desubicada. Nunca había oído el temblor en la voz de Metli que oía ahora.

El sollozo que soltó al suspirar hizo que a Maxu se le secara la garganta.

—La reina ha muerto.

Epílogo

—Apúrense que ya está por comenzar —gritó Tara por encima del hombro. Estaba sentada con su mano entrelazada a la de Daunet, mientras ella le acariciaba el brazo con movimientos circulares.

Meg se sentó al lado de ellas, pero Maxu no quiso sentarse. En vez de eso, se puso a da vueltas detrás de ellas, deteniéndose de vez en cuando para apoyar las manos sobre los hombros de Meg antes de continuar caminando. Meg le dio un sorbo al mott que se había servido tan solo por tener algo que hacer, pero su estómago estaba bastante revuelto. El líquido se quedó cas atascado en su garganta.

Durante la última semana, se habían estado escondiendo en la casa de seguridad de Maxu Después de su huida de Vrulatica, habían acordado de que era el mejor lugar para esperar hasta que supieran más. Gracias a dios, su pareja era una persona precavida y había construido este lugar especialmente años atrás por si algún día necesitaba esconderse de antiguos jefes o víctimas de su pasado.

Por lo que sabía el grupo, la reina había muerto asesinada. La pregunta era: ¿por quién? Habían demasiados sospechosos, entre ellos políticos furiosos de todo el planeta que querían su renuncia, insurgentes escondidos a plena vista que no estaban contentos con que hubiera arrasado sus operaciones, o insurgentes que buscaban recuperar el poder.

Habían tenido cierta comunicación con los hermanos de Maxu y con algunos de sus contactos de todo el planeta, pero nadie parecía saber mucho. Daba la sensación de que el mundo estaba conteniendo el aliento hasta que la reina interina, Vila, pudiera ascender.

Y ahora, en cuestión de solo unos minutos, iba a hacerlo.

Su primer discurso iba a ser transmitido a ciudades de todo el mundo. Nadie sabía exactamente lo que iba a decir, pero, fuera lo que fuese, sentaría un precedente para el futuro Meg estaba aterrada.

Atolicy y Nirato vigilaban el perímetro de la fortaleza de Maxu, mientras el resto de ellos se reunía alrededor de un cubo de proyección que mostraría la imagen de Vila en tiempo real.

—Todo esto está ocurriendo demasiado rápido —murmuró Malinu por enésima vez—. Las reinas nuevas no ascienden hasta que no se haya realizado una votación con todo el consejo. Ke y yo…

—Dicen que estamos muertos o perdidos, ya lo sabes —gruñó Uthen—. No tienen que esperarte si creen que no vas a regresar.

Camille se sentó con los codos apoyados en las rodillas, moviéndose inquieta y comiéndose las uñas mientras miraba fijamente el espacio donde aparecería la proyección holográfica.

—No, tiene razón. Algo está pasando. Hay algo que anda mal. Vila siempre estuvo en contra de la reina. No me sorprendería que ella haya planeado todo esto.

—Eso lo dudo, si consideramos que la reina era su madre. —Kel, quien se había dedicado a vaciar el suministro de mott de Maxu, se encogió de hombros al ver los rostros sorprendidos de todos.

—¿Cómo dices? —preguntó Tara.

—Kel —lo reprendió Malinu.

—¿Qué tiene? —respondió Kel, encogiéndose de hombros—. La reina renuncia a su nombr y a toda su familia pasada, presente y futura mientras dure su reinado. Se pinta las manos y s convierte en la madre de todos. Pero ahora está muerta. —Le tembló un poco la voz—. ¿Qu más da que lo sepan?

Lucy abrió la boca para decir algo cuando Vila apareció en medio de la habitación. Estaba ta y como Meg la recordaba: delgada, estoica y perfectamente vestida, con un vestido colo slavanda; los colores de la reina. Sus ojos, la majestuosa elegancia de su expresión, hacían qu Meg no pudiera creer que no se hubiera dado cuenta del parecido antes.

Maxu posó sus pesadas manos en sus hombros mientras aguardaban a que Vila hablara.

—Hemos sufrido una gran pérdida —comenzó, con la vista al frente—. Nuestra reina fu otrágicamente asesinada hace una semana. No hay palabras que puedan llenar el vacío que h idejado.

Lucy resopló al otro lado de la habitación.

—No confío en esa zorra —siseó. Todos chistaron a su alrededor y se cruzó de brazos.

—No descansaremos hasta encontrar a su asesino, pero ahora mismo nuestro mundo está e ecrisis. Es hora de un cambio y sé que nuestra reina comprendería el cambio de enfoque. Como s osucesora, estoy preparada para ocupar su lugar. Por primera vez en cien años, se pronunciará s nombre y el mío quedará bajo llave hasta que renuncie o pase a la otra vida. Nabiora Vilafina ?gobernaste con benevolencia y elegancia, y te echaremos de menos.

Vila apretó los labios ligeramente con la mirada fija en la distancia. Se permitió un instant ode silencio.

—Nabiora era justa y amable. Tal vez demasiado.

Los susurros invadieron la habitación cuando el tono del discurso de Vila cambió.

—Se sacrificó de una forma que tenía sentido en su momento. Mantuvo a las humanas a salvo, felices, pero lo hizo ofreciéndoles una libertad que ni siquiera nuestro pueblo posee.

Meg se quedó sin aliento.

—Las humanas de Tremanta no tenían la obligación de participar en las ceremonias d .matrimonio o de socializar con la gente, aunque ha quedado demostrado que suscitan e reconocimiento dondequiera que van. Según diversas investigaciones realizadas, hemo edescubierto que las humanas proceden de la estirpe clecaniana. Sus ancestros son nuestro ancestros; sin embargo, no las tratamos como clecanianas. Para ellas, no rigen las misma snormas. ¿Acaso no es eso un insulto? No es de extrañar que nos haya costado tanto redactar u largumento lo suficientemente sólido que respalde la reclasificación de la Tierra. ¿Cómo podemo justificar que las humanas son iguales a nosotros en intelecto y competencias si no las tratamo ecomo nos tratamos entre nosotros y si no hacemos que cumplan las misma leyes que nosotros?

Las manos de Maxu le apretaban sus hombros cada vez con más fuerza. Meg levantó un emano y la apoyó sobre una de las suyas. Él se apartó y reanudó su paseo detrás de los asiento empotrados que dividían la cocina de la sala común.

—Mi primer acto será decretar que las humanas estarán sujetas a nuestras leyes. —Vila hiz una pausa.

Este tipo de discursos no se pronunciaban frente a multitudes en vivo en Clecania. S eproyectaban desde un lugar privado, pero la pausa intencionada y el arrogante levantamiento d su barbilla provocaron que a Meg se le revolviera el estómago. Parecía que aguardaba a que e aplauso invisible cesara.

—Además, siento que, en este momento de agitación y transformación, nuestras ciudades deben unirse. Solo unidas podremos avanzar con la dura tarea de aclimatar un planeta de cuarta clase a nuestra existencia. Por esa razón, he decidido dispersar a las humanas. Las terrícolas que no estén emparejadas serán enviadas al extranjero para que residan en ciudades de todo el planeta. Esto no se llevará a cabo de forma temporal ni por medio de una gira, sino de forma permanente. No hay ningún motivo para que los tremantianos tengan más oportunidades de reconocer a una pareja que el resto del mundo.

Vila siguió hablando, pero Meg apenas podía escuchar. Todos en la habitación empezaron a murmurar, mientras su rabia aumentaba en volumen hasta que acabaron gritando.

—¿Dispersarlas? Como si estuvieran repartiendo mercancías a ciudades necesitadas. ¡Somos personas! —gritó Lucy.

Tara agarró la mano de Daunet con más fuerza.

—Entonces, si no estamos emparejadas, ¿nos van a enviar a otro lugar con la esperanza de que nos reconozcan? —Rita se puso de pie—. Yo tengo una relación amorosa, pero dudo que les importe.

—No vamos a volver, está claro. —Camille se rio sin gracia mientras se mordía las uñas. Miró a Maxu—. No vas a poder sacarme de aquí.

Maxu seguía dando vueltas, pero levantó las manos con las palmas hacia adelante.

—No vas a escuchar ninguna protesta de mi parte.

El hielo se cristalizó en la columna de Meg. Vila estaba haciendo que pareciera que simplemente estaba sometiendo a las humanas a seguir las mismas reglas que los demás, pero eso era una absoluta estupidez. El resto del mundo se daría cuenta de ello, sin duda.

La nueva gobernante continuó hablando de los detalles, describiendo sus planes para la cumbre de líderes y recordando a la audiencia que había que elegir a un nuevo embajador, pero Meg ya no quería escuchar.

Sophia seguía atrapada en Vrulatica. La culpa la desgarraba por dentro con cada día que pasaba sin un plan para liberarla. ¿Pero ahora…?

¿Qué pasaría con las mujeres que quedaban en Tremanta y con las que seguían dormidas en sus cápsulas?

Meg creía firmemente que la antigua reina estaba de su lado, pero ahora no sabía quién luchaba por ellas.

La energía de la casa era sombría después del discurso. Los invitados de Maxu deambulaban como fantasmas, preparando comida para luego no comerla, y sentándose solo para levantarse inmediatamente después. Rita pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, ya que los acontecimientos de la última semana habían empañado la felicidad confiada y soñadora que siempre había sentido.

Meg se acurrucó en las sábanas mientras Maxu hacía su última ronda de vigilancia en la montaña nevada donde había construido su casa. Cuando se metió en la cama detrás de ella y la acercó en silencio hacia su pecho, Meg cerró los ojos y se concentró en dejar su mente en blanco.

—Estaremos bien, vahpti. No se tolerarán los actos de Vila.

Meg se mordió el labio. El estrés que la invadía le estaba dando dolor de cabeza entre los ojos.

Maxu le dio una sacudida suave. Luego la presionó contra la cama y la miró fijamente.

—Un día, las cosas volverán a ser normales. Te lo prometo.

—Eso no lo sabes. —Le sonrió de todos modos, ya que le encantaba la seguridad en su voz

sprofunda.

a —Sí lo sé. No serás feliz hasta que tu gente esté a salvo, y lo único que quiero es que seas efeliz. Así que sí lo sé. Si tengo que capturar a cada una de las humanas y esconderlas o enviarlas lde vuelta a la Tierra, lo haré solo para verte radiante otra vez.

a El calor le invadió el pecho y se permitió un momento de dicha por sus palabras. Se eincorporó y lo besó.

—Ojalá no fuera tan difícil para ti a veces —admitió, curvando una pierna sobre su cadera aAl ver su ceño fruncido, se explicó—: El vínculo de emparejamiento. Sé que sientes esa necesidad de arreglarlo todo y de hacerme feliz. Me parece injusto. Me hace sentir que tu vida sconmigo siempre será una carga tras otra.

El pecho desnudo de Maxu se expandió a su lado mientras la miraba.

—Desde el momento en que percibí tu olor en Vondale, he hallado una dicha en el mundo equе nunca antes había sentido. Incluso en los momentos difíciles como estos, sigo viendo belleza sen lugares donde no la veía antes. Todo eso es gracias a ti. —Le apartó el pelo detrás de la oreja —. Te estoy usando, amor. Te estoy usando por tu luz y tus valores. —Le acarició la espalda .desnuda con la mano y luego le dio una leve palmada en el trasero con una sonrisa pícara—. Te estoy usando por tu cuerpo. —Sus caricias se suavizaron—, y por tu calor, tus sonrisas, tus lágrimas, tu boca —añadió, dándole un suave beso—. Es justo que compense toda mi codicia dedicándote mi vida. No solo me haces feliz, Meg, me haces sentir vivo.

e Unas lágrimas silenciosas cayeron por las mejillas de Meg y le hicieron cosquillas en la oreja. Sonrió y contuvo un sollozo.

—Entonces, supongo que es un intercambio justo —concluyó, soltando un suspiro y aponiendo los ojos en blanco.

o Maxu se rio y apretó la mano en su trasero al mismo tiempo que usaba el peso de su cuerpo para rodar encima de ella.

e —¿Te he dicho hoy que te quiero? —susurró Meg, deslizando las manos por los potentes músculos de su espalda. El ronroneo resonó en su pecho casi de inmediato.

n —No con palabras.

—Te quiero —musitó.

n El ronroneo vibró por todo el cuerpo de Meg cuando él le susurró:

—Yo también te quiero.

n
e
s
e

a
a
.

s

z

profunda.

—Sí lo sé. No serás feliz hasta que tu gente esté a salvo, y lo único que quiero es que seas feliz. Así que sí lo sé. Si tengo que capturar a cada una de las humanas y esconderlas o enviarlas de vuelta a la Tierra, lo haré solo para verte radiante otra vez.

El calor le invadió el pecho y se permitió un momento de dicha por sus palabras. Se incorporó y lo besó.

—Ojalá no fuera tan difícil para ti a veces —admitió, curvando una pierna sobre su cadera. Al ver su ceño fruncido, se explicó—: El vínculo de emparejamiento. Sé que sientes esa necesidad de arreglarlo todo y de hacerme feliz. Me parece injusto. Me hace sentir que tu vida conmigo siempre será una carga tras otra.

El pecho desnudo de Maxu se expandió a su lado mientras la miraba.

—Desde el momento en que percibí tu olor en Vondale, he hallado una dicha en el mundo que nunca antes había sentido. Incluso en los momentos difíciles como estos, sigo viendo belleza en lugares donde no la veía antes. Todo eso es gracias a ti. —Le apartó el pelo detrás de la oreja —. Te estoy usando, amor. Te estoy usando por tu luz y tus valores. —Le acarició la espalda desnuda con la mano y luego le dio una leve palmada en el trasero con una sonrisa pícara—. Te estoy usando por tu cuerpo. —Sus caricias se suavizaron—, y por tu calor, tus sonrisas, tus lágrimas, tu boca —añadió, dándole un suave beso—. Es justo que compense toda mi codicia dedicándote mi vida. No solo me haces feliz, Meg, me haces sentir vivo.

Unas lágrimas silenciosas cayeron por las mejillas de Meg y le hicieron cosquillas en la oreja. Sonrió y contuvo un sollozo.

—Entonces, supongo que es un intercambio justo —concluyó, soltando un suspiro y poniendo los ojos en blanco.

Maxu se rio y apretó la mano en su trasero al mismo tiempo que usaba el peso de su cuerpo para rodar encima de ella.

—¿Te he dicho hoy que te quiero? —susurró Meg, deslizando las manos por los potentes músculos de su espalda. El ronroneo resonó en su pecho casi de inmediato.

—No con palabras.

—Te quiero —musitó.

El ronroneo vibró por todo el cuerpo de Meg cuando él le susurró:

—Yo también te quiero.

La autora

Victoria Aveline ha disfrutado siempre sumergiéndose en una buena historia romántica. Los machos alfa son su debilidad, pero, aunque los héroes posesivos dominantes siempre le han parecido excitantes, ansiaba algo más, por lo que decidió crear un mundo en el que unos hombres arrebatadoramente sexys pudieran ser agresivos y dominantes, pero también tuvieran que postrarse ante el matriarcado.

Victoria vive con su esposo, su perro y unas sesenta mil abejas estupendas. Cuando no escribe o fantasea con próximos personajes, se divierte viajando, leyendo y tomando cócteles pijos y caros



Visita mi página web: victoriaaveline.com
Sígueme en Facebook: @VictoriaAvelineBooks
Únete a mi grupo de lectura: Victoria Aveline's Reader Group
Sígueme en Goodreads
Suscríbete a mi Newsletter
O
Envíame un correo electrónico a:
Victoria.aveline@yahoo.com
¡Me encantaría saber de ti!

La autora

Victoria Aveline ha disfrutado siempre sumergiéndose en una buena historia romántica. Los machos alfa son su debilidad, pero, aunque los héroes posesivos dominantes siempre le han parecido excitantes, ansiaba algo más, por lo que decidió crear un mundo en el que unos hombres arrebatadoramente sexys pudieran ser agresivos y dominantes, pero también tuvieran que postrarse ante el matriarcado.

Victoria vive con su esposo, su perro y unas sesenta mil abejas estupendas. Cuando no escribe o fantasea con próximos personajes, se divierte viajando, leyendo y tomando cócteles pijos y caros.



Visita mi página web: victoriaaveline.com
Sígueme en Facebook: @VictoriaAvelineBooks
Únete a mi grupo de lectura: Victoria Aveline's Reader Group
Sígueme en Goodreads
Suscríbete a mi Newsletter
O
Envíame un correo electrónico a:
Victoria.aveline@yahoo.com
¡Me encantaría saber de ti!